



AN AGE GAP  
MAFIA ROMANCE

# DARKEST

PERFECTLY IMPERFECT SERIES

*féis*

NEVA ALTAJ

# DARKEST

PERFECTLY IMPERFECT SERIES

*sins*

NEVA ALTAJ

*Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.  
Es una traducción de una fan para otros fans.  
Si el libro llega a su país, apoya al escritor  
comprando su libro.  
También puedes apoyar al autor con una  
reseña, siguiéndole en  
sus redes sociales y ayudándolo a promocionar  
su material.*



## ***Índice***

Orden de lectura y tramas Perfectly Imperfect.

Advertencia

Nota del autor

Prólogo

## PARTE 1

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

PARTE 2

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Epílogo

¿Qué sigue?

Sobre el Autor

## *Perfectly Imperfect orden de lectura y tramas.*

### 1. ***Painted Scars*** (Nina & Roman)

Trama: Héroe discapacitado, matrimonio falso, diferencia de edad, los opuestos se atraen, héroe posesivo/celoso.

### 2. ***Broken Whispers*** (Bianca & Mikhail)

Trama: Héroe con cicatrices/discapacitado, heroína muda, matrimonio concertado, diferencia de edad, La Bella y la Bestia, héroe posesivo/celoso OTT.

### 3. ***Hidden Truths*** (Angelina & Sergei)

Trama: Diferencia de edad, héroe roto, solo ella puede calmarlo, ¿quién te hizo esto?.

### 4. ***Ruined Secrets*** (Isabella & Luca)

Trama: Matrimonio concertado, diferencia de edad, héroe celoso/posesivo OTT, amnesia.

### 5. ***Stolen Touches*** (Milene & Salvatore)

Trama: matrimonio arreglado, héroe discapacitado, diferencia de edad, héroe sin emociones, héroe posesivo/celoso OTT.

### 6. ***Fractured Souls*** (Asya & Pavel)

Trama: Él la ayuda a sanar, diferencia de edad, quién te hizo esto, héroe posesivo/celoso, cree que no es lo suficientemente bueno para ella.

### 7. ***Burned Dreams*** (Ravenna & Alessandro)

Trama: Guardaespaldas, amor prohibido, venganza, enemigos de amantes, diferencia de edad, quién te hizo esto, héroe posesivo/celoso.

### 8. ***Silent Lies*** (Sienna & Drago)

Trama: Héroe sordo, matrimonio arreglado, diferencia de edad, sol gruñón, los opuestos se atraen, héroe súper OTT posesivo/celoso

### 9. ***Darkest Sins*** (Nera & Kai)

Trama: Gruñón/Alegre, los opuestos se atraen, diferencia de edad, héroe acosador, solo ella puede calmarlo, él odia a todos menos a ella, tócala y muere.

10. ***Sweet Prison*** (Zahara & Massimo)

Trama: Diferencia de edad, romance prohibido, solo ella puede calmarlo, los opuestos se atraen, él odia a todos menos a ella, tócala y muere, héroe OTT posesivo/celoso. (Disp. 13/12/2024).



## *Advertencia.*

Tenga en cuenta que este libro cuenta con contenido que algunos lectores pueden encontrar inquietante, como sangre, violencia, intento de Abuso Sexual (no por parte de los protagonistas), abuso, lesiones autoinfligidas, crueldad animal (no por parte de los protagonistas, este capítulo se indicará en el libro en caso de que necesite omitirlo) y descripciones gráficas de la tortura.

Esta es una obra de ficción. No intente ninguno de los procedimientos médicos descritos en casa. Si necesita ayuda, consulte los servicios profesionales.

## *Nota del autor.*

Mi querido lector,

Me gustaría pedirte un favor. Al dejar la reseña, ¡manténla libre de spoilers ! Permite que otros lectores descubran por sí mismos cuál es el pecado más oscuro de Kai. Como puedes imaginar, es el elemento clave que impulsa la historia, revelarlo con antelación puede influir en el disfrute de otros amantes de los libros como tú.

***Muchas gracias.***

Espero que te guste el viaje de Kai y Nera tanto como a mí.

***Con amor,***

***Neva***

# Prólogo

***En la actualidad***

***Leone Villa, Boston***

***(Kai 34 años, Nera 24 años)***



Está aquí.

Mis ojos aún no se han adaptado a la oscuridad que me rodea, por lo que no puedo distinguir nada más que las formas generales de los muebles de mi salón. Nada se mueve. No hay sonidos, aparte de mi respiración.

Nada.

Pero sé que él está aquí.

Es un sexto sentido que se filtró en mis huesos hace años, desde el primer momento en que lo conocí. Su presencia crea un cambio imperceptible en el aire, agitando los mismos átomos a mi alrededor. No tengo que verlo ni oírlo moverse para saber que está allí. Mi cuerpo y mi mente pueden sentirlo. Siempre podría hacerlo.

Cierro los ojos y empiezo a girar lentamente, sin escuchar nada más que los latidos de mi corazón. Es más rápido de lo normal, pero constante. Casi he completado la vuelta cuando mi corazón se acelera. Cuando abro los ojos, la oscuridad sigue siendo lo único que me saluda, pero no importa. Sé que está directamente frente a mí.

Mi corazón siempre lo sabe.

—Cuánto tiempo sin verte, cachorro de tigre—. La voz profunda y ronca me inunda.

Escucharlo es como estar envuelta en una manta gruesa y esponjosa. Estoy tranquila y a salvo, en un lugar donde nadie puede hacerme daño. Durante unos cuantos latidos rápidos, dejé que se asimilara, absorbiendo las vibraciones de su tono. El sonido es diferente a la última vez que lo vi, su voz es más cruda de alguna manera, pero es él. ¿Cuántas noches sin dormir he pasado acurrucada en mi cama, tratando de revivir su timbre específico?

Probablemente cientos.

La lámpara de lectura en la mesa auxiliar cobra vida, su tenue resplandor ilumina parcialmente el enorme cuerpo masculino recostado en el sillón reclinable. En su mayor parte, su rostro permanece en las sombras; Sólo dos ojos plateados parecen brillar en la oscuridad circundante.

Es un puñetazo en el pecho, volver a verlo después de todo este tiempo. —Pensé que estabas muerto—, me atraganto.

Inclina la cabeza hacia un lado y más luz cae sobre su rostro, permitiéndome vislumbrar sus labios apretados y más... Una cicatriz en su mejilla izquierda: una línea desigual de carne elevada, que comienza en la comisura de la boca y se curva hacia la oreja. Otro daña su piel encima de la ceja izquierda, y dos más son visibles en su barbilla, algo ocultas por la barba oscura que cubre su mandíbula. Nada de eso marcó su rostro la última vez que lo vi.

La necesidad de correr hacia él me abruma, pero la sofoco. Mis pies permanecen clavados en el suelo, mis ojos fijos en el hombre que una vez fue todo para mí. Demasiadas noches me he acostado en la cama imaginando cómo se sentiría verlo de nuevo. Sabía que dolería. Pero no esperaba que doliera tanto.

El tiempo es algo complicado. Horas. Días. Años. El cerebro humano tiene una capacidad limitada para almacenar información y, a medida que pasa el tiempo, poco a poco y sin noción, va olvidando cosas. Sonidos. Olores. Palabras. Situaciones. Los recuerdos se desprenden y son arrastrados por el viento del tiempo, como hojas secas que ondean con la brisa justo antes de la

llegada del invierno. Y cuando llega la primavera, lo único que les queda es una vaga conciencia de su existencia pasada.

Tiempo.

Dicen que el tiempo cura todas las heridas. Todo son mentiras y tonterías.

El tiempo no se llevó mis recuerdos de él, aunque lo deseé en numerosas ocasiones.

Todavía recuerdo cada detalle de este hombre.

—¿Me extrañaste? — pregunta con esa voz ronca, el tono me recuerda a una tormenta que se avecina, el instante antes del primer trueno.

¿Extrañar? No, esa palabra no describe la angustia y la desesperación de los últimos cuatro años. La esperanza desesperada que sentí mientras recorría cada rincón oscuro, rezando para verlo. Y luego, la inevitable decepción y agonía al descubrir que él no estaba allí. Porque siempre sentí sus ojos sobre mí, incluso cuando no podía verlo, la repentina certeza de que realmente se había ido fue aplastante. El horror se apoderó de mí cuando finalmente acepté que él debió haber muerto y que nunca lo volvería a ver.

—Es difícil extrañar a un hombre cuyo nombre ni siquiera sé—. Un dolor casi físico aprieta mi pecho. Todo este tiempo me dejó creer que estaba muerto.

Una comisura de sus labios se levanta, haciendo que la nueva cicatriz en su rostro sea más prominente.

—Yo también te extrañé, cachorro—, susurra, levantando una gran pistola negra, equipada con un silenciador. —No te muevas.

Mi respiración se detiene.

El disparo ahogado resuena en el aire.

# *PARTE 1*

## *Pasado*

# Capítulo 1

***Hace 5 años***

***(Nera 19 años, Kai 29 años)***



—Mi querida Nera, estás impresionante esta noche—. La mujer con un vestido de seda rojo oscuro se inclina para darme un rápido beso en la mejilla. Su fuerte perfume invade mis fosas nasales y lucho por reprimir la tos. — Simplemente resplandeciente—.

—Gracias. — Logro esbozar una sonrisa, una que es tan falsa como los sentimientos de la mujer.

Ayer me vino la regla y pasé toda la noche dando vueltas en la cama, sin poder dormir porque los calambres me estaban matando. Hay círculos oscuros debajo de mis ojos que la base no pudo cubrir y estoy bastante segura de que mi cara todavía está hinchada. Ambas sabemos que tengo un aspecto espantoso, pero nadie se atrevería jamás a decirle algo así a la hija del *Nuncio* Veronese.

—Y me encanta la blusa que llevas—, continúa. —¿Quién es el diseñador? Debe ser una etiqueta muy cara—.

—Mi hermana la hizo—, murmuro y lanzo una mirada por encima del hombro, buscando a mi amiga Dania, con la esperanza de que ella me salve.

—Oh. Es adorable. — Ella sonríe. —Le estaba diciendo a Oreste que ustedes dos harían una pareja perfecta. Le diré que te llame la semana que viene, Nera, querida. Acaba de comprar un coche nuevo, el último modelo de Tesla, y estoy seguro de que disfrutarás del paseo—.

Me estremezco. Oreste es un conocido prostituto que usa demasiada gomina y prácticamente se baña en colonia, incluso peor que su madre.

—Estoy ocupada la próxima semana. Quizás en otra ocasión.

—Perfecto. Estoy segura de que Don Veronese aprobaría que ustedes dos se vieran—. Ella sonríe y se inclina para susurrarme al oído. —Tu padre quiere mucho a mi hijo y estoy segura de que está considerando convertir a Oreste en capo—.

Y ahí está. La verdadera razón por la que está intentando ponerme en contacto con su engendro. No porque le guste, o porque crea que realmente haríamos una buena pareja, sino porque a su hijo le resultaría más fácil ascender en la escala jerárquica si la hija del Don fuera su novia. Ya ni siquiera me sorprende.

—Estoy segura que sí. Ah, ahí está Dania. Necesito ir a saludar—. Tomo un vaso de limonada helada de la mesa cercana y corro hacia mi amiga al otro lado del jardín. Ella está tratando desesperadamente de llamar a un camarero y no se da cuenta de mi lenta asfixia por la cortesía social. Mantengo mi atención en mi mejor amiga mientras me abro paso entre los invitados a la fiesta, esperando no quedar atrapada por un contacto visual no deseado con otra persona.

—¡Nera, cariño! — Alguien de un grupo a mi izquierda me roza el brazo cuando paso junto a ellos. —Tu cabello se ve increíble—.

—Gracias. — La cola de caballo en la parte superior de mi cabeza no es impresionante, pero fue el mayor esfuerzo que pude hacer después de lavarme el cabello esta mañana.

—Oh, Nera, no sabía que estabas aquí—. Un tipo que parece vagamente familiar se materializa justo frente a mí, lo que me detiene repentinamente. Creo que es uno de los sobrinos del subjefe. —Es bastante aburrido aquí. ¿Qué tal si nos escabullimos y vamos a tomar una copa a algún lugar?

—Mmm no. Gracias. — Lo rodeo y me encuentro cara a cara con Jaya, la prima de Dania.



—Te extrañamos el sábado—. Ella me ofrece una enorme y falsa sonrisa.  
—Melinda se sintió decepcionada cuando no apareciste—.

Sí, estoy segura de que su hermana estaba devastada porque no fui a su baby shower.

No porque quisiera que estuviera allí para compartir su felicidad, sino porque ahora no puede decir que la hija del Don asistió a su fiesta.

—Sólo he visto a tu hermana una vez, Jaya—, digo. —Me invitaste a su cumpleaños, pero cuando llegué, ella simplemente tomó el regalo y ni siquiera se molestó en presentarse ante mí—.

—¡Ella no sabía quién eras! Si lo hubiera hecho, estoy segura de que te habría tratado de manera diferente—.

—Exactamente mi punto. Por favor, dale mis mejores deseos—.

Dejo a Jaya mirándome la espalda y corro hacia Dania. Está intentando convencer al pobre camarero para que le traiga una bebida alcohólica, por lo que parece.

—Necesito salir de aquí—, susurro mientras tiro de su brazo. —Ahora.

—Seguro. — Coge una copa de vino blanco de la bandeja del camarero y me deja arrastrarla por el césped hacia la fuente de piedra en la parte trasera del jardín.

—Esto debería funcionar. — Hago un gesto hacia el banco de hierro al lado de la fuente de agua y tomo asiento. La sombra de un gran roble nos oculta en este lugar, a pesar de las farolas cercanas.

Dania lanza una mirada por encima del hombro hacia la multitud que disfruta de la noche afuera de la mansión de estilo colonial al otro lado de la propiedad. —¿Crees que alguien se dará cuenta de que nos hemos ido?

—Algún pez gordo dará un discurso pronto. Todos estarán demasiado ocupados escuchando sus divagaciones y aplaudiendo como tontos sin sentido—. Tomo un sorbo de mi limonada. —Papá dijo que pudieron persuadir

a este tipo para que aprobara un proyecto de ley en la Legislatura estatal que ayudaría a la familia—.

—¿Algo sobre los casinos?

—Podría ser. No estoy al día con todos los negocios desde que me fui de casa—.

—Todavía no puedo creer que el Don te haya dejado mudarte—. Ella toma asiento a mi lado.

—Yo tampoco. — Me encojo de hombros. —Cuando le dije que compré un lugar con el dinero que me dejó mamá, se enfureció. Me dio un largo sermón sobre lo indignante que es que la hija del *Nuncio* Veronese viva sola, en el “*pequeño cobertizo de mierda*” que es mi apartamento. ‘¿Qué diría la gente?’

—Entonces, ¿conseguiste convencerlo?

—Lo intenté. Me amenazó con arrastrarme de regreso a casa si me atrevía a irme y luego me echó de su oficina. Pero la semana siguiente me dijo que lo había pensado y decidió dejarme mi espacio—.

—Ojalá mi papá fuera más como el tuyo—. Dania toma un gran sorbo del vaso y tose. —Cumpliré veinte años el próximo mes. Mi papá ya empezó a jugar al casamentero. El año que viene esta vez me casaré—.

Me estremezco. —Lo siento.

—¿Qué pasa contigo?

—Por el momento no hay ninguna boda, gracias a Dios. Le dije a papá que estaba harta de no hacer nada todos los días y que quería ir a la universidad, o al menos tomar algunos cursos en línea, antes de dejar que me atrapara en un matrimonio concertado. Cuando él no estuvo de acuerdo, le dije que me desnudaría e iría a bailar a la Plaza del Ayuntamiento, arruinando mi reputación y, posiblemente, todas mis perspectivas de matrimonio futuro... para siempre.

—Creo que seguirás siendo un muy buen partido, incluso después de mostrar tu trasero desnudo—. Dania se ríe.

—Tal vez. ¿Pero te imaginas el escándalo que se crearía? Mi trasero sería el tema principal de los chismes de la Cosa Nostra durante años—.

—Todavía no entiendo por qué quieres ir a la universidad. Ustedes están tan cargados que nunca necesitarán trabajar ni un día de su vida. Y estoy bastante segura de que cuando te cases, tu marido no te permitirá tener un trabajo de todos modos—.

—Lo sé. Aun así, obtuve mi aceptación en el programa de tecnología veterinaria en línea. Empezaré las clases este otoño—.

Dania se atraganta con el vino, escupe volando por todos lados y se echa a reír. —¿La hija del Don, dando inyecciones a las gallinas y entregando lechones?!

—Bueno, supongo que tendré que pasar por todo eso en algún momento. Yo también me río.

—¡Entonces esa es la verdadera razón por la que empezaste a ayudar en esa clínica veterinaria! Pensé que simplemente estabas aburrida—.

—Digamos que necesitaba un cambio de escenario. Y es divertido. Trajeron un perro callejero la semana pasada y pude ver al veterinario coserle una herida en el estómago al pequeño bribón.

—¡Nera! Eso es bruto.

—No precisamente. Me gusta bastante. Pretendo tener una vida normal y todo eso—. Yo suspiro. —La madre de Oreste me arrinconó antes. Ella quiere ponerme en contacto con él. Creo que voy a dar por terminada la noche y volver a casa—.

—¿Qué pasa con tu equipo de seguridad?

Inclino mi cabeza hacia el cielo, mirando las estrellas. Papá insiste en que lleve a los chicos de seguridad cuando salgo tarde a algún lugar, pero no estoy de humor. Es difícil actuar como si estuvieras viviendo una vida normal cuando tienes guardaespaldas siguiéndote. —No esta noche.

—El Don se enojará si se entera—.

—Seguramente. — Resoplé. —Bueno, entonces me voy. Necesito levantarme a las siete. Tenemos una cesárea en una gata programada para mañana por la mañana—.

—Te envidio, ¿sabes? Haciendo de doctora de animales mientras yo necesito empezar a buscar el vestido de novia perfecto—.

—No lo estés. Yo también buscaré uno pronto. Papá me concedió sólo unos pocos años de gracia, pero luego estaré destinada al mercado matrimonial también—. Cada vez que voy a almorzar los domingos, papá todavía insiste en que debo asistir, temo que me diga que ha cambiado de opinión. Desde que cumplí diecinueve años, ha estado insinuando de manera no tan sutil que ya estoy en edad para casarme. —Sólo rezo para que cumpla su palabra y me deje en paz hasta que liberen a Massimo—.

—Sí—, dice Dania. —Eres un activo demasiado valioso para no ser utilizado—.

—Sí. Un activo.

—¿Tienes alguna idea de con quién podrías terminar?

Un escalofrío recorre mi espalda. —No. Sólo espero que no sea nadie del Clan de la Camorra. Escuché a papá hablando con el subjefe y parece que recientemente se están llevando a cabo negociaciones con ellos—.

—Dios, Nera. Espero que tu padre no decida ponerse del lado de la Camorra y casarte con Alvino. Se ha hablado de que golpeó bastante mal a la chica con la que estaba saliendo. Terminó en un hospital—.

Siempre ha habido rumores de que Alvino era un matón. Supongo que eso no le hace daño como líder del Clan Camorra. —Menos mal que mi padre odia a Alvino y a la Camorra. No creo que jamás firmaría una tregua con ellos, pero incluso si eso sucediera, nunca me obligaría a casarme con ese bastardo—.

—¿Está segura?

—Por supuesto que estoy seguro—. Le doy un rápido beso a Dania en la mejilla, luego me levanto del banco y agarro mi bolso. —Te veré el viernes. Diviértanse.

Mientras camino por el césped en dirección al estacionamiento, miro de nuevo a los invitados a la fiesta bebiendo y riendo en el patio trasero de la casa de mi infancia. Cuando era pequeña, me encantaba esconderme detrás de la barandilla de la escalera con mi hermana menor, Zara, observando a los hombres y mujeres elegantemente vestidos mientras deambulaban por el gran salón de abajo. A mi padre siempre le gustaba organizar fiestas y, cuando el Don enviaba una invitación, nadie se atrevía a rechazarla. Los preparativos a menudo tomaban días y mamá se aseguraba de que todo, desde los cubiertos hasta la música, estuviera arreglado según sus altos estándares. Nunca fue fanática de las fiestas, pero siempre brilló como la gran anfitriona. Mantener contentos a los miembros de alto rango de la Familia era importante. Mantenerlos cerca era crucial.

Recuerdo mirar con asombro a esas hermosas personas, deseando ser mayor para poder estar entre ellos. Me imaginé el vestido que usaría en mi primera fiesta: blanco, con una gran falda con volantes. Y tacones pequeños, tal vez dorados o plateados. Tenía tantas ganas de ser parte de su mundo.

Hasta aquella noche de hace catorce años.

Era Nochevieja y toda la casa estaba decorada con hermosas cintas doradas con pequeños detalles rojos en los flecos que ayudé a mamá a elegir. Bueno, en realidad era nuestra madrastra, pero ni Zara ni yo la llamamos así. Nuestra madre murió al dar a luz a Zara y Laura había sido la única mamá que conocimos.

Esa noche, las mesas estaban cubiertas con manteles de satén blanco con grandes lazos dorados sujetos con alfileres en las esquinas. Magníficos arreglos florales sirvieron como centros de mesa encima de cada extensión. Nuestros padres estaban parados junto al gran árbol de Navidad: papá con un elegante traje negro y mamá con un hermoso vestido de seda que hacía juego con el azul de sus ojos. La fiesta de Año Nuevo siempre era un gran acontecimiento y, además de los miembros de la familia, asistían muchos políticos y otros

funcionarios gubernamentales. No sabía quién era quién, pero recuerdo señalar a un hombre de larga barba blanca, que se reía de un chiste que había hecho nuestro padre, y decirle a Zara que él era un juez, y no el sultán que vi en el Película de Aladino. Papá me lo dijo cuándo nos revisó esa misma noche. Pero Zara dijo que el hombre se parecía más a Santa.

Massimo, nuestro hermanastro, estaba en el vestíbulo de entrada, justo debajo de la escalera donde Zara y yo estábamos escondidas en el rellano superior, inmersos en una discusión seria con dos hombres. Tenía entonces veinte años, pero siempre parecía mayor. Tal vez porque siempre estaba serio y con cara sombría. Massimo nunca nos prestó mucha atención a Zara y a mí, probablemente éramos demasiado jóvenes para que él se preocupara por nosotros, pero él y nuestro hermano mayor, Elmo, eran inseparables.

A lo largo de los años, a menudo me he preguntado cómo se llevaban tan bien en aquel entonces. La personalidad melancólica y antisocial de Massimo era todo lo contrario de la alegre y franca de Elmo. Aunque tenían edades cercanas, Massimo actuó como si fuera al menos una década mayor que el despreocupado y amante de la diversión Elmo.

Entonces, mientras mi hermanastro se ocupaba de sus negocios, Elmo estaba apoyado en la columna de mármol cerca de la entrada principal, coqueteando con una linda mujer pelirroja. No es que supiera lo que era “*coquetear*” cuando tenía cinco años, pero al recordar esa noche a medida que crecía, más y más detalles se aclararon en mi mente.

Elmo acababa de cumplir dieciocho años poco antes de esa fiesta, y recuerdo haber pensado en lo adulto que parecía con su esmoquin negro. Estaba bromeando con una mujer que casi le doblaba la edad, haciéndola estallar en una risa graciosa que nos hacía reír a Zara y a mí. Probablemente debería haberse mezclado con los capos, como se esperaba que hiciera el hijo del don, pero no. Massimo siempre fue quien hizo lo que se esperaba.

El olor a humo de cigarro, alcohol y comida elegante llegaba hasta el piso superior, donde Zara y yo espiábamos las actividades de abajo. Mi hermana chillaba cada vez que notaba un vestido nuevo y bonito, y yo tenía que

recordarle cada cierto tiempo que guardara silencio para que no nos descubrieran.

Ojalá no lo hubiera hecho.

Ojalá alguien nos hubiera visto y nos hubiera enviado de regreso a nuestras habitaciones.

Era casi medianoche y todos se reían. Un hombre vestido con un traje blanco tocaba una melodía en el piano que habían traído especialmente para la ocasión. Los camareros se movían entre los invitados, llevando bandejas con delicados vasos altos elevados por encima de sus cabezas. El champán para el brindis. Un evento festivo verdaderamente extravagante.

Apenas noté la conmoción en la puerta principal cuando dos hombres empezaron a discutir. No podía escuchar lo que decían entre el clamor de la fiesta, pero me pareció importante porque las voces elevadas de repente se transformaron en gritos. Cuando los hombres comenzaron a empujarse unos a otros, con las caras sonrojadas y enojadas, Elmo abandonó a la dama pelirroja y corrió hacia ellos. Siempre pacificador, mi hermano sin duda tenía la intención de romperlos.

No vio el arma que sacó uno de los hombres. Pero Massimo obviamente lo hizo, porque estaba corriendo hacia la entrada, gritándole a Elmo que regresara.

Un estallido ensordecedor explotó dentro de la habitación decorada en oro y rojo cuando se disparó el arma. Elmo tropezó hacia atrás, llevándose una mano al pecho. Las voces y la música se apagaron repentinamente, como si alguien hubiera accionado un interruptor. El silencio duró menos de un segundo antes de que el rugido animal de Massimo llenara el vacío. Mi corazón latía como un tambor mientras apretaba los postes de madera de la barandilla, viendo a Massimo atrapar a Elmo mientras mi hermano caía. Al instante, otros gritos resonaron en la habitación cuando la gente empezó a correr hacia el vestíbulo de entrada. Y en este caos, mi hermanastro buscó detrás de su espalda y sacó su propia arma.

Se escuchó otro estallido cuando Massimo disparó contra el hombre que disparó a Elmo.

Escuché el eco de esos disparos durante horas. Ni siquiera la estridente sirena de la ambulancia que corrió hacia nuestra casa o el estruendo del motor del forense que luego se llevó a Elmo pudieron ahogar ese sonido. Y todavía retumbaba en mi cabeza, por encima del ensordecedor portazo del coche de policía que rompió el silencio de la noche, mientras los policías se llevaban a Massimo.

Fue entonces cuando la noción idealista del mundo perfecto de mi familia estalló como una gran pompa de jabón.

—¿Quiere que le lleve su coche, señorita Veronese? — La voz del valet me saca del doloroso recuerdo, dispersando las imágenes de cintas de oro y sangre.

—Sí, por favor. — Asiento y envuelvo mis brazos alrededor de mi cintura. —Gracias. —Dice por encima del hombro: —Hermosa noche, ¿verdad?

Miro hacia el cielo cubierto de innumerables estrellas titilantes, que rodean la gran luna llena sobre la línea de árboles en la distancia.

—Sí—, susurro. —Realmente lo es—.



La grava cruje bajo las suelas de mis zapatos mientras camino por el estacionamiento vacío, en dirección al edificio residencial de seis pisos aún sin terminar. Las farolas que rodean la manzana están apagadas, pero la brillante luz de la luna llena presenta una complicación no deseada que me obliga a mantenerme en las sombras.

Justo cuando me acerco a las puertas de servicio que están abiertas, me llega un ruido sordo desde el interior. Manteniendo mi paso casual, saco mi arma y entro a la escalera.

—¿Puedo ayudarle? — pregunta un hombre con un mono desde lo alto de las escaleras. A su lado hay un cubo con productos de limpieza. Un conserje.



Todo el bloque todavía está en construcción y los inquilinos aún no se han mudado, por lo que no debería haber personal de conserjería a esta hora. Obviamente, la información que obtuve estaba equivocada. Levanto mi arma y apunto a la cabeza del conserje.

—No, por favor—, dice el hombre ahogándose. —Yo tengo una familia. Dos niños y...

Aprieto el gatillo antes de que pueda terminar la frase. Se oye un fuerte golpe cuando el hombre cae al suelo, su cuerpo cae por las escaleras y aterriza a mis pies. La sangre brota del gran agujero en el centro de su frente mientras sus ojos ciegos parecen estar mirándome. Algunas culturas creen que las almas de los muertos permanecen en este mundo y siguen a la persona que acabó con su vida por toda la eternidad. Atormentándolos. Es bienvenido a unirse al ejército que ya está a mis espaldas.

—Estoy dentro—, le digo a mi micrófono Bluetooth y paso por encima del cuerpo. —Tiempo estimado para completar la misión: catorce minutos—.

—Copiado. Comenzando el silencio del radio—. Con esa confirmación, la señal de audio se silencia.

Mi objetivo debería estar en uno de los apartamentos del tercer piso, manteniendo una reunión secreta con dos magnates de Medio Oriente. Ya fuese petróleo o armas, o cualquier otra cosa, no es importante. El único aspecto que me interesa es el método preferido para eliminar la marca que había en ellos, y si lo había. Los contratos emitidos por militares rara vez especifican ese detalle. Por lo general, el único requisito es que no se pueda rastrear nada en la escena del crimen hasta ellos. Los contratos privados, sin embargo, a menudo vienen con una serie de solicitudes específicas, que a veces son demasiado extrañas para siquiera pensar en ellas. Afortunadamente, esta es una simple orden de asesinato de *“golpear y dividir, sin testigos”*. No hay solicitudes estúpidas de las que preocuparse. Me gustan mucho más este tipo de contratos.

Llego al rellano del tercer piso y camino por el pasillo hacia dos hombres que están parados junto a la última puerta a la derecha.

—¡Oye! — ladra el primero, buscando un arma dentro de su chaqueta.

Levanto mi arma y disparó dos tiros en rápida sucesión. Los guardaespaldas se dejan caer donde estaban, haciendo alarde de agujeros de bala idénticos entre sus ojos.

La puerta del apartamento se abre de golpe. Incluso con el silenciador, el sonido de un disparo no se puede suprimir por completo y llamará la atención. Le disparo al tipo que está parado en el umbral, luego cambio mi objetivo al siguiente hombre que cruza la puerta. Justo cuando mi bala encuentra su objetivo, un dolor ardiente explota en mi pierna derecha. El cabrón logró golpearme. Aprieto los dientes, supero el dolor y entro. Manteniendo mi espalda contra la pared y con mi arma lista, avanzo por el estrecho pasillo hacia la puerta en el otro extremo.

Una ráfaga de balas perfora la superficie de madera frente a mí, acribillando la parte superior de mi cuerpo con varios golpes. Me tambaleo hacia atrás, permitiéndome sólo un segundo para tomar aire y luego abro la puerta de una patada. En medio de la habitación, un matón está cambiando el cargador de su arma. Sin dudarlo, le disparo dos veces en el pecho. Tropieza hacia atrás y su arma golpea el suelo de cemento. Otro disparo en la frente y su cadáver también cae al suelo. Uno de mis antiguos colegas tenía un dicho: *“Nunca supongas que alguien está muerto hasta que tenga un agujero en la cabeza”*. Es un mantra sólido.

Apoyo mi mano libre en mi cadera y miro a mi alrededor. El espacioso estudio está vacío, las paredes blancas que alguna vez fueron prístinas ahora están salpicadas de rojo y presentan perforaciones recién descubiertas. No hay señales de mi objetivo ni de sus socios por ninguna parte. El olor a pintura fresca flota pesadamente en el aire, pero todavía detecto una débil y acre picadura de pólvora mientras camino hacia el baño y abro la puerta de una patada.

Los tres vestidos en trajes están agazapados junto al retrete (hilos elegantes para teñir junto al retrete), con los rostros pálidos y los ojos frenéticos. Le disparo al más cercano en la cabeza, luego me ocupo de los otros dos en el mismo estilo. Para asegurarme de que los hombres muertos eran en realidad mi objetivo y sus asociados, presiono el botón de comunicaciones de mi auricular.

—Ustedes, malditos idiotas, dijeron que solo habría dos guardaespaldas.

—El cliente...— Una voz temblorosa llega a través de la línea, —...el cliente nos aseguró que no habrá más de dos miembros del personal de seguridad con el objetivo—.

—¿Y qué pasa con la maldita información de vigilancia?

—Eh... El capitán Kruger dijo que no había tiempo para eso. La voz del hombre está alcanzando un tono histérico. —Lo siento mucho. Fue un trabajo urgente, señor Mazur.

Excusas—Dile a ese hijo de puta que, si me quiere muerto, que intente matarme él mismo.

—Sí, se lo haré saber—. El chico se aclara la garganta. —¿Puede decirme el estado de la misión, señor Mazur?

—¡Jodidamente logrado! — Saco el auricular y lo guardo en mi bolsillo.

La naturaleza de mi relación con Lennox Kruger, el jefe de la unidad ZERO, siempre ha sido ambigua. Le gusta decir que me salvó cuando me sacó del centro psiquiátrico para jóvenes considerado demasiado peligroso para la sociedad. En verdad, quería una mascota a la que pudiera condicionar para matar gente sin remordimientos. Bueno, consiguió lo que quería y más. Estoy bastante seguro de que ya se habría deshecho de mí si no fuera el único agente que queda de la unidad ZERO original. Sin Belov y Az, soy el último de sus secuaces psicópatas.

Érase una vez, nuestro disfuncional grupo de hermanos se reunió con un único propósito: matar objetivos rápidamente y hacerlo sin dejar rastro de quién lo hizo. Después de que Az desapareció y, más tarde, Belov también lo hizo, Kruger decidió dejar atrás el ejército y convertirse en un contratista independiente. Él reunió nuevos equipos para asumir trabajos tanto gubernamentales como privados. Extorsiones. Proteger a cualquiera (incluso a delincuentes de alto nivel) con bolsillos lo suficientemente profundos como para pagar la tarifa que exigía por métodos sin escrúpulos y sin hacer preguntas. Incluso derribar a los señores de la guerra o a los gobiernos de países pequeños si el precio era el adecuado. Y por supuesto, asesinatos. Esas misiones me fueron asignadas principalmente a mí. Obtuve el 50 por ciento del valor del

contrato por cada trabajo completado, todo un incentivo para seguir trabajando para el hombre que me aterrorizó durante la mayor parte de mi adolescencia. Pero la cuestión es que, incluso sin la cuenta bancaria acolchada, probablemente habría seguido haciéndolo. Matar es lo único que sé hacer.

Gotas de sangre manchan el brillante lavabo de cerámica blanca y el lado derecho del espejo que está encima. Mientras miro mi reflejo, una gran mancha roja se adhiere al lugar alineado con mis ojos en el cristal. Qué apropiado. Dejo mi arma sobre el mostrador y empiezo a desabotonarme la chaqueta del traje.

—Joder—, gemí mientras me desabrocho el Kevlar que llevo sobre mi camisa. Varias de las balas me alcanzaron en el pecho, lo que me dificultaba respirar. Dejo caer el chaleco antibalas al suelo y levanto mi camisa para inspeccionar la herida cerca de mi cadera. Las fibras antibalísticas no lo atraparon. Aprieto los dientes y siento la piel alrededor de la herida con los dedos. La bala no parece ser tan profunda. El obstáculo combinado de la puerta y mi equipo de protección definitivamente lo ralentizó.

No me molesto en recoger el chaleco ni la chaqueta cuando salgo del apartamento. Mi ADN ya está por todo este lugar y estoy sangrando, pero no se puede rastrear mi identidad a través de ninguna base de datos policial. Con suerte, el equipo de limpieza de Kruger podrá encargarse de esta mierda. Si no, que así sea. Otra muestra desconocida para hacer compañía a todos los demás casos sin resolver.

El primer golpe me rozó el muslo, provocando una pequeña molestia. El que está a mi lado, sin embargo, podría ser un problema. No planeaba que me dispararan esta noche, así que dejé mi auto a varias cuadras de distancia. Cubrir esa distancia con una bala alojada justo encima de mi cadera va a ser una putada.

No hay nadie alrededor mientras cruzo cojeando el estacionamiento; solo yo, las estrellas y la luna llena proyectando su luz sobre los alrededores desiertos.

Detengo mi avance por un momento y observo el cielo. Cuando era niño, a menudo me escapaba cuando todos en mi casa de acogida se quedaban dormidos y me subía al techo para mirar el cielo. No fue la extensión oscura o su aparente infinidad lo que cautivó mi atención, sino más bien los puntos

centelleantes de esas estrellas distantes. Parecían tan pequeños, sin embargo, su brillo penetraba la oscuridad como si fueran faros, iluminando el camino para cualquiera que se perdiera en la oscuridad. Extendía la mano e imaginaba capturar uno en mi puño, como si pudiera sostener esa luz salvadora. Pero al abrir mi mano encontré que estaba vacía. La luz permaneció en el cielo, brillando, tentándome a intentarlo de nuevo, pero siempre fuera de mi alcance.

La última vez que intenté atrapar una estrella tenía ocho años. Mi padre adoptivo me encontró en el techo y me arrastró por el pelo. Me llevó al sótano donde me dio una paliza. Ni siquiera pude mantenerme en pie después. Me llamó imbécil y me dejó tirado en un charco de mi propia sangre mientras subía a buscar la navaja. Estaba demasiado ido para luchar contra él cuando me agarró del pelo otra vez y me lo afeitó todo.

Dos días después, cuando finalmente pude caminar, encontré la misma navaja, entré en su habitación y le corté el cuello. Después de esa noche, nunca más intenté atrapar una estrella. Supongo que eso cimentó mi creencia de que el brillo celestial no era para mí.

Vuelvo la cara hacia el globo brillante en el cielo oscuro y cierro los ojos, imaginando lo bueno que sería no volver a abrirlos nunca más.



El semáforo cambia a rojo, así que subo un poco la música y miro por la ventana abierta. A papá no le gusta que vaya por esta parte de la ciudad, cree que es peligroso, pero es una ruta mucho más rápida. Vengo por aquí con bastante frecuencia porque la clínica veterinaria está justo en la siguiente cuadra y, de todos modos, no hay nadie alrededor a esta hora de la noche.

Estoy tarareando la melodía de la radio, tamborileando con los dedos en el volante, cuando un movimiento en el callejón al otro lado de la calle me llama la atención. Parece un hombre, caminando lentamente mientras se apoya con la mano contra la pared. Se detiene por un momento, luego da dos pasos más antes de que sus piernas cedan y se doblen debajo de él.

Mierda. ¿Debería ir y ver si necesita ayuda? No, vendrá alguien más, le echará una mano si la necesita. Miro hacia el semáforo. Todavía rojo. Mis ojos vuelven al hombre del callejón. Ahora está sentado en el suelo, apoyado en el costado del edificio, y su cabeza está inclinada hacia arriba. Probablemente sea sólo un borracho que se ha perdido o está tan ebrio que ni siquiera puede caminar derecho. Estará bien, me digo a mí misma, pero no puedo apartar los ojos de él. Parece estar mirando al cielo, tal como lo había hecho yo antes. No era la primera vez que miraba la noche y me preguntaba qué me deparaba la vida. ¿Él está haciendo lo mismo? ¿Es él como yo, que también pregunta: “¿Qué me espera ahí fuera?”.

Quizás este tipo no tenga teléfono. Ya habría llamado a alguien para pedir ayuda si lo hubiera hecho, ¿verdad? Tonterías. Piso el acelerador tan pronto como la luz se pone verde y giro el volante, haciendo un giro en U, luego empujo mi auto hacia la desolada acera, deteniéndome en el espacio entre los dos edificios. Dejar mi vehículo y dirigirme a un callejón oscuro para ver cómo está un tipo al azar es una estupidez, pero no puedo simplemente ignorarlo. Metí la mano debajo de mi asiento para sacar el arma que escondí allí. Metiéndola en la cintura de mis pantalones en mi espalda, salgo del auto.

La farola a la entrada del callejón baña el entorno con un brillo amarillento. Mantengo mi mano derecha en el mango de mi arma, lista para retirarla en cualquier momento. Puede que sea imprudente, pero estúpida no. Hace dos años, pillé a uno de los hombres de mi padre follando a una criada mientras debería haber estado de guardia, así que lo chantajeé para que nos enseñara a mi hermana y a mí a disparar. Zara al principio no quería, pero acabó siendo algo natural. Puede que no sea la mejor tiradora, pero lo hago bastante bien en distancias cortas.

Me acerco al hombre y me detengo junto a sus piernas. Lleva pantalones negros y una camisa de vestir negra, con los dos botones superiores desabrochados. La pernera izquierda de su pantalón parece mojada y hay manchas de sangre en el pavimento debajo de él. Mis ojos se deslizan hacia su enorme pecho, subiendo y bajando lentamente con cada respiración laboriosa, y luego continúan hasta su rostro. El aire sale de mis pulmones.

Debe ser el chico más sexy que he visto en mi vida. Definitivamente mayor que yo, y no como uno de los pavos reales inmaduros que dejé atrás. En la fiesta de papá. Las líneas de su rostro son nítidas, como si estuvieran grabadas en piedra. Pómulos altos. Una mandíbula fuerte con una barba corta y limpia, una nariz ligeramente torcida. Sus ojos cerrados están enmarcados por espesas cejas negras, y varios mechones de cabello negro azabache han caído sobre su rostro, las puntas llegan casi hasta su cintura. Nunca había conocido a ningún hombre con el pelo tan largo.

—¿Necesitas ayuda? — Pregunto cuándo recobro el sentido.

El hombre no responde. Lanzo una mirada por encima del hombro. Todavía no hay nadie alrededor. Excelente. Manteniendo mi arma agarrada, me agacho y me inclino más cerca de él.

—Oye...— Toco su pecho con mi dedo.

Ni siquiera lo veo moverse. En un momento está desplomado contra la pared como si se hubiera desmayado, y al siguiente, tiene un arma presionada en mi sien, sus ojos taladrando los míos. Mi cuerpo se queda completamente quieto. El sudor frío recorre mi piel y un escalofrío de miedo recorre mi columna. No tengo tiempo para sacar mi propia arma, así que me limito a mirar a los ojos más inusuales que he visto en mi vida. Un tono de gris tan claro que casi parecen plateados.

—¿Quién carajo eres? — pregunta con voz profunda y ronca.

—Una idiota, aparentemente.

Él frunce el ceño y examina mi blusa floreada y mis pantalones blancos. Sus ojos suben hasta que se detienen en la parte superior de mi cabeza, donde mi cabello rubio oscuro está recogido en una coleta alta y atado con un pañuelo de seda rojo. El toque del frío metal en mi sien desaparece.

—Lárgate de aquí, cachorro—, dice con voz áspera y vuelve a apoyar la cabeza en la pared, cerrando los ojos. —Estúpida.

Deslizo mi arma desde detrás de mi espalda y presiono el cañón contra su pecho, justo sobre su corazón. —Estúpida, pero armada—.

Esos magníficos ojos se abren de golpe. Él sostiene mi mirada mientras envuelve sus dedos alrededor del cañón y mueve el arma, golpeándola contra el puente de su nariz.

—Hazme un favor. No falles—. Su voz es plana, indiferente, como si su vida no significara nada.

Miro al lunático que tengo delante, incapaz de romper el contacto visual. Algunas personas pueden decir que no les importa si viven o mueren, por el motivo que sea, pero cuando se enfrentan a una situación de supervivencia real, harán lo que sea necesario para salvarse. La autoconservación es un instinto básico, independientemente de las circunstancias.

—Vamos, cachorro de tigre. No tengo toda la noche—. Con esas palabras, suelta mi arma y vuelve a cerrar los ojos.

Lo más inteligente sería volver a mi auto y dejar al bombón con ganas de morir por pérdida de sangre, pero no puedo hacerlo. Y ya hemos establecido que soy un idiota. Bajo el arma y la devuelvo a la parte de atrás de mis pantalones. Luego, tiro del pañuelo que sujeta mi cabello. La pernera del pantalón del tipo está rasgada a mitad del muslo, revelando un largo corte que rezuma sangre. Envuelvo mi pañuelo alrededor de su pierna con forma de tronco, justo por encima de la herida, y la ato con un nudo apretado.

—Mi auto está allí. Te llevaré a un hospital—. Me levanto y extendo mi mano hacia él.

Los ojos plateados se encuentran con los míos una vez más, luego bajan hacia mi mano extendida, mirándola como si fuera a morderlo. Lentamente, levanta su brazo y envuelve sus dedos alrededor de los míos. Empujándose del suelo con la otra mano, comienza a elevarse. Arriba y arriba. Cuando finalmente está vertical, tengo que inclinar la cabeza hacia el cielo para poder sostener su mirada.

—No hay hospital—, dice, soltándome la mano. —Estoy estacionado a varias cuadras de distancia, solo déjame—.

—Claro—, grazno. —Eh... ¿Necesitas ayuda?



Sus labios se curvan en las comisuras mientras examina los cinco pies y cuatro pulgadas de mi cuerpo y niega con la cabeza. Puede que tenga una altura promedio para una mujer, pero él me saca más de un pie.

—¿No es esta una noche de escuela? — Pregunta mientras se dirige hacia mi auto, apoyándose en la pared del edificio a su derecha.

—No desde mi fiesta de graduación hace más de un año—, respondo, apresurándome a abrirle la puerta del pasajero.

Observo cómo la montaña de un hombre herido cruza la acera arrastrando los pies y se agarra al borde de la puerta del auto. Su rostro está pálido y el pañuelo que le ató alrededor del muslo está completamente saturado de sangre.

—No hay manera de que puedas conducir a ningún lado en esas condiciones—. Doy la vuelta al vehículo mientras él prácticamente se deja caer en el asiento. —¿Cuchillo de combate? — Pregunto, arrancando el motor.

—Bala. — Lanza su arma al tablero. —Mi auto está a aproximadamente una milla calle abajo—.

Hago lo mejor que puedo para mantener mis ojos enfocados en el camino, pero siguen deslizándose hacia el extraño a mi lado. ¡Quién empieza a desabotonarse la camisa!

—¿Qué estás haciendo?

Él ignora mi pregunta y se quita la camisa, gimiendo en el proceso.

—¡Querido Dios! — Grito, mirando el desastre sangriento en el costado de la parte superior de su cuerpo.

—Ojos en el camino, cachorro—.

—Te llevaré a un hospital—.

—No, no lo harás—, dice mientras presiona la prenda enrollada contra la herida ensangrentada sobre su cadera. —Tengo un médico esperándome en.... casa. Sólo necesito llegar allí—.

—Entonces te llevaré a casa—.

—No.

Aprieto el volante y lo miro furtivamente. Dondequiera que esté su casa, se desangrará antes de llegar a ella. No es mi problema. Ya llegué al límite de lo “*extremadamente estúpido*” al permitir que un extraño armado y con heridas de bala entrara en mi auto. Hacer algo más es apuntar a un nivel “*astronómicamente idiota*”. Maldigo en voz baja y tomo la siguiente calle a la derecha.

—Te llevaré a la clínica veterinaria donde trabajo. Intentaré detener la hemorragia y luego podrás seguir tu feliz camino.

\* \* \*

—¿Puedes subir a eso? — Asiento hacia la mesa de metal en el centro de la habitación.

Cuando me doy la vuelta, encuentro a mi extraño herido apoyado en el marco de la puerta con el hombro, sosteniendo una pistola en la mano mientras escanea el espacio con los ojos.

—Somos sólo nosotros—, digo. —La clínica no abrirá hasta las ocho de la mañana—.

Evalúa la habitación una vez más, luego se levanta de la jamba y cojea hacia la mesa de operaciones. Ya casi lo ha alcanzado cuando de repente se detiene y agarra el armario a su izquierda. Corro hacia él, lo agarro del brazo y lo paso por encima de mi hombro.

—Vamos, unos pasos más—.

El calor de su cuerpo se filtra dentro de mí mientras cruzamos la habitación. Mi palma izquierda está presionada contra su espalda desnuda, justo encima del arma que lleva metida en la cintura, mientras agarro su antebrazo con la derecha. Tengo varios amigos hombres con los que soy moderadamente cercana y los abrazos aleatorios son algo habitual. Puede que esto no sea un abrazo real, pero

con mi cuerpo básicamente metido en el del extraño, soy muy consciente de cada punto de contacto entre nuestros cuerpos. El peso de su brazo sobre mis hombros. Un ligero roce de mi cadera contra su muslo. Los músculos acordonados de su antebrazo bajo mis yemas de los dedos. Su cálido aliento mientras hormiguea la parte superior de mi cabeza. Es como si me rodeara con su presencia y todo lo demás parece desvanecerse. Ciertamente nunca he sentido eso con ninguno de mis amigos. De alguna manera logramos llegar a la mesa. Lo ayudo a levantarse, luego acerco el carrito con los instrumentos y suministros quirúrgicos.

—Bueno. — Tratando de reunir coraje, respiro profundamente mientras busco en el primer cajón. —Primero nos pondremos de tu lado. Debería haber un paquete de vendas compresivas por aquí. Mis dedos finalmente se curvan alrededor de una forma tubular familiar y coloco el rollo encima. Al enderezarme, mis ojos se fijan en una caja de guantes de nitrilo en un mostrador cercano. Me tiemblan las manos mientras saco dos y me los pongo. Loco. Todo esto es una locura. Esta idea no parecía tan complicada cuando se me ocurrió en el auto, pero ahora, lentamente, estoy entrando en pánico. Estúpida. Estúpida. Estúpida.

—Primero debes quitar la bala, cachorro—.

Mi cabeza se gira en su dirección y lo miro boquiabierto con horror. ¿Qué? No hay manera de que esté cavando en su carne para sacarla. una bala. Sólo pensé en vendarlo para ayudar a detener el sangrado.

Una pequeña sonrisa levanta las comisuras de sus labios. Parece encontrar divertida la situación. Mi pulso se dispara mientras miro los dos orbes plateados que han capturado mi mirada. No puedo evitar preguntarme qué secretos se esconden en sus profundidades. Algo en esos iris pálidos me hace sentir como si estuviera mirando a la muerte directamente a los ojos, pero los salvajes latidos de mi corazón no se deben al miedo.

Soy muy consciente de que es media noche y que estoy sola con un extraño: un hombre que es más del doble de mi tamaño y que, incluso herido, puede romperme el cuello fácilmente. Pero no, mis latidos frenéticos no tienen nada que ver con el miedo.

Más mechones de cabello se han caído de su trenza, los mechones oscuros enmarcan su hermoso rostro. Ahora, a plena luz, puedo ver que no es tan perfecto como parecía. Tiene una cicatriz en la frente y otra en el pómulo izquierdo, pero no distraen su mirada.

—La bala está cerca de la superficie—. Coge las pinzas del carro y las coloca en mi mano. —Te las arreglarás muy bien—.

Aprieto el instrumento y miro el agujero en su costado. —Aquí sólo tenemos anestésico animal—.

—No me gustan las drogas. Nos quedaremos sin nada—, dice y se tumba en la mesa. —Sin anestesia. Seguro. — Yo trago. Dios mío, está loco.

Haciendo lo mejor que puedo para no asustarme por completo, empiezo a limpiar la piel alrededor de la herida de bala. Lo único que veo es sangre, pero de alguna manera, hago que mi mano no tiemble mientras acerco las pinzas a la herida.

—Es alrededor de media pulgada—, dice. —Deberías poder sentirlo de inmediato—.

*No te desmayes. No te desmayes.* La bilis sube por mi garganta cuando coloco la punta de las pinzas dentro de la herida. He visto animales siendo tratados en numerosas ocasiones, incluidas algunas laceraciones bastante desagradables, pero nunca he visto a nadie sacar una bala. La necesidad de cerrar los ojos, de bloquear las imágenes de sangre y carne desgarrada, es abrumadora. Aprieto los dientes para superarlo. Dedos fuertes rodean mi muñeca y mueven mi mano ligeramente hacia la izquierda. La fuerza detrás de su agarre es inexistente, como si tuviera miedo de lastimarme.

—Allí. — Lo escucho, pero no me atrevo a apartar la mirada de la herida. —¿Puedes sentirlo?

Asiento con la cabeza. —Bien. Ahora sácalo—.

Aguanto la respiración y aprieto el pequeño objeto con las pinzas. El cuerpo del extraño se tensa, pero no deja escapar ningún sonido. El sudor frío me recorre la frente mientras lentamente saco la bala. Al instante, la sangre

comienza a salir del agujero en la carne. Tiro las pinzas y la bala al carro y agarro una toalla y la presiono sobre la herida.

—¿Ahora qué? — Me ahogo.

—Limpia la sangre primero. Luego, aplique un vendaje (tal vez agregue algunos) y cúbrelo con una venda. Luego, usa la cinta para asegurar todo—.

Sigo sus instrucciones y, cuando tengo asegurado el vendaje de su cadera, me agarro del borde de la mesa e intento controlar mi respiración errática. Hay sangre por todas mis manos y brazos, hasta la mitad de los codos.

—Ahora, la pierna—, gruñe mientras se sienta. —¿Tienes vendas elásticas?

Asintiendo, me quito los guantes ensangrentados y busco dentro del cajón para sacar dos paquetes. Mis dedos tiemblan y apenas registro mis propios movimientos mientras coloco los paquetes en su mano extendida. La piel de su palma es áspera y una gruesa cicatriz elevada la divide en diagonal.

—Cachorro.

Mi mirada salta de su mano a sus ojos. Me están mirando fijamente. Hay un ligero toque en mi muñeca derecha mientras sus dedos la rodean, tal como lo habían hecho hace unos minutos. Levanta mi mano y presiona sus labios contra las puntas de mis dedos. Y de repente me olvido de cómo respirar.

—Lo hiciste bien. — Su voz ronca me inunda, casi como una caricia, mientras suelta mi mano.

Aturdida, me quedo allí mientras él arranca la envoltura que rodea el rollo y comienza a envolver el vendaje alrededor de su muslo. Ni siquiera se inmuta. Mi pánico comienza a disminuir, así que finalmente puedo procesar verlo en toda su hermosa gloria masculina.

Dejé que mis ojos vagaran por su enorme pecho desnudo, cada músculo del cual está tan perfectamente delineado que sería un tema fenomenal para estudiar anatomía. ¿Qué? Sí, —estudiar—, eso es exactamente lo que estoy pensando mientras observo la forma en que se flexionan sus bíceps mientras trabaja para envolver su pierna. Esas cosas podrían ser más gruesas que mis dos muslos

juntos. El calor se extiende por mis mejillas mientras lo miro con los ojos sin una pizca de vergüenza. Al igual que en su rostro, hay pequeñas imperfecciones en la parte superior de su cuerpo. Una línea de carne elevada de cinco pulgadas en su antebrazo izquierdo. Probablemente una vieja herida de cuchillo. También hay varias pequeñas cicatrices en su estómago y pecho, pero no estoy seguro de qué pudo haber ocurrido. los causó. Sin embargo, la marca redonda en su hombro cerca de la clavícula derecha es definitivamente de una bala. Cuando termina, se desliza fuera de la mesa y nuevamente, necesito levantar la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—La próxima vez que te topes con un hombre herido de bala, o corres o lo matas—. Se inclina hasta que su cara está a pocos centímetros de la mía, y uno de los mechones sueltos de cabello oscuro roza mi mejilla. —¿Entendiste eso, cachorro de tigre?

—Sí—, susurro.

Recoge su camisa arruinada, luego alcanza mi pañuelo de seda tirado sobre la mesa y lo mete en el bolsillo de sus pantalones. Al momento siguiente, cruza cojeando la habitación en dirección a la salida.

—¿No hay '*gracias por salvarme la vida*'? — murmuro.

Mi misterioso desconocido se detiene, pero no se gira para mirarme.

—Estás viva, ¿no?

—Sí.

—¿Entonces?

—Ese es el mayor '*gracias*' que alguien haya recibido de mí, cachorro—.

La campana encima de la puerta suena cuando la puerta se cierra a su paso.

Miro mi mano. La sensación de hormigueo cuando sus labios tocaron las puntas de mis dedos todavía está ahí. ¿Fue un beso? Permanezco de pie en medio del quirófano, mirando mi mano durante casi cinco minutos. Cuando finalmente me quito la niebla de la mente, corro hacia la puerta, temerosa de encontrar al tipo de pelo largo boca abajo en el estacionamiento.

No hay nadie alrededor cuando salgo. Me giro, mis ojos buscan la figura alta pero no encuentran nada. un desmoronado periódico, arrastrado por la brisa, rueda por la calle desierta. El bote de basura de la cuadra suena cuando un gato callejero salta sobre su tapa y luego salta al balcón de arriba. Pero no hay señales de él. Es como si él simplemente... desapareció.

Saco el teléfono de mi bolsillo trasero y abro la aplicación de noticias. Varios artículos con titulares en negrita aparecen en la pantalla mientras deslizo el contenido. Todos ellos son sobre el tiroteo que ocurrió esta noche, apenas a cinco cuadras de aquí. Hago clic en el más reciente, hojeando el texto. Nueve víctimas, según la policía. Un destacado magnate inmobiliario y miembros de su equipo de seguridad. Un periodista entrevistó a los residentes cercanos, pero nadie vio ni escuchó nada. La única pista potencial provino de una mujer que trabajaba en el turno de noche en la casa de empeño cercana. Vio a un hombre dirigiéndose hacia el complejo inacabado donde tuvo lugar el tiroteo. Desafortunadamente, ella no vio su rostro, sólo su espalda y su largo cabello, retorcido en una trenza.

# Capítulo 2



—¿Cómo va ese trabajo tuyo? ¿Pasó algo interesante? Las palabras se pronuncian entre bocados y es el tono tranquilo habitual de mi padre, pero el *Nuncio* Veronese, el Don de la Cosa Nostra de Boston, nunca dice ni hace nada sin una razón.

Un trozo de brócoli casi se me queda atrapado en la garganta porque, por una fracción de segundo, creo que de alguna manera se habrá enterado de mi desconocido de pelo largo de la semana pasada.

—Eh... Es genial, papá—. Trago. —Lo mismo de siempre, ¿sabes? Ah, pero el otro día un niño trajo una tarántula.

—Querido Dios. —Suspira y luego se vuelve hacia mi hermana que está sentada al otro lado de la mesa —Zara, por favor pásame el pan—.

Mi hermana acerca el cuenco de cristal a él y sigue comiendo en silencio. Ella siempre está tan callada que, a veces, me olvido incluso de que está en la habitación. Cuando éramos niñas, Zara era muy alegre, reía constantemente y balbuceaba sobre algo. Mamá solía decir que, si Zara no tuviera boca, le crecería una por pura voluntad. Eso cambió después de la noche en que mataron a Elmo. Desde entonces, ya no ha sido esa niña sonriente a la que le encantaban las travesuras.

—Sé que acepté seguir está loca idea tuya, Nera, pero ¿no quieres reconsiderarlo? —continúa mi padre. —Si quieres estudiar algo, ¿por qué no economía? ¿O finanzas? ¿Algo que sería de beneficio real y que podrías utilizar en el futuro?

—No.



—Entiendes que es sólo temporal, ¿verdad? Cuando te casas, tu marido no te deja pasar el tiempo inseminando caballos o lo que sea. Es absolutamente impropio para alguien de tu nivel—.

—Casi no hay caballos que necesiten inseminación en Boston, papá—. Suspiro. Es la misma conversación todos los domingos cuando visito. —Sobre todo tratamos a mascotas.

—Gracias a Dios. —Coge su vino y toma un gran sorbo. —Debería haberte casado en el momento en que cumpliste dieciocho años, pero Massimo dijo que debería esperar—.

Levanto una ceja. No sabía que mi padre habló de mi futuro con mi hermanastro.

Massimo está cumpliendo una sentencia de dieciocho años por homicidio voluntario por matar al tipo que disparó a Elmo, y papá lo visita una vez a la semana. Todos los jueves por la mañana, papá viaja a la institución correccional en las afueras de Boston y se queda durante horas. Siempre me he preguntado de qué hablan. Mi padre es la única persona a la que mi hermanastro permite visitarlo en prisión. Ni Zara ni yo hemos visto a Massimo desde que lo encerraron. Hasta donde yo sé, ni siquiera ha dejado que Salvo, su amigo de la infancia y ahora uno de los capos de mi papá, vaya a verlo.

—¿Cómo está? — Pregunto.

—Bastante bien, en realidad. Ya conoces a Massimo, nada le inquieta mucho.

—¿Ha estado encerrado en la prisión de máxima seguridad durante más de una década y está *'bien'*?

—Sí—, dice. —Ha estado preguntando por ustedes dos—.

Una profunda inspiración llega desde el otro lado de la mesa. Levanto la vista y encuentro a Zara mirando su plato, con el tenedor flotando a medio camino de su destino. Dura sólo un momento antes de que vuelva a meterse comida en la boca.

—¿Pero todavía no nos deja visitar? — Vuelvo a mirar a mi padre.

—Él tiene sus razones—. Papá se encoge de hombros y cambia de tema. —El hijo de Tiziano será bautizado este otoño y después habrá un gran almuerzo familiar. Necesito que ambas asistan y luzcan lo mejor posible. Consíganse vestidos hechos a medida, algo que ninguna otra mujer tendrá. Mis hijas deben estar por encima de la esposa o novia de cada capo. No quiero pasar vergüenza delante de la Famiglia, ¿me oyen?

—¿Qué día es? Tendré que consultar mi horario en la clínica—.

—No me importa tu horario de pasatiempos, Nera. Vas a estar ahí—, espeta y luego apunta con el tenedor a Zara. —Tú también. Con un atuendo apropiado para el lugar y el clima. Me comunicaré contigo con una cita—.

Manteniendo la mirada baja, Zara coloca los cubiertos en el plato y se levanta lentamente. Ella no dice una palabra mientras se aleja y sale del comedor.

—¡Eso fue malo! — Siseo tan pronto como mi hermana está fuera del alcance del oído. —Ella ya no es una niña. Tu hermana tiene casi dieciocho años y necesita empezar a prestar atención a cómo se presenta. No puede andar cubierta de pies a cabeza con un calor de cien grados, por el amor de Dios. La gente hablará—.

—¡Entonces déjalos hablar! — Tiro la servilleta en mi plato y luego corro tras Zara.

Su habitación está en el segundo piso, justo al lado de la mía. Están unidas por una puerta que las comunica, y como no estoy pasando más tiempo aquí, dejé que Zara usara el dormitorio de mi infancia como su estudio de costura.

Encuentro a Zara sentada en el borde de su cama, agarrando la colcha entre sus dedos. Por todas partes hay revistas de moda, bocetos y diversos trozos de tela. Apoyo mi hombro en el marco de la puerta y observo el desorden.

—Mi habitación no es suficiente, ¿eh? — Sonrío, tratando de mantener el ambiente alegre. —Vamos. Muéstrame en qué estás trabajando—.

Zara simplemente se encoge de hombros, sus hombros parecen hundirse aún más después. Entro en sus dominios, haciendo lo mejor que puedo para no tropezar o mover ninguno de los patrones de costura que ha extendido en el suelo.

—Esto se ve increíble—. Me inclino y tomo un boceto que muestra un vestido sin mangas con un corpiño que se anuda alrededor del cuello. —Me vendría bien un vestido para ese almuerzo con Tiziano si tienes tiempo—.

Los labios de mi hermana instantáneamente se ensanchan en una sonrisa. Salta de la cama y corre por la habitación, recogiendo la cinta métrica y una libreta del sillón reclinable.

—¿Estás segura del diseño? — pregunta mientras se agacha para coger un lápiz de debajo de la cama. —Puedo hacer cambios si quieres—.

—Sin cambios. Va a ser perfecto. Como cada prenda que has hecho para mí—.

Paso mi mano por la manga abullonada de su blusa blanca. Ella me dijo que el estilo se conoce como “*linterna*”, donde el material se expande hacia las muñecas y los puños se mantienen unidos con botones de perlas. El cuello de la camisa es alto y ajustado, formando un gran lazo alrededor de su cuello. Ella es tan talentosa.

Poco después de que mataran a nuestro hermano, Zara desarrolló vitíligo. Comenzó en sus dedos y muñecas, pero luego aparecieron manchas blancas en su pecho, piernas y brazos. Cuando mamá murió, progresó hasta incluir áreas alrededor de sus ojos. No importa la temperatura exterior, Zara siempre usa escotes altos y mangas largas porque no le gusta que la gente la mire fijamente. El año pasado, intentó cubrir las partes descoloridas de su rostro con una base, pero su piel no lo aguantó bien. Aun así, siguió cambiando de marca, probando otras diferentes, hasta que le salió tal sarpullido que tuve que sentarla y ponerle un espejo en la mano. Ella es absolutamente hermosa y traté de hacérselo ver. No hay nada que no sea hermoso en mi hermana. Quería que ella se diera cuenta de eso, que reconociera que es bonita y perfecta, tal como es. Ella no me creyó, pero al menos dejó de usar la base.

—¿Qué tal la seda lavanda? — Pregunta Zara mientras envuelve la cinta métrica alrededor de mis caderas.

—Sí, la lavanda suena genial—. Levanto los brazos para que pueda medir mi busto. —Entonces... Conocí a alguien en la oficina del veterinario la semana pasada—.

Zara arquea una ceja.

—Alto. Realmente alto. Cuerpo increíble. Pelo largo y negro. Probablemente sea el hombre más atractivo que he conocido—.

—¿Trajo una mascota para un chequeo?

—Um, no exactamente—. Me río. —Él terminó siendo el paciente—.

Le doy los detalles de mi encuentro con el extraño, empezando por cómo lo encontré en un callejón, pero me salto la parte del arma. Todavía pienso en él. Su voz áspera y quebrada. La forma en que yacía en esa mesa, completamente quieto, mientras le sacaba la bala de la carne. Hace un par de años, uno de los guardias de mi padre recibió un disparo justo fuera de nuestras puertas. Mientras que nuestros chicos de seguridad se ocuparon rápidamente del matón que fue lo suficientemente estúpido como para hacerlo, el hombre herido fue llevado a la casa.

Nuestro médico de cabecera llegó para tratarlo y, aunque escuché que al hombre le dieron anestesia, todavía lloraba lo suficientemente fuerte como para que yo lo escuchara en mi habitación. Probablemente todo el vecindario lo escuchó. Pero lo que me dejó la mayor impresión fueron los ojos del extraño. Tan hermosos. Y tan vacíos. No había nada en esos dos orbes plateados. Sin miedo a morir. Ninguna preocupación. Nada. Al mirarlos me sentí como si estuviera mirando un alma hecha de piedra. Cuando termino de contar nuestro encuentro, Zara simplemente me mira fijamente por un par de momentos, luego me agarra por los hombros y me grita en la cara.

—¡¿Estás loca?!

Parpadeo hacia ella. Zara nunca dice malas palabras. Y no recuerdo la última vez que la oí alzar la voz.

—Sola—, continúa, sacudiéndome los hombros. —En medio de la noche. ¿Tratando las heridas de bala de un extraño?

—Escuchar. Sé que fue una estupidez, ¿vale? Pero cuando lo vi en ese callejón, simplemente mirando el cielo oscuro, de alguna manera me recordó a mí. No podía simplemente dejarlo allí para que se desangrara—.

—Podrías haber llamado al 911—.

—Lo sé. Pero no lo hice—. Yo suspiro. —No importa ahora. De todos modos, no lo volveré a ver nunca más—.

—¡Gracias a Dios! — Zara niega con la cabeza y se acerca al tocador.

Se arrodilla en el suelo y comienza a hurgar entre una pila de telas de colores apiladas en el lado derecho. Hay otra pila a la izquierda, pero contiene todos los colores neutros: beige, blanco, marrón y negro. Sin tonos vibrantes, sin patrones. Estas son las telas que utiliza para confeccionarse su propia ropa.

—¿Tienes suficiente lavanda para hacer algo para ti también? — Pregunto. —Podríamos ir con trajes a juego, como solíamos hacer cuando éramos niñas.

Zara mira el gran bulto de tela doblado sobre su regazo y acaricia con amor la seda de color rosa violeta con las yemas de los dedos. Se vería preciosa con ese color, especialmente con uno de los diseños que vi tirados en el suelo: un magnífico vestido de noche con escote en V, hombros descubiertos y una abertura alta a lo largo de la pierna.

—No—, susurra y se acerca a mí, sosteniendo la tela en sus brazos.

Coloca el bonito material alrededor de mi cintura para ver cómo fluirá, luego revisa su boceto y, mientras observo a mi talentosa hermana, mi corazón se rompe por ella por enésima vez. Desearía que ella se viera a sí misma como yo, hermosa, por dentro y por fuera, y usara uno de los asombrosos vestidos que tanto le encanta crear en lugar de simplemente hacerlos para mí y nuestras amigas.

—¿Cómo van las cosas aquí, en casa?

—Lo mismo—, dice mientras escribe los números en su libreta. —Batista Leone vino el otro día él y papá pasaron casi tres horas en la oficina de papá.

Eso no es nada nuevo. Como subjefe de papá, Leone pasa bastante tiempo en nuestra casa. También fue el subjefe del anterior don. Escuché que esperaba hacerse cargo de la familia Boston cuando el viejo Don muriera. Sin embargo, durante la reunión donde los capos y los mayores inversores empresariales se reunieron para discutir la sucesión, mi padre fue elegido como el próximo don. Fue en esa misma reunión que se concertó el matrimonio entre mi padre y la viuda del anterior don, Laura. Elmo tenía dieciséis años, yo tres y Zara apenas tenía un año cuando nuestra nueva madre llegó a nuestra casa. Massimo, el hijo de Laura y del difunto don, tenía dieciocho años cuando se convirtió en nuestro hermanastro.

—¿Crees que papá dejó que Batista siguiera siendo su subjefe porque se sentía mal porque básicamente le habían robado el puesto de Don? — Pregunto.

—Tal vez. Papá nunca estuvo hecho para ser Don y lo sabe—.

—¿Qué?

—Eh... Quiero decir, le gusta ser el centro de atención y que la gente se acerque a él para pedirle consejo, pero su temperamento no es el propio de un Don—.

—¿Qué quieres decir? Lleva más de quince años ocupándose de las cosas de la Familia y manteniendo el orden perfecto—.

—Sí, ciertamente eso parece—, murmura. —¿Quieres la cremallera en el costado o en la parte trasera?

Entrecierro los ojos hacia mi hermana, preguntándome qué quiso decir con sus comentarios crípticos. Podría investigar un poco más, pero no serviría de nada. Cuando Zara decide que un tema está cerrado, es el final de la discusión.

—En la parte de atrás me funciona—, digo.

Zara agrega otra nota al lado de su boceto, luego toma la tela lavanda de mis manos y comienza a doblarla. —Necesito que me prometas algo, Nera—.

—¿Qué?

—Si alguna vez vuelves a encontrarte con ese hombre que salvaste, te irás—.

—Era simplemente un chico atractivo al azar—. Me encojo de hombros, fingiendo no estar interesada. —Le ayudé. Salió. No veo cómo nos volveríamos a encontrar—.

—Ese hombre sabe dónde trabajas—.

—Probablemente ya se haya olvidado de mí, Zara. No te preocupes.

Lo desvió con una risa, pero la verdad es que secretamente espero volver a encontrarme con mi extraño de pelo largo.



Un hombre con pantalones cortos amarillos y una camiseta blanca se mueve dentro del círculo de mi mira mientras lo sigo con mi rifle. Todo este espacio del parque es parte de la propiedad del Sr. Pantalones-locos y está fuertemente vigilado. Alguien del interior le proporcionó a Kruger el horario diario del tipo, pero no tenían el código de la alarma de la puerta. Tuve que escalar la pared y colarme durante el cambio de turno de los guardias a medianoche, y luego pasé la noche tumbado detrás de un arbusto, esperando a mi objetivo.

El corredor se detiene un momento, se estira y luego retoma su regazo. Nunca entenderé las ganas de hacer jogging a las cinco de la mañana como forma de recreación.

Durante mi entrenamiento básico con la unidad ZERO, realizaba diariamente intensas actividades de acondicionamiento físico y no podía perderlas. Correr y otras formas de cardio. Ejercicios de acondicionamiento y levantamiento de pesas. Escalada con cuerdas. Entrenar con otros reclutas en combate cuerpo a cuerpo, ya sea con las manos desnudas o con varios cuchillos. Cuatro horas cada día para perfeccionar nuestros cuerpos, desarrollar agilidad

y resistencia, todo para que pudiésemos formar la memoria muscular que necesitaríamos para manejar la tensión del campo. El resto de nuestros días los dedicamos a tácticas militares y entrenamiento con armas, incluidos los fundamentos de una variedad de pistolas y rifles, armas arrojadas y también dispositivos explosivos y artillería ligera. Esa segunda parte estaba destinada a convertirnos en perfectas máquinas de matar. Entonces, entiendo la necesidad de ejercitar el cuerpo cuando detrás hay un objetivo específico. No entiendo las ganas de correr por diversión.

El corredor permanece en mi alcance, pero en lugar de concentrarme en mi objetivo, mi mente vaga hacia esa noche de la semana pasada. La mujer. Probablemente sea la centésima vez en las últimas veinticuatro horas. La verdad es que, si te soy sincero, desde que salí de la clínica veterinaria he estado pensando constantemente en ella. Ella se ofreció a ayudarme sin esperar recibir nada a cambio. Me desconcierta. Me han condicionado a no esperar nada de nadie, por lo que no puedo comprender sus acciones.

Tampoco puedo sacar de mi mente la imagen de ella, toda seria y segura de sí misma, con su pequeña Sig P365 presionada contra mi pecho. Joven. Chiquita. Pero valiente y decidida. Y demasiado imprudente. Como un cachorro de tigre.

Su pañuelo rojo todavía está en mi bolsillo. Me dije que me lo llevé porque no quería dejar mi ADN en su lugar de trabajo, pero eso es un montón de mierda, claro. Había tanta sangre mía en esa clínica cuando me fui, que la cantidad empapada en su accesorio para el cabello era lamentable en comparación y no se habría registrado. Quería tener algo suyo, un recuerdo, así que lo robé. Hasta entonces, nunca he robado nada en toda mi vida. Debería controlarla.

La necesidad de asegurarme de que ella esté a salvo surge dentro de mí como un maremoto. Es un tirón inexplicable y ridículo que afecta a mi cabeza, y no importa cuánto lo intente, no puedo sacudirla. Me ha estado persiguiendo cada minuto de cada día durante la semana pasada y no sé cómo afrontarlo. No me importa la gente. De hecho, la mayor parte del tiempo apenas me preocupo por mí mismo, por lo que esta preocupación por el bienestar de otra persona me resulta completamente ajena. Voy a verla hoy. En el momento en que tomó esa decisión, se vuelve más fácil respirar. Sí. Regresaré a Boston una vez que



termine aquí. Pero la cuestión es que nunca planeé dejar con vida la propiedad del Sr. Corro-por-diversión.

En mi ámbito de trabajo, el más mínimo error o un ligero descuido puede significar una muerte segura. Pensé que ya era hora de hacer uno. Nunca le daría a Kruger, el hijo de puta que me convirtió en lo que soy, la satisfacción de pensar que había ganado esta guerra tácita entre nosotros quitándome la vida. Nunca. Pero todo el mundo comete errores en el campo.

El corredor gira hacia la izquierda, tomando un sendero hacia el pequeño estanque, seguido de dos guardaespaldas a unos metros de distancia. Hay cámaras en las farolas a lo largo del camino, pero no están dirigidas al área alrededor del cuerpo de agua. Si disparo cuando regresen al camino, la gente de vigilancia lo verá y todo el complejo quedará cerrado.

Ese es mi plan. Sólo un pequeño error (disparar después de que mi objetivo haya salido del punto ciego de la cámara) y estoy muerto. Si hay un infierno en el más allá, estoy seguro de que ahí es donde terminaré. Me importa una mierda. Ya estoy en el infierno y ni siquiera he abandonado la tierra todavía. ¿Disparar ahora, mientras están fuera del alcance de la cámara? ¿O esperar hasta que vuelvan a estar a la vista, matarlos y firmar mi propia sentencia de muerte? ¿Cachorro o mi desaparición?

Si me dejo sacar, no podría asegurarme de que la niña esté bien. Necesito asegurarme de que ella esté a salvo, y esa necesidad es más fuerte que el deseo de terminar finalmente con mi existencia.

Deslizo mi dedo hacia el gatillo, listo para apretar. El corredor mantiene su ritmo alrededor del estanque. Su equipo de seguridad lo está siguiendo, alineados como patos en fila. Con mi mira apuntando a uno de los guardaespaldas, disparo. El hombre tropieza y cae boca abajo sobre la hierba. El otro guardaespaldas ya sacó su arma y se colocó frente al Sr. Pronto-Estaré-Muerto-de-todos-modos, cubriéndolo con su cuerpo. Por la forma en que están parados, si disparo al cuello del guardaespaldas, la bala probablemente lo atravesará y terminará en la cara de mi objetivo. Dos pájaros de un tiro. Lástima que este contrato llegó con un requisito especial: la cara del corredor debe permanecer intacta. Bajo mi mira y lanzo la bala volando. Golpea la parte

superior del torso del guardaespaldas, justo encima de su clavícula. Las piernas del hombre se doblan bajo él. A continuación, apunto a su cabeza y el disparo le alcanza entre las cejas. El señor Pantalones Amarillos se ha dado vuelta y está tratando de escapar. Apuesto a que ya se habrá enojado, pero será difícil saberlo con su elección de moda. Le disparo a ambas piernas.

Mi posición está al otro lado del charco, por lo que tardo casi cinco minutos en llegar al corredor. Está gimiendo mientras rueda de un lado a otro sobre la hierba. Saco mi teléfono, enciendo la cámara de video y luego me agacho junto a él.

—Sostén esto. — Agarro su mano y coloco el teléfono en su palma. —Allí. Frente a tu cara—.

—¡Por favor! — el hombre gime y sacude la cabeza. El teléfono se le escapa de las manos. —No tengo todo el día—. Vuelvo a colocar el teléfono en su mano. —Sostenlo frente a tu cara—.

Continúa lloriqueando, pero mantiene el teléfono levantado frente a él.

—Así. Lindo. — Saco mi cuchillo y presiono la hoja contra su garganta. — Ahora necesito que mire a la cámara y diga: *'Lamento haberme tirado a su esposa, Sr. Delaney'*—.

—Yo... Lo lamento...— tartamudea y luego comienza a llorar. —¿Quién eres? ¿Por qué estás haciendo esto?

—Eso no está en el guion—. Detengo la grabación y luego presiono el botón de inicio nuevamente. —Una vez más. Alto y claro, por favor—.

—¡Lamento haberme tirado a su esposa, señor Delaney! — él grita. — Perfecto. — Asiento y le abro la garganta.

Le envío el video a Kruger, luego me doy la vuelta y vuelvo a buscar mi rifle. Malditos contratos privados y sus peticiones especiales.

\* \* \*

Sólo hay una cosa que odio más que a la gente. Los atascos de tráfico.

Elegí una ruta indirecta a Boston para evitar las carreteras abarrotadas, entonces, ¿por qué diablos hay una fila de vehículos delante de mí bloqueando la rampa de acceso al paso elevado? No tiene nada que ver con la hora pico, porque los autos no se mueven y algunos de los conductores se han bajado de sus vehículos. Una multitud se ha reunido en medio de la calle. Dejo mi auto y me dirijo allí para ver qué está pasando.

—Por favor, no lo hagas—, me llega una voz femenina. —Podemos resolverlo, Jeremiah.

El grupo está de pie en silencio, mirando al hombre al otro lado de la barandilla del puente que mira hacia el camino de abajo como si tuviera la intención de saltar. La mujer que escuché antes está unos pasos detrás de él, farfullando algo sobre un divorcio. Odio el jodido drama. Empujando a través de los mirones formados en un semicírculo alrededor de la pareja, me acerco al tipo y saco mi arma.

—Vuelve a este lado—. Presiono el cañón contra su sien. —O te volaré los sesos—.

La futura ex esposa y algunas personas más gritan, sus gritos se mezclan con los golpes de varias docenas de pies. Sería más fácil simplemente empujar al tipo, pero eso significaría policías, tal vez incluso cierres de carreteras o todo eso, y tengo prisa.

—Ahora, Jeremiah—, digo.

El aspirante a saltador me mira boquiabierto, su cuerpo temblando. Él va a resbalar. —No puedo—, tartamudea. —Tengo miedo.

Por supuesto que tiene miedo. No quiere morir. Si realmente quisiera suicidarse, ya habría saltado. Y no habría traído a su esposa para que testificara. Maldito manipulador. Guardo mi arma, luego agarro al idiota por el cuello de su chaqueta y lo arrastro por encima de la barandilla. Aterrizo sobre su trasero junto a mis pies.

—Métete en tu auto y fuera de mi vista—, espeto.

La esposa corre hacia el hombre mientras él se pone de pie, y ambos corren hacia una camioneta verde abandonada en medio de la carretera. Unos momentos después, el camión sale a gran velocidad, seguido por el resto de coches que me cortaban el paso. Bien. Echo un vistazo a mi reloj y vuelvo a mi coche.

Llego a la intersección cerca de la clínica veterinaria justo a tiempo y pillo a mi cachorro de tigre saliendo del edificio. Deja su bolso en el asiento trasero de su Volkswagen y luego se pone al volante. Manteniéndome a distancia, manteniendo al menos un auto entre nosotros, la sigo hacia el lado este de la ciudad. A medida que nos acercamos a uno de los semáforos, mi curiosidad se apodera de mí y cambio de carril, deteniéndome justo al lado de su vehículo. La ventana polarizada del lado del pasajero no le permite mirar dentro de mi auto, pero puedo verla claramente. Estoy pensando también con más claridad.

Mi cerebro estaba un poco revuelto debido a la pérdida de sangre cuando nos conocimos, pero noté que ella era bonita. Imbécil. Ella es más que “*bonita*”. De rasgos faciales delicados, con nariz pequeña y grandes ojos almendrados. Mejillas redondeadas y suaves. Podría mirarla durante horas. Los mechones rubios miel se juntaron en la parte superior de su cabeza, con algunos mechones sueltos cayendo alrededor de su cara. Recuerdo el olor de su cabello, tan cerca de mí mientras se inclinaba para extraer la bala. Flores. Olía a flores. Una canción de rock suena a todo volumen en los parlantes de su auto y ella tamborilea con sus delicados dedos en el volante, sigue el ritmo y canta. No sale bien porque se pierde casi todas las notas. ¿Ves? La chica está bien, me digo. Ahora, date la vuelta y lárgate de aquí. No puedo. Pensé que verla una vez más, asegurarme con mis propios ojos de que estaba bien, sería suficiente. Pero no lo es. ¿Por qué? ¿Porque ella fue “*amable*” conmigo?

La última vez que alguien hizo algo bueno por mí fue hace casi quince años. Fue cuando ese viejo bastardo, Félix, se coló en mi habitación en la base ZERO y me apuntó con su arma a la cabeza, diciendo que me dispararía si no le permitía tratar los cortes de cuchillo que Kruger me había hecho ese mismo día. Probablemente lo habría matado en el acto, pero todavía estaba aturdido por el cóctel que me habían echado antes de que el Capitán Kruger se ocupara

de su pequeña sesión de tortura. Mi querido jefe tenía formas muy particulares de castigar a sus reclutas.

Y ahora, esta chica.

Le dije que nunca en mi vida le había dado las gracias a nadie. No es sólo porque nunca tuve algo por lo que estar agradecido, sino porque “*gracias*” es sólo una palabra. Una sílaba sin significado verdadero. Como amor. O cuidado. Palabras vacías que la gente usa, pero no quiere decir. Como el perdón.

Pero quiero darle algo. Más que un beso en su mano. De hecho, nunca antes había besado a nadie ni a nada. No tengo mucho que ofrecer, así que esa noche le di lo que tenía. Un beso para la mano que con tanto cariño trató mi herida. Pero también puedo brindarle seguridad.

El semáforo cambia a verde y la sigo hasta un bonito barrio residencial donde estaciona frente a un edificio de tres pisos. Espero a que entre y luego doy dos vueltas alrededor de la cuadra para asegurarme de que el vecindario sea tan seguro como parece. Una vez hecho esto, me detengo frente a una tienda cerrada y saco mi computadora portátil de la bolsa que dejé en el asiento del pasajero.

El acceso directo para acceder a la base de datos confidencial se encuentra en la esquina superior izquierda de la pantalla. Paso rápidamente la autenticación de cuatro factores para iniciar sesión e ingresar el nombre de la calle en una consulta de búsqueda. La lista de todos los delincuentes conocidos y sus direcciones llena la página. Reduzco la búsqueda a un radio de diez cuadras alrededor del edificio de mi cachorro y examinar los resultados. Me lleva casi una hora escanear las tres biografías que aparecen. La primera es una mujer que fue condenada dos veces por fraude financiero, por lo que la descarto como una amenaza potencial. Los otros dos, sin embargo, son hombres con antecedentes de agresión, y uno de ellos fue condenado por intento de violación. Verifico las direcciones de ambos a través de la aplicación de navegación, luego tomo mi arma y salgo del auto. Toda la idea de segundas oportunidades es una gran ilusión. La gente rara vez cambia, si es que alguna vez lo hace.

Y no permitiré que una amenaza potencial viva cerca de mi cachorro de tigre.

# Capítulo 3

*Hace 26 años desde la actualidad.*

*Centro de tratamiento residencial psiquiátrico*

*(Kai 8 años)*



—Me temo que no se puede hacer mucho con el niño, capitán Kruger—, dice la mujer con bata blanca en la puerta. —No sabe escribir y apenas sabe leer. Sólo marginalmente se le puede considerar socializado. Cuando una enfermera intentó bañarlo, él le arañó la cara y le mordió el brazo. Tuvimos que sedarlo sólo para poder lavarle la sangre—.

El hombre con uniforme militar entra en mi habitación. —¿Cuántos años tiene él?

—No estamos seguros, pero creemos que tiene alrededor de ocho años, al menos según los registros de los servicios de protección infantil. Fue encontrado medio muerto de hambre y completamente abandonado dentro de un apartamento vacío hace dos años. Cuando los médicos lo examinaron, calcularon que no podía tener más de seis años en ese momento—.

—¿Padres?

—Desconocidos. Pero encontraron jeringas esparcidas por todas partes y supusieron que quien lo cuidaba era un yonqui. Probablemente sufrió una sobredosis en otro lugar. El chico estaba hablando una mezcla. De polaco e inglés cuando fue encontrado. Pasó los últimos dos años siendo trasladado de un hogar de acogida a otro debido a sus problemas de conducta.

—Mm-hmm. — El hombre da otro paso hacia mí.

Estudio su cuerpo de pies a cabeza, buscando cualquier cosa que pueda usar como arma contra mí. No hay nada, pero eso no significa que no intentará atacarme. Sigo de pie en un rincón, con la espalda pegada a la pared, y lo observo por si detecto el más mínimo movimiento amenazador.

—¿Intentaste colocarlo junto con los otros niños?

—Sí, señor. No funcionó bien. Los otros niños le tienen miedo—.

El hombre de uniforme da otro paso y ahora está en el medio de la habitación. —Pensé que era el más joven aquí—.

—Él lo es. Pero parece ser el más violento. Sus registros indican un incidente en el que le arrancó la oreja a un niño y apuñaló a otro con un tenedor mientras vivía en un hogar de acogida—.

—El chico no me parece violento. ¿Ha expresado algún tipo de arrepentimiento por haber matado a su padre adoptivo?

—No.

—Interesante. ¿Se sabe qué lo impulsó a matar al hombre?

Dos pasos más y se detiene justo delante de mí.

—El informe médico mostró numerosas fracturas y otros indicios claros de abusos repetidos. El incidente, sin embargo, se produjo porque el cuidador le afeitó el pelo al niño. Mmm... Señor, no creo que deba estar tan cerca de él—.

Los ojos del hombre se encuentran con los míos por un momento, luego suben para enfocarse en la parte superior de mi cabeza.

—Sí. Hizo un pésimo trabajo—.

Extiende su brazo, como si fuera a tocar mi cabeza. Aparto su mano de una patada y lo golpeo, tratando de atinarle en las pelotas. El hombre retrocede, evitando mi puño, pero sus labios se curvan en una fea sonrisa. Le atacué con todo lo que tengo.

El bastardo ni siquiera intenta devolverme el golpe. Él esquivo la mayoría de mis golpes, pero aun así logro darle con el codo en el costado, una vez, y

rozar su barbilla con el puño. Cuando intento saltar sobre su espalda para llegar a su cuello, él se sacude hacia atrás y me golpea. La base de su palma se conecta con mi frente. El golpe es tan fuerte que termino tirado en el suelo, con los oídos zumbando.

—Lindo. — El hombre se ajusta la chaqueta militar y mira por encima del hombro a la mujer de bata blanca. —El ejército está iniciando un programa educativo para jóvenes con problemas y este niño sería un buen candidato. Me lo llevo. Los documentos le serán entregados en una hora—.

—Oh. Después de todo, me alegro de que tenga una segunda oportunidad.

—En efecto. — El hombre se encuentra con mi mirada y esta vez hay una amplia sonrisa de satisfacción en su rostro. —Me aseguraré de que su potencial se aproveche al máximo—.



# Capítulo 4



—Te ves elegante esta noche. Benito parece estar enamorado de ti—, dice Dania, señalando hacia el otro lado de la barra de karaoke. Echo un vistazo por encima del hombro y encuentro al hijo de uno de los capos de mi padre tomando una copa. Me guiña un ojo tan pronto como nuestros ojos se conectan.

—No estoy interesada—, digo, alejándome.

—Simplemente me envió un mensaje de texto, pidiéndome tu número—. Dania me da un codazo con la pierna. —Él es lindo.

—Espero que no se lo hayas dado—.

—¿Por qué?

—No quiero tener nada que ver con un chico que sólo quiere invitarme a salir por quién es mi padre—. Yo suspiro. Ésta es una de las razones por las que suelo evitar los lugares propiedad de miembros de la Cosa Nostra. Pasa todo el tiempo.

—No todos los chicos son como Lotario—, susurra Zara junto a mi oído.

—Todos los chicos de la Cosa Nostra lo son —le susurro.

El estatus y la posición son las cosas más importantes en la Cosa Nostra y, como hija mayor del don, se podría decir que soy el premio más buscado. Lo aprendí de la manera más difícil el año pasado. Lotario, el chico que dirige uno de los casinos, se me acercó en una de las fiestas organizadas por mi padre y me invitó a salir. No podría haber estado más emocionada y me sentí como si estuviera flotando en una nube. Tenía veinticinco años. Increíblemente hermoso. Y tenía modales impecables. Lotario sabía exactamente qué decir y

cómo decirlo para que una chica se sintiera especial. Fuimos a una cita a un restaurante elegante, donde él tenía una mesa privada escondida de la vista de los demás invitados del restaurante, reservada para nosotros. Un gran ramo de dalias me esperaba cuando llegamos a nuestra mesa.

—Para que no nos molesten—, dijo, cuando en realidad simplemente no quería que nadie nos viera juntos.

Empezamos a vernos con regularidad, en secreto, por supuesto. Lotario temía que mi padre no lo aprobara por nuestra diferencia de edad. Quería esperar antes de decírselo. Estuve de acuerdo. Habría aceptado cualquier cosa; fui tan ingenua, o tal vez simplemente estúpida. Definitivamente cegada por toda la atención que me estaba brindando. Joyas caras. Hermosos arreglos florales cada vez que nos veíamos. Me entristeció tener que tirarlos tan pronto como pude debido a mi alergia al polen. Se lo mencioné a Lotario, pero él insistió en que debía estar rodeada de cosas bonitas. Y luego estaban las cenas extravagantes y sus dulces cumplidos que me cautivaban, sobre todo porque sabía que no era realmente una belleza. Mi apariencia es bastante ordinaria. En el mejor de los casos, supongo que podría tener un aspecto de “*vecina de al lado*”. Pero este hombre encantador y apuesto estaba enamorado de mí y se sentía tan bien. Me sentí hermosa y especial.

Cuando una noche me pidió que fuera a su casa, le dije que sí. Por supuesto lo hice. Pensé que estaba enamorada de él. Y que él estaba de mí. Le di mi virginidad a ese imbécil. Fue rápido y Me dolió, pero no me importó. Luego, salió de la habitación, diciendo que necesitaba llevar algo abajo.

No sé por qué lo seguí. Quizás, en el fondo, sabía la verdad. Lo encontré en el porche, hablando con alguien por teléfono. Estaba alardeando de cómo finalmente se acostó con la hija del *nuncio* Veronese y de cómo planea hacerlo todas las noches hasta dejarme embarazada. Todavía recuerdo su carcajada cuando dijo que lo convertirían en capo una vez que se casara conmigo. Cuando recogí mis cosas y me escabullí por la puerta trasera, estaba llorando tan fuerte que apenas logré pedir un taxi.

—¿Quieres ir a casa? —Pregunta Zara, sacándome de mis pensamientos desagradables.

Hago a un lado el doloroso recuerdo y pongo una sonrisa. —¿Después de tres horas de intentar convencerte para que salieras del armario? De ninguna manera.

—Bueno, no pensé que me gustaría disfrutar del karaoke, pero es algo divertido—. Ella se encoge de hombros.

—Por supuesto que lo es—, Dania sonrío y me golpea el muslo. —Y como Nera lo sugirió, debería ir primero y mostrarnos cómo se hace—.

—No.— Me río y sacudo la cabeza. —Sabes lo horrible que canto—.

—Oh vamos. No está tan mal—.

—Bien. — Bebo mi vaso de limonada. —No te atrevas a reír—.

Dejo mi vaso vacío sobre la mesa y me apresuro hacia la pequeña plataforma elevada al otro lado de la barra donde un tipo con un micrófono me hace señas para que me acerque.

Tan pronto como llego al escenario, me entrega el micrófono y comienzan las primeras notas conmovedoras de *“Un-Break My Heart”*.

—Oh Dios. —Me estremezco. Me gusta la música, pero no podría tocar la nota correcta ni cantar una melodía, aunque mi vida dependiera de ello. A veces canto en la ducha o dentro de mi auto, pero nunca en una habitación llena de gente.

Mientras veo las palabras desaparecer en la pequeña pantalla montada en la pared, comienzo el primer verso. Como era de esperar, todos a su alrededor estallan en carcajadas estridentes. Continúo la canción mientras mis ojos vagan hacia nuestra mesa. Dania casi se cae del asiento y se ríe como loca. A su lado, Zara aprieta el puente de su nariz, su mano bloquea su rostro y sus hombros tiemblan incontrolablemente. Es tan inesperado que por un momento pierdo la noción de la letra. Sólo logré convencerla de que viniera con nosotros esta noche amenazándola con encontrar al primer tipo de aspecto peligroso que pudiera y persuadirlo para que me dejara practicarle primeros auxilios.

Un vistazo rápido a la pantalla me ayuda a ponerme al día con la letra y sigo destrozando la canción, aullando aún más fuerte que antes. Soy consciente de que estoy haciendo el ridículo, pero mientras eso ponga una sonrisa en el rostro de mi hermana, me importa un carajo. Afortunadamente, la canción termina, pero me quedo en el escenario y miro al presentador del karaoke.

—Una más, por favor—, digo. —'My Heart Will Go On.'

Un grito colectivo llena la sala mientras la gente se ríe y le ruega al tipo que me quite el micrófono. Supongo que ya se cansaron de mi *talento*. Bueno, tendrán que aguantar una canción más. No veo a mi hermana divirtiéndose muy a menudo, así que me aseguraré de prolongar esto tanto como sea posible.

Mi segunda interpretación es incluso peor que la primera. Una de las chicas sentada cerca del escenario tiene las manos sobre los oídos y me mira boquiabierta con horror, pero el resto de la multitud me anima. Sin embargo, lo único que me importa es Zara, y noto que tiene la palma de la mano presionada contra la frente mientras sacude la cabeza con incredulidad. Aun así, una amplia sonrisa adorna sus labios.

Estoy en medio del coro, riéndome a carcajadas, intentando alcanzar las notas altas y fallando estrepitosamente, cuando un ligero escalofrío recorre mi espalda. Se siente como si alguien acabara de poner la punta de su dedo en la base de mi cuello y lo deslizara lentamente a lo largo de mi columna. Un instinto atávico que me alerta de que me están vigilando. Pero no tiene ningún sentido. Más de cincuenta personas están viendo mi estúpida actuación y no he sentido nada hasta este mismo momento. Dejo que mis ojos se deslicen por la habitación, sin encontrar nada extraño, así que, ignorando la extraña sensación, me concentro nuevamente en el segundo verso.

Sin embargo, la sensación no se disipa, incluso después de terminar la canción. De hecho, se vuelve aún más fuerte. Mientras me dirijo de regreso a nuestra mesa, permanece conmigo, como una red invisible de hilos de gasa en la que de alguna manera me enredé.

Alguien más sube al escenario y empieza a cantar. No son mejores que yo y el público aplaude y ríe de nuevo. Ya nadie me presta atención, pero puedo

sentirlo... algo. Peligroso. Oscuro. Acechando en algún lugar de las sombras. Mirándome.

—¿Nera? ¿Estás bien? — Zara se acerca y toma mi mano.

—¿Qué? — Sacudo la cabeza y me río. —Sí. Seguro. Entonces, ¿cómo estuve?

—Magníficamente terrible—.

—Oye, ¿recuerdas cuando estábamos en la escuela y la maestra quería que cantáramos una canción navideña para todos los padres? — Pregunta Dania.

—¿Quieres decir cuando se emocionó tanto que lloró al final de la actuación? — Yo digo.

—Um, no creo que esa fuera la razón, Nera. Estoy bastante seguro de que fue tu canto—.

—¡Oh, no seas tan malo! ¡Tenía ocho años! — Le pellizco el brazo. —Y no fui tan horrible—.

—Si tú lo dices. — Dania sube al escenario a continuación, escogiendo una canción de rock de los ochenta.

Está vestida con un bonito top rosa con tirantes finos y unos vaqueros, lo más adecuado posible para una velada informal en un bar de karaoke. Yo, en cambio, llevo un vestido de tubo de marca y unos tacones altos que me hacen daño en los pies. Zara está vestida de manera similar, solo que su atuendo tiene mangas largas y llega hasta los tobillos. Existen ciertas reglas no escritas cuando tu padre es el líder de la familia Cosa Nostra. Una de ellas es que no te pueden ver con ropa informal en público. Después de todo, defender una determinada imagen es imperativo.

Nunca entendí realmente el impacto que mi padre tuvo en cada elemento de mi vida hasta que me mudé. A veces desearía no haber salido nunca de casa. Sé que algún día tendré que volver a esa existencia, y podría haber sido más fácil si no hubiera conocido el otro lado de la vida. La realidad alternativa. El lado normal, donde no necesitas pretender ser otra persona para ser aceptado.

Pero por ahora estoy decidida a no pensar en lo que vendrá. Sobre un hombre cualquiera que nunca conocerá mi verdadero yo, pero que se casará conmigo sólo porque el Don así lo decreta. Uno que me comprará collares de diamantes y me llevará a restaurantes caros, pero que en realidad no le importará cómo me siento. Alguien que probablemente me traerá enormes ramos de flores, a pesar de que le dije en numerosas ocasiones que me irritan e inflaman los senos nasales.

—¡Más fuerte! ¡No podemos oírte! — Grito cuando Dania comienza el estribillo de la canción, luego me inclino más cerca de Zara. —¿Quizás la próxima vez podrías cantar una también?

—Tal vez...

Le doy un ligero beso en la mejilla a mi hermana, luego le rodeo los hombros con el brazo y vuelvo mi atención a nuestra amiga en el escenario. Es extraño cómo dos personas nacidas de la misma carne y sangre, pueden desear cosas absolutamente diferentes. Mi hermana tranquila, siempre queriendo ser invisible. Y yo, deseando que alguien finalmente me vea como realmente soy, no como hija de quién soy.

Mantengo mi atención en el escenario, mientras la sensación de hormigueo sigue recorriendo mi columna y, por alguna razón, ya no se siente desagradable.



Gritos de risa y alegría se elevan a mi alrededor mientras acecho en las sombras, oculto por una columna de madera cerca de la entrada al área de la cocina. Los camareros pasan mientras entran y salen, algunos de ellos me miran fijamente por bloquearles el paso.

Normalmente, haría algo con esas miradas, pero en este momento no puedo molestarme en prestar atención a nada más que a mí cachorro de tigre sentado en una mesa de la esquina al otro lado de la habitación.

Mientras miro, ella se inclina y besa la mejilla de la chica sentada a su izquierda. El cabello de esta niña es más oscuro, pero ella y mi cachorro se parecen bastante. ¿Primas? ¿O tal vez hermanas? Inclino la cabeza y mi mirada sigue la mano de mi cachorro que se posa en la espalda de la otra chica. Estoy tratando de entender este gesto. Interacciones humanas, especialmente entre personas con familiares. conexiones, siempre me han fascinado. Probablemente porque nunca los he entendido tan bien. Este movimiento, por ejemplo. ¿Es una acción inconsciente o deliberada? ¿Está ofreciendo consuelo, tranquilidad? Y si es así, ¿qué es lo que genera la necesidad? La otra chica me parece bien. ¿Y todo el escenario aquí, con personas al azar tomando ese maldito micrófono, gimiendo en él solo para que el resto pueda reír? Qué manera más jodida de pasar el tiempo. Sin embargo, mi cachorro parece disfrutarlo.

Escuché la diversión en su voz mientras cantaba su canción. Sin embargo, no estoy seguro de que realmente se pueda llamar cantar. Lo que sea que saliera de su boca sonaba más como el grito de una banshee. Fue horrible y un poco doloroso de escuchar, pero las comisuras de mis labios se levantaron de todos modos. Ella es valiente. Se necesita alguien con mucha confianza para hacer una broma de ti mismo a propósito frente a una sala llena de gente.

Mis ojos se deslizan por su cuerpo, captando cada detalle. La forma en que su cabello está retorcido en un complicado moño en su cuello. El vestido elegante, uno que la hace lucir de alguna manera diferente de la chica que llevaba pantalones y blusa que seguí a casa hace dos semanas. Los tacones, los tacones altísimos que combinan con el color de su vestido.

La observo durante más de una hora, absorbiendo cada movimiento que hace. La forma en que se ríe, con los ojos arrugándose en las comisuras. Cómo tiende a jugar con su vaso, girándolo en su mano. Sube al escenario una vez más. No conozco la canción, pero estoy bastante seguro de que no debería sonar así. Es tan mala cantando que es muy lindo. Cuando arruina el coro por segunda vez, me encuentro riendo con el resto de la multitud. Se siente extraño, probablemente porque no recuerdo la última vez que me reí. Cuando se dirige al baño, la sigo a distancia, y luego otra vez cuando regresa a su mesa.

Finalmente, las tres chicas tienen una breve discusión antes de quitar sus bolsos de las sillas y dirigirse hacia la salida. Mientras pasan por una de las

mesas del fondo, un hombre que la ocupa las sigue con la mirada. A finales de los cincuenta, mucho mayor que el resto de los clientes de este lugar. Continúa comiéndose con los ojos a mi cachorro mientras baja la mano debajo de la mesa hasta su entrepierna, frotando y apretando el bulto entre sus piernas. Una vez que las chicas llegan a la puerta, él se levanta y las sigue. Me alejo de la columna y me dirijo tras el perverso. El tipo cruza la puerta, luego se detiene en la acera y mira a izquierda y derecha. Me detengo detrás de él y presiono la punta de mi cuchillo entre las costillas de su espalda.

—Ni una palabra—, le digo junto a su oído. —Camina.

Debe escuchar en mi tono de voz que no estoy jodiendo porque hace lo que le ordeno. Lo llevo calle abajo, en la dirección opuesta a donde se dirigen las chicas, luego nos deslizo hasta la entrada de un edificio residencial.

—Tengo dinero—, dice entrecortadamente. —Puedes tomarlo por favor, simplemente...

—Gírate.

—Por supuesto. Toma, te daré mi billetera—, murmura el hombre mientras me mira. —No hay...

Agarrando su garganta, lo empujo contra la pared de ladrillos y lanzo una rápida mirada calle abajo, captando a mi cachorro y a las chicas subiéndose a un sedán negro. Cuando están a salvo, vuelvo a centrarme en el cabrón que tengo delante, acercándome directamente a su cara, buscando sus ojos angustiados. Así como los animales en estado salvaje pueden olfatear a otros miembros de su especie a kilómetros de distancia, Los depredadores humanos reconocen a los de su especie. Y puedo verlo tan claro como el día: Este hombre iba a lastimar a mi chica. Las pupilas del imbécil se dilatan cuando me devuelve la mirada y el pánico se filtra en sus rasgos. Sin decir una palabra, comienza a arañarme el brazo. Debe haber percibido mis intenciones.

Con un movimiento rápido, entierro mi cuchillo en su cuello.



# Capítulo 5



Una fresca brisa de finales de verano me golpea en la cara cuando salgo y me acerco a la barandilla de la azotea. El viejo metal oxidado está frío bajo mis palmas, así que apoyo mis antebrazos sobre él y contemplo el edificio al otro lado de la calle. El ático cuenta con ventanales que me permiten vislumbrar una amplia sala de estar llena de modernos muebles blancos.

Meto la mano en mi bolsillo y saco la suave tela roja, frotándola entre mi pulgar y mis dedos mientras observo a mi cachorro de tigre dentro de su apartamento. Está sentada con las piernas cruzadas sobre una gran almohada tirada en el suelo cerca del balcón, concentrada en el libro en su regazo. Su cabello está suelto y cae en cascada por su espalda.

Por alguna razón, vigilar a mi pequeña salvadora tiene un efecto inusualmente calmante en mí. Ella me salvó la vida la noche que nos conocimos, pero no de la manera que probablemente piensa. No fue el vendaje improvisado que llevo en el bolsillo dondequiera que voy. Y no fue su inexperta extracción de la bala de mi costado. Pero, si no la hubiera conocido, la siguiente misión probablemente habría sido la última.

Hay un límite en la cantidad de mierda que alguien puede soportar antes de dejarlo y marcharse de este mundo. Esa noche, momentos antes de que la chica me encontrara, me di cuenta de que ya estaba hartó. Mientras me sentaba en el suelo de ese callejón y contemplaba el cielo oscuro, decidí hacer de mi próximo trabajo el acto final de mi vida.

Entonces, cerré los ojos e imaginé la dicha de simplemente ser inexistente. Sólo para que mi ensoñación y mis visiones de finalmente ser libre fueran interrumpidas por una chica tonta. Y aquí estoy ahora. Todavía vivo y

respirando. Anteriormente, no me importaba mucho si completaba mis tareas y salía vivo o en una bolsa para cadáveres. Pero lo hace ahora. ¿Cómo podría cuidar a mi chica si estoy muerto? La noche que ató su pañuelo alrededor de mi muslo y luego me ofreció su mano, mi vida se convirtió en suya.

He pasado bastantes noches en esta azotea durante los últimos tres meses, observándola. La primera vez que terminé aquí fue cuando la seguí a casa después de encargarme del asqueroso afuera del bar de karaoke. Una vez que vi a mi cachorro entrar a su edificio, hice mis rondas típicas por el vecindario, luego subí al techo y simplemente la observé. Ahora se ha convertido en parte de mi rutina. Revisar todo lo que hay alrededor de su edificio para asegurarte de que no haya nada sospechoso. Subir a este techo al otro lado de la calle estrecha desde su casa. Pasar horas mirándola. Solo mirarla, porque aprender algo más sobre ella puede significar que nunca escaparé de su atracción gravitacional. Por lo tanto, no sé mucho sobre mi chica, aparte de lo que he notado durante mis períodos de visualización.

La mayoría de las noches lee o usa su computadora portátil. Creo que podría estar estudiando algo. Como todavía trabaja en la clínica veterinaria, supongo que será algo relacionado. A ella le gusta la música. Una noche, pasó dos horas limpiando su casa y, mientras aspiraba, quitaba el polvo y lavaba las ventanas, bailaba canciones que yo no podía oír. Entonces, imaginé cómo sonaría ella (*desafinada y fuera de sincronización*) y sentí que mis labios se dibujaban en una sonrisa. Luego, la otra noche, la observé mientras cuidaba las plantas que crecían adentro. Mantiene las macetas alineadas junto a su ventana, donde se exhiben de manera destacada como preciadas decoraciones. Pensé que a las chicas les gustaban las flores, pero su "*jardín*" es sólo un montón de hojas verdes. Esa noche, pasó veinte minutos rociando la maleza.

Tiene algunas amigas que a veces pasan el rato en su casa. Su hermana o prima, quienquiera que sea la joven del karaoke, se detuvo una vez en un taxi. Subió cargando dos grandes bolsas de papel. Supuse que debía haber traído comida para llevar, pero el contenido terminó siendo ropa. Mi cachorro pasó bastante tiempo probándose las cosas de esas bolsas.

Un vestido en particular, largo y morado, con la espalda abierta, me hizo inclinarme sobre la barandilla mientras me la comía con los ojos. Dio vueltas

alrededor de su sala de estar con él y luego se lo quitó allí mismo, a la vista. Me costó mucho tragar cuando ella, sin querer, me regaló un vistazo de su delicioso cuerpo. Me quedé inmóvil, mientras mi polla se endurecía hasta convertirse en granito, tensando la tela de mis pantalones. Nunca antes me había excitado tanto con solo mirar a una mujer. Me hizo sentir como un maldito bicho raro, pero no podía apartar la mirada.

El ping en mi bolsillo me alerta de un correo electrónico entrante. Envuelvo el pañuelo de seda alrededor de mi palma izquierda para que no se resbale, luego saco mi teléfono, escaneo los archivos adjuntos. La primera es una fotografía de una mujer mayor, con gafas gruesas y pelo corto, gris moteado. Debajo hay varias líneas de texto: nombre y, supongo, su breve biografía. La vida entera de una persona, condensada en menos de media página. Si quisiera leerlo, probablemente me llevaría una hora descifrar la escasa cantidad de texto. Pero la vida de la abuela no me interesa en lo más mínimo. No me importa saber quiénes son mis objetivos. Me importa un carajo si tienen familia. O las razones por las que llegaron a la lista de objetivos de Kruger. Hago el trabajo, sin hacer preguntas.

El segundo archivo es una copia del itinerario de un vuelo a Berlín, y el siguiente contiene la dirección y las coordenadas exactas de la ubicación, así como el código de la alarma. Parece que el Capitán está de buen humor hoy, considerando que eso es más de lo que suele darme. O tal vez simplemente esté minimizando el riesgo de perder el único activo de *“primer nivel”* que le queda.

Incluso después de todos estos años, todavía me cuesta descifrar sus acciones o la motivación detrás de ellas. Con demasiada frecuencia, me enviaba al campo con información mínima. Durante uno de esos momentos en particular, apenas logré salir con vida. Cuando lo confronté al respecto, dijo que parte de su objetivo era perfeccionar mis reacciones ante situaciones inesperadas durante las misiones. Pero luego, apenas un mes después, me tendieron una emboscada en una operación y me llevaron de regreso a la base gravemente herido, Kruger perdió el control. Mató a todo el equipo quirúrgico después de que me curaron porque no fueron lo suficientemente rápidos para su gusto. Si no lo conociera mejor, podría haber creído que estaba preocupado por mí.

El último archivo adjunto es una captura de pantalla de un contrato, que destaca los detalles de la orden de asesinato y la tarifa de un punto cinco millones de dólares. Parece que la abuela es jugadora de Grandes Ligas, pero eso ya lo sabía. Ella tendría que serlo.

Deslizo el teléfono nuevamente en mi bolsillo y sigo observando a mi cachorro de tigre mientras ella continúa leyendo su grueso libro de texto. La seda de su pañuelo se siente tan suave en mi mano. Debió ser un artículo costoso, pero no dudó en usarlo para detener mi sangrado. Intenté varias veces lavar la sangre, pero las manchas persisten. Lo bonito está arruinado. Tal vez le compre un pañuelo nuevo y lo deje en su habitación. Éste es mío ahora.

Con una última mirada a mi chica, que ahora se está preparando para ir a la cama, me guardo el pañuelo arruinado en mi bolsillo y me alejo de la barandilla. Son cuatro horas en coche de regreso a Nueva York y Todavía necesito prepararme antes de dirigirme al aeropuerto. Hay cosas que hacer. Y personas de las que hay que deshacerse.



### ***Una semana más tarde***

Con cuidado, pincho con el tenedor la cosita marrón y viscosa de mi plato.

—Creo que el mío podría estar todavía vivo—. Le doy un codazo a Zara.  
—¿Qué es esto de nuevo?

—No tengo idea—, susurra a través de su sonrisa forzada.

—¿No te gustan los caracoles, Nera, querida? La esposa de Tiziano, con expresión de sorpresa en su rostro, pregunta desde el otro lado de la mesa. — Los importamos de Francia, específicamente para esta ocasión. El jefe de cocina aquí es famoso por preparar este plato. Vamos, inténtalo. Prácticamente se derriten en la lengua—. Como para confirmar su declaración, se lleva la cosa

de aspecto desagradable a la boca, haciendo un extraño sonido aplastante mientras mastica.

—En realidad, no tengo tanta hambre. La sopa de patatas y puerros fue más que suficiente para mí—, desvío. —Pero estoy segura de que Salvo tomará otra porción—.

El capo, que ha estado fingiendo estar absorto en su comida mientras observa en secreto a mi hermana durante toda la comida. Le ofrezco a Salvo una sonrisa de disculpa y suspiro de alivio cuando la esposa de Tiziano dirige su atención a él.

—¿Quieres ir a comer hamburguesas cuando terminemos aquí? — Le doy un codazo a Zara de nuevo, esta vez con la pierna.

—Sí, por favor. — Mete sus propios caracoles en la servilleta que hay junto a su plato y la dobla rápidamente.

—No puedo creer que a Massimo le hayan negado la libertad condicional una vez más—, dice entre mordiscos Armando, el capo sentado unos asientos a la izquierda. —¿Realmente lo van a hacer cumplir su condena completa?

—Eso parece—, responde mi padre desde la cabecera de la mesa. —He estado molestando a diestro y siniestro, incluso involucré a un senador que nos debe un favor, pero dijo que no se podía hacer nada. Alguien tiene la intención de mantener a Massimo encerrado mientras dure. Al parecer, la Junta de Libertad Condicional no se puede comprar.

—Debería haber sido más prudente y esperar a que la Familia se encargara de las represalias en un momento posterior—, añade Batista Leone, el subjefe. —¿Matar a un hombre frente a varios testigos, miembros de la ley? El jefe de policía de Boston estuvo en esa fiesta. Me sorprende que Massimo no haya sido declarado culpable de asesinato y condenado a cadena perpetua—. Toma un gran trago de su vino tinto y unas gotas terminan en su corbata, justo al lado de las manchas de aderezo para ensalada. Le hace una señal al camarero para que traiga otra botella, se inclina hacia Armando y le dice en voz baja: —Ese chico siempre ha sido demasiado impulsivo. Con suerte, el tiempo en prisión lo ha calmado—.

Miro a Leone con la boca abierta. El subjefe a menudo picotea a mi hermanastro. Más de una vez lo escuché comentar que papá nunca debería haber permitido que Massimo viviera con nosotros. Batista cree que Massimo debería haber sido enviado a un internado cuando mi padre se casó con Laura. A mí me nunca me gusto el hombre. Su cabello grasiento y su olor corporal me dan náuseas, pero es su actitud de lameculos es lo que más me repugna. Al vivir en casa de mi padre, me he dado cuenta de que Leone a menudo llega sin ser invitado. Al menos una vez a la semana aparecía en nuestra puerta. Incluso cuando mi padre invitaba a amigos a una ocasión social, el subjefe de alguna manera siempre terminaba incluido. Se pegaba a mi padre, alababa los logros del Don durante horas, sin perder nunca la oportunidad de destacarse como un elemento importante en cualquier esfuerzo que se discutiera.

La conversación en la mesa cambia a planes de inversión, con Brio, otro capo, proponiendo que nos expandamos a la industria hotelera. Continúa hablando de cómo los hoteles podrían aumentar sus ganancias.

—Lo consideraré—, dice mi padre. —Hubo algunos gastos inesperados en el nuevo casino. Es posible que la expansión empresarial deba esperar hasta el próximo año—.

—¿Por qué? — El hombre sentado al lado de Tiziano se vuelve hacia mi padre. Es uno de los mayores inversores en las empresas de la Famiglia. —Los flujos de caja muestran un aumento significativo de los ingresos. ¿Por qué esperar?

—Sólo por precaución, Adriano. Necesitamos un mejor análisis del mercado hotelero antes de invertir mucho en un proyecto tan grande como ese—. Mi padre agita la mano con indiferencia, pero noto una mirada que intercambia con Batista Leone. Se levanta rápidamente y dice: —Me temo que tengo que dejarlos a todos ahora. El deber llama. ¿Chicas?

Oculto un suspiro de alivio por no tener que fingir comer más platos raros, y después de despedirme, me apresuro a perseguir al Don.

—Zara y yo tomaremos un taxi. Necesitamos recoger algunos rollos de tela para ella — digo mientras nuestro padre se sube al asiento trasero de su auto.

—Con suerte, será algo más que negro o marrón—. Examina el conjunto granate de Zara, un conjunto de pantalones anchos y una chaqueta a juego.

—Ignóralo—, digo, apretando la mano de Zara mientras vemos la limusina salir a la calle. Mientras nos dirigimos en la dirección opuesta, un ligero cosquilleo en la nuca me insta a girarme y mirar a mi alrededor, pero no noto nada extraño. Sucede con bastante frecuencia; de vez en cuando, tengo esta extraña sensación como si alguien me estuviera observando, pero cuando busco una causa potencial, no hay nadie allí.

—Qué extraño—, murmuro, luego enlazo mi brazo con el de Zara. —Creo que hay una buena hamburguesería al final de la calle—.

Pasamos el resto de la tarde comiendo comida chatarra y golosinas, pasando el rato en la tienda de telas y probándonos ropa en una pequeña tienda de ropa de alta costura, pero mientras tanto, no puedo evitar la sensación de que los ojos me siguen.

# Capítulo 6



Otoño en Nueva Inglaterra. El paisaje puede ser bonito, pero el viento inusualmente frío hace que los peatones se aprieten los abrigos contra el pecho mientras corren por las aceras. Espero a que cambie el semáforo y luego cruzo al otro lado de la calle en dirección a la clínica veterinaria. Son casi las siete de la tarde, así que cerrarán pronto. Ya debería haber regresado a la base, entregarle el informe de mi misión a Kruger, pero decidí hacer un pequeño desvío hacia Boston y volver a controlar a mi cachorro. Un viaje corto de ida y vuelta de ocho horas.

Han pasado cuatro meses desde que me encontré en ese callejón oscuro y todavía no puedo sacármela de la cabeza. La necesidad de saber que está a salvo me consume. Es más que una obsesión: es un impulso primordial. Uno que debe ser obedecido o voy a perder la cabeza. Algo que comenzó como chequeos rápidos cada dos semanas, ahora se ha convertido en sesiones de horas de simplemente observarla. Manteniendo mis ojos en ella, porque nada puede tocarla bajo mi vigilancia. Nada puede dañarla cuando estoy cerca.

Últimamente he tenido que ser más consciente de mantenerme fuera de la vista. Casi me pilló mirándola hace unas tres semanas. Estaba jodidamente atónito viéndola desde el otro lado de la calle mientras se probaba vestidos en una pequeña tienda con su amiga. La visión de ella, tan hermosa, casi me hizo babear como un adolescente. Casi pierdo la cabeza y me olvidé de moverme hacia las sombras cuando ella barrió su mirada a través del enorme escaparate de la tienda. He tenido que ser más cuidadoso desde entonces y he programado mis “*visitas*” para que sean por la noche, cuando ella termina en la clínica veterinaria. Y de esa manera, puedo seguirla a casa para asegurarme de que llegue sana y salva.



Me detengo en la acera frente a la clínica. Las puertas dobles de cristal me permiten ver claramente a una mujer de mediana edad moviéndose por la zona de recepción, recogiendo sus pertenencias. Mi cachorro está más atrás, reponiendo los estantes con paquetes de comida para mascotas.

La mujer le arroja algo por encima del hombro y ambas se echan a reír. Ojalá estuviera más cerca para poder oírlo. Escuche la felicidad en la voz de mi cachorro mientras me inunda. Su sonrisa es brillante y sus movimientos elegantes, así que me digo a mí mismo que debo contentarme con verla libre. Libre para vivir en la luz. Libre para experimentar la calidez de esa vida. La otra mujer se acerca a mi chica y le da un codazo, diciendo algo en el proceso. Me pongo firme de inmediato, listo para acercarme y retorcerle el cuello a la musaraña por lastimar a mi cachorro de tigre, pero mi chica solo se ríe. ¿Por qué lo permite? ¿Por qué no se defiende, no ataca? Incluso si fue solo un pequeño empujón, ella debería devolver el golpe, u otros comenzarán a maltratarla. Definitivamente no debería estar abrazando a la mujer como lo está haciendo ahora.

Mis ojos se estrechan hasta convertirse en rendijas mientras trato de analizar este extraño comportamiento, pero no se me ocurre nada. ¿Entendí mal la intención de la mujer? Dame un objetivo y lo eliminaré en menos de veinte segundos. Pero esto (*la gente corriente*) no lo entiendo.

He vivido en hogares de acogida con muchos niños diferentes. Muchos chicos que, en ese momento, eran mayores y más grandes que yo. Desde que tengo uso de razón, traté de evitar estar cerca de otros niños, adultos (*en realidad, cualquiera*) porque les gustaba sacar sus frustraciones con el niño flaco que yo era. Inevitablemente, esas situaciones no terminaron bien para la otra parte. Me lastimaron. Y yo les devolvería el daño. Puede que fuera más pequeño y más joven, pero tenía mucha experiencia previa en defenderme.

Esa competencia se adquirió con dificultad y rapidez. Llámalo condición intrínseca. Porque, no importa lo que la gente crea, el hecho es que la vida es una puta jungla y sólo hay una regla en ella. Matar o morir. En sentido figurado o literal, no importa mucho. Así es como funciona este mundo nuestro. Me he adaptado para vivirlo. Sobrevivir en él. Conozco los peligros y las amenazas. Lo que no entiendo es "*lo normal*" para la gente que no ha visto el lado más

feo de nuestra llamada sociedad ilustrada. Entonces, cuando la mujer mayor se va y mi chica se queda atrás, descarto su interacción como si estuviera fuera de mi alcance. Me vuelvo a centrar en mi propósito aquí, en prestar atención a ese instinto inherente.

Observo a mi cachorro mientras limpia la encimera, usando un paño blanco mientras mueve sus caderas. De izquierda a derecha, un movimiento sigue los movimientos de su mano. Parece que está bailando. Y aunque no puedo oír la melodía, estoy bastante seguro de que ella es poco convencional. Una vez que termina su tarea, hace un giro de ballet bastante torpe y luego arroja el trapo al otro lado de la habitación, directamente a una canasta en la esquina. *Ella está bien. Ella siempre está bien.*

Debería darme la vuelta y regresar a Nueva York, pero no puedo mover las piernas.

¿Qué haría ella si yo entrara allí ahora? No tengo ninguna maldita razón para estar aquí, y menos que esa para volver a hablar con ella. ¿Y de qué hablaríamos? No tengo idea de cómo entablar una pequeña charla. Soy un desastre en cualquier tipo de conversación.

Manteniendo mis ojos en mi cachorro, me desabrocho la manga izquierda de la camisa y la enrolló hasta el codo, luego agarro el cuchillo que tengo enfundado en el tobillo. Mis cuchillas siempre están afiladas, así que solo hace falta la más mínima presión para perforar la piel de mi antebrazo. Con determinación, sabiendo exactamente lo que se necesita para no cortar el tejido muscular, arrastro lentamente la punta de un cuchillo desde mi codo hacia mi muñeca. La sangre corre hasta mi mano una vez que termino con el hecho espantoso, grandes gotas rojas caen sobre la acera y aterrizan a mis pies. El corte es superficial, pero lo suficientemente largo como para requerir varios puntos. Razón suficiente para buscarla de nuevo. Devuelvo el cuchillo a su funda de cuero y cruzo la calle.

Un alegre timbre suena sobre la puerta cuando entro. Las notas alegres de una canción popular que escuché en la radio desde el teléfono que yace en un pequeño estante junto al perchero. Mi chica está parada frente a un armario de pared, reorganizando algunos suministros y tarareando para sí misma.

—¿Olvidaste las llaves de tu auto otra vez, Leticia? — Ella chirría mientras aún se concentra en lo que está haciendo.

Doy otro paso adelante, goteando la sangre en el suelo. —No exactamente.

La mano de mi cachorro se queda quieta a medio camino del estante. Lentamente, se da vuelta, con los ojos muy abiertos.

—¡Tú! ¿Qué estás haciendo? ¡Dios mío!

—Necesito... ayuda —murmuro mientras ella mira mi brazo. No es la mentira lo que hace que las palabras suenen extrañas al salir de mi boca. Simplemente, en mis veintinueve años, nunca he pedido ayuda a nadie.

Parpadea un par de veces y finalmente sale de su estupor momentáneo, luego corre a la sala de examen más cercana y comienza a abrir los cajones.

—¿Sabes que esto es una clínica veterinaria, no una sala de emergencias? —pregunta mientras toma una botella de agua esterilizada. —Ven aquí.

Tomo asiento en un taburete con ruedas y sin respaldo que han dejado junto a una mesa de metal pegada a la pared. Mientras tanto, mi chica sigue corriendo, buscando algo. Su rostro no revela nada y parece tranquila y serena, pero noto que ha abierto el mismo cajón más de tres veces.

—Creo que esto necesita algunos puntos—, digo mientras apoyo mi brazo sobre la superficie de acero inoxidable. Se gira para mirarme, con los ojos tan grandes como platos, mientras se aprieta paquetes de gasa contra el pecho.

—¿Qué? No, no lo hare—. Su mirada cae hacia mi antebrazo. —Mierda. Llamaré a Leticia y veré si puede regresar—.

—No llamarás a nadie, cachorro de tigre—.

—Ah, sí, lo haré. La última vez que practiqué dando puntos, al pobre Todd no le fue muy bien—.

Al instante, la tensión se apodera de mí y una rabia apenas reprimida hierve en mi estómago. ¿Quién carajo es Todd? ¿Un amigo? ¿Un novio?

—¿Y dónde está Todd ahora?

—De vuelta en casa, escondido en una maleta debajo de mi cama—. Ella se para frente a mí y mira mi brazo. —Esta es una muy mala idea—.

¿Mató al tipo y lo metió en una maleta? Es un dolor de cabeza meter un cuerpo en una maleta; lo sé por experiencia. Primero debes romper las extremidades, en cada articulación. Dependiendo del tamaño de la bolsa, es posible que también sea necesario romper el cuello. Entrecierro los ojos y la observo mientras limpia metódicamente la sangre del corte. ¿Y qué pasa con el olor? Los cadáveres empiezan a oler mal después de veinticuatro horas.

—¿Cuánto tiempo... Todd ha estado debajo de tu cama? — Pregunto mientras pone un spray anestésico alrededor del corte.

—Um, diez, tal vez doce años. Me estás distrayendo—.

¿Doce años? Ella debe haber comenzado joven. Más joven que yo cuando maté por primera vez con sólo ocho años.

—No creo que fuera prudente mantenerlo allí todo este tiempo. Deberías haberte deshecho de él de inmediato, cachorro—.

—Soy sentimental. Además, no podía separar a Todd de sus amigos. Me gusta sacarlos todos de vez en cuando—. Respira hondo y busca la aguja y el hilo. —Está bien, aquí vamos—.

—¿A ellos? ¿Cuántos tienes debajo de tu cama?

—¿Además de Todd? Quizás cinco o seis más—. La aguja perfora mi piel. —¿Puedes quedarte callado ahora para que pueda concentrarme? No puedo hacer esto y hablar de mis peluches al mismo tiempo—.

—¿Qué son los peluches?

—Juguetes de peluche. Por favor, deja de hablar.

¿Juguetes? Vuelvo a repasar todo el intercambio en mi cabeza. Sí, ahora tiene más sentido. La miro mientras trabaja en mi corte. Su rostro está tan pálido como una pared y su labio inferior está rojo sangre por las repetidas mordidas. Lleva vaqueros y una sencilla camiseta azul marino, pero incluso con este conjunto informal, luce sofisticada de algún modo. Sus manos son pequeñas y

delicadas y sus largas uñas están pintadas de rojo. No se parecen a manos acostumbradas a coser heridas o trabajar con animales. Vuelvo a levantar los ojos hacia su rostro, parece incluso más pálido que hace unos minutos. Sus ojos almendrados de color ámbar, rodeados por largas pestañas oscuras, están muy abiertos y concentrados en su tarea. Los mechones ondulados de color rubio oscuro que me recuerdan a la miel líquida enmarcan su rostro angelical, y mis dedos anhelan extender la mano y tocarlos. No es que alguna vez vaya a suceder.

Hay un dicho sobre *“las manos bañadas en sangre hasta los codos”* que describe a hombres como yo. Sin embargo, en mi caso, me gané esa representación mucho antes de que la ley me considerara un adulto. ¿Ahora? Ahora estoy tan sumergido en sangre y muerte que su hedor se aloja permanentemente en mis fosas nasales. No me atrevería a poner mis sucias manos sobre algo tan puro e inocente como ella, aunque sea sólo para sentir su cabello. Para mí, es como una pintura atesorada en un museo, abierta a la vista, pero marcada con un cartel de latón que advierte *“No tocar”*. Vuelvo a mirar sus labios y noto que está murmurando algo en voz baja.

—No te desmayes. No te desmayes. Joder, olvidé ponerme los guantes—. Su voz es apenas audible, pero aún puedo detectar un tono ligeramente histérico.  
—No te desmayes. Simplemente no te desmayes.

—¿No has hecho esto antes?

—No. Acabo de ver a Leticia hacerlo varias veces—. Ella ata el hilo y levanta la vista, encontrándose con mi mirada. —A perros y gatos. No personas. ¿Por qué viniste aquí en lugar de ir a un hospital?

—Esto estuvo más cerca—. La chica sacude la cabeza y continúa con su trabajo.

—¿Qué pasó?

—Un vagabundo me atacó—.

Recibo otra mirada, esta vez combinada con una ceja levantada. Ella no me cree. Pero es la verdad. Además de mi apartamento en Nueva York, tengo algunos otros lugares repartidos por Estados Unidos donde paso entre trabajos.

Pero ninguno de ellos se siente como “*un hogar*”. Ningún lugar lo ha hecho jamás. Supongo que eso me convierte en cierto modo en una persona “*sin hogar*”. Cachorro pasa al siguiente punto, sujetando con cuidado la piel con los dedos. Sus músculos se contraen, haciendo que los tendones de sus brazos se destaquen en el momento en que perfora mi piel. ¿Es la visión repugnante de la herida?

—Lo siento mucho—, susurra. —Apesto en esto. Debe doler muchísimo.

Mi cuerpo se queda quieto. *El dolor* y yo hemos sido amigos cercanos la mayor parte de mi vida. He aprendido a bloquearlo. Su preocupación por cómo me sentiría si me pincharan con una aguja es muy extraño. Sólo se necesitan veintidós suturas para cerrar el corte. Son desiguales y desordenados, pero no me importa. Todo el calvario duró apenas diez minutos. Debería haber hecho un corte más largo.

Cachorro guarda la aguja y exhala. —Necesito una bebida.

—¿Tienes edad suficiente para beber?

Ella encuentra mi mirada y se inclina ligeramente hacia adelante. —No recuerdo que me preguntaras mi edad cuando insististe en que te cosiera, amigo—.

—Estoy bastante seguro de que no hay un límite de edad para eso—.

—Sabelotodo. — Sus labios se ensanchan en una pequeña sonrisa. —Creo que tenemos algunas impresiones con instrucciones para el cuidado de las heridas. Serían sobre animales, pero asegúrate de leerlos de todos modos. También te ofrecería un collar electrónico, pero no creo que tengamos uno de tu talla—.

—¿Qué es un collar electrónico?

—Algo que obtienen los pacientes de la clínica veterinaria—. Su sonrisa crece y al verla iluminarse su rostro siento como si estuviera mirando una de esas estrellas brillantes otra vez. Tomo su mano derecha y lentamente la levanto hasta mi boca. Ella toma aire, pero no se aleja. Mis labios tocan las puntas de sus dedos, saboreando la sangre. Se ve tan inocente y pura. ¿Qué carajo estoy

haciendo? El plan era simplemente controlarla y Regresé en el momento en que supe que todo estaba bien. No incluía cortarme el antebrazo sólo para poder hablar con ella de nuevo. O contemplar hacerlo de nuevo mañana. Y al día siguiente. Ella es simplemente una chica agradable, probablemente de buena familia, sin ninguna conciencia de lo que sucede a la sombra de la sociedad sórdida. No tengo por qué buscarla, absorber su calidez y luz, sólo para robar unos momentos antes de regresar a mi sombría existencia.

—Debería irme ahora—, digo, pero no puedo soltar su mano.



El aliento de mi extraño roza las puntas de mis dedos donde todavía rozan su labio inferior. Con él sentado, nuestras caras están a la misma altura y apenas a unos centímetros de distancia. Una vez más, soy capturada por sus ojos. No puedo escapar de la atracción magnética de esa mirada fija, obligada a ahogarme en las profundidades de color gris pálido. No estoy segura de por qué estoy tan fascinada por ellos. Tal vez sea porque todo lo demás en él es negro: su ropa, su cabello, incluso el aire a su alrededor parece más oscuro de alguna manera. Sus ojos son la única luz en su lúgubre esfera.

—¿Siempre vistes de negro? — Yo susurro.

Inclina la cabeza hacia un lado, quizás sorprendido por mi pregunta. —La mayor parte del tiempo—.

—¿Por qué?

—Las manchas de sangre son más difíciles de ver en la tela oscura—.

Bajo mi mirada a mi mano cubierta de sangre que aún sostiene en la suya. —Parece que te lastiman mucho—.

—Últimamente, definitivamente con más frecuencia de lo habitual—.

—Quizás la próxima vez deberías ir a un hospital—.

—¿Por qué? — Él suelta mis dedos. —¿No querías ayudarme otra vez?

Me encuentro con su mirada y el aliento se queda atrapado en mi pecho. Hay algo en sus ojos, algo diferente. Ya no parecen cáscaras vacías. Una pizca de dolor parece haber atravesado sus pedregosas profundidades. —Por supuesto que lo haría—, digo.

—¿Entonces por qué?

—Porque casi me desmayo. Y porque tu corte se ve aún peor después de mi '*ayuda*'—.

Él mira su brazo izquierdo. La línea desigual de carne cruda y arrugada que cosí torpemente es una vista fea y de un color rojo chillón. —Luce bien para mí.

Sacudo la cabeza. —Es una sepsis esperando a ocurrir—.

—Los antibióticos se encargarán de eso, cachorro—.

Mi corazón da un vuelco, como cada vez que me llama por ese apodo. Nunca antes nadie me había llamado nada más que Nera. —¿Por qué me llamas cachorro de tigre?

—Porque te queda bien—. Él extiende la mano y pasa la punta de su dedo por el dorso de mi mano. —¿Me ayudarás de nuevo si vuelvo?

Me muerdo el labio inferior, inclinándome ligeramente hacia adelante. Puede que sea una locura y una estupidez, pero me gustaría volver a verlo. Pronto. —Sí.

—¿Por qué? No me conoces. ¿Por qué me ayudaste antes?

—No podía dejar que te desangraras. Hacer nada. No es lo que soy—.

—Algunas personas pueden merecer morir desangradas—.

—¿Tú? — Pregunto.



El toque en mi mano desaparece y, por unos momentos, simplemente me mira. Miro sus labios, donde unas cuantas manchas rojas marcan la comisura de su boca. Probablemente de cuando besó mis dedos.

—Sí—, dice con voz áspera.

—Nadie merece morir de esa manera—.

—Eres muy ingenua si crees eso—.

—Tal vez. — Tomo un trozo de gasa limpia del carrito y extendiendo la mano para limpiarle la sangre de los labios. Su mirada permanece enfocada en mi mano con tanta atención, como si estuviera esperando un puñetazo de un puño volador.

Hago una pausa a sólo un centímetro de su boca. —Eh... Tienes sangre en la cara. Sólo voy a...

Lentamente presiono la gasa contra su labio inferior, luego la muevo hacia la comisura de su boca, dejando que el material se impregne del rojo. Sus ojos sostienen los míos, como dos imanes, sin permitirme apartar la mirada.

—Le dije a mi hermana que llevé a un extraño a mi lugar de trabajo y le extraje una bala de la cadera—, susurro. —Me llamó loca porque podrías haber sido un asesino en serie o algo así—.

—Los asesinos en serie matan a sus víctimas para satisfacer su impulso interior de infligir dolor. No tengo esas compulsiones. Pero tu hermana tenía razón en la primera parte.

—También me dijo que me diera la vuelta y corriera si alguna vez te volvía a ver—.

—Sabio consejo. Ella debe haber sido la que llevaba un vestido largo marrón en el lugar donde fuiste a cantar—.

Parpadeo. Noche de karaoke, hace tres meses. ¿Él estaba ahí? La autoconservación entra en acción y doy un paso atrás.

—Supongo que no debería haber dicho eso—. Él inclina la cabeza hacia un lado. —No tengas miedo de mí—.

—Acabas de decirme que me has estado acosando. ¿No es ésa una buena razón para tener miedo?

—Yo no lo llamaría acoso. Tu seguridad es importante para mí, por eso paso por aquí de vez en cuando—.

—¿De vez en cuando?

—Una o dos veces al mes. Sólo para asegurarme de que estás bien—. Él se encoge de hombros.

—¿Por qué?

—Me ayudaste. Estoy correspondiendo—.

—Esa es una forma inquietante de agradecer a alguien—.

—Lo sé. Pero es la única manera que conozco—. Se levanta lentamente y con movimientos medidos, como si no quisiera asustarme. —Fue algo incorrecto y ahora lo entiendo. Lamento haberte asustado. No volverás a verme—.

¿Qué? ¡No! No quiero que se vaya. Junto mis manos frente a mí y doy un paso más hacia este hombre misterioso. —Puedes venir de nuevo—, dejo escapar. —Si necesitas que te saquen una bala o que te la vuelvan a coser, ya sabes dónde encontrarme—. Hago una pausa y luego agrego: —Si no te importa parecerte al monstruo de Frankenstein después, claro—.

Levanta la mano como si fuera a tocarme, pero luego la retira lentamente. —Los monstruos reales rara vez se parecen a uno—.

Observo su ancha espalda mientras se dirige a la puerta principal, sus pasos suenan huecos en la habitación. Con cada metro de distancia, El hormigueo en las puntas de mis dedos por su beso se convierte en un temblor.

—¿Ni siquiera me preguntarás mi nombre? — Le grito a su forma que se retira.

Se detiene en el umbral de la entrada y coloca la mano en el marco. —Si me das tu nombre, tendré que devolverte algo. Así es cómo funcionan las conversaciones—.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—No tiene nada de malo. Simplemente no tengo mucho para dar—.

Empiezo a decir que no puede ser verdad, pero ya está abriendo la puerta. —Puedes darme tu nombre—, le llamo.

Hay una extraña quietud en su cuerpo mientras está allí: una gran estatua de mármol en la entrada, mientras los autos pasan a toda velocidad en la calle más allá.

—Podría darte un nombre—. Su voz es baja, apenas puedo escuchar las palabras a esta distancia. —Pero no sería mío, cachorro de tigre—.

Me quedo en medio de la clínica, mirando la puerta que se cierra con un clic detrás de él, preguntándome qué quiso decir con eso. Y espero poder verlo de nuevo. Esperemos que no pase tanto tiempo hasta la próxima vez.

# Capítulo 7

*Hace 26 años desde la actualidad.*

*Base de unidad Z.E.R.O*

*(Kai 8 años)*



Una luz brillante brilla sobre mí desde la lámpara del techo. Entrecierro los ojos y sacudo la cabeza, tratando de aclarar el mareo. Lo último que recuerdo es a dos enfermeras en la sala de psiquiatría sujetándome, mientras una tercera me hundía una jeringa en el muslo. Cuando el tipo del uniforme dijo que debía ir con él, le di una patada en las pelotas y traté de escapar. Llegué al medio del pasillo antes de que las enfermeras me alcanzaran y me tiraran al suelo.

—¿Quieres conservar el nombre del niño? — Una voz que no reconozco viene de mi derecha. —¿Qué pasa con sus registros?

—Hazlo desaparecer, Félix—. Otra voz, pero ésta ya la he oído antes. Es el militar.

Manteniéndome lo más silencioso que puedo, giro la cabeza hacia un lado y miro a mi alrededor. Esto parece ser una especie de clínica. Hay dos camas con ruedas y estantes con suministros médicos. Las paredes son grises y parecen inacabadas, y los cables eléctricos se extienden por el suelo. Sin ventanas.

Mis ojos se deslizan hacia el lado opuesto de la habitación, donde están parados los dos hombres. Uno es el tipo de uniforme. El otro es mayor y lleva una chaqueta de tweed. Tiene gruesas gafas marrones en la cara y una computadora portátil bajo el brazo.

—¿No sería más fácil simplemente darle una nueva identidad?

—No—, dice el imbécil uniformado. —Su expediente hace que parezca que no está mentalmente estable. Cambiar su nombre otra vez podría joderlo aún más—.

—¿De nuevo?

—Lo encontraron abandonado, descuidado y medio salvaje cuando tenía seis años. El trabajador social no pudo lograr que el niño dijera su nombre, así que le dio uno nuevo. Aparentemente, eligió el primer nombre basándose en una película que vio recientemente. Y, dado que el niño hablaba parcialmente polaco cuando fue descubierto, el último fue elegido al azar de una lista en línea de nombres étnicos—.

El hombre de la chaqueta de tweed se gira y me mira por encima del borde de sus gafas. —Entonces, ¿el chico no sabe nada de su pasado? ¿Ni siquiera su verdadero nombre?

—No. Un candidato ideal y primer recluta para mi programa Z.E.R.O, ¿no crees?

# Capítulo 8



—Bajaré en un minuto, Dania—, le digo al teléfono mientras rebusco en el armario, buscando mi otro tacón rojo. —Pero sólo un aviso: no puedo quedarme mucho tiempo. Todavía no he terminado mi trabajo que debo entregar la próxima semana—.

—¿De qué se trata? ¿Tratar el estreñimiento en las cabras? — Ella se ríe.

—Muy divertido.

—¿Realmente te van a enseñar cómo parir lechones y cosas así?

Veo el zapato en la esquina y lo saco. —Probablemente. ¿Dónde estás estacionada? —Justo enfrente—.

—Bueno. Estaré allí en un segundo—.

Me pongo los zapatos y me dirijo al espejo para echar un vistazo rápido. El vestido palabra de honor negro que Zara me hizo no tiene tirantes y llega hasta la mitad de las rodillas. Lo usé hace dos semanas en un cóctel que organizó mi padre, pero es el único que no necesita planchado. Servirá. Después de agarrar mi bolso y mi abrigo, abro la puerta principal y me detengo en seco. Atado con un lazo al tirador del otro lado de la puerta hay un trozo de seda roja. Los latidos de mi corazón se aceleran mientras miro boquiabierta el pañuelo, tan similar al que solía usar. Detuvo la hemorragia de mi extraño de pelo largo. El que se llevó consigo. ¿Dejó esto? Miro a la derecha y luego a la izquierda por el largo pasillo, pero no hay nadie allí. Mis ojos vuelven al pomo y extendiendo la mano para desatar el pañuelo. No es el mismo que se embolsó, pero no tengo dudas de que fue él quien dejó el sustituto. Probablemente debería preocuparme,

considerando que un hombre extraño sabe dónde vivo. Y supongo que lo estoy un poquito. Pero también siento algo más. Excitación.

A pesar de mis acciones imprudentes que han puesto todo esto en marcha, no estoy completamente desorientada. ¡El hombre recibió un disparo! Y sucedió la noche en que todas esas personas fueron asesinadas. ¿Fue él? Un testigo que señala a un hombre de pelo largo dirigiéndose a ese complejo de edificios no es prueba, pero de alguna manera sé que él fue el responsable. Probablemente debería pedirle a mi papá que asigne a alguien fuera de mi edificio. O mejor aún, debería vender este lugar y buscar otro apartamento. Pero entonces ... Paso el pañuelo entre mis dedos y recojo mi cabello en la nuca, atándolo con seda roja.

\* \* \*

—¿Vas a ir a la despedida de soltera de Romina? — Pregunta Dania mientras nos dirigimos a la mesa al otro lado del pub donde dos de nuestras amigas están esperando.

—No estoy segura—, digo, tratando de ocultar un bostezo y fallando miserablemente. He pasado toda la noche estudiando, así que estoy muy cansada. —Zara tiene un examen de matemáticas la próxima semana y le prometí ayudarla este fin de semana. Falló en el último—.

—Oh. Y... ¿cómo esta ella?

Me muerdo el labio inferior para no arremeter contra mi amiga. Odio cuando la gente habla de mi hermana como si le pasara algo malo. —Bien.

—Entonces, ¿todavía no quiere socializar? Debo admitir que me sorprendió bastante que viniera con nosotros a una noche de karaoke—.

—Si mi hermana no quiere salir, es su elección. ¿Tienes algún problema con eso?

—Vaya, chica. No quise decir...

—Lo sé. — Le ofrezco una sonrisa de disculpa. —Lo lamento. La primera ronda corre por mi cuenta, ¿de acuerdo?

—Puedes apostar—.

Cuelgo mi abrigo en el respaldo de la silla, luego saludo a un camarero antes de inclinarme sobre la mesa para darle un beso en la mejilla a cada una de mis amigas. Romina se lanza enseguida a contar sus planes de despedida de soltera y no puedo evitar sentir un poco de envidia. El padre de Romina trabaja en uno de los casinos de la Cosa Nostra, pero no ocupa un lugar lo suficientemente alto dentro de la jerarquía como para ser considerado un jugador importante. Se casa por amor, no porque necesite sacrificarse por el bien de la Familia. Puede que todavía me queden algunos años de libertad, pero el conocimiento de lo que me espera demasiado pronto cuelga sobre mi cabeza como la espada de Damocles.

Necesitamos mostrar nuestras identificaciones falsas antes de que el camarero acepte tomar nuestros pedidos. Si hubiésemos ido a uno de los bares de la Cosa Nostra nadie se habría atrevido a ficharme, pero no frecuento esos bares con demasiada frecuencia. Si alguien de la Familia me viera en un bar sin guardaespaldas, se comunicaría con el Don de inmediato. Luego papá me llamaría para darme un sermón por ser irresponsable y enviaría dos matones para seguirme durante el resto de la noche.

Mientras alcanzo el mojito que el camarero pone sobre la mesa, una sensación extraña me invade. Siento como si miles de pequeñas agujas estuvieran pinchando la piel expuesta en mi nuca. Es la misma sensación que he tenido ocasionalmente durante meses, pero nunca antes había sido tan fuerte.

Me froto la nuca con las palmas y echo un vistazo rápido a mi alrededor. Dania y las chicas todavía están charlando sobre la fiesta de Romina, discutiendo quién usará qué. El grupo en la mesa de nuestra izquierda se ríe mientras uno de los chicos entretiene a todos con una historia, agitando los brazos salvajemente por todos lados. Es lo mismo en todas partes: la gente simplemente habla y se lo pasa genial. Alrededor de una docena de hombres están sentados en la barra, algunos parecen bastante agotados. Nada parece estar



fuera de lo común, pero, aun así, no puedo evitar la sensación de que algo es diferente.

Simplemente no puedo entender qué.

—¿Nera? — Romina me da un codazo. —¿Vendrás con nosotros?

Intento recuperarme y tomo un sorbo de mi mojito. —¿A dónde?

—Para comprar zapatos. Necesito algo que combine con mi atuendo para la cena de ensayo. Nos vamos mañana por la tarde—.

—No puedo. Necesito terminar mi artículo sobre el papel de las agencias reguladoras en la práctica veterinaria—.

Romina parpadea dos veces y luego se ríe tontamente. —Realmente no entiendo por qué te harías eso a ti mismo. ¿Tecnología veterinaria? ¿En realidad?

—¿Te imaginas si tu valor en la vida se basara únicamente en lo que pudieras aportar a la Familia? — Pregunto. —Que tus habilidades y experiencias no podrían usarse para marcar una diferencia en la sociedad en su conjunto, si eso es lo que quisieras, ¿sino sólo para promover la prosperidad de la Familia? Pero nadie en nuestro mundo le pide consejo a una mujer, incluso si fuera la experta más brillante en cualquier campo. Y, como mujer, soy simplemente el medio para asegurar una buena relación comercial o fortalecer la posición de un hombre en la organización. Entonces, elegí el programa de tecnología veterinaria porque me gustan los animales y porque el beneficio de adquirir ese conocimiento es mío. No la de la Cosa Nostra. Sólo mío. — Un silencio incómodo desciende alrededor de la mesa. Sé que no debería haber sido tan dura, pero ya no pude morderme la lengua. —Voy a tomar un poco de aire—, digo y, agarrando mi bolso, me levanto de la mesa. Mientras me alejo, esa extraña sensación me persigue, pero todavía soy incapaz de determinar el motivo.

El pub se ha llenado de gente en los últimos diez minutos, así que tengo que apretarme entre los cuerpos mientras cruzo la habitación. En la barra, un grupo de hombres es ruidoso y polémico, y el camarero intenta calmar a todos.

Entre la atmósfera general de confrontación y el fuerte aroma a alcohol que flota en el aire, siento que me estoy asfixiando mientras camino por el estrecho pasillo hacia la salida.

Salgo a la calle y respiro profundamente. A mi derecha, cuatro personas fuman.

Necesitando distanciarme, giro a la izquierda y bajo la acera, lejos del olor, hasta llegar a la esquina del edificio. La música y las risas estridentes desde el interior del pub llegan hasta aquí, hasta este callejón lateral, pero es mucho más tranquilo que al frente. Cierro los ojos, me recuesto en la fría pared de ladrillos y finalmente inhalo aire fresco. Me encanta salir con mis amigas, pero a veces todo es demasiado.

—Vas a coger neumonía, cachorro—.

Me tensó y mis ojos se abren de golpe. Mi extraño de pelo largo está apoyado en la pared opuesta, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada hacia un lado, mirándome. Los latidos de mi corazón se aceleran sólo por estar cerca de él una vez más. Lleva nuevamente un traje completamente negro: un traje que parece entallado y costoso incluso con poca luz, y un abrigo desabotonado por encima. No veo ninguna arma, pero tengo la sensación de que tiene más de una. Cada molécula de aire a su alrededor parece emitir un mensaje muy claro: *¡Peligro! ¡Amenaza! ¡Mantente atrás!* Ignoro la advertencia, queriendo estar más cerca de él, no más lejos.

—Necesitaba un poco de aire—, susurro. Esa extraña sensación zumba dentro de mí ahora, como si unas manos invisibles estuvieran acariciando ligeramente mi piel. Fue él lo que sentí.

—Veo que encontraste el pañuelo—. Mueve su mirada hacia mi accesorio para el cabello.

—Bueno, estaba atado al pomo de la puerta de mi casa. Es difícil pasarlo por alto—.

Él simplemente asiente. No hay explicación de cómo sabe dónde vivo o por qué lo dejó allí.

—Pareces estar bien—, agregó. —¿No hay heridas sangrantes esta noche?

—Lamentablemente no.

Levanto una ceja. —¿Desafortunadamente?

—Disfruto bastante de nuestras pequeñas aventuras médico-paciente. Quizás la próxima vez, cuando me disparen o me apuñalen, volveré a buscarte—.

Sólo la idea de que vuelva a ser herido hace que mi pecho se contraiga. Aunque eso me permitiría verlo. Tocarle. Tal vez incluso volvería a besarme los dedos, como en nuestros dos encuentros anteriores. Supongo que es su forma particular de agradecerme. Aun así, no quiero que lo lastimen.

—Por favor, no lo hagas—.

De repente se pone rígido y sus ojos brillan.

—Por favor, que no te vuelvan a disparar ni a apuñalar—, aclaró. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Este no es un vecindario muy seguro. Quería asegurarme de que estás bien—.

—Puedo defenderme cuando la situación lo requiere—.

—Sí, tengo la sensación de que puedes—. Alejándose de la pared, cubre la distancia entre nosotros en unas cuantas zancadas largas hasta que está al alcance de la mano.

—Gírate.

Lo miro a los ojos mientras él se alza sobre mí como un hermoso espectro oscuro. No hay nada remotamente normal en esta situación. Charlando casualmente con un hombre extraño en un callejón desierto como si fuéramos vecinos que se encontraran inesperadamente. Un hombre peligroso que obviamente me ha estado siguiendo. ¿Quién en su sano juicio hace eso? Es más que estúpido. Y todavía... Lentamente, me doy la vuelta y le doy la espalda.

Una tela áspera y pesada cae sobre mis hombros. El abrigo aún está caliente por el calor de su cuerpo y un leve olor a su colonia invade mis sentidos. No es una fragancia penetrante y dominante como prefieren muchos de los hombres de la Cosa Nostra, lo que dificulta identificar su aroma particular. Es más, un consuelo sutil que un aroma específico. Algo fresco y salvaje, como el viento de la montaña.

—Gracias—, digo mientras me giro para mirarlo.

—¿No cantarás esta noche?

—No es ese tipo de lugar—.

—Mm-hmm... No sé mucho sobre música, pero estuviste bastante mal—.

—Lo sé. — Mis labios se curvan hacia arriba. Los chicos que conozco nunca me dirían algo así. Me colmaban de falsos elogios, diciendo lo hermoso que canto porque eso es lo que creen que quiero escuchar.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Fue divertido. Y porque puso una sonrisa en el rostro de mi hermana—.

Su frente se arruga. —¿Querías que tu hermana se riera de ti?

—Ella no se estaba riendo de mí. Ella se reía por mi culpa—.

—¿No es lo mismo?

—Um, no. Los verdaderos amigos y familiares nunca se reirían de ti, sin importar cuán estúpidas sean tus acciones—.

—Mm-hmm... Nunca lo pensé así. — Retrocede y se recuesta nuevamente en la pared, cruzando los brazos como antes. Su postura estira la tela negra de su camisa sobre sus musculosos brazos y sus anchos hombros.

El calor inunda mis mejillas cuando lo recuerdo sentado frente a mí, sin camisa, ese día en la clínica veterinaria. Supongo que cualquier mujer se dejaría seducir por un hombre como él. No puedo decir que no lo haya imaginado desnudo. Pero mi fascinación por mi extraño va más allá de la atracción física. Por un lado, su aparición de la nada para desaparecer poco después me deja con

pocas respuestas crípticas y más preguntas después de nuestro corto tiempo juntos. Sigue siendo un completo enigma. Por otro lado, confesó abiertamente haberme acosado. Cualquier mujer sensata en mi lugar correría, lejos y rápido, gritando todo el camino. ¿Yo? Sólo quiero saber más sobre él.

—¿Puedo preguntarte algo? — Su voz ronca rompe el silencio y, lo juro, puedo sentir las vibraciones contra mi piel.

—Claro—, exhalo.

—¿Qué pasa con la hierba?

—¿La qué?

—¿Las cosas verdes que tienes junto a tus ventanas?

Arqueo la ceja. —¿Cómo sabes de mis plantas?

—La azotea frente a su edificio tiene una buena vista de su casa. Te vi rociando las hojas cuando vine a ver cómo estabas—.

—Son hierbas. Orégano. Menta. Perejil. Romero. Me gustan sus olores. Aunque me temo que podría haber matado el perejil. Está casi completamente seco—. Yo suspiro. —Tendré que comprar uno nuevo cuando tenga algo de tiempo libre—.

—Pensé que a las mujeres les gustaban las flores. No la hierba—.

—Hierbas—, señalo de nuevo. —A mí también me gustan las flores, pero tiendo a estornudar cada vez que me acerco demasiado a la mayoría de las variedades—.

—Mm-hmm. — El asiente. —Entonces, esto puede crecer por sí solo, ¿no? ¿Te gusta la hierba?

Resoplé. —No puedo creer que esté hablando de plantas de interior con el tipo que me ha estado acosando—.

—¿Por qué? Creo que hasta ahora ha sido una charla agradable e interesante—.

Mis cejas tocaron la línea del cabello. —Necesitas salir más, amigo—.

Una pequeña sonrisa transforma sus labios y un enjambre de mariposas invade mi estómago.

—¿Por qué estás aquí, en lugar de con tus amigos?

—No me gustó la dirección de nuestra conversación y necesitaba un descanso—. Me tapé la boca con la mano para tapar un bostezo. —Lo siento. Anoche no dormí mucho—.

—¿Por qué no te vas a casa?

—Me gustaría. Pero mi amiga me trajo hasta aquí—. Me encuentro con su mirada. —Y prefiero no tomar un taxi si puedo evitarlo—.

Inclina la cabeza hacia un lado. —¿Me estás pidiendo que te lleve en secreto?

—Tal vez. — Me muerdo el labio inferior.

—¿Qué pasa con el consejo de tu hermana?

—He pasado varias veces a solas contigo y sigo viva, con mi virtud intacta. Supongo que eres una apuesta más segura que un taxista psicópata que podría encontrar.

—Eres más que imprudente, cachorro—. Hace un gesto con la barbilla hacia el edificio al otro lado de la calle. —Estoy estacionado allí—.

Me envuelvo con más fuerza en el enorme abrigo mientras camino junto a mi extraño mientras él nos lleva al Dodge Charger negro. Por cada paso que da, necesito dar dos propios para mantener el ritmo. Nuestros brazos se rozan ligeramente mientras caminamos. Sólo un pequeño roce ocasional, atenuado por la gruesa tela de su abrigo. Sin embargo, para mí, cada contacto se siente como una pequeña descarga eléctrica a través de mi sistema.

Cuando llegamos a su vehículo, me abre la puerta del pasajero, luego rodea el capó y se pone al volante. Mientras arranca el auto, le envió un mensaje a

Dania, diciéndole que me fui a casa, luego me recuesto en el asiento de cuero. —Supongo que no tengo que darte mi dirección—, digo.

Las comisuras de la boca de mi acosador se inclinan hacia arriba en un grado minúsculo. Si no lo estuviera mirando abiertamente, me lo habría perdido. —No.

Aprieto mis labios, ocultando una sonrisa. —¿Y debería preocuparme el hecho de que sepas dónde vivo?

Su mirada captura y sostiene la mía. —No.

Me han mentido en la cara numerosas veces y no me di cuenta, pero hay algo en los ojos de este hombre que me hace estar segura de que está diciendo la verdad.

—Bueno. — Asiento y me concentro en el paisaje urbano más allá del parabrisas. Después de eso conducimos en silencio, pero el silencio es confortable. Normalmente, odio estar en compañía de otras personas que no conozco bien, cuando reina ese silencio incómodo. La necesidad de llenarlo con charlas triviales y vacías se vuelve abrumadora, pero también lo es el miedo a parecer tonta. Mi extraño no parece presionado a romper la tranquilidad entre nosotros. Yo tampoco. Es agradable simplemente estar con alguien y estar en paz.

Empieza a llover y rápidamente se forman charcos a lo largo de la carretera que reflejan la variedad de luces blancas y rojas de los coches que nos rodean. Los limpiaparabrisas se mueven rápidamente, tratando de seguir el ritmo del aguacero.

Izquierda derecha.

Izquierda derecha.

Izquierda ...

—Cachorro. — La voz ronca apenas penetra mi neblina. —Estamos aquí.

—Bueno. — En lugar de abrir los ojos, entierro la cara más profundamente en la gruesa lana. Huele ligeramente a bosque: un pino cítrico y un aroma terroso.

La puerta de un coche se cierra en alguna parte. Otro clic y el aroma de la lluvia fresca invade mis sentidos. Las manos ajustan el calor terrenal a mi alrededor y luego estoy flotando. Sostenido en los brazos de alguien. No el de alguien. Los suyos. Dios, se siente tan bien. Los coches suenan a lo lejos, el viento me golpea en la cara. Giro la cabeza y acurruco mi nariz en el cuello de mi extraño, inhalando. Calma. El calor irradia a mi alrededor. Un ligero rebote contra su pecho. Me quedo a la deriva, arrullada por el eco hueco de sus pasos. Muchos de ellos. Me está cargando escaleras arriba.

—¿Dónde está tu llave?

—No sé. Déjame dormir.

Quietud. Silencio. Luego, un fuerte golpe.

—Tu puerta apesta—.

Más pasos. Suaves chirridos de tarimas de madera. El bálsamo de mi suavizante favorito mientras mi mejilla toca la almohada. Mmm. Extraño el aroma del bosque que comienza a desvanecerse. Al país de los sueños... No. Una voz ronca y entrecortada que habla rápidamente. —¡De inmediato! — Suena como una orden. Me hace querer obedecer.

Abro los ojos y encuentro a mi extraño parado junto a mi cama, sosteniendo un teléfono en su oreja.

—Duerme. Alguien estará aquí para arreglar la puerta—.

—Claro—, murmuro y cierro los ojos.

Mientras vuelvo a quedarme dormida, siento una mano áspera alrededor de mi muñeca y luego una ligera pluma de labios cálidos en las puntas de mis dedos. O tal vez fue sólo un sueño.





—Lo siento mucho, señor, pero no tenemos perejil—.

Entrecierro los ojos hacia el encargado de la floristería y doy un paso más cerca. El hombre retrocede rápidamente y su espalda golpea la pared detrás de él. Esta es la cuarta floristería abierta las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana que he revisado, y ninguna tenía la maldita hierba. Y estoy perdiendo la paciencia.

—Necesito perejil—. Me inclino hacia delante hasta gruñirle en la cara. —Ahora.

—Realmente lo siento —tartamudea. —Mi vecino puede tener algunos. Dirige un invernadero local y cultiva hortalizas y hierbas. Todavía no han cosechado todos los cultivos. Si vuelve mañana, tendré un poco para usted—.

—Mañana tengo un doble golpe en el calendario—.

El hombre parpadea confundido. —¿Un golpe?

—Algo de trabajo—, aclaro. —Dame la dirección de ese lugar—.

El hombre traga, su rostro adquiere un tono verdoso, luego recita el nombre de una calle y un número. Asiento y salgo de la floristería. La ubicación que me dio es en las afueras. Me lleva casi una hora llegar a un terreno de grava frente a un acogedor edificio de un piso con un par de invernaderos largos con mamparas de vidrio a los lados y un jardín de medio acre en la parte trasera. El cielo está oscuro y el brillo de la farola no llega detrás de la estructura principal, así que tengo que usar mi teléfono como linterna mientras camino entre la vegetación desordenada, preguntándome qué diablos me poseyó para salir a cazar. el maldito perejil a las tres de la mañana. Pero sé la respuesta: *se lo debo a mi cachorro por esta noche.*

Nadie me habla como si fuera un tipo normal. Francamente, aparte de los intercambios relacionados con los negocios que tengo con Kruger y En el

equipo de soporte, la gente rara vez me habla. Y estoy completamente de acuerdo con eso. O estaba.

Esta noche, en ese callejón, mi chica había hablado conmigo como si yo no fuera un monstruo, monstruoso escondido en las sombras. Fue extraño. El buen extraño. Por un momento me sentí realmente como una persona. Algo que no había sentido en mucho, mucho tiempo. Y luego bajó la guardia y se quedó dormida en mi auto. Conmigo a su lado. Confiar en que no haría nada para dañarla mientras estaba en su estado más vulnerable era más que imprudente. Me sacudió hasta la médula.

Nunca nadie me ha confiado nada, especialmente su propia vida. La mayoría de las misiones de ZERO fueron asesinatos u otras cosas desagradables, sin embargo, hubo algunas ocasiones en las que nuestra unidad fue elegida para una misión de rescate. Por lo general, era Az, y en raras ocasiones Sergei Belov, eran a quienes se les asignaba la tarea de llevarlas a cabo. Nunca yo. Lo único para lo que fui bueno fue para acabar con vidas. Nunca salvarlas.

Al principio, pensé que a Kruger podría haberle preocupado que me volviera loco durante la misión y que matara a mi encargo sin querer. Pero entonces me di cuenta: nunca se le había pasado por la cabeza considerarme para un rescate. Lennox Kruger seleccionó las tareas de los agentes en función de sus calificaciones y habilidades. Y me consideraron inadecuado porque, aparentemente, aceptar la idea de que alguien pudiera necesitar mi protección no era una habilidad que él pensaba que yo poseía. Quizás tenía razón.

Y aun así, mi chica me confió su seguridad. Incluso me la devolvió desprotegida cuando se lo pedí, y luego se quedó dormida estando sola con un monstruo. Me permitió llevarla adentro. A su casa. A su espacio seguro. Miro hacia abajo y me doy cuenta de que mi linterna está apagada. La puta batería del teléfono eligió el momento perfecto para agotarse. Hay un poco de luz de luna asomándose a través de las nubes, su brillo azulado ilumina un trozo de vegetación a mi alrededor, pero no lo suficiente como para distinguir claramente entre diferentes malezas. Arranco del suelo el arbusto verde más cercano que parece perejil. Cede al tercer tirón. Lo levanto hasta mis ojos y lo giro a

izquierda y derecha, observando las hojas. Luego, la raíz, que es larga y de color naranja.

—Maldita zanahoria—, murmuro y tiro la cosa por encima de mi hombro, moviéndome un poco hacia la derecha. Más mierda verde. En la penumbra, todas las copas de las hojas se parecen a las imágenes de perejil que busqué anteriormente en línea. Caminando por el jardín, saco un par más al azar, levantando las plantas hacia la escasa luz del techo. Todas las malditas hojas parecen iguales. Bien... casi; las raíces son diferentes. Algunas son largos y algo delgadas, sin duda vegetales molidos. Pero ella dijo que el perejil es una hierba. ¿Cuál es la maldita diferencia? Miro uno y se me ocurre... ¿una zanahoria albina? Otro, y es redondo como una bola retorcida en lugar de una raíz de apariencia normal. Con mi teléfono apagado, no puedo comprobar qué es qué y no recuerdo cómo se ve realmente el perejil. Tengo tal vez una hora antes de que se supone que el carpintero llegue a la casa de mi cachorro para cambiar la puerta que logré cerrar cuando me fui, y tengo la intención de estar allí mientras él se ocupa de sus asuntos. Uno, porque de ninguna manera dejaría que un hombre entrara a su apartamento sin que yo estuviera allí. Y dos, quiero asegurarme de que trabaje en silencio como le indiqué, para que no la despierte. Mierda. Me llevo a la nariz cada variedad de vegetación arrancada y huelo las hojas. Jesucristo. Si Kruger pudiera verme ahora, agazapado en medio de unos arbustos de hortalizas, pensaría que finalmente había perdido la cabeza por completo. Cuando se me pide que determinara el calibre de un arma basándome únicamente en el sonido, puedo responder correctamente nueve de cada diez veces. ¿Pero esto? No sé una mierda sobre esto. Sigo oliendo la porquería, pero todo huele a tierra mojada.

—A la mierda—. Me enderezo y, agarrando un montón de plantas en mi puño, vuelvo a mi auto.

# Capítulo 9



—Veo que tienes una puerta nueva—.

Le doy otro bocado a mi pizza y sigo la mirada de Zara hasta la entrada principal. —La cerradura estaba rota. Me cambiaron la puerta hace unas semanas—.

—¿No podrías haber cambiado la cerradura?

—Eh... Fue una rotura importante, parte de la madera que la rodeaba se había agrietado.

La mañana después de que mi extraño me trajo a casa, me desperté pensando que lo había soñado todo. Una puerta de entrada nueva y reluciente, reforzada con acero, me demostró que estaba equivocada. Además de dos llaves que encontré tiradas en la encimera de la cocina. Cuando miré por el balcón, vi a dos tipos con monos cargando mi vieja puerta en la parte trasera de una camioneta. La madera alrededor del cerrojo estaba astillada.

—La madre de Salvo me llamó ayer—, dice Zara mientras busca agua. —Ella irá a un evento benéfico el próximo mes y quiere que le diseñe un vestido.

—¿Qué?!— Grito. —¿Eso es increíble!

Mi hermana simplemente se encoge de hombros. —Sí. Le dije que lo iba a pensar—.

—¿Lo pensarás? — Me acerco a la mesa y tomo su mano. —¿En qué hay que pensar?

—No es lo mismo que hacer vestidos para ti y nuestras amigas, Nera—.

—Puedes apostar que no lo es. Vas a decir que sí, a diseñar un vestido magnífico para ella y todos se volverán locos con él. Todas las mujeres de la Familia también querrán tener uno.

Salvo es amigo de Massimo y Elmo desde la infancia. Su familia es uno de los miembros más antiguos de la Cosa Nostra de Boston. Hace unos años asumió el cargo de capo de su padre y desde entonces se ocupa de las negociaciones de diversas transacciones con nuestros socios. Si su madre aparece en una fiesta con un vestido diseñado por mi hermana pequeña, al día siguiente habrá una fila de mujeres frente a nuestra casa.

—Sí. A papá le va a encantar—, dice con una sonrisa amarga. —La hija del *Nuncio*<sup>1</sup> Veronese trabaja como costurera para mujeres por debajo de su posición social—.

—Pero...

—Sin peros. Voy a decirle que estoy ocupado con las tareas escolares y que no puedo hacerlo—.

Mis hombros se hunden. —Dijiste que tu mayor sueño es tener tu propia marca de moda algún día—.

—Un sueño. Eso es todo—. Se levanta y comienza a recoger los platos sucios, cerrando efectivamente la discusión sobre este tema. —¿Cómo van tus cursos? Te saltaste el almuerzo del domingo—.

—Los cursos están bien. Y he estado dedicando más horas a la clínica veterinaria, así que no pude asistir—.

—No has vuelto a ver a ese hombre, ¿verdad?

Me estremezco y un trozo de masa de pizza se me queda atrapado en la garganta. —¿Hombre? — Yo toso. —¿Qué hombre?

---

<sup>1</sup> Nuncio: Representante diplomático del papa, que ejerce, además, como legado, ciertas facultades pontificias. En el caso del Don es un apodo.

La mano de Zara se detiene a medio camino de la caja de pizza vacía. Sus ojos se fijan en los míos y siento como si su mirada puntiaguda estuviera perforando agujeros en mi cráneo. —¡Nera!

Me estremezco. Zara siempre podía ver más allá de mis faroles. Aunque es dos años menor, a veces parece más una hermana mayor.

—¿Tal vez? — Le ofrezco una sonrisa tímida. —Escucha, no es lo que piensas. Simplemente pasó por la clínica y necesitaba ayuda—.

—¿Ayuda? ¿Qué clase de ayuda?

—Necesitaba algunos puntos—.

—¿Hizo que Leticia lo curara? — Ella niega con la cabeza. —Ella es veterinaria, por el amor de Dios—.

Deslizo una servilleta en mis manos y empiezo a doblarla. —Eh... No fue Leticia. Lo hice.

—¿Tú?

—Fue complicado, pero a él no le importó. Y también me lo encontré cuando salía con Dania y las chicas. Él... él me llevó a casa—.

—¿Te subiste a un auto con un hombre que no conoces? ¿Qué sucede contigo? Él podría tener...

—Él no hizo nada—, la interrumpo. —Le pedí que me dejara. Me llevó a casa y luego se fue. Eso es todo. — Bueno, no es exactamente toda la verdad. Ahí está la puerta. Y el “*presente*” que me dejó.

—¿Por qué estás sonriendo? ¡Esto es serio, Nera! ¿Quién es él? ¿Sabes siquiera el nombre del chico?

—No sé su nombre. En realidad, no sé mucho sobre él—. Miro las nuevas macetas grises que arreglé junto al balcón. —Me trajo apio nabo—. Al ver la

expresión en blanco en el rostro de Zara, aclaro: —Raíz de apio. Y unas chirivías<sup>2</sup>.

—¿Qué?

—Creo que pensó que era perejil—.

Cuando me dirigí a la biblioteca ese día para recoger el libro de referencia que necesitaba para mi trabajo, encontré un montón de verduras colgando del pomo exterior de mi nueva puerta. Algunas eran chirivías, pero la mayoría eran plantas de raíz de apio. Me quedé boquiabierta, preguntándome qué diablos estaban haciendo allí, hasta que me di cuenta. Debían ser perejil. Me quedé en el umbral, mirando la “ofrenda” durante varios minutos, mientras una sensación cálida se hinchaba dentro de mi pecho.

—Los hombres que necesitan que les quiten las balas del cuerpo y les cosen no andan trayendo perejil a las chicas, Nera—.

—Éste sí. Todavía había tierra en las raíces. Estoy bastante seguro de que los robó de alguna parte—. Aparto la mirada de mis nuevas “*hierbas*” y encuentro la mirada de mi hermana. —¿Recuerdas todos los regalos que me traía Lotario?

—¿Qué tiene eso que ver con esto?

—Flores—, digo. —Siguió trayendo flores a pesar de que le dije varias veces que era alérgica. Pendientes de diamantes, que nunca usé porque no tengo perforaciones en las orejas. Ese bolso de piel de serpiente increíblemente caro que regalé porque nunca usaría cuero auténtico—.

—Lotario fue un imbécil. No deberías usarlo como referencia—.

—¿Y qué pasa con nuestros amigos? — Pregunto. —Los amigos que pensé que me conocían bien siempre parecen estar compitiendo para comprar el regalo más caro para mi cumpleaños sin molestarse en descubrir qué es lo que realmente me gusta—.

—No es así.

---

<sup>2</sup> Zanahorias blancas.

—Lo es. Y tú lo sabes. Lo has experimentado tú misma. El año pasado, Dania te compró un reloj para tu cumpleaños. Y ella sabe que nunca usas joyas porque tu piel es muy sensible y no tolera muchas cosas. Eligió ese reloj en particular porque sabía que todo el mundo hablaría de él durante días. No porque te gustase.

Zara mira hacia otro lado, pero todavía veo lágrimas en sus ojos.

—Me gusta ese reloj—.

—Lo sé—, susurro y tomo su mano entre la mía. —Y sé que te encantan las joyas que papá sigue comprándote. Aunque sólo las guardes en esa caja de terciopelo que hay en tu tocador.

—Probablemente lo olvidó—. Se seca una lágrima perdida y sonrío. —Entonces... ¿perejil?

—Más bien... raíz de apio. — Resoplé.

Zara me mira por unos momentos y luego se echa a reír. —No sabía que tenías un gusto tan peculiar por los hombres, hermana—.

—Yo tampoco. — Sonrío.

—Pero ten cuidado, Nera. Y por amor a todo lo santo, la próxima vez pregúntale su nombre—.



Las puertas del ascensor se abren.

Salgo y me dirijo a la izquierda hacia la oficina de Kruger al final del pasillo. Dos técnicos que se encargan de la vigilancia están juntos A mitad del pasillo, respirando la brisa mientras beben sus tazas de café para llevar, pero en el momento en que me notan, su discusión se detiene. Se pegan a una pared, mirándome con los ojos muy abiertos mientras me acerco, su atención salta entre mi cara y un hombre inconsciente que llevo sobre mi hombro. Mis ojos se fijan en ellos cuando paso. Uno de los dos traga, ruidosamente, y su taza de café



se le escapa de las manos, estrellándose contra el piso de concreto con un ruido sordo. Tan pronto como paso junto a ellos, dos pares de pies corriendo golpean en la dirección opuesta. Ajusto mi control sobre el tipo inconsciente y entro a la oficina de Kruger.

—Te esperaba el viernes—, dice sin levantar los ojos del portátil y escribe una nota en el bloc que hay a un lado de su escritorio.

—Surgió algo. — Dejo el cuerpo inerte junto a la puerta y me siento en la única silla para visitas de la habitación.

Kruger ni siquiera me mira, simplemente continúa escribiendo y haciendo anotaciones periódicamente. Siempre ha necesitado aparentar que mi presencia no lo perturba, pero ambos sabemos que ese no es el caso. Después de que me acogió, con el pretexto de inscribirme en el “*programa para jóvenes con problemas*”, este hombre pasó años usando los métodos más siniestros para moldearme según su visión de una máquina de matar perfecta. Yo fui su primer recluta. O “*paciente cero*” en su demencial proyecto, moldeado desde los ocho años para convertirse en un asesino despiadado. En lo que respecta a los experimentos, supongo que se podría decir que superé las expectativas.

—¿Y cuál es la naturaleza de lo que ‘surgió’, Mazur? — Pregunta y finalmente encuentra mi mirada después de trazar un círculo en su última línea en la libreta de papel.

—No es tu maldito problema—.

El bolígrafo que tiene en la mano se parte por la mitad.

Me recuesto en la silla y cruzo los brazos sobre el pecho. Cuando era niño, estaba aterrorizado por “*mi salvador*”, pero luego llegó un momento en que nuestros roles se invirtieron. Todavía recuerdo vívidamente la expresión de su rostro cuando sucedió.

Regresé de una misión y arrojé una cabeza cortada sobre su escritorio. Pertenecía a un conocido terrorista a quien los militares habían estado intentando matar durante años. Kruger se quedó mirando la maldita cosa durante casi un minuto antes de recomponerse lo suficiente como para mirar en

mi dirección. Creo que ese fue el momento en que se dio cuenta de lo que había creado.

Fue entonces cuando vi por primera vez miedo en los ojos de Lennox Kruger. Me tenía miedo. Yo apenas tenía diecisiete años. Pero también había algo más en sus ojos. Orgullo. Nunca nadie había estado orgulloso de mí antes de ese día. Se sintió bien. Aun así, en ese momento quise ponerle un arma en la sien y matarlo. Al mismo tiempo, sin embargo, quería ver esa mirada de orgullo en sus ojos una vez más. Mis sentimientos sobre todo el asunto me confundieron muchísimo.

No estoy seguro de por qué nunca intenté matar a ese bastardo. Dios sabe que tuve numerosas oportunidades. Como ahora, por ejemplo. Fácilmente podría dispararle en la cabeza antes de que pueda alcanzar el arma que mantiene atada debajo de su escritorio. Aun así, no quiero desperdiciarlo. Tal vez porque disfruto demasiado viendo esa mirada de miedo en sus ojos. O tal vez porque mi psique jodida ve a este imbécil como lo más parecido que he tenido a un padre. Y, para empeorar toda la situación, estoy bastante seguro de que, a su manera trastornada, él piensa en mí como en su hijo.

—No quiero que tus asuntos privados arruinen mi negocio—, espeta.

—¿Cuándo he afectado alguna vez tú 'negocio'? Recuerdas mi maldita tasa de finalización, ¿verdad?

Él refunfuña algo y mira hacia otro lado.

—No te escuché, Kruger. ¿Cuál es mi maldita tarifa?

—Cien por cien.

—Exactamente. Así que ocúpate de tus propios asuntos—. Asiento hacia el hombre en el suelo. Parece estar moviéndose. —¿Qué quieres hacer con él?

—La clienta ha cambiado de opinión. Ella ya no lo necesita. Puedes llevarlo de regreso a donde lo encontraste—.

—El viaje de regreso no estaba incluido en el contrato. ¿Pagará por el trabajo extra?

—No.

—Bueno, si ese es el caso...— Saco mi arma y le disparo al rehén.

Kruger mira el cadáver tirado en el suelo y dice —Deshazte el cuerpo—. Luego, vuelve a sus notas.

Ignoro su orden y me dirijo directamente a la puerta. Mi cachorro está trabajando en un turno de tarde hoy. Si salgo ahora, llegaré a Boston justo a tiempo para seguirla a casa. Y tal vez pueda mirarla un poco más.

Ha pasado más de una semana desde la última vez que la revisé. Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. A ella le gustó el perejil. Está plantado en un juego de tres macetas grises, justo al lado de la puerta del balcón donde le gusta estudiar, no junto a la ventana donde está el resto de las malas hierbas. Mi perejil vive en el mejor lugar.

—¡Mazur!— espeta el capitán. —¡El cuerpo!

—Chupa mi polla, Kruger—, digo por encima del hombro y cierro la puerta de la oficina.

# Capítulo 10



Ladeo la cabeza y miro a mi chica mientras sube los escalones de la escalera de incendios hasta el techo de su edificio. Lleva lo que parece ser una manta debajo de su brazo izquierdo y una botella en la misma mano, mientras con la otra se agarra con cautela a la barandilla. Su cabello rubio oscuro está recogido en un moño desordenado encima de su cabeza y atado con una tela roja. El pañuelo que le dejé.

El bloque de condominios que he estado usando como mi torre de vigilancia es un piso más alto que su casa sin ascensor, por lo que puedo verla claramente cruzar el asfalto plano y cubierto de nieve para tomar asiento en un banco improvisado que alguien ha instalado allí. Parece que a ella también le gusta pasar el rato en los tejados. Tenemos eso en común. Al ponerse cómoda, se envuelve la manta sobre los hombros y luego simplemente mira fijamente al vacío.

Algo ha pasado. Algo que la ha sacudido.

Durante mis visitas aleatorias en los últimos ocho meses, he llegado a conocerla bastante bien. No bebe café, pero le gusta la limonada. Ordenada compulsivamente, teniendo en cuenta lo impecable que está su apartamento. Hábitos de sueño poco saludables. Puede pasar toda la noche trabajando en su computadora portátil, hasta que prácticamente se desmaya al amanecer. La semana pasada, se desplomó en su sofá con un cable de alimentación enrollado alrededor de su pierna. Menos mal que guardé una llave de la nueva puerta que habían instalado. No tuve que intervenir cuando me dirigí a desenredar la maldita cosa para que no le cortara la circulación.

Aparte de reunirse con sus amigas en un bar todos los viernes por la noche, no parece salir muy a menudo. Ajusté mi horario de trabajo para estar libre esas noches y poder cuidarla. Los establecimientos que frecuenta son bastante discretos (*más parecidos a pubs de barrio*) y no es muy probable que atraigan problemas importantes, pero no correré ningún riesgo con ella. Quiero estar seguro de que ella está a salvo. No. No es sólo un deseo. Necesidad. Necesito saber que ella está a salvo.

A veces paso por aquí y la controlo durante el día. Sin embargo, hasta ahora no he encontrado nada que pueda considerarse una amenaza potencial durante las horas de sol. La mayor parte de ese tiempo la pasa estudiando en casa, sólo de vez en cuando se aventura en la biblioteca o trabaja en el veterinario. Sin novio. Y nada de mascotas. Por alguna razón, eso realmente me molesta. Está aprendiendo un montón de cosas sobre animales, entonces, ¿por qué su casa no está repleta de perros y gatos, o cualquier otra criatura que normalmente se tenga como compañía?

Cachorro abre la botella y toma un gran trago. Ella se ve triste. No me gusta.

Me alejo de la barandilla, con la intención de dirigirme hacia allí y exigir saber quién la ha hecho infeliz para poder matar a esos pequeños idiotas, pero me detengo después de dos pasos. Me prometí a mí mismo que mantendría la distancia. Me aseguraré de que esté a salvo, pero lo haré desde lejos. Acechar en los rincones oscuros es lo que mejor se me da.

No “*hago*” visitas a personas a menos que implique deshacerme de ellas.

Apretando los dientes, me doy vuelta y miro a mi chica de nuevo. Ella está agarrando la manta sobre sus hombros, mirando sus pies mientras balancea lentamente la botella en su mano.

La necesidad de descubrir qué es lo que la preocupa me está devorando por dentro, luchando con mi determinación de permanecer en el lugar. Pero soy un hijo de puta testarudo, así que mi resolución gana.

Durante cinco minutos completos.



Siento sutiles pinchazos en la piel de la nuca y, unos momentos después, el sonido de pasos que se acercan. Lento. Deliberado en su movimiento.

—Veo que finalmente decidiste aparecer de nuevo—, le digo, manteniendo mis ojos en el horizonte de la ciudad. —Han pasado dos meses—.

La madera cruje debajo de mí cuando mi extraño se sienta en el otro extremo del banco. —Nunca estuve lejos, cachorro—.

—Sí, vigilándome desde la distancia. Te sentí, ¿sabes? — Y cada vez que sentía la sensación de hormigueo que se asociaba únicamente con él, esperaba que apareciera para que pudiéramos seguir hablando. Sobre nada. Y, sin embargo, todo.

—¿Cómo es eso?

—Es un sexto sentido, en cierto modo—. Levanto mi botella de vino. —¿Quieres un poco?

—¿Normalmente estás tan relajada con hombres que no conoces?

—No. Supongo que eres especial—. Me giro y encuentro su mirada por primera vez. Está encorvado con los codos sobre las rodillas y la cabeza inclinada hacia un lado, mirándome. El banco en el que estamos sentados es bastante largo hay al menos un brazo de distancia entre nosotros. Desearía que estuviera más cerca para poder acurrucarme a su lado. Por alguna razón, me siento atraída por este hombre como una polilla por una llama, pero con él, no es la luz brillante lo que me atrae. Es la oscuridad. La necesidad de vislumbrar lo que se esconde detrás de esa mirada plateada suya.

He echado de menos su lúgubre presencia. De una manera extraña, él es una de las pocas y raras cosas genuinas en mi vida en este momento. Supongo que dice mucho sobre mi estado mental. Dios, no debí haber ido a la boda de Romina. Ella estaba tan feliz. Y estaba celosa de su felicidad, sabiendo que

nunca tendría la oportunidad de experimentar lo que ella tenía, de tener lo que ella tiene. Simplemente me hizo sentir como una mierda.

—¿Por qué estas triste? — Sus ojos están enfocados en los míos, y una vez más, me sorprende la absoluta ausencia de cualquier tipo de emoción en ellos.

—Hoy trajeron un perro que fue atropellado por un coche—. Suspiro y miro hacia los tejados visibles en el horizonte. —El pobre no lo logró. Él murió.

—Todo muere, cachorro de tigre. Perros. Gatos. Gente. Desde el momento en que nacemos, todos vamos en la misma dirección. Hacia nuestra muerte. Así es como funciona la vida—.

—Sí...— Tomo otro sorbo de mi vino. Queda menos de media botella y me siento un poco mareada. —¿Eso debería hacerme sentir mejor?

—No sé. Tal vez.

Resoplé. —Un consejo para ti. Si alguna vez te invitan a dar un discurso motivador, rehúsalo—.

El viento sopla y me arroja algunos pelos sueltos a la cara. Los aseguro detrás de mí oreja y me envuelvo más fuerte con la manta.

—¿Tienes frío?

—No, sólo tengo sueño. El vino suele tener ese efecto en mí—. Sosteniendo la botella con una mano y agarrando los lados de la manta con la otra, deslizo mi trasero por el banco de madera hasta sentarme justo al lado de él. Huele a bosque otra vez. —Veo que te compraste un abrigo nuevo. Entonces, ¿puedo quedarme con el que dejaste atrás?

—Si quieres.

Su voz suena más ronca tan cerca. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en su hombro.

—¿Qué estás haciendo en mi techo, acosador?

—No estoy seguro.

El sonido del tráfico zumba debajo de nosotros, adormeciéndome. Giro la cabeza para presionar mi nariz contra la manga de su abrigo e inhalo su aroma. Se tensa, pero no se aleja.

—Gracias por el apio y los nabos—.

Se extienden unos segundos de silencio entre nosotros antes de que vuelva a hablar. —Debería haber sido perejil—.

—Yo deduje eso. ¿Lo robaste?

—Yo no robo. — Toma el borde de la manta y la mueve para cubrir mis piernas. —Dejé dinero en la caja—.

—Supongo que entonces está bien—. Me apoyo un poco más en él. Esta vez parece más cómodo con mi cercanía. Pasa un momento y luego me rodea la espalda con el brazo. La emoción corre por mis venas al tener su cuerpo tocando el mío. Sí, está la manta y su abrigo, junto con el resto de nuestra ropa como barrera, pero, aun así, se siente tan bien estar acurrucada contra él. Inclino la cabeza hasta que mi nariz roza su abrigo, justo cuando un pensamiento perdido invade mi mente. —¿Está casado?

—No.

Un pequeño suspiro de alivio sale de mis labios. —Una de mis amigas se casó la semana pasada. Tenía el vestido más bonito que he visto en mi vida: blanco como la nieve y hecho de delicado encaje, con pequeños cristales brillantes a lo largo del dobladillo. Y el novio... Llevaba un traje blanco. Parecían tan felices. Quizás porque fue una boda real—.

—¿También hay bodas falsas?

—La mayoría de las bodas de nuestra Familia son falsas porque las parejas se casan por obligación, no por amor. Apesta—. Bostezo y me llevo la botella a los labios, pero antes de que tenga la oportunidad de tomar otro trago, él me la quita de la mano.

—Creo que ya has tenido suficiente—.



—Aguafiestas. — Extiendo la mano, tratando de agarrar mi vino. —¿Puedo recuperar mi botella, por favor?

—No.— Una respuesta breve por encima de mi cabeza y, un momento después, algo se estrella detrás de nosotros. Probablemente mi vino. —Te veías más hermosa que la novia.

—¿Y cómo sabes eso?

No hay respuesta, sólo el sonido constante de su respiración. Abro un ojo y lo encuentro mirándome. Su cabeza está inclinada, nuestros rostros están a apenas unos centímetros de distancia.

—Estuviste allí, ¿no?

—Sí. — Él sostiene mi mirada, sin pestañear. Esperando mi reacción.

—¿Por qué?

—Demasiada gente. Demasiadas amenazas potenciales. Necesitaba saber que estabas a salvo—.

—No necesito un ángel de la guarda—, susurro y levanto la mano para trazar la línea de su barbilla con el dorso de mis dedos. Su aliento roza mi mano mientras él se inclina ligeramente hacia mi tacto.

—Bien. Porque eso no es lo que tienes—.

—¿Y qué obtuve?

Baja la cabeza hasta que nuestras narices casi se tocan. —Un demonio, cachorro de tigre.

Una pequeña sonrisa tira de mis labios. Todavía puedo oír el ruido de los coches que pasan por la calle de abajo, pero el tráfico ha disminuido. Ya debe ser bien entrada la noche. Mi oscuro protector mira hacia otro lado y se gira para mirar el cielo nocturno.

La tranquilidad desciende y mis párpados se sienten pesados. Probablemente debería regresar adentro, a la cama, si quiero ser de alguna

utilidad mañana, pero no puedo obligarme a irme. Cerrando los ojos, dejo que su aroma y cercanía me envuelvan.

—¿Duermes?

—Intentando hacerlo—, murmuro.

—Bajar la guardia mientras estás con alguien que no conoces no es prudente—.

—¿Estás planeando hacerme daño?

—Nunca.

—Entonces, estoy bien—. Ajusto mi manta y cierro los ojos nuevamente.  
—Sólo para que conste, eres una almohada excelente, demonio—.

—Es eso... ¿un cumplido?

—Definitivamente.

Es tan cálido y estar acurrucada en él se siente como si estuviera apoyada contra un horno. Pero incluso fuera de ese capullo de calor corporal, me hace sentir cómoda. Protegida. Y no sólo en un sentido físico. Seguro para decir lo que tengo en mente. Es seguro simplemente estar... y ser yo misma.

A la deriva en una neblina dichosa, soy vagamente consciente del mundo normal que continúa girando. Las calles menos que vacías. Una sirena a lo lejos, rompiendo el zumbido del tráfico. La no del todo quietud de la noche.

—No tienes mascotas—, dice con esa voz entrecortada.

—No.

—¿Por qué?

—Porque mantener a un animal dentro de casa significa mantenerlo confinado. Casi como una prisión. No hay nada peor que saber que tu vida ha sido relegada a una caja, y no importa lo bonita que sea esa caja, sigue siendo una jaula. Quizás algún día, si tengo una casa en algún lugar fuera de los límites de la ciudad, y un gran patio donde puedan vagar libremente. Tal vez incluso

tenga caballos—. Me río adormilada, recordando el comentario de mi padre sobre la inseminación de caballos. —¿Qué pasa contigo?

—Realmente no tengo una opinión sobre los animales—.

—¿No tienes una opinión? — Resoplé.

—No. Los animales son sólo una molestia. Cosas que se cruzan en mi camino de vez en cuando. No me interesan, así que los ignoro—. Apoya su barbilla sobre mi cabeza y un escalofrío de conciencia recorre mi columna. — Pero creo que me estoy volviendo partidario de los felinos, cachorro de tigre.

—No me pareces un tipo de gatos—.

—No me gustan los animales en general—.

—¿Ni siquiera los perros? — Pregunto, queriendo saber todo sobre él.

—Especialmente perros—.

—¿Conoce ese dicho: *'a la gente a la que no le gustan los animales, tampoco le gustan las personas'*?

—Supongo que el dicho es cierto. No me gusta la gente—.

—Pero aquí estás, sentado en un tejado, charlando con una. Mientras ella duerme a tu lado, debo añadir.

—Sí. Y ella también está helada. Te llevaré a casa—. Desliza su otro brazo debajo de mis rodillas, levantándose sobre su regazo, con manta y todo, luego se levanta.

Le rodeo el cuello con el brazo y me encuentro con su mirada gris pálida.

—Para ser alguien a quien no le gusta la gente, pareces bastante preocupado por mi bienestar—, susurro.

—Parece ser así—.

Mientras me lleva hacia la salida del techo, sus largas zancadas cubren rápidamente la distancia, deslizo mi mano hacia la parte posterior de su cabeza y paso mi palma a lo largo de su trenza. Se detiene tan repentinamente que grito.

—Lo siento. — Aparto mi mano. —No debería haber hecho eso—.

Con sus ojos enfocados en la puerta de acceso al edificio frente a él, se queda completamente inmóvil por un momento, luego gira la cabeza para mirarme. Dejo de respirar, absolutamente cautivada por sus ojos taladrando los míos y la sensación de estar envuelta en sus brazos.

—No me gusta que nadie me toque el pelo—, dice.

Respiro profundamente. Considerando todos los pellizcos, empujones y apretones que le hice mientras lo curaba, no esperaba que a él le importara si le tocaba el pelo. —No lo volveré a hacer—.

Sus ojos bajan hasta mis labios y permanecen allí por un instante. Luego, rápidamente mira hacia otro lado. —No me importa cuando lo haces, cachorro—.

Sigo acariciando su cabello mientras él me lleva escaleras abajo y luego cruza el pasillo hacia la puerta de mi departamento. La neblina del alcohol y la somnolencia de antes han desaparecido. Desterrada por la emoción de ser abrazada por él nuevamente, sintiendo su calidez bajo mi toque. Sus ojos siguen esforzándose en el camino que tiene por delante, pero los míos están pegados a su rostro, recorriendo cada línea definida, devorando su visión. ¿Qué haría si intentara besarlo? ¿Besarme de vuelta? ¿O alejarse y no volver a aparecer nunca más? No tengo idea de cómo definir esta... cosa entre nosotros. Cuando llegamos a mi puerta, se detiene ante ella, pero no me baja. Pasa un momento. Sigue mirando justo frente a él, a la nueva puerta de la que era responsable. Y sigo mirándolo.

Ambos estamos perdidos en nuestras visiones hasta que se oye un clic repentino y las luces del pasillo activadas por el movimiento se apagan, dejándonos en completa oscuridad. Pensé que no podía ser más consciente de él, pero ahora, en el apagón, su presencia es inmensa. La suavidad de su cabello bajo mis dedos. El ascenso y descenso de su pecho. Un aliento cálido hormiguea la piel de mi cara. El latido de su corazón justo al lado de mi oreja. Ya es pasada la medianoche y, aparte de nuestra respiración, no hay ningún sonido en nuestro mundo.

—¿Por qué no te gusta que alguien te toque el pelo? — Yo susurro.

—Es lo único que es mío—.

Un escalofrío me recorre, provocado por el timbre de su voz entrecortada. Parece que la oscuridad misma me está hablando.

—¿Cómo es eso? — Pregunto, mis palabras apenas audibles.

—Todo lo demás que tengo pertenece a otra persona, cachorro de tigre. Conocimientos y habilidades. Incluso mi nombre. Tampoco lo digo como si fuera una figura retórica. Ninguno de esos es mío—.

—No entiendo.

Debe inclinar la cabeza hacia un lado, porque siento su barbilla rozar mi mejilla. —Lo sé.

—¿Puedes explicarme? ¿Cómo puede el nombre de una persona pertenecer a otra?

—Algunas cosas es mejor que no las sepas—. Se inclina y lentamente baja mis piernas hasta el suelo.

Las luces del pasillo, activadas por el movimiento, cobran vida y tengo que parpadear para adaptarme al brillo repentino. Mi extraño toma mi mano y, llevándola a sus labios, apenas roza mis dedos con su boca. Todavía estoy tratando de respirar cuando él da un paso atrás y fija su mirada en la mía.

—Duerme bien, cachorro—.

Lo sigo con mis ojos mientras camina por el pasillo, su enorme figura hace que el espacio parezca mucho más estrecho de lo que es. Por una fracción de momento, se detiene al final y me mira, y luego desaparece por la esquina.

# Capítulo 11

*Hace 22 años desde la actualidad.*

*Base de unidad Z.E.R.O*

*(Kai 12 años)*

*\*Advertencia: abuso animal en este capítulo.\**



—Apunta a su pata trasera y dispara. Ahora, muchacho, esa es una orden—.

Miro al gran perro marrón tirado en el suelo, con la lengua colgando de la boca mientras agita felizmente su cola hacia mí. Desde el día en que el Capitán Kruger trajo ese perro hace seis meses, supe que algo no estaba bien. Al principio pensé que el perro podría ser un perro callejero salvaje y quería ver cómo me defendería si el animal me atacaba.

Al capitán le gusta crear y observar situaciones en las que me veo obligado a actuar por instinto. Poniéndole a mi bebida algo que causaba sensibilidad a la luz y me mareaba antes de enviarme a un campo de tiro para practicar, todo para poder evaluar qué tan bien podía disparar bajo la influencia de drogas similares. Subir el brillo del techo y luego reproducir sonidos fuertes a través de los parlantes de mi habitación, para poder medir cuánto tiempo podía aguantar sin dormir y qué tan funcional era bajo la luz. depravación. Ordenar a los guardias que me ataquen de vez en cuando para determinar la rapidez de mis reflejos en tales situaciones.

Pero no entendí el propósito de un perro. Ahora lo hago.

Llevo meses cuidando a ese perro. Alimentándolo. Sacarlo conmigo en el entrenamiento físico obligatorio todas las mañanas. Incluso ha estado

durmiendo a los pies de mi cama. El Capitán lo vio y nunca me pidió que dejara de cuidar al perro. Después de todo, pensé que debía ser un regalo.

—¿Qué estás esperando, muchacho?

—No—, digo, encontrando su mirada.

—¿Estás desobedeciendo una orden directa?

Manteniendo mis labios fuertemente apretados, libero el arma que estoy sosteniendo, dejándola caer al piso de concreto. No le haré daño a mi perro, incluso si eso significa que me castigarán.

—La misión falló, muchacho—, me ladra el capitán en la cara. —Y cuando fracasas en una misión, puedes esperar consecuencias—.

Me armo de valor, esperando una patada en el estómago o un puñetazo en la cabeza.

Nunca llega. En cambio, Kruger se da vuelta, apunta con su arma al perro y dispara.

# Capítulo 12



La puerta principal se abre y revela a un hombre de cabello oscuro de unos treinta años. —¿Puedo ayudarle?

—Sí. — Asiento con la cabeza. Luego lo golpeo justo en la cara.

El tipo cae hacia atrás y termina tirado en medio del pasillo. Quizás no debería haberle golpeado tan fuerte. Entro, luego cierro la puerta detrás de mí agarro un puñado de la camisa del tipo. Lo arrastro a través de la sala de estar hasta la pequeña y desordenada cocina y lo dejo en una de las sillas. Se oye un golpe hueco cuando su cabeza golpea la mesa mientras se desploma hacia adelante, todavía inconsciente. Tomo asiento frente a él y me recuesto para esperar.

El agente asignado a esta misión fue detenido por una infracción de tránsito y, durante la parada, el oficial vio armas no registradas en el automóvil. El imbécil fue detenido inmediatamente. Está fuera de servicio por esta noche, o al menos hasta que la gente de Kruger pueda llevar sus documentos ultrasecretos a la estación de policía y sacar al tipo.

Como este contrato debía realizarse hoy, me etiquetaron, aparentemente debido a mi proximidad al lugar.

El hombre se mueve y gime. Se endereza lentamente y parpadea confundido.

Saco mi teléfono y lo deslizo sobre la mesa de la cocina, con la pantalla hacia arriba. El chico mira la imagen de la unidad USB en el teléfono y rápidamente niega con la cabeza.



—No la tengo. Lo juro. — Escupe una bocanada de sangre en el suelo de la cocina y continúa hablando. —No sé quién lo tomó, pero no fui yo. Ni siquiera sé qué hay en él. Tienes a la persona equivocada—.

Cruzo los brazos sobre el pecho y suspiro. La extracción de información no es mi especialidad. Requiere que el sujeto se mantenga vivo y coherente. Mantener su estado de vida el tiempo suficiente para que él reflexione sobre sus elecciones de vida mientras yo lo preparo no es un problema. El problema es que no estoy seguro de qué tan coherente terminará siendo cuando llegue el momento de cantar. Mientras reflexiono sobre mi dilema, tomo una de las deliciosas manzanas del cuenco en el medio de la mesa. Le doy un mordisco, pero no es tan dulce como parecía.

El tipo deja de moverse inquieto en su asiento y me mira boquiabierto. Creo que está interpretando mi postura relajada como indiferencia. Sus ojos se dirigen hacia la puerta, luego de nuevo a mí, centrándose en la manzana. Al momento siguiente, salta de la silla y corre hacia la puerta. Le doy otro mordisco, luego meto la mano en mi chaqueta y saco mi arma. El idiota tira histéricamente del pomo de la puerta como un loco, intentando abrirla. Sin prisa, atornillo el silenciador del arma, apunto a su mano y disparo. Un grito de dolor llena la habitación.

—Vuelve aquí—, ordeno.

El hombre sigue lloriqueando mientras camina penosamente de regreso a la mesa, apretando su mano contra su pecho.

—Cállate y siéntate—. Guardo el arma y apunto a su asiento.

Se las arregla para tapar su trampa y se desliza sobre la silla.

—Ahora escúchenme bien, porque no me voy a repetir. Mis órdenes para esta misión de mierda son claras: recupera la unidad flash por cualquier medio necesario, puedo dejarte vivir. — Asiento hacia su mano. —Disparar para mutilar no es exactamente lo mío. Parece que golpeé una arteria allí. Si no recibes ayuda en veinte minutos, estás acabado—.

—Tarro de azúcar—, dice entrecortadamente.

—¿Qué?

—La unidad flash está en el tarro de azúcar—.

Me levanto y cojo el tarro de cerámica blanca del mostrador. Enterrado justo debajo de la superficie de los finos cristales blancos, se encuentra la esquiva tarjeta de memoria. Cuando estoy a punto de agarrarlo, un leve chirrido de madera raspando el piso de linóleo suena detrás de mí.

—Joder, eres estúpido—, digo, dándome la vuelta cuando el tipo corre hacia mí con un cuchillo de cocina en su mano buena.

Agarro su muñeca y la aprieto. Sigue un apagado crujido de huesos. El cuchillo se le escapa de la mano. Lo atrapo en el aire y hundo la hoja en el costado de la cabeza del idiota, justo a través de su oreja.

—Te lo dije—, le digo a su mirada vidriosa y dejo que el cuerpo caiga al suelo. —Hábito ocupacional, imbécil—.

Saco la unidad flash del tarro de azúcar y luego miro el reloj de pared que cuelga sobre el mostrador. Las dos y media de la tarde. Si salgo ahora, podría estar en Boston a las siete. Mi cachorro debería estar trabajando hoy en el turno de la tarde. Normalmente lo hace los jueves.

Veintisiete días. Diez horas. Y veinticinco minutos. Ese es el tiempo que ha pasado desde que hable con ella. La he estado controlando regularmente, pero he mantenido la distancia.

Nera.

Nunca tuve la intención de descubrir su nombre, demasiado preocupado de que saberlo me arrastraría aún más a esta obsesión, pero una de sus amigas la llamó mientras yo estaba lo suficientemente cerca para escucharla.

Nera.

Me pregunto cómo sonaría si lo dijera en voz alta. Quiero hablar con ella otra vez.

Saco un cuchillo para filete del bloque de cuchillos, compruebo el filo de la hoja con el dedo y luego me acerco a un largo espejo montado en el pasillo.



Suena el timbre encima de la puerta, rompiendo el silencio en la pequeña clínica veterinaria.

—Estamos cerrados—, digo mientras busco mi chaqueta.

—Lo sé.

Mi cabeza se gira hacia la voz. El traje de diseñador completamente negro le queda perfecto, abrazando sus anchos hombros, los dos botones superiores de la camisa negra debajo desabrochados. El collar está completamente cubierto de sangre seca. En diagonal, a lo largo de su mejilla, hay un corte largo y de aspecto desagradable.

—¿Hablas en serio? — Jadeo y tiro mi chaqueta de nuevo a la percha.

Mi demonio mira alrededor de la oficina, luego camina casualmente hacia una de las salas de examen y toma asiento. —¿Cómo va la vida, cachorro?

—Increíble—, digo en voz baja mientras corro, recogiendo desinfectante y gasa. —Justo... increíble.

Puedo sentir sus ojos sobre mí todo el tiempo que estoy rebuscando en los cajones para encontrar el resto de las cosas que necesitaré y las coloco a su lado en la mesa.

Después de lavarme las manos, camino hacia él mientras pequeñas mariposas agitan sus alas en mi estómago, la sensación choca con el horror de verlo herido.

—Creo que necesito puntos otra vez—.

Parpadeo y enfoco mi mirada en el corte a lo largo de su mejilla. —Esta vez unas cuantas mariposas adhesivas serían suficientes. El sangrado ya se detuvo, así que sólo necesitas algo para mantener la herida cerrada—.

—Oh ... Es una pena.

—¿Lástima? ¿Eres una especie de masoquista o algo así? Pregunto mientras limpio la sangre seca del corte y la piel circundante.

—No.

Es realmente difícil concentrarme en mi tarea cuando él está tan cerca. Mi pierna está presionada contra su muslo y mis pechos tocan su brazo. —Um, ¿puedes inclinar un poco la cabeza?

Él levanta la barbilla.

—Eso no es lo que quise decir. Te necesito...— Coloco mi palma en su otra mejilla, inclinando suavemente su cabeza hacia un lado. —Como eso.

La punta de mi pulgar roza la comisura de sus labios y su aliento se extiende por el dorso de mi mano. El silencio en la habitación es tan absoluto que estoy bastante segura de que puede escuchar mi corazón latiendo como un maldito metrónomo puesto a su ritmo más alto.

—Esto parece un corte limpio y afilado, casi quirúrgico—, digo y alcanzo la caja con las mariposas. Desafortunadamente, aplicarlos requiere ambas manos porque me gusta mucho sentir su piel. Manteniendo mis ojos fijos en los suyos, alejo mi mano de su mejilla, rozando “*accidentalmente*” sus labios con mis dedos. —Con toda la experiencia que me estás brindando, debería considerar cambiar mi especialidad a enfermería—.

Una sonrisa apenas visible se forma en su rostro. —Estoy feliz de ser útil.

—¿Era otro vagabundo?

—Sí, el mismo tipo de antes—.

—No sabía que había gente transeúnte merodeando por aquí—.

—Bueno, nunca se sabe lo que se esconde en los rincones oscuros—.

—Sí, supongo que tienes razón—. Pego la segunda mariposa sobre el corte.  
—Parece que los frecuentas con bastante frecuencia. Te he notado acechando en las sombras, ¿sabes?

Ha pasado un mes desde nuestro último encuentro en mi tejado. Al principio pensé que se había ido y que ya no lo vería más. Pero luego, de vez en cuando, volvía a sentir esa sensación de cosquilleo, generalmente cuando salía con mis amigos. Entonces comencé a prestar más atención a todo lo que me rodeaba. Y siempre fue sólo un vistazo, un movimiento en las sombras o el brillo de unos ojos vigilantes en la oscuridad. En realidad, nunca vi su cara, pero sabía que estaba allí.

—¿Cómo lograste colarte en la fiesta de cumpleaños de mi amiga? — Pregunto mientras coloco otra mariposa en su lugar. —Fue sólo por invitación—.

—A través de una ventana en el guardarropa—.

Mis manos se quedan quietas. —La fiesta de Jaya fue en el tercer piso de un club privado.

—Las bajantes del edificio eran bastante sólidas—, afirma inexpresivamente. —Y su seguridad es una puta broma—.

Una vez que he colocado la última tira, dejo que mis ojos bajen y luego suban por su cuerpo. Mide más de seis pies de altura y es muy musculoso.

—¿Las tuberías de desagüe estaban hechas de acero? — Pregunto cuándo encuentro su mirada nuevamente.

—Mm-hmm. — Mantiene sus ojos pegados a los míos mientras toma mi mano. Incluso antes de sentir su toque, mi corazón late fuera de mi pecho porque sé lo que viene. Mi muñeca se siente tan pequeña y frágil en su enorme mano, y parece que él lo nota también porque su agarre es tan suave como si estuviera manipulando una delicada figura de vidrio.

—Gracias. — Su voz es áspera y pasa sus labios por mis dedos. —Pensé que no le agradecías a la gente—.

—Nunca tuve la razón para hacerlo. Hasta hace poco.

—¿No agradeces a tus amigos cuando te ayudan?

—No tengo amigos, cachorro—.

—Todo el mundo tiene amigos—.

—Tuve uno. Un poco. Era mi colega, pero se fue—.

—¿Le diste las gracias cuando hizo algo bueno por ti?

Baja mi mano, pero sigue agarrando mi muñeca, y sus ojos se vuelven distantes como si estuviera perdido en sus recuerdos, buscando uno en particular. —Casi me hace estallar, junto con otro miembro de la unidad. El gatillo de la bomba que había fabricado no funcionó correctamente. pero logró arreglarlo a tiempo. Le di un puñetazo en la cara y le rompí la nariz—.

—Eso no me parece un '*gracias*'—.

—Lo dejé respirando—.

Lo dice con tanta naturalidad que no puedo evitar reírme. —Entonces salió bien.

—Creo que sí, sí. ¿Qué pasa con tus amigos? ¿Puedes confiar en ellos cuando necesitas ayuda?

—¿No es para eso que están los amigos?

—Supongo. Pero no has respondido a mi pregunta—.

—Amigos son ... complicados en mi mundo—.

—¿Y qué mundo es ese?

—Uno que valora el estatus y la posición social por encima de todo—, digo.  
—Mi padre es un hombre muy importante. La gente siempre intenta complacerlo. Entonces, cuando alguien hace algo bueno por mí, nunca sé si está siendo genuino o si es solo por quién es mi padre—.

—Sí. Activa o pasivamente, los padres influyen en la vida de sus hijos—, responde mientras su pulgar recorre el interior de mi muñeca, justo por encima de mi punto de pulso.

—¿Qué tal el tuyo? — Pregunto.

—Murieron mucho antes de que pudieran tener un impacto significativo en mí—.

—Lo lamento.

—No lo hagas. No lo hago. Algunas personas no están destinadas a tener hijos—.

—¿Que hicieron?

—Ni una sola cosa—. Mueve su mirada hacia el perchero que está justo afuera de la sala de examen. —Estás usando el pañuelo otra vez—.

—Sí. Le he cogido bastante cariño—. Giro mi mano para que nuestras palmas se toquen. —Dijiste '*miembro de la unidad*' antes. ¿Estás en el ejército?

—En cierto modo—, murmura, con la mirada baja, mirando nuestras manos unidas. —¿Qué significa eso de '*en cierto modo*'?

—Significa que nada es blanco y negro, cachorro. Sólo hay matices de gris—. Él mira hacia arriba y nuestras miradas se cruzan. —Excepto tú.

Se está volviendo imposible mantener mi respiración bajo control mientras él me mira así. Como si fuera la única persona en el mundo. —¿Y yo que soy?

—Tú, mi cachorro de tigre, eres un rayo de luz en la oscuridad absoluta en la que se ha convertido mi vida y lo ha sido durante mucho tiempo—.

Respiro hondo, sacudida por sus palabras. Nunca nadie me dijo algo así.

—Si me hubieras preguntado mi nombre, sabrías lo contrario que es ese sentimiento—, susurro. En italiano, Nera significa "*negro*". Pero él no podía saberlo ya que nunca le dije mi nombre.

Mi demonio ladea la cabeza y baja los ojos hasta mis labios. —Sí. Pero, por otro lado, también significa luz. Resplandor. O brillo—.

—¿Y cómo sabes eso? — Mi voz apenas es audible ahora. —Escuché a uno de tus amigas decir tu nombre—.

Doy un paso más para quedar entre sus piernas, nuestros ojos están casi al mismo nivel, y acaricio el costado de su barbilla, con cuidado de no tocar el corte en su mejilla. —¿Cuando?

—Hace unas semanas. Estabas saliendo de una boutique del centro.

Sí, recuerdo ese día. Estaba haciéndole compañía a Dania mientras ella compraba botas nuevas. Ese agradable escalofrío que he estado asociando con él estuvo presente todo el tiempo y seguí mirando por encima del hombro. — No te vi.

—Sólo me ven cuando quiero—.

—¿Qué pasa con esas otras veces, cuando me fijé en ti?

—Tal vez quería que me vieras en esos casos—.

—¿Por qué?

—Para que puedas divertirte con tus amigos sin preocupaciones. Y debes saber que no te pasaría nada porque yo te estaba cuidando, cachorro—.

—¿Cachorro? Sabes mi nombre. ¿Por qué no lo usas?

—Lo escuché por accidente. Nunca me lo diste. No me gusta usar cosas que nunca me fueron dadas. Es robar—.

—Tienes principios únicos para un acosador—. Desvío mi mirada hacia sus labios. —¿Puedo contarte un secreto?

—Sí.

Me inclino hacia adelante hasta que mi boca se posa sobre su oreja y susurro: —Me gusta la idea de que me cuides, demonio—.



Se mantiene increíblemente quieto, sin apenas moverse durante varios momentos de silencio; nuestra respiración acelerada es el único sonido en la habitación.

—Me gustaría hacer mucho más que sólo cuidarte—. Palabras profundas y roncas caen sobre mí como una cascada. Toma mi cara entre sus palmas y, aunque su toque es ligero, puedo sentir cada surco de su piel. —Pero algunas cosas nunca deben suceder—.

Continúa acunando mi cara mientras se pone de pie, su enorme cuerpo proyecta una sombra mientras se eleva sobre mí.

—¿Te estás yendo? — Pregunto.

—Para que la luz brille, la oscuridad debe retirarse. Es lo que debe ser—. Sus manos caen y observo sus anchos hombros mientras se dirige hacia las puertas exteriores.

—¿Eso es todo? — Lo llamo. —¿Sales de la nada, me pides que te repare y luego te vas?

—Quería hablar contigo. Parece que, después de todo, no puedo evitar recurrir al robo—.

No quiero que se vaya. Nunca sé cuánto tiempo pasará hasta que decida mostrarse nuevamente.

—¿Puedo robarte? — deajo escapar cuando llega al umbral. —Sólo por un domingo por la mañana—.

Se detiene. —¿Para qué?

—Quiero mostrarte algo.

Con la cabeza inclinada hacia un lado, me observa unos momentos antes de responder. —El domingo próximo. Ocho en punto. Te esperaré frente a tu edificio—.

—¿Debería darte mi número? ¿En caso de que surja algo y no puedas asistir?

Me mira por encima del hombro y parece como si sus ojos atravesaran los míos. —Incluso si se desata el infierno, estaré allí, cachorro de tigre—.

Su larga trenza se agita en el aire mientras se da vuelta y desaparece en la noche.

# Capítulo 13



Gente.

Hordas y hordas de personas deambulando entre puestos repletos de productos horneados, productos enlatados, plántulas y una sorprendente cantidad de frutas y verduras para este comienzo de la temporada, navegando entre las cajas dispuestas que contienen más de lo mismo y demorándose en otras mesas para trueque con vendedores de aspecto algo frenético atrapados detrás de las interminables líneas de productos. Viejos, jóvenes, con niños abrazados, todos se empujan mientras atraviesan las casetas, aparentemente llevados por una corriente de masa humana.

Es una maldita pesadilla.

—¿Entonces? — Nera pregunta a mi lado, con los labios muy abiertos y una amplia sonrisa. —¿Por dónde quieres empezar?

Hace calor hoy y lleva un abrigo ligero sobre una camisa de franela blanca atada a la cintura y unos vaqueros claros. Su cabello color miel está recogido en un moño bajo en la nuca, asegurado allí con el pañuelo rojo que le regalé.

—¿Por qué estamos aquí? — Pregunto, mis ojos pegados a sus labios. Una sonrisa es algo que rara vez se dirige a mí. La mayoría de las veces, cuando la situación requiere que esté cerca de una persona, esta llora o grita.

—Este es un mercado de agricultores. Te estoy dando un curso intensivo sobre hierbas y verduras—. Ella toma mi mano y me hace avanzar.

Alguien me golpea el brazo con el codo. Lo ignoro por completo, mirando nuestros dedos entrelazados mientras ella me arrastra hacia adelante, apresurándose hacia el puesto más cercano. Durante meses, he estado luchando

contra la necesidad de tocarla cada vez que nos encontramos. Besar una mano que curó mis heridas fue el contacto más íntimo que me permití, aparte de ese momento de debilidad en el que no pude resistirme a tocar su rostro. Casi me rompe. Pero he sabido que, si me permito ir más allá, no habrá forma de volver atrás.

Rara vez deseo cosas en la vida, porque sé que rara vez las obtengo. Pero cuando lo hago, la necesidad de conservarlos es una necesidad maníaca y visceral. Para nunca dejarlo ir.

—Perejil primero—. Nera se detiene junto a una mesa con un cartel de un invernadero local encima y levanta con la mano libre un manojo atado de hojas verdes en tallos delgados. —¿Mira esto? Es perejil de hoja plana. Es una hierba, pero su parte superior se parece a la de los tubérculos que me compraste. En realidad, existe una variedad de raíz de perejil. Sin embargo, el olor es más vibrante y parece una zanahoria blanca—.

Ella comienza a quitar su otra mano de la mía. No está pasando. Lo aprieto, manteniendo mis dedos firmemente alrededor de los de ella.

—Eh. Necesito esa mano—, murmura, mirando nuestras manos.

—No, no lo haces—.

Sus cejas perfectas se levantan en cuestión. —¿Porque?

—Porque tienes dos—, gruñí.

Esta mano es mía. Ella me lo ofreció libremente y no la entregaré a menos que sea absolutamente necesario. Algún día, tal vez me permita tocar algo más que su mano, pero por ahora, esto tiene que ser suficiente.

—Está bien. — Las comisuras de sus labios se inclinan hacia arriba. Lentamente, trae el ramo que sostiene y pasa sus hojas debajo de mi nariz. — Perejil. Huele. — El anciano con camisa a cuadros que cuida el puesto nos mira con curiosidad mientras yo huelo las hojas.

—Bien. — Mi cachorro reemplaza el perejil y recoge otro montón de porquería verde, pero este tiene una bola de aspecto retorcido en su base.

—Y esto, esto es raíz de apio. Es un tubérculo, como las chirivías que me compraste. La raíz es grande y redonda, no la larga y delgada que parece una zanahoria. Ahora huele—.

Otro puñado de hojas acaba en mi cara. Arrugo la nariz y estornudo. —Ya es suficiente, ya entiendo la idea—.

—¿Están ustedes dos comprando algo? — gruñe el veterano.

Lo inmovilizo con la mirada, dándole una mirada generalmente reservada para mis objetivos antes de romperles la columna.

—Solo estamos observando, ¿te parece bien? — Nera le sonríe al hombre, cuyos ojos todavía están pegados a los míos.

—Sí, sí, por supuesto. Absolutamente. — Da un paso atrás. —Toma todo el tiempo que necesites.

Mi chica continúa examinando las verduras y hierbas que se muestran, levantando cosas que encuentra interesantes, haciéndome olerlas o tocarlas. Hinojo. Eneldo. Rábanos. Ella mantiene su mano derecha en la mía todo el tiempo. Finjo que estoy prestando atención a las cosas que ella me muestra, pero en realidad, estoy concentrado únicamente en ella.

Pasa más gente y se aprieta a nuestro lado, así que doy un paso hacia un lado, más cerca de mi cachorro de tigre, creando una barrera para mantener alejadas las plagas. No sabía adónde quería ir hoy, así que vine con dos pistolas escondidas en mi pistolera, un cuchillo atado a mi tobillo como de costumbre y un garrote en el bolsillo de mi chaqueta. No parece que vaya a necesitar ninguno de esos esta salida. Aun así, observo nuestro entorno por el rabillo del ojo, asegurándome de que no haya amenazas inesperadas cerca de ella.

Es difícil concentrarme en sus palabras con su calidez a mi lado. Quiero alejarme, temo volverme adicto a tocar algo más que su mano, pero al mismo tiempo quiero invadir su espacio, presionarme contra ella. Mi mente está gritando que retroceda. Mi cuerpo no escucha. Doy otro paso, moviéndome detrás de ella y soltando su mano en el proceso. El momento es breve, sólo una fracción de segundo, pero parecen horas sin su contacto. En el instante en que

estoy detrás de ella, entrelazo nuestras manos derechas nuevamente y coloco la izquierda en la mesa al otro lado. Una vez que la tengo rodeada de mi cuerpo, es más fácil respirar.

Está hablando de fertilizantes para plantas con el chico que dirige el puesto, que todavía parece un poco enfermo en la cara, absolutamente ajeno a la agitación que ocurre dentro de mí. Intento permanecer estoico, pero pierdo la batalla pronto y bajo la cabeza, inhalando el aroma de su champú.



El vendedor frente a mí está hablando y yo asiento, manteniendo la apariencia de que estoy escuchando lo que sea que esté divagando. Desde el momento en que sentí que mi demonio se paraba detrás de mi espalda, su cuerpo envolviendo el mío en casi todos lados, mi capacidad mental para procesar cualquier cosa se fue al garete proverbial. Un leve toque de su barbilla en mi sien. Enormes dedos callosos sosteniendo los míos. Su aliento en mi cabello. Su olor me ahoga.

—Dijiste que eres alérgica a las flores—. Un susurro ronco justo al lado de mi oído. —Y, sin embargo, hueles como tal—.

Hay docenas de personas a nuestro alrededor, tantas voces y otros sonidos mucho más fuertes que sus palabras, y, aun así, él es el único que escucho.

—Es al polen al que soy alérgica. No el olor —digo entrecortadamente.

—Mm-hmm... bueno saber.

Su pulgar roza el dorso de mi mano con pequeños y tiernos movimientos, y cada uno hace que sea más difícil respirar.

—Gracias.

—¿Por qué? — Pregunto.

—Por traerme aquí. Nunca antes había estado en un mercado de agricultores—.

—¿Así que te gusta?

—Es horrible, cachorro—.

Me río. —Bueno, podrías haber mentido y haber dicho que te gusta—. Su aliento hormiguea la piel de mi cuello mientras baja la cabeza y acerca su boca al nivel de mi oreja.

—No quiero mentiras entre nosotros, cachorro de tigre—.

Su voz susurrada y ronca inunda mis sentidos, haciendo que todo mi cuerpo vibre con una carga eléctrica debido únicamente a su profunda resonancia.

—Solo secretos—.

—Está bien—, le susurro.

Una mujer se dirige al mostrador del stand a nuestra izquierda y comienza a charlar con el vendedor. Aunque está a menos de un pie de distancia, aparte de la calidad aguda de sus palabras y por el hecho de que ella esté allí, nada más en nuestro espacio inmediato parece real. El mundo se disuelve, y tanto mi cuerpo como mi mente se sintonizan únicamente con el hombre que está detrás de mí, con su pecho pegado a mi espalda. Cierro los ojos e inclino la cabeza hacia un lado hasta que mi mejilla toca la suya.

—¿Me contarás tus secretos algún día, demonio?

—Un día. Tal vez.

—Pero hoy no—, digo en voz baja, pero con convicción. —¿Sólo un pequeño secreto? Por favor.

Ladea la cabeza y acaricia ligeramente la piel de mi pómulos con la nariz. —No sueño. Alguna vez. Incluso cuando era niño, me iba a dormir y simplemente me despertaba por la mañana, con sólo la oscuridad y el vacío llenando el vacío en el medio. Hasta hace poco creía que los sueños son sólo una mentira—.

Un escalofrío recorre mi espalda. —¿Pero ya no más?

—Ya no—, dice con voz áspera. —¿Puedes adivinar con qué sueño, cachorro de tigre?

Me muerdo el interior de la mejilla y sacudo la cabeza. El timbre de un teléfono cercano atraviesa la bruma en la que estoy. Mi diablo toma mi muñeca y levanta mi mano.

—Sueño contigo, cachorro de tigre—. Palabras susurradas, justo antes de que deposite un beso fugaz en mis dedos. —Pero todos mis sueños se ven interrumpidos por un despertador.

Suelta mi mano y luego el calor en mi espalda desaparece. Me doy vuelta y lo encuentro parado a dos pasos de distancia, con su mirada pegada a la mía, incluso mientras sostiene el teléfono en su oreja.

—Estoy en camino—, ladra en su dispositivo, luego lo guarda sin apartar sus ojos de mí por un instante.

La gente pasa entre nosotros, apresurándose a ver a otros vendedores, sus coloridas ropas destellan frente a mis ojos, oscureciendo la vista de la forma vestida de negro de mi demonio cada pocos segundos. Rojo. Amarillo. Negro. Blanco. Negro de nuevo.

—¿Cuándo voy a verte de nuevo? — Pregunto. Azul. Negro.

—Pronto—, responde.

Rosa. Naranja. Negro.

—Voy a ir a un club con unas amigas el viernes por la noche. No es el lugar más seguro de la ciudad—.

Blanco. Amarillo. La multitud se disipa por un momento, permitiéndome verlo claramente nuevamente. Su boca se curva en una pequeña sonrisa.

—Voy a estar allí.

Una familia de cuatro se detiene entre nosotros, oscureciendo a mi demonio una vez más. Doy un paso hacia la izquierda, mirando a mi alrededor. Verde. Rojo. Púrpura. Marrón. Pero nada de negro. El negro no está a la vista.



# Capítulo 14

*Hace 19 años desde la actualidad.*

*Base de unidad Z.E.R.O*

*(Kai 16 años)*



Los papeles crujen en mis manos cuando les doy la vuelta, escaneando la letra desordenada. Ayer, Kruger me envió al psiquiatra residente de la unidad para una evaluación. No tenía nada que ver con mi bienestar. Sólo necesitaba saber si podía soportar la presión antes de enviarme al campo y si tenía suficiente inteligencia para adaptarme en caso de que surgiera algo inesperado. Aparentemente, pasé con gran éxito.

Esta noche, irrumpí en la oficina de psiquiatría y tomé mi expediente, pero no me sirve de nada ya que no sé leer nada. Meto los papeles en el bolsillo lateral de mis pantalones tácticos y me dirijo a la armería. Uno de los guardias está apostado allí en todo momento.

Encuentro al hombre desplomado en su silla, roncando. Le doy una bofetada y luego presiono la punta de mi cuchillo justo debajo de su nuez.

—Léeme esto—. Dejo los papeles doblados en su regazo.

El hombre parpadea confundido y luego comienza a leer. En general, se trata de las mismas tonterías psiquiátricas de siempre: poderes psíquicos profundos, entumecimiento como resultado de eventos traumáticos de la infancia, incluido el abandono, que llevaron a manifestaciones de rabia extrema asociadas con múltiples episodios violentos que involucraron luchas por la autoconservación.

*—Ausencia total de empatía o cuidado por los demás. Incapacidad para formar conexiones con cualquiera que lo rodee. La única excepción es el oficial superior del sujeto, Lennox Kruger. Sin embargo, el grado de apego emocional del sujeto no es concluyente debido a su continua falta de voluntad para cooperar —, lee en el guardia. — En general, los resultados de la evaluación son los esperados teniendo en cuenta los antecedentes del sujeto y los factores estresantes actuales del programa.*

—Continua. — Ladro.

*—Las capacidades físicas y mentales están muy por encima del promedio. El sujeto se considera apto para el deber, capaz de afrontar los desafíos de las asignaciones de misión. Se espera que cumpla las tareas requeridas sin falta.*

El hombre deja de leer y me mira. Puse más fuerza detrás de mí cuchillo.

—¿Algo más?

—Sólo otra nota—, dice entrecortadamente.

—Léelo—.

El guardia traga antes de continuar. *—En conclusión, es poco probable que el tema avance alguna vez hasta poder formar relaciones personales arraigadas de cualquier tipo. Sin embargo, si esto sucediera, no se puede ignorar la historia del rango de comportamiento observado (desde la calma absoluta hasta la ira controlada). El sujeto presenta un riesgo de responsabilidad extremo, y su imprevisibilidad podría conducir potencialmente a situaciones objetables, incluyendo posibles casos de Ausencia sin permiso (AWOL). Las acciones disciplinarias regulares pueden no proporciona ningún efecto. Ante sospecha de mala conducta grave en el desempeño de sus funciones, se recomienda el despido inmediato.*

Arranco los papeles de las manos del guardia y regreso al dormitorio. No hay nada nuevo en ese sándwich de mierda. Evaluación, mi culo.

# Capítulo 15



—Por el amor de Dios, Nera. ¿Por qué estás tan inquieta esta noche?

Rápidamente me vuelvo hacia mis amigos y tomo mi bebida de la mesa.

—Sin razón alguna.

—¿Estamos esperando que alguien más se una a nosotros? — Jaya lo pregunta —Porque desde el momento en que entramos al club, has estado mirando a tu alrededor sin parar—.

—No—, murmuro en mi vaso mientras le eché otra mirada a la entrada que está justo al otro lado de la habitación.

Él no está aquí. Se suponía que íbamos a salir el viernes pasado, pero Dania tuvo un virus estomacal y reprogramamos nuestra noche de club para una semana después. Como mi demonio y yo nunca intercambiamos números, no podía informarle sobre el cambio de planes. Tenía esperanzas de que estuviera aquí esta noche de todos modos.

—Escuché a mi papá hablando con algunos de sus amigos que vinieron a tomar una copa anoche—. Dania se inclina sobre la mesa y susurra: —Aparentemente, Alvino se encontró con su novia haciéndole una mamada a uno de los soldados de la Camorra. Los mató a ambos y arrojó sus cuerpos desnudos frente a un centro comercial. Les cortaron los genitales—.

Me estremezco. —Eso ciertamente suena como Alvino—.

—Una de las amigas de mi hermana salía con él cuando ella todavía estaba en la escuela secundaria—, dice Jaya. —Ella rompió con él después de sólo dos semanas, ella y su familia abandonaron el país poco después. Creo que tenían miedo de que Alvino le hiciera algo. Al parecer, no se toma bien el rechazo—.

Un escalofrío me recorre de nuevo, pero a diferencia de la última vez, la sensación no disminuye. Permanece como un leve cosquilleo en la nuca. Lentamente, dejo mi vaso sobre la mesa. La conversación pasa a ex novios y luego a Dania parlotando sobre su último amor platónico (*un chico que conoció en línea*) y yo me desconecto. Mis ojos vagan por el club, recorriendo a los hombres al azar que nos rodean, buscando esa figura alta y familiar. No encuentro nada. Miro más lejos, escudriñando los rincones oscuros, esperando detectar el brillo de los ojos de mi demonio. Aún nada. Pero sé que él está aquí.

—Regreso enseguida—, le digo a Dania y me dirijo hacia la multitud. Hay cientos de personas en este club, apretujadas, y tengo que empujarme entre sus cuerpos para seguir adelante, seguir buscando. El hormigueo es más fuerte ahora, pero entre esta multitud, no puedo mirar más que a unos pocos metros delante de mí. Noto una pequeña plataforma elevada más adelante, uno de los enormes parlantes colocados encima, y me apresuro hacia ella, apartando a todos de mi camino a codazos.

El estrado tiene varios centímetros de alto y, cuando subo, mis ojos examinan la masa de asistentes al club. Joder. ¿Dónde está? Puede que hayan pasado dos semanas, pero la sensación de su mano apretando la mía todavía está muy grabada en mi mente. Su aliento en mi cabello. La forma en que su barba me hizo cosquillas en la cara cuando presioné mi mejilla contra la suya. La necesidad de verlo otra vez, de sentir su cuerpo presionado contra el mío, es todo en lo que he estado pensando durante días. ¿Dónde está?

Una suave caricia por mi espalda expuesta y luego un cálido aliento en mi nuca.

—¿Buscas a alguien, cachorro de tigre?

Sonrí y cierro los ojos, saboreando su ligero toque. —Ya no.

—Me gusta el vestido—. Palabras roncas susurradas justo al lado de mi oído. Luego, otro movimiento de sus dedos desde la base de mi cuello hasta mi cintura. —Tuve que recurrir nuevamente al robo—.

—Me alegre.

Su palma se desliza desde el hueso de mi cadera hasta mi estómago, acercándose más y pegando mi espalda a su frente.

—Esperaba que vinieras a visitarme antes—, susurro.

—Pasé por aquí dos veces—.

—No te he visto—.

—Lo sé. — Su otra mano envuelve la mía, entrelazando nuestros dedos. — No puedo permitirme acudir a ti con demasiada frecuencia—.

—¿Por qué?

—Porque no podría irme—.

Lentamente, me doy la vuelta y me encuentro con sus ojos desgarradores. Mis tacones y la plataforma elevada me están dando un gran impulso en altura, pero la parte superior de mi cabeza apenas llega a su nariz.

—Tal vez no quiero que sigas alejándote—. Toco su labio inferior.

—La luz y la oscuridad no se mezclan, cachorro de tigre. Se anulan mutuamente—. Baja la cabeza y besa la punta de mi dedo. —Y nunca me atrevería a apagar tu llama—.

Agarro un puñado de su camisa y la aprieto con fuerza como si eso fuera a retenerlo aquí. Conmigo. Quiero más. Más que Estos momentos robados. Mi cuerpo anhela estar cerca del suyo, de la misma manera que mi mente anhela saber más sobre él. ¿Por qué no me dice su nombre? ¿Adónde va cuando se aleja? ¿Qué ha hecho? ¿Por qué sigue alejándose? Tengo miedo de preguntar. Y miedo a las respuestas.

Me recuerda a un gatito callejero que fue llevado a la clínica la semana pasada, apenas vivo después de haber sido obviamente torturado gravemente. Arañaba y mordía a cualquiera que se acercaba a él, incluso cuando era sólo para darle algo de comida al pobrecito. Una noche, mientras estaba sola en la clínica, dejé la puerta de la jaula abierta y me dispuse a realizar mis tareas nocturnas. No pasó nada. Repetí mis acciones durante tres días, siempre con el mismo resultado al final de la noche. El gatito permaneció en la parte trasera de

su recinto. Al cuarto día, el pequeño sinvergüenza finalmente salió de su jaula, saltó al mostrador y se limitó a observarme trabajar. Al día siguiente me permitió darle de comer.

Tengo la sensación de que estoy en una situación similar con mi extraño. Hay algo horrible escondido en su pasado. En su presente, también, más que probable. Tengo mis sospechas sobre lo que podría ser. No me hará daño si presiono demasiado, de eso estoy segura. Él simplemente desaparecerá.

Pero si dejo la puerta abierta, dejo que él dé ese paso...

—No me importaría compartir tu oscuridad. Sólo necesitas dejarme entrar—. Me apoyo en su pecho e inhalo su aroma. —Nunca le he tenido miedo a la oscuridad, demonio, porque tarde o temprano siempre llega la luz del día.

—No siempre, mi hermosa estrella brillante—. Deja un beso en la parte superior de mi cabeza. —Tus amigas vienen—.

Miro fijamente sus profundidades mientras él se aleja. —No te vayas—.

—No lo haré. No hasta que estés a salvo en casa—.

Otro paso. Luego, dos más hasta que desaparece entre la multitud.

—¡Nera! — Dania me agarra del brazo. —¡Pensamos que te había pasado algo! ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Quién era el chico con el que estabas hablando? — Jaya interviene.

—Nadie—, susurro. —Sólo la oscuridad.



El teléfono en mi bolsillo comienza a vibrar nuevamente. Es la cuarta vez en los últimos diez minutos. Lo ignoro y mantengo mis ojos pegados a mi cachorro mientras ella está parada con sus amigas alrededor de una mesa alta al otro lado del club. La maldita persona que llama está siendo persistente, así que, maldiciendo al idiota en voz baja, saco el teléfono y me lo acerco a la oreja.

—Su objetivo todavía está vivo—, brama el capitán Kruger a través de la línea. —Explica por qué.

—El contrato establece que hay un plazo de seis días—.

—El momento óptimo recomendado para eliminar la marca fue hoy, mientras estaba ocupado en el spa—.

Un tipo frente a mí se mueve, dando un paso hacia la izquierda y obstruyendo mi visión del grupo. Agarro un mechón de cabello en la parte posterior de su cabeza y lo empujo a su lugar anterior. Rugiendo, se da vuelta para venir hacia mí con el puño en alto.

—Tu consejo ha sido rechazado, Kruger—, le digo y le doy un revés al cabeza hueca que avanza. Termina tirado en el suelo. —El objetivo será neutralizado mañana por la tarde. Asegúrate de que mi pago esté listo—.

Un breve silencio reina en la línea, pero todavía puedo oírlo respirar. Sé que está enojado. Ha estado enojado durante casi diez años, desde que exigí el 50 por ciento de la tarifa por cada muerte e insistí en elegir qué contrato quiero asumir. Después de ese pequeño tête-à-tête, ha estado echando humo como un lodo tóxico, tratando de controlarme, pero no puede darse el lujo de oponerse abiertamente a mí o a mis métodos. El hombre al que Kruger necesita eliminado tiene un pequeño ejército de seguridad que lo sigue a donde quiera que vaya. Si rechazo el trabajo, Kruger tendría que enviar uno de sus equipos habituales. Y la tasa de éxito de su misión es apenas del 63 por ciento.

—¿Dónde estás? Tu ubicación GPS ha sido desactivada—, se queja.

—No hay posibilidad de que termine muerto en este momento. Si eso cambia, me aseguraré de volver a encenderlo para que puedas localizar mi cuerpo en caso de que mi misión falle.

Kruger continúa quejándose de Dios sabe qué, pero corto la llamada y me arrastro a lo largo de la pared, acercándome a Nera y sus amigas. Elijo un lugar en la esquina y apoyo mi hombro en la pared para poder mirar a mi chica.

El vestido largo morado que lleva abraza sus curvas como una segunda piel. Es el vestido que trajo su hermana hace unos meses, y casi me trago la lengua

al verla con él. Y luego, quise sacarla fuera de aquí. El vestido no tiene espalda, solo se ata alrededor de su esbelto cuello, dejando su hermosa carne expuesta. No pude evitarlo antes; tenía que sentir su piel suave. No pude resistirme a pasar mi mano por su columna, inhalando esa embriagadora sensación. Su olor. Soltarla de nuevo fue una tortura. Mi único respiro es seguir mirándola mientras se divierte.

Una de las chicas de la mesa de Nera dice algo y el resto del grupo se echa a reír. Mi cachorro de tigre también se ríe, aparecen arrugas en las comisuras de sus ojos y me encuentro inclinándome hacia adelante como si una cuerda invisible me tirara hacia ella. Quiero sentir algo de esa luz cálida que parece estar emitiendo. Para absorberlo y alegrar mi alma miserable. Ella toma su bebida, sonriendo ampliamente, pero de repente levanta la vista y su mirada se estrecha justo en el lugar donde estoy parado. Rápidamente doy un paso atrás. Retirándome a las sombras a las que pertenezco, donde puedo simplemente mirarla. Fue un error permitirme acercarme a ella. Mirar a Nera ahora mientras se ríe con sus amigos hace que todo sea mucho más claro. Debería mantenerme alejado de ella. Por su bien.

La música cambia a una melodía lenta y las luces del techo se atenúan. Unos cuantos chicos se acercan a la mesa de las amigas de Nera, hablan con las chicas y las hacen reír. Uno de los recién llegados, un chico de poco más de veinte años, que viste una camisa blanca y pantalones caqui, le ofrece la mano a Nera. Ella niega con la cabeza, pero la mujer a su derecha parece animarla a ir, susurrándole al oído a mi chica. La mano del chico envuelve los delicados dedos de Nera y luego la atrae hacia la pista de baile.

La rabia se enciende dentro de mi pecho mientras lo veo deslizar su brazo alrededor de su espalda, acercándola.

¡Mía! La voz en el fondo de mi cabeza ruge, instándome a acabar con el hijo de puta que se atrevió a tocarla.

Estoy a mitad de camino hacia ellos, en la pista de baile, antes de darme cuenta de que me he movido. Al verlos tan de cerca, me detengo de repente. No puedo descartar cómo parecen encajar. Ambos jóvenes. Rubios. La ropa del chico parece ser de buena calidad y cara. Podría ser un estudiante, como ella,



en camino de convertirse en algo grandioso en la vida. Un abogado. O tal vez un médico.

No un hombre que mata gente por dinero porque es lo único que sabe hacer. Como yo. Mis ojos permanecen pegados a ellos mientras doy un paso atrás. No encajo. Ya no. No es un cabrón de mala vida que apenas sabe leer en el nivel de la escuela primaria. Otro paso, luego unos cuantos más, hasta que vuelvo a mi lugar en la esquina, observando a mi cachorro de tigre en brazos de otro hombre. El fuego dentro de mí todavía arde, justo ahí en mi pecho, quemando todo a su paso. Y lo dejó. Dejé que incinerara la tonta esperanza que había echado raíces allí, que crecía cada vez que iba a ver a mi cachorro, alimentándome con mentiras de que podría tener una oportunidad de hacer algo bueno en mi vida. Supongo que olvidé que la esperanza es un lujo al que las almas condenadas como yo no tienen derecho.

La música continúa y yo sigo mirando, imaginándome en el lugar del rubio.



—¿Qué tal otro baile? — me pregunta el chico después de que termina la canción.

Parece agradable y es bastante guapo. Probablemente me habría sentido atraída por él. Antes. ¿Ahora? Ni siquiera recuerdo qué nombre usó cuando se presentó.

—Gracias, pero creo que ahora volveré con mis amigas—.

—¿Por qué? ¿Hay alguien más?

Sí. No, suspiro. Ojalá supiera la respuesta a esa pregunta.

—Tal vez.

—Bueno, él no está aquí, ¿verdad? — Él mueve su mano hacia la parte baja de mi espalda, deslizándose hacia abajo.

—Quita tu mano de mi trasero, por favor—.

—¿Y si no lo hago?

—Si no lo haces, te daré un puñetazo en la cara. Estoy segura de que a tus amigos les resultará entretenido—.

—Bien. — Me suelta mientras una sonrisa malvada dibuja sus labios. — Perra altiva—.

Giro sobre mis talones y vuelvo a la mesa donde las chicas se ríen histéricamente.

—¿Qué? ¿Sólo un baile? —Pregunta Dania.

—Sí. Y fueron demasiados —digo mientras agarro mi bolso. —Voy al baño—.

Me deslizo entre la multitud detrás de nuestra mesa, tomando el camino más largo, buscando a mi demonio. Me ha estado observando desde la oscuridad todo este tiempo, pero no ha vuelto a mostrar su rostro. Bailar con ese idiota fue mi último esfuerzo, un intento desesperado de sacar a mi protector oscuro. Me lo imaginé corriendo hacia mí y hacia el idiota en la pista de baile, apartando al chico y ocupando su lugar. Es difícil imaginar a mi acosador como un bailarín, pero tengo la sensación de que sería bueno.

Cuando doy la vuelta a la esquina de un pasillo corto, solo una chica está esperando en la fila para ir al baño unisex de un solo cubículo. Las instalaciones en la parte delantera del club están mucho más concurridas, pero también tienen más puestos, por lo que la gente tiende a ir a esos.

La puerta se abre y el ocupante anterior se va mientras la chica frente a mí entra a trompicones. Me acerco y busco en mi bolso mi teléfono para comprobar la hora justo cuando unas manos me agarran por detrás. Mi teléfono se me escapa y cae al suelo, mientras el agresor me empuja de cara contra la pared. Un grito se forma en mi garganta, pero una gran palma cubre mi boca antes de que pueda sacarlo.

—Ya no eres tan altiva, ¿verdad? — La voz de mi compañero de baile grazna detrás de mí.

Me muevo de un lado a otro, tratando de liberarme de su agarre, pero él está usando su peso para sujetar mi pecho a la pared, y no tengo la fuerza para empujarlo.

—Voy a mostrarte cómo una buena chica debe tratar a un hombre—. Su mano se mete entre nuestros cuerpos y se baja la cremallera de los pantalones. La bilis sube por mi garganta cuando siento su dura polla presionando contra mi trasero. Agarra un puñado de mi falda, tira del dobladillo de mi vestido hacia arriba y luego toca mis bragas. Alcanzando detrás de mí, agarro sus pelotas y las giro con todas mis fuerzas.

Un aullido depredador se escucha a mis espaldas, pero dura menos de un segundo. La mano sobre mi boca se retira y, de repente, la presión sobre mi columna desaparece. A los ritmos apagados de la música del club ahora se les une un nuevo y extraño gorgoteo. Mi ritmo cardíaco se dispara cuando me doy la vuelta. Una espalda masculina ancha llena mi campo de visión, con una trenza larga y gruesa balanceándose ligeramente entre los omóplatos. Muevo mis ojos hacia arriba, y hacia arriba, hasta que mi mirada se detiene en el rostro rojo del agresor. mi demonio tiene su enorme mano alrededor del cuello del chico, manteniéndolo suspendido contra la pared opuesta.

Doy un paso hacia un lado, mirando fijamente a mi atacante. Está arañando los dedos que le aprietan la garganta, tratando de hacer que las palabras salgan, pero el único sonido que sale de sus labios es un jadeo ahogado. Sus pies cuelgan a casi un pie del suelo.

Sin apartar la mirada del bastardo, mi demonio pregunta: —¿Te lastimó, cachorro?

Por un momento, me sorprende el tono de su voz. Es constante, como siempre, pero con tanta fuerza bruta que suena como la Muerte encarnada.

—No—, me atraganto. —Pero lo intentó—.

—Vuelve con tus amigas—.

No puedo hacer que mis piernas se muevan.

—Haz lo que te digo—, gruñe y se vuelve hacia mí. —Ahora.—.

Todo el aire sale de mis pulmones. No puedo creer que una vez pensé que sus ojos parecían vacíos. Al mirarlos ahora, siento como si estuviera mirando las cámaras de magma de dos volcanes: pura rabia, esperando entrar en erupción.

—¿Por qué? — Pregunto.

—Porque no quiero que veas lo que sucede después—.

Vuelvo a mirar a mi atacante. Me iba a violar. Podría haber logrado luchar contra él y escaparme antes de que lo lograra, pero no estoy completamente segura. Y si hubiera otra chica en mi lugar, podría haberse congelado, y entonces el bastardo habría cometido el acto. No hay muchas creencias que comparta con la Cosa Nostra, pero hay una que apruebo incondicionalmente. A ningún hombre se le permite obligarse a una mujer. Entonces, si mi demonio quiere patearle el trasero a ese cabrón, no tengo problema en verlo hacerlo.

—Me quedo—, digo.

Mi oscuro protector se gira para enfrentar a mi agresor. Los tendones acordonados del antebrazo desnudo de mi demonio explotan, los músculos del brazo se hinchan y se tensan contra sus mangas arremangadas mientras aprieta su agarre. Los ojos del rubiecito se ponen en blanco y sus extremidades se contraen unas cuantas veces antes de aflojarse. Mi demonio suelta su agarre, dejando que el cuerpo del posible violador caiga al suelo. Mató al hombre en menos de cinco segundos, usando solo una de sus manos. Para mí. Lo mató por mí.

—¿Por qué? — Pregunto.

Un ligero toque con un dedo en mi barbilla, inclinando mi cabeza hacia arriba.

—Aniquilaré a cualquiera que se atreva a tocar un pelo de tu cabeza—. Su voz profunda está impregnada de tanta amenaza. —Nadie. Nada jamás te hará daño. Pensé que lo entendías—.

No en realidad no. Pero lo hago ahora. Y los sentimientos que aumentan con esa comprensión apagan por completo el horror de presenciar la muerte del hombre. ¿Una vida para una vida? ¿Es eso justo? ¿Es esa nuestra verdad?

Cada vez que pienso en mi futuro, siempre me veo como una especie de personaje secundario. Una persona que es lanzada de un lado a otro, todo dependiendo de la dirección en la que sople el viento. Nada más que los medios para que la narrativa siga fluyendo. Siempre es un objeto, uno que espera ser utilizado como alguien mejor lo considere. Nunca el tema de la historia. Incluso la mía. ¿Pero es posible que valga más que la “*superioridad*” de mi nacimiento basada en coincidencias y circunstancias, más que una pieza para ganar rango, más que un mero activo? ¿Acabaría con la vida de un hombre sólo porque el perpetrador amenazó con hacerme daño?

—Cachorro. — Mi demonio acuna mi mejilla en su palma. —Necesito deshacerme del cuerpo—.

Asiento con la cabeza. Esa chica todavía está dentro del baño, pero podría salir en cualquier momento. Cuando lo haga, verá al tipo muerto. Me doy cuenta y agarro la manija con fuerza, manteniendo la puerta cerrada.

—Creo que hay una habitación trasera al final del pasillo—. Hago un gesto con mi mano libre para indicar el pasaje oscuro hacia un lado. —Si lo trasladas allí, nadie lo encontrará durante horas—.

Entrecierra los ojos en lo que estoy bastante seguro es confusión. Puede que no sepa su nombre, pero creo que estoy empezando a leerlo bastante bien. En el tiempo que pasamos juntos, compartí cosas con él que nunca había compartido con nadie más. Sus sutiles reacciones ahora me resultan familiares. Su mirada recorre mi brazo y se detiene en mi firme agarre del pomo.

—¿Hay alguien ahí?

—Sí. Me aseguraré de que no salga hasta que te hayas ido.

Los ojos gris pálido se encuentran con los míos nuevamente. Da un paso adelante, acercándose tanto que necesito inclinar la cabeza completamente hacia atrás para mantener nuestra mirada fija.

—Me sorprendes, cachorro—.

—Bueno, me alegro de que por una vez hayamos invertido nuestros roles.

Los bordes de sus labios se curvan hacia arriba. Siempre lo he encontrado guapo, pero esa pequeña sonrisa lo transforma en increíblemente hermoso.

—Vuelve con tus amigas y disfruta el resto de la velada—.

—Entonces, ¿no te volveré a ver esta noche?

—No.—

Intento reprimir la avalancha de decepción mientras lo veo agarrar al hombre muerto por la parte de atrás de la camisa y arrastrarlo por el pasillo. ¿Es esto todo lo que recibiré de él? ¿Visitas breves y repentinas antes de que vuelva a desaparecer?

—¿Qué pasa si alguien más me molesta esta noche y tú no estás allí? — Lo llamo. Es un intento lamentable de que se quede, pero estoy trabajando con lo único que tengo.

—Dije que no me verías. No es que no vaya a estar allí—, dice justo antes de doblar la esquina. —Nadie te tocará bajo mi vigilancia, cachorro de tigre—.

# Capítulo 16



El constante golpeteo de las gotas de lluvia que golpean la ventana se mezcla con los tonos bajos de una canción que se transmite desde mi teléfono. Continúo revolviendo los raviolos y lanzo un vistazo al balcón donde tengo todos mis botes de hierbas alineados. Mis plantas originales mantienen una tasa de crecimiento constante, lo que me proporciona una gran cantidad de frescura para mi cocina. Pero me sorprende lo bien que les va a la raíz de apio y las chirivías. No solo sobrevivieron el invierno dentro de mi apartamento en la pequeña maceta en la que los trasplanté, sino que parece que les gusta mucho porque casi han duplicado su tamaño desde que los traje mi demonio.

Ha pasado casi un año desde que nos conocimos y todavía seguimos jugando a este extraño juego del escondite. A veces me paraba en el balcón y cuando miraba hacia abajo, él estaba al otro lado de la calle, apoyado en el capó de su auto. Nos mirábamos unos momentos y luego él se ponía al volante y se marchaba. O lo notaba acechando en el techo al otro lado de la calle, mirando hacia mis ventanas. Tendríamos nuestro habitual concurso de miradas y luego él desaparecería de nuevo, dejándome con mil preguntas.

Durante mucho tiempo, esas preguntas me dejaron frustrada, pero en el camino acepté esta loca situación en la que nos encontramos.

Cada vez que me sorprendía con una visita, aprendía algo nuevo sobre él. Como la semana pasada, cuando lo encontré en mi puerta, con la manga de la camisa saturada de sangre. Otra herida de cuchillo, esta vez en el bíceps. Un corte recto y limpio justo por encima de su codo, recorriendo casi todo el camino hasta su hombro. Lo cosí en mi mesa del comedor. Treinta y seis puntos. Entonces le ofrecí un trozo de tarta que Zara había hecho el día anterior, segura

de que diría que no. Él dijo que sí. Y encontré otra pieza del rompecabezas que encajaba en su misterio. Mi demonio es goloso. El hombre se comió el postre incluso antes de que yo volviera a guardar el resto del pastel en el refrigerador.

Cada vez que me deja verlo, cada vez que viene, me enamoro un poco más de él. Y cada vez que se va, me duele el corazón. Poco a poco, sin un pensamiento consciente ni siquiera un esfuerzo por su parte, me he enamorado de un hombre que sigue siendo un enigma para mí. Los muros que mantiene entre nosotros son más que roca impenetrable. Son un puto bastión de montaña. No me deja entrar. Las pequeñas cosas que deja escapar aquí y allá ayudan a pintar un cuadro de su vida antes de que nos conociéramos, y algunas cosas que he descubierto por mi cuenta. Pero eso es todo lo que tengo. Misterios. Hay tantos secretos entre nosotros que se han convertido en nuestra norma. Ni siquiera hemos mencionado lo que pasó en el club hace un mes. No hubo ningún “*gracias*” de mi parte, ni tampoco explicaciones de él. Solo nosotros y ese entendimiento tácito. En la oscuridad.

Saco la olla del fuego, escurro los ravioles y los dejo a un lado para que se enfríen, y luego camino hacia las puertas del balcón para echar un vistazo a la parte superior del edificio frente al mío. Ha estado lloviendo sin parar desde esta mañana, así que mi demonio probablemente no ha venido. pero todavía deslizo mis ojos por la extensión del techo. No hay nadie ahí.

Me doy vuelta cuando noto movimiento abajo, en la calle. Una figura con un abrigo negro, apoyada en la pared de la entrada del edificio, con los brazos cruzados sobre su amplio frente. La lluvia cae sobre él, empapando su cabello y sus capas exteriores mientras permanece allí como un espectro oscuro. Nuestras miradas chocan y, como siempre, siento el impacto como un puñetazo en el pecho. Siempre es lo mismo cuando lo veo. Mi corazón se hincha y me olvido de respirar, como si verlo me quitara todo el aire de los pulmones.

Rompiendo nuestras miradas fijas, me doy la vuelta y cruzo la habitación. Sólo me detengo en la puerta para ponerme las botas de lluvia y luego salgo del apartamento. Mi edificio es antiguo y no hay ascensor, pero sólo me lleva un minuto llegar a la planta baja.



Tan pronto como salgo a la acera, sus ojos están puestos en mí, siguiéndome mientras cruzo la calle y me acerco a él. La lluvia implacable me golpea la cara mientras inclino la cabeza para encontrar su mirada inquebrantable.

—Hace frío—, dice. —Vuelve adentro—.

—¿Qué pasa contigo?

—Estoy acostumbrado a condiciones duras. Pasar un poco de tiempo bajo la lluvia nunca ha sido un problema para mí—.

—Podrías haberte saltado el check-in hoy. Estás empapado—.

—Estaré fuera durante los próximos días. Tenía que ser hoy—.

Gordas gotas de lluvia caen en cascada por su rostro, cayendo en un charco a sus pies. Siempre ha tenido esta aura amenazadora a su alrededor, pero cuando lo miro ahora, no parece tan peligroso. Es... solitario.

Tomo su mano entre la mía y la aprieto un poco. —Ven. Vamos a cenar juntos.

Me deja llevarlo a mi edificio y subir cuatro tramos de escaleras hasta mi casa. Cuando entramos al apartamento, se detiene en el umbral y mira a su alrededor como si viera el espacio por primera vez.

—¿Estás bien? — Pregunto.

Él inclina la cabeza y fija sus ojos en los míos. —Me has invitado a tu casa—.

Hay una cualidad extraña en su voz, un significado oculto en sus palabras, pero no estoy seguro de qué podría ser.

—Sí. ¿Por qué? Quiero decir, has estado aquí antes. Varias veces. ¿O olvidaste que te di puntos en la mesa del comedor la semana pasada?

—No. Pero vine a ti entonces. Esto es diferente.

—¿Cómo es eso?

—Simplemente lo es. — Él mira hacia el suelo. —Haré un desastre con tu alfombra—.

—No te preocupes por eso. Mmm... Te traeré una toalla—.

—¿Una toalla?

—Para tu cabello. Está empapado—.

Solté su mano y corrí hacia el armario de la ropa blanca. Una toalla de mano no servirá de nada en su caso, así que tomo una de las toallas de baño amarillas. Cuando entro a la cocina, encuentro a mi demonio parado frente al refrigerador, mirando los imanes de colores que tengo colgados allí.

—Mi hermana me los regaló—, digo. —Se fue de vacaciones a Europa con su amiga de la escuela y su familia y los compró uno de cada ciudad a la que viajaron. Siempre quise viajar al extranjero—.

—¿Por qué no fuiste con ella?

Me muerdo el labio inferior. Dentro de la Cosa Nostra hay una regla no escrita muy importante: nunca reveles tu debilidad. La gente cambia. Las lealtades cambian. Amigo un día, enemigo al siguiente. Cada vez que alguien me preguntaba por qué no me había unido a Zara, siempre decía que estaba demasiado ocupada para ir y que no podía encajarlo en mi agenda.

—Tengo miedo de volar—, susurro.

Él inclina la cabeza hacia un lado, observándome. —No hay nada malo en tener miedo de algo.

—Ese es un sentimiento noble y, tal vez para ti, sea cierto—.

Aparta la mirada y su mirada regresa a los imanes del refrigerador. —Tengo miedo de los niños.

—¿Niños? ¿Por qué?

—Si alguien es una amenaza, me aseguro de capturarlo antes de que pueda llegar a mí. Y mi ataque preventivo es diez veces mayor que lo que podrían

haber hecho. Pero nunca podría hacerle daño a un niño—. Toma la toalla que le estoy ofreciendo sin dar más detalles.

Esperaba que se desatara el cabello, pero simplemente frota la toalla sobre la trenza, secando la mayor parte de la humedad.

—Hice raviolis con queso. ¿Está bien? Me tiemblan un poco las manos mientras me acerco al armario para sacar los platos. No estaba tan nerviosa al coserlo la semana pasada, pero ahora lo estoy. Algo ha cambiado entre nosotros. No estoy segura de qué, pero puedo sentirlo. Quizás tenga razón. Esta vez se siente diferente a hace apenas una semana.

—No tengo preferencia por la comida. Es sólo sustento. Pero me gustó el pastel—.

—¿El chocolate es tu favorito?

—No estoy seguro. Podría ser. — Se queda en silencio por un momento.  
—Nunca antes había probado el pastel—.

Mi mano todavía está sobre la pila de vajillas. —¿Nunca has comido pastel?

—No. No creo haberlo hecho—.

Lo dice tan casualmente, como si fuera sólo una declaración ordinaria. No puedo entenderlo. ¿Cómo es posible?

—¿Qué tal en tu cumpleaños?

—Las celebraciones de cumpleaños no son algo que se haga en el lugar de dónde vengo.

—No estoy seguro de la fecha exacta, pero creo que nací en algún momento de invierno.

Dejo los platos sobre la mesa mientras el miedo se acumula en mi estómago. ¿Qué tan terrible debe ser no saber algo tan básico como tu propia fecha de nacimiento? Me duelen los brazos por rodearlo y atraerlo hacia mí, para ofrecerle la calidez y el amor que obviamente nunca ha experimentado.

—Creo que deberías elegir uno—, digo.

—¿Un qué?

—Una fecha. — Muevo el plato de ravioles al centro de la mesa y luego me siento frente a él.

—Estoy bastante seguro de que los cumpleaños no funcionan así, cachorro. Pero si puedo elegir, elegiría la segunda semana de junio—.

Respiro profundamente. Mi corazón se hincha mientras mi demonio me mantiene inmovilizado con sus ojos desde el otro lado de la mesa. El día que nos conocimos.

—¿Por qué? — Me ahogo.

Cambia su mirada al plato frente a él. Y así, sus muros vuelven a levantarse.

Mató a un hombre por intentar hacerme daño, pero todavía no me deja vislumbrar su vida. Incluso después de casi un año, apenas me toca. Besándome los dedos. Tomando mi mano. En algunas raras ocasiones, me tocó la cara. Eso es todo lo que obtengo. No es suficiente. Ya no. Necesito sentir su piel sobre la mía. Quiero saber el sabor de sus labios. El peso de su cuerpo mientras presiona contra mí. Lo quiero todo, pero tengo miedo de perderlo si golpeo demasiado fuerte la barrera que él ha puesto entre nosotros.

Para siempre.



Sigo a Nera con la mirada mientras corre por la cocina, guardando las sobras y cargando los platos sucios para lavarlos. Probablemente piensa que invitarme no fue nada especial, completamente ajena a las consecuencias de sus acciones. Una invitación a su casa. Otra parte de ella a la que me concedió acceso. Ya no hay vuelta atrás. Ella no puede revocarlo. Es mío.

—¿Qué te gustaría a cambio? — Pregunto.

—¿A cambio de qué?

—Por la comida.

Ella se da vuelta, con el dolor escrito en toda su cara. —No quiero que me pagues. Era un... regalo.

Doy un paso hacia ella y coloco mis manos sobre el mostrador, enjaulándola. No hay una sensación similar a esta: estar tan cerca de ella, con nuestros cuerpos casi tocándose.

—No hay obsequios, cachorro—, digo con voz áspera. —No para mí. Di tu precio.

La respiración de Nera se acelera. Sus ojos bajan y se detienen en mi boca. —Quiero un beso.

Me congelo. Por un momento, creo que la he escuchado mal. Llevo meses soñando con sus labios sobre los míos. Era una fantasía, un deseo inalcanzable, pero ahora se ofrece a hacerlo realidad.

Hay un ligero temblor en mis dedos mientras levanto las manos y acuno suavemente su rostro con las palmas. Acaricio la piel debajo de sus ojos con mis pulgares, luego los paso a lo largo de la línea de sus cejas y nariz. Robando. Robar toques que no me fueron ofrecidos. Rozo sus mejillas con mis nudillos, sintiendo la delicada textura de su piel perfecta. Tan suave. Más suave que cualquier cosa que haya tocado. Y ahora la estoy contaminando con las manos de un asesino. Tengo tantas ganas de besarla. Y más. Quiero que ella sea mía, en cuerpo y alma. Mi cachorro de tigre. Mi estrella titilante. ¿Soy realmente lo suficientemente egoísta como para arrastrarla a mi oscuridad? No puedo. Nunca podría hacerlo. Nunca.

Pero acepto el beso que ella me ofreció. Para alguien como yo, es más de lo que merezco. Un pequeño grito sale de sus labios cuando la agarro por debajo de los muslos y la levanto sobre el mostrador. Agarrando su barbilla, inclino su cabeza y capto sus ojos, muy abiertos y brillantes, con los míos.

—Otro pedazo de ti, que es mío ahora—, gruñí. —No puedes recuperarlo—

.

Golpeo mi boca contra la de ella. Duro. Tomando. Reclamando cada centímetro de sus labios y boca al mismo tiempo. ¡Mía! Su aliento, mezclado con el aire de mis pulmones. Lo inhalo, atrayéndolo hacia mí. ¡Mía! Sus pequeños dientes muerden mi labio inferior. Le aprieto la espalda. El calor de sus palmas se filtra a través de la tela de mi camisa aún húmeda mientras aprieta mis brazos. Se siente como si estuviera chamuscando mi piel.

Otro mordisco, esta vez más feroz. Yo correspondo. Queriendo más. Mucho más. La quiero toda. No quiero, necesito. Como el aire. Como la sangre que corre por mis venas. Cada latido de mi corazón, es de ella. Durante casi un año, cada célula de mi ser ha sido suya.

Puede que sean sólo nuestros labios los que se tocan, pero ella se ha grabado en mi alma. La beso de nuevo. Robándole el aliento. Siento como si me hubiera ahogado y es lo único que me da vida. De nuevo. Más. Nunca es suficiente.

El teléfono en mi bolsillo comienza a vibrar. Mis labios se quedan quietos sobre los de ella. Por un momento fugaz, ella me hizo olvidar lo que soy. Ella sigue besándome, pero el teléfono sigue sonando. Casi como si mis pecados estuvieran llamando, queriendo ser conocidos.

—¿Demonio? —susurra en mis labios. —¿Todo bien?

Quiero ponerme a su merced, rogarle que me acepte a pesar del desastre de ser humano que soy. Tal vez lo haría, pero no estaría bien. Porque necesito todo de ella, pero para conseguirlo, tendría que ofrecerlo todo a cambio. Cada pecado. Cada acto oscuro. Un comercio justo. Cierro los ojos e inhalo su aroma. Inocente. Inmaculada. Ella nunca me aceptaría si supiera la verdad.

—Me tengo que ir, cachorro de tigre—.

Sus ojos buscan los míos, confusos pero confiados. —¿A dónde?

—No puedo decírtelo—.

—¿Por qué?

Acaricio su piel sedosa con las yemas de mis dedos, robando una vez más, luego me alejo.

—Porque no hay mentiras entre nosotros. Sólo secretos—.

Puedo sentir sus ojos en mi espalda mientras camino hacia la puerta principal. Y mientras tanto, mi teléfono sigue sonando. Mis pecados están ansiosos por conectarse. El pasado. El futuro. Y, sobre todo, el presente.

\* \* \*

La lluvia golpea el parabrisas, distorsionando mi vista de la segunda ventana desde la izquierda en el tercer piso. Mi vuelo a Budapest sale a las nueve, lo que significa que tengo unas horas más.

Saco mi teléfono y repaso los parámetros de la misión una vez más, tratando de encontrar una manera que me permita acortar el tiempo que necesito pasar en Hungría. No hay ninguna.

El plan inicial era volar allí, ejecutar al objetivo y regresar. Tres días máximo. Pero cuando devolví la llamada a Kruger después de dejar Nera, me dijo que habían eliminado al equipo de vigilancia de Budapest. Antes de que tuvieran la oportunidad de presentar su informe. Esto significa que necesitaré al menos una semana, probablemente dos, para seguir a mi objetivo y establecer su horario y patrones diarios antes de poder matar. Catorce días. Dos semanas sin ver a mi chica. No sé cómo sobreviviré estando lejos de ella durante tanto tiempo. Ahora apenas puedo soportar períodos cortos, apenas unos días.

¿Pero más que eso? ¿Semanas? Podría volverme loco. A veces siento que ya estoy muerto, pero luego voy a verla y es como si la vida regresara. en mi alma. Vivo para mis momentos robados con ella; es lo único que me mantiene adelante.

El reloj del tablero marca las dos de la madrugada. He pasado cuatro horas sentado aquí, intentando obligarme a irme. No pude hacerlo. Necesito echarle otro vistazo antes de irme. Otro vistazo que espero preserve mi cordura.

Entonces, como un ladrón en la noche, salgo de mi auto y cruzo la calle corriendo.

La tenue luz que entra por la ventana baña la forma dormida de Nera. Está acurrucada sobre sí misma, descansando en el borde de la cama. Su cabello está recogido en la parte superior de su cabeza, y mechones enredados sobresalen del moño desordenado en todas direcciones.

Su dormitorio no es grande, tal vez solo la mitad del tamaño de la sala de estar, pero está decorado de manera similar en tonos blanco y marrón pálido. Algunas piezas decorativas en rojo aquí y allá (un jarrón en el tocador, una colcha de punto cuidadosamente doblada sobre un sillón reclinable en la esquina de la habitación y varios cojines beige dispersos bordados con flores de amapola) hacen que la habitación sea exclusivamente suya. Y allí, colgado en el espejo encima del tocador, está el pañuelo de seda rojo.

Mis pasos son silenciados por la gruesa alfombra blanca mientras cruzo la habitación y me agacho junto a la cama, mirando los labios que probé apenas unas horas antes. Estoy seguro de que no he emitido ningún sonido, pero Nera todavía se mueve, como si de alguna manera sintiera mi presencia. Sus ojos se abren y, por unos momentos, simplemente me mira. No hay alarma ni siquiera un atisbo de sorpresa en su mirada, como si encontrarme junto a su cama en medio de la noche fuera absolutamente normal.

—Pensé que te habías ido. ¿Qué pasó?

—Nada. —Tomo el borde de la manta y la levanto, cubriendo su hombro expuesto. —Prometiste que no habría mentiras entre nosotros, demonio. Sólo secretos—.

A veces me sorprende lo bien que me conoce, aunque en realidad no sabe nada sobre mí.

—El viaje que estoy haciendo. Será más largo de lo que esperaba—.

Se muerde el labio inferior. Espero a que me pregunte por qué, pero ella sigue mirándome y asiente.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?



—Diez días. Quizás un poco más—.

Otro asentimiento. —¿Te vas ahora mismo?

—En unas pocas horas.

Ella extiende la mano y acaricia mi mejilla. —Entonces, quédate aquí esta noche—.

—Cachorro...

—Por favor.

Cerré los ojos por un momento, discutiendo conmigo mismo que debería irme. Pierdo. De nuevo.

—Está bien.

La palma de Nera se desliza tiernamente a lo largo de mi barbilla, hasta la parte posterior de mi cabeza, tirando de mi trenza desde detrás de mi hombro para dejarla caer sobre mi pectoral. Aparte de la mano suave de Nera, la última vez que alguien tocó mi cabello fue hace más de dos décadas, y ese hijo de puta no sobrevivió a las consecuencias del encuentro. Pero su toque es diferente. Lo anhele. Doy la bienvenida a la sensación de sus delicados dedos mientras se mueven a lo largo de los zarcillos enredados hasta llegar a la banda elástica que lo mantiene todo unido.

—¿Puedo? — ella pregunta.

—Sí.

Una pequeña sonrisa soñolienta aparece en sus labios mientras me quita el lazo del cabello y comienza a deshacer mi trenza. Sus movimientos son lentos y con cuidado al hacerlo, pasando los dedos por los hilos. A pesar de estar completamente vestido, de alguna manera siento como si ella me estuviera quitando cada capa, dejándome desnudo ante sus ojos.

—¿Vas a pasar el resto de la noche en cuclillas junto a mi cama, demonio?

—Ese es el plan.

Pasa sus dedos por mi cabello una vez más, luego regresa a la cama, hasta que está acostada junto a la pared. Una invitación a acostarme con ella. No me pedirá que me suba a la cama de la misma manera que no me preguntaría adónde voy. He establecido las reglas de este juego que hemos estado jugando, e incluso después de todos estos meses, ella todavía las sigue. Pero el problema es que ya no es un juego. No para mí. No ha sido así en mucho tiempo. Todas las mañanas me despierto con su rostro en la mente y cada noche me voy a dormir con su nombre en los labios. Está incorrecto. Todo en esto está mal. Es muy joven, y no sólo en términos de años. Apenas tengo treinta años, pero en comparación me siento anciano. Mis tres décadas en esta tierra están llenas de violencia y muerte.

Mis ojos se dirigen al grueso libro de texto que está sobre su mesa de noche. Me llevaría días leer un capítulo de esa cosa. Ella es demasiado inteligente, demasiado gentil y cariñosa para atarse a alguien como yo. A principios de esta semana, la vi ayudar a su amiga veterinaria a salvar la vida de un pajarito con un ala rota. Pasaron dos malditas horas jugueteando con esa cosa estúpida. Yo, en cambio, tomo vidas sin pensarlo dos veces. Sin una pizca de remordimiento.

No tengo idea de por qué permite que esta extraña relación nuestra continúe. Ella tiene familia. Amigos. Cada vez que vengo a verla, espero que me pida que me vaya y no regrese. Eventualmente lo hará. Sería un grave error dejarla acercarse. Incluso una pulgada. Ella se dará cuenta de que no queda nada en mí que valga la pena. Quizás nunca lo hubo. Sólo el caparazón vacío de un hombre que camina por la vida dejando atrás cadáveres, miseria y terror en todos los lugares donde ha estado. Si tuviera un ápice de decencia, me habría dejado matar. Hace años. El mundo habría estado mejor sin mí.

—Está bien. — El suave susurro de Nera llena el silencio. —Puedes quedarte donde estás, si lo prefieres—.

Mis ojos se alejan del libro de texto para encontrarse con la mirada implacable de mi cachorro. Un error. Porque en el momento en que lo hago, una fuerza extraña me empuja hacia adelante, atrayéndome más cerca. Me tienta su calidez, me seduce su luz. Necesito llevármela cuando me vaya.

Me enderezó, me quito el abrigo y lo tiro sobre el sillón reclinable que hay a unos pasos de distancia. La chaqueta de mi traje es la siguiente. Nera enciende la lámpara de la mesita de noche y me observa mientras empiezo a desabrocharme las correas de la pistolera que tiene mis dos armas metidas en ella. Ella ni siquiera parpadea. Desarmado, me siento en el borde de su cama y mis ojos recorren el camino hasta ese grueso libro sobre la mesa de noche.

—No pude dormir después de que te fuiste, así que estudié un poco—. Se sienta en la cama y se apoya en la cabecera. —No hay mejor manera de hacer que una persona se duerma—.

—¿Es interesante?

—Algunas partes, sí. Pero ese es bastante aburrido—. Su mano está nuevamente en mi cabello, acariciándolo. —Compruébalo tú mismo si quieres—.

—No puedo. — Aprieto los dientes. —No puedo leer, cachorro—.

Su mano se detiene por un momento, pero luego continúa peinándome el cabello con sus dedos.

—¿Dislexia? — ella pregunta.

—No. Sólo terminé el primer grado—.

—¿Cómo es eso posible? ¿No es eso contra la ley?

—En lo que respecta a todos, fui educado en casa hasta los dieciséis años. Pero de dónde vengo, leer y escribir no ocupaban un lugar destacado en la lista de prioridades—.

—Entonces—, un golpe en el costado de mi barbilla, —¿qué tan grave es?

—Puedo manejar oraciones cortas y palabras que ya conozco—, digo, sin mirarla. —Para leer media página, necesito un par de horas—.

—Bueno. — Toma mi barbilla entre sus dedos y gira mi cabeza para mirarla. —¿Te gustaría saber sobre qué estaba leyendo después de que te fuiste?

—Sí.

—Ven y siéntate a mi lado. Y pásame el libro—.

Me subo a la cama y coloco el pesado libro de texto en sus manos. Nera apoya su cabeza en mi hombro y abre el texto, colocándolo en mi regazo.

—Esta noche aprenderemos sobre el tracto digestivo de una vaca adulta—, afirma y señala con la punta del dedo debajo del título en la parte superior de la página. —Iré despacio. Si necesitas que te repita alguna palabra, dímelo—.

—Bueno.

—Compartimentos del estómago—. Su dedo se desliza por la página mientras lee: —*El rumen es el compartimento más grande del estómago y consta de varios sacos. Puede contener veinticinco galones o más de material dependiendo del tamaño de la vaca. Debido a su tamaño, el rumen actúa como una tina de almacenamiento o retención de alimento. Aparte del almacenamiento...*

Le rodeo la espalda con el brazo y escucho los sonidos de su voz mezclándose con las gotas de lluvia que golpean la ventana. De vez en cuando bosteza, pero continúa leyendo, moviendo el dedo bajo las palabras hasta que el sol sale por el horizonte y finalmente se queda dormida sobre mi pecho. Levanto el libro de mi regazo y sigo sosteniendo a mi chica pegada a mi cuerpo por un rato más. Luego, la acuesto con cuidado y me levanto de la cama.

Antes de irme, apago la luz y me inclino sobre mi cachorro dormido, tomando su mano entre las mías.

—Gracias—, le digo y beso sus dedos.

# Capítulo 17



## ***Dos semanas después***

—Buenas noches. ¿Cómo puedo...? Oh, es usted otra vez, señor.

Miro al florista con una mirada acerada, luego cambio mi atención a un tipo parado frente al estante cargado de ramos de rosas.

—Fuera—, ordeno.

—¿Disculpe? — Me lanza una mirada exasperada.

Meto la mano en mi chaqueta y saco mi arma, presionando el cañón contra la frente del idiota.

—Ahora.

El tipo deja caer las flores que sostiene y sale corriendo de la tienda. Vuelvo a enfundar mi arma mientras me acerco a la puerta de la tienda, luego pongo el letrero en cerrado.

Cuando me doy vuelta, el florista me mira boquiabierto con los ojos saltones.

—Necesito flores que no tengan polen. Mi chica es alérgica—.

—Eh...— Se tira del cuello. —¿Quizás algunas rosas?

—¿No tienen polen?

—Bueno, lo hacen, pero um...— ...se consideran hipoalergénicos porque las partículas de polen son demasiado grandes, para que no se transmitan por el aire y causen problemas a las personas alérgicas—.

Echo un vistazo al estante que contiene rosas de varios colores. Hace unos años, tuve un éxito que venía con un pedido especial. El cliente quería que la lengua cortada de la víctima se colocara sobre un lecho de pétalos de rosa y se la entregaran en una caja envuelta para regalo.

—Sin rosas. ¿Qué otra cosa?

—¿Quizás un cactus?

Levanto una ceja.

—Sin cactus. Bien. Bien entonces...— El florista se da vuelta para mirar los arreglos expuestos y luego corre hacia otro estante en la esquina. El sudor brilla en su frente y las gotas comienzan a deslizarse por un lado de su cara. — Los tulipanes son una gran elección.

Trae un jarrón lleno de flores de color rojo y lo levanta frente a mí. Empiezo a inspeccionar el interior de la flor.

—¿Qué son esas pequeñas cosas negras que parecen dardos?

—Um, bueno, esos son estambres, pero tienen muy poco polen. Verá, cada planta se reproduce...

—Ahórrame la lección de biología, abuelo—. Agarro las tijeras que cuelgan en la pared al lado del papel de regalo, luego le doy la vuelta a la flor y corto con cuidado las cosas que cuelgan con el polvo negro sobre ellas. —¿Esto hace que esté libre de polen?

El hombre mira fijamente la flor que estoy sosteniendo. —Supongo que sí.

—Perfecto. — Le tiro las tijeras. Casi se apuñala en el estómago tratando de atraparlas.

—Necesito que cortes a los pequeños cabrones de cada una. Tienes cinco minutos—.

—Pero, señor. Hay al menos setenta tulipanes.

Doy un paso hacia él.

—Seguro. Cinco minutos.

Mientras el florista se pone a des polinizar los tulipanes en un banco de trabajo cercano, me siento detrás de su mostrador y empiezo a revisar los cajones en busca de un bolígrafo rojo. Encuentro uno en una caja llena de clips y luego tomo una de las elegantes tarjetas del expositor.

Para cuando el florista termina su tarea, he arruinado más de una docena de tarjetas y el suelo alrededor de mis pies está cubierto de papel brillante arrugado. Miro mi último intento, entrecerrando los ojos ante las dos palabras que escribí. Mi letra se ve terrible, pero es lo mejor que puedo hacer.

—Hasta la próxima, abuelo—. Tiro unos cuantos Benjamins sobre la encimera y le arrebató el ramo de las manos al florista. Metiendo mi nota en mi bolsillo, salgo de la tienda.



Sin leche. Excelente.

Cierro de golpe la puerta del frigorífico y llevo mi plato de muesli a la sala de estar. El televisor reproduce las noticias en silencio mientras me dejo caer sobre los cojines y empiezo a meterme en la boca el cereal seco del desayuno. En casa de papá, el desayuno siempre era un asunto fastuoso, al igual que el almuerzo y la cena. Huevos, salchichas, pasteles, queso, frutas y todo eso. Siempre se servía en el gran comedor de Las ocho y media en punto. La posibilidad de saltárselo era inexistente. Papá siempre insistía en que quería que toda la familia comiera al menos una comida junta.

Siempre lo encontré deprimente. Sin mamá sin Elmo, y con Massimo encerrado, esos horribles desayunos siempre me recordaron lo destrozada que está nuestra familia. Sin embargo, comer en cualquier lugar que no fuera el comedor era impensable, y solo después de mudarme me di cuenta de lo liberador que era tener tu comida cuando y donde quisieras.

El presentador está informando una noticia internacional mientras en la pantalla se muestran imágenes de varias personas por encima de su hombro izquierdo. Agarro el control remoto y subo el volumen. Algo sobre el asesinato de un magnate del petróleo en Budapest. El hombre y todo su equipo de seguridad fueron asesinados a tiros, al estilo de una ejecución, en su propiedad privada en las afueras de la capital. Por el momento, las autoridades locales no tienen pistas sobre los responsables de la masacre ni información sobre el posible motivo del asesinato.

Por más espantosa que sea la noticia, no puedo evitar pensar que, si se tratara de un golpe profesional, la policía no encontraría nada.

El uso de sicarios a sueldo es típico en el mundo de la mafia. Son ridículamente caros, pero si quieres que alguien se vaya sin dejar ningún rastro que pueda conducirte hasta ti, es la única forma garantizada. No es un secreto que la Camorra tiende a utilizar a estos asesinos con bastante frecuencia, especialmente cuando alguien se interpone en el camino del Clan. Conozco al menos cinco situaciones en las que miembros de alto rango de otras organizaciones criminales en Estados Unidos terminaron muertos, y sus muertes quedaron sin resolver durante años.

Supongo que tenemos suerte. Desde que mi padre se hizo cargo de la Familia Boston, ha estado tratando de mantener buenas relaciones con otras facciones de la Cosa Nostra, así como con nuestros competidores. Él hace lo suyo y nunca pisa los pies de nadie. Sé que algunos de los capos no apoyan esta estrategia, pero nuestro negocio los inversores lo hacen. Las escaramuzas y las guerras internas reducen demasiado las ganancias.

Apago la televisión y llevo mi plato vacío a la cocina. Mientras me dirijo hacia el lavabo, veo un destello rojo por el rabillo del ojo. Deteniéndome y me dirijo hacia mí "*rincón de estudio*" que instalé junto a la puerta del balcón. Entre dos cojines de gran tamaño, justo al lado de mi computadora portátil, hay una gran olla azul, similar a la que uso para hacer pasta. Dentro hay un ramo de tulipanes rojos. Las mariposas invaden la boca de mi estómago cuando me acerco y me agacho frente a las flores. Al lado de la maceta, en el suelo, hay una preciosa tarjeta plateada. Su elegancia brillante y satinada contrasta completamente con una nota apenas legible escrita con tinta roja.



## *Sin polen*

Me tapo la boca con la mano y miro los tulipanes. Ahora puedo ver que la olla es realmente mía. La usé para preparar raviolos cuando mi demonio estuvo aquí hace dos semanas.

—Ha vuelto—, murmuro en mi palma.

Mi teléfono empieza a sonar en algún lugar de la habitación, pero no me muevo de mi lugar. Probablemente sea Zara con un recordatorio de que me esperan en casa de papá para almorzar hoy más tarde. Como si pudiera olvidar. Me llamó ayer exigiendo mi presencia y mi obediencia incondicional en este caso.

Con cuidado, saco una de las flores de la maceta. Cuando se trata de tulipanes, la mayoría de las veces me dan ataques de estornudos. Siempre son una apuesta para mí. Esta vez, sin embargo, no me importa si sucede. Entierro mi nariz en la flor en forma de campana, inhalando una vez. Luego una vez más.

Sin estornudos.

Recojo la olla y la llevo a la mesa del comedor, colocándola en el medio. Parece completamente fuera de lugar en la impecable superficie de cristal, pero ni siquiera pienso en cambiarlo por un jarrón más apropiado. Al devolver a la cocina mi tazón de cereal vacío, olvidado hace mucho tiempo, antes de dirigirme a mi habitación para prepararme para el día, veo un nuevo imán en el refrigerador. Lo han colocado bajo, completamente debajo del juego que Zara me había traído. La imagen muestra un puente y un edificio antiguo al fondo. El título debajo del puente dice Hungría.

\* \* \*

Miro a mi padre, sin palabras.

—Prometiste. — No puedo creer esto. —¡Prometiste que me dejarías terminar mis cursos!

¿Es tanto? ¿Solo unos cuantos años más para vivir mi vida como si fuera mía, antes de tener que entregarla para servir a la Cosa Nostra y casarme?

El *nuncio* Veronese toma su vaso de whisky y se sienta en un gran sillón reclinable en medio de su estudio.

—Las cosas cambian, Nera. Entonces la situación era diferente—.

Me muerdo la lengua en un esfuerzo por no gritar.

—Entonces, ¿cuánto tiempo me queda?

Baja la mirada hacia su vaso, lo gira y los cubitos de hielo crujen y tintinean dentro del vaso. Cada sonido entrecortado me hace sentir como si estuviera frente al reloj de cuenta regresiva en el corredor de la muerte, esperando que se ejecute mi sentencia. Esperando lo inevitable. Sin esperanza.

Sé que mi padre me ama. Él recibiría una bala por mí sin pensarlo dos veces. Saltaría detrás de mí a aguas turbulentas, aunque no sabe nadar.

Mi padre me ama.

Pero ama más a la Familia.

—Puedes terminar este año de estudios—, dice y toma un gran trago de su bebida. —Podemos anunciar el compromiso en agosto y aspirar a una boda en otoño—.

—Papá ...

—Eres la única persona con la que puedo contar. Massimo está en prisión. Elmo se ha ido. Zara es... Bueno, ya sabes. Sólo estás tú. Y yo... He tomado algunas malas decisiones, Nera. — Está mirando su vaso mientras lo dice. — Algunas decisiones realmente malas. Y si la Familia se entera, todo por lo que he trabajado se haría polvo—.

Lo miró fijamente. Mi padre nunca trabajaría contra la prosperidad de la Familia. La Cosa Nostra es su vida.

—¿Qué malas decisiones?

—Permití que Camorra invirtiera en nuestro negocio de casinos—.

Un grito ahogado de sorpresa sale de mis labios. El negocio de la Cosa Nostra sólo puede ser propiedad de los miembros de la Familia. Permitir que alguien del exterior, especialmente otra organización criminal, es una blasfemia.

—Tuvimos pérdidas—, continúa. —He estado falsificando los informes de ingresos durante los últimos meses. Algunos de los préstamos tuvieron que ser reembolsados.

Necesitábamos el dinero rápido y dije que sí. Batista y yo planeamos pagarle a la Camorra antes de la reunión anual de la Familia en diciembre—.

—¿El subjefe lo sabía? ¿Por qué carajo no te advirtió contra esto?

—En realidad, fue idea suya. No teníamos otra opción y debería haber sido temporal. Pero Alvino cambió de opinión. Dijo que no aceptaría el pago a menos que le ofreciéramos algo a cambio. Él te quiere.

La habitación empieza a girar. No me casaré con un tipo que llevó a su novia a urgencias y que también le corta los genitales a la gente. ¿Y qué pasa con mi demonio? La sola idea de no volver a verlo nunca más me provoca un pánico total. El horror debe estar escrito en toda mi cara porque mi padre se levanta y me agarra por los hombros.

—Él no te hará daño—, dice. —Tuve una conversación seria con él y me aseguré de que sepa lo que sucederá si se atreve a ponerte la mano encima a mi pequeña—.

—Por favor, papá.

—... No puedo ...

—La Familia te necesita, Nera. Yo te necesito.

Miro fijamente el rostro de mi padre mientras las escenas pasan por mi mente como una película en avance rápido. Yo, con un vestido de novia,

caminando por el pasillo hacia el hombre que no conozco. Yo, sentada con él en la mesa principal, comiendo en completo silencio porque no tenemos nada de qué hablar. Yo, en una habitación llena de gente elegantemente vestida, con una gran sonrisa falsa en el rostro y con joyas que equivalen a la mitad de mi peso corporal. Aceptar sus elogios vacíos mientras intenta ocultar las lágrimas y la desesperación por haber sido convertido en un trofeo. Yo, desnuda en la cama, dejando que mi marido me folle porque está en su derecho.

¿Es eso todo lo que puedo esperar ahora de mi vida?

Hace un año, si mi padre me hubiera dado esta noticia, habría llorado, pero me habría sentido resignada a mi destino. Casarse por el bien de la Familia no sólo es algo esperado, sino algo común. Estar atada a un hombre al que le importo un carajo parecía normal. Ya no. No cuando sé lo que se siente tener a alguien a quien realmente le importa quién soy yo, como persona. Que me mira como si realmente me viera. No como la hija del Don. No como un movimiento estratégico. Justo... a mí.

—Lo siento, papá—, susurro. —Yo... no puedo.

—¿No puedes?

Se inclina hacia mí, mirándome con ojos que parecen tan fríos. Su rostro muestra una mueca, una extraña mezcla de furia y desesperación. No recuerdo haber visto a mi padre enojado más que un puñado de veces antes. Me obligo a mantenerme firme y me encuentro con su mirada furiosa.

—No lo haré.

—Soy tu don. Vas a hacer lo que te ordene, sin hacer preguntas—.

Su voz tiene un tono peligroso, a medio camino entre una advertencia y una amenaza.

—Tú eres mi padre, ante todo—. Mi voz tiembla. —¿No debería la felicidad de tu hija estar antes que el trabajo? ¿Papá?

—No es trabajo. Es un legado, Nera.

—Sí. Un legado chispeante de brillo falso, amigos falsos y las lágrimas de tus hijas que darían cualquier cosa por ser consideradas algo más que peones en juegos de poder.

Extiendo la mano y tomo su mano.

—Siempre deberías ser un puerto seguro para Zara y para mí. Necesitamos un padre. No un Don.

Sus cejas se juntan y una mirada angustiada aparece en sus ojos.

—Hice lo mejor que pude, Nera. Me aseguré de que tuvieras todo lo que siempre deseaste. Siempre que a ti o a tu hermana les gustaba algo, se los compraba—.

—Le diste a Zara un collar de oro por su decimoctavo cumpleaños—.

—El de los diamantes que vio en el centro comercial. Se paró frente a la pantalla y lo miró durante más de diez minutos. Ni siquiera me importaba el precio—.

—Ella no puede usarlo, papá—. Aprieto su mano. —A Zara le sale un sarpullido por usar la mayoría de las joyas. El collar ha estado sentado en una caja en su tocador, como un recordatorio bastante brillante de que su padre de alguna manera olvidó ese pequeño detalle de su vida—.

El color desaparece por completo del rostro de mi padre y se echa hacia atrás como si lo hubiera golpeado.

—Lo olvidé—, dice entrecortadamente. —¿Cómo pude haber olvidado algo así?

—Porque has pasado años rodeado de gente que siempre te daba palmaditas en la espalda y te felicitaba, sin importar lo que hicieras. Así que dejaste de pensar en cómo tus acciones impactan a los demás—.

Mi padre mira hacia otro lado, su mirada distante mientras mira hacia algún lugar más allá de la ventana.

—Cuando pierdes a alguien que amas, esto mata algo dentro de ti, ¿sabes?  
— Él suspira. —Perdí a tu madre. Elmo. Y luego, Laura. Fue... demasiado.

—Lo sé. Nosotros también los perdimos—.

Me mira y casi puedo ver al hombre al que le encantaba llevarnos a mí y a mi hermana a cuestas por la casa.

—No quiero perderte a ti también—. Levanta la mano y acaricia mi mejilla.  
—Le diré a Alvino que mi hija ya no es una opción abierta a discusión—.

—¿Te causará problemas?

—No te preocupes. Yo me encargaré de mi propio lío—. Se inclina y me da un beso en la cabeza. —¿Te veré en mi fiesta el próximo fin de semana?

—Por supuesto, papá—.

—Bien. Ahora ve al comedor. Probablemente Zara nos esté esperando—.

—Gracias.

Estoy en la mitad de la habitación cuando escucho su voz detrás de mí.

—Me alegro mucho de que nunca tengas que estar en mi lugar—.

—Yo también.

\* \* \*

—¿Sigues viendo a ese acosador tuyo, Nera?

Me tumbo en la cama de Zara y apoyo mi cabeza sobre mis brazos cruzados. Mi hermana y yo nunca nos hemos ocultado cosas, pero cuando se trata de mi demonio, no me gusta ofrecer información voluntariamente. Tal vez porque no creo que ella lo entienda. O tal vez simplemente soy egoísta.

—¿Entonces? — ella insiste.

—Cenamos en mi casa hace dos semanas—.

—Mm-hmm. Eso es todo un avance—, murmura alrededor de los alfileres que tiene entre los labios y luego me envía una mirada mordaz. —Teniendo en cuenta que todavía no sabes el nombre del hombre—.

Me encojo de hombros. Él es mi demonio. Soy su cachorro. No necesito su nombre.

—¿Qué hiciste?

—Ravioli con queso. — Me muerdo el labio. —En realidad no estaba planeado, de lo contrario habría cocinado algo más atractivo. Me preparé la cena, pero cuando miré por la ventana, lo vi al otro lado de la calle—.

Zara baja la pieza del patrón que está sujetando con alfileres a la tela.

—Tú y tu acosador tenéis la relación más extraña que jamás haya oído hablar. ¿Cuánto tiempo ha estado sucediendo con esta cosa extraña que ustedes dos tienen? ¿Seis meses?

—Un año.

—Cristo. — Ella niega con la cabeza. —¿Y con qué frecuencia se ven ustedes dos ahora?

—Eso depende. En los últimos meses, ha estado visitando la clínica veterinaria y siguiéndome a casa dos veces por semana. Pero también estuvimos en el tejado y hablamos. O simplemente se quedó sentado en silencio y miró el cielo. Muchas veces lo he visto acechando al otro lado de la calle o a la vuelta de la esquina, pero tan pronto como lo hago, desaparece—. Sonrío. —Creo que intencionalmente me dejó verlo esas veces. La verdad es que estoy bastante segura de que la mayoría de las veces ni siquiera sé que está allí—.

—Eso es... retorcido.

—Lo sé. También es la relación más sana que he tenido con alguien desde que tengo uso de razón. Excluyéndote a ti, por supuesto—.

—No sabes nada sobre él. ¿Cómo puede ser una relación sana?

Me pongo boca abajo y coloco mis manos debajo de mi barbilla.

—¿Alguna vez has conocido a alguien con quien puedas hablar sobre las cosas que no puedes discutir con otras personas? ¿Aunque no sabes mucho sobre esa persona?

El cuerpo de Zara de repente se queda muy quieto. —Tal vez. — Me levanto en la cama.

—¿Qué? ¿OMG?

—No quiero hablar de eso—.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa, Zara—.

—No en este caso. — Ella vuelve a coser. —Entonces, ¿cómo estuvo esa cena?

Entrecierro los ojos hacia ella. Obviamente está evitando el tema. Tal vez tenga sentimientos por alguien que no debería. Un hombre que no sea de la Famiglia, o tal vez alguien mucho mayor. ¿Que ella? Considerando que estaba pensando que hay algunas cosas que no estoy dispuesta a compartir, decido dejarle su secreto. Por ahora.

—Fue agradable—, digo. —Pero cuando terminamos, me preguntó qué quería a cambio— Las cejas de Zara se arquean en pregunta.

—Tiene la extraña noción de que nada es gratis. Entonces pedí un beso—.

—¿Fue bueno?

—Era como si hubiera estado viviendo en el vacío y luego, cuando sus labios finalmente estuvieron sobre los míos, respiré aire fresco por primera vez en mi vida—. Cierro los ojos y suspiro. —Tenía que irse de viaje, no supo decirme dónde, pero regresó esta mañana. O tal vez anoche—.

—¿Cómo lo sabes?

—Me dejó flores—.

Zara resopla. —Hombres. Deberías haberle dicho que tú y las flores no os lleváis bien.



—Lo hice. Cortó los estambres, Zara.

La cabeza de mi hermana se levanta bruscamente mientras cose y la sorpresa es clara en sus ojos.

—Me trajo un imán—, susurro. —De... Budapest.

# Capítulo 18



—¿Está pasando algo?

Pregunta Dania mientras salimos del cine y nos dirigimos hacia el auto y el conductor que mi papá insistió en que usara. Mi propio auto está en el taller para arreglar una bomba de combustible defectuosa y no lo recibiré hasta dentro de dos días. Y papá ha estado algo paranoico desde el domingo pasado cuando me negué a casarme con Alvino, por lo que exigió que uno de sus hombres me llevara en lugar de usar taxis o viajes compartidos.

—No. Simplemente el Don siendo su yo protector—. Me encojo de hombros.

El conductor nos abre la puerta trasera cuando nos acercamos y, cuando levanto la vista para agradecerle, noto que no es el mismo hombre que me trajo hasta aquí.

—¿Dónde está Pío? — Pregunto.

—Una emergencia familiar—, responde. —Su padre me envió para hacerme cargo, señorita Veronese. Soy Gerodi—.

—¿Espero que no sea nada grave?

—Absolutamente no.— Él sonríe y cierra la puerta detrás de mí.

Como la casa de Dania está cerca, la dejamos primero. Sin embargo, a medio camino hacia mi casa, el conductor pierde una curva.

—Gerodi, deberías haber tomado la derecha—.

—Oh, disculpas, señorita Veronese—. Encuentra mi mirada en el espejo retrovisor. —No se preocupe, encontraré un lugar para dar la vuelta en U—.

Me recuesto, pero mantengo los ojos clavados en el espejo. Cada pocos momentos, Gerodi lo mira y luego aparta la vista. Mi bolso está justo a mi lado en el asiento y muevo mi mano hacia él lo más discretamente posible.

—Entonces, ¿has estado trabajando para mi padre por mucho tiempo? — Pregunto. —Un par de meses. — Otra sonrisa.

Llegamos a una intersección donde podría girar fácilmente, pero sigue recto. Mi mano se desliza hasta la mitad de mi bolso y puedo sentir el teléfono bajo la punta de mis dedos.

—Es difícil. Empezar un nuevo trabajo—, digo casualmente. —¿Has hecho amigos? ¿Le pediste a Teobaldo que te mostrara cómo funciona todo? Lleva más de una década trabajando para nosotros—.

—Sí, estaba muy ansioso por darme lo básico—.

—Genial.

Mi pulso se dispara. No hay ningún Teobaldo trabajando para mi papá. Otra intersección, otro giro perdido. Parece que estamos saliendo de la ciudad. Agarro el teléfono y lo saco lentamente de mi bolso, lo suficiente para poder ver la pantalla. Tengo a Zara en marcación rápida y solo necesito pulsar el botón. Mis manos y piernas comenzaron a temblar.

—Realmente no haría eso si fuera usted, señorita Veronese—.

Mi cabeza se levanta de golpe. Sosteniendo mi mirada en el espejo, el conductor saca un arma de su funda y la coloca en su regazo.

—¿Qué quieres decir? — Intento hacerme la tonta, aunque sé que estoy atrapada.

—Las órdenes de Alvino fueron bastante explícitas, señorita. No le sucederá ningún daño a menos que intente algo—, dice. —Por favor, no hagas que te lastime—.

Se me da un vuelco el estómago y, por un momento, parece que no puedo respirar. Sólo hay una razón para que el jefe de la Camorra ordene que alguien me agarre. Papá ya debe haberle dicho que el matrimonio no se realizará.

Solté el teléfono y crucé las manos en mi regazo. Mientras esté en el coche en marcha, mis opciones son limitadas. Las puertas se cerraron automáticamente poco después de que comenzamos a movernos, y estoy segura de que el imbécil detrás del volante activó la anulación, por lo que no podré abrir la puerta desde adentro. Además, no puedo saltar del vehículo a ochenta kilómetros por hora.

—¿A dónde me llevas? — Si tengo una idea de hacia dónde vamos, podría pensar en una forma de escapar.

—Ya verás.

Sus labios se ensanchan en una sonrisa muy inquietante cuando entra a la interestatal. Conducimos en silencio durante más de dos horas. Durante este tiempo, considero todas las posibles razones para que Alvino recurra a esto. No creo que se atreva a matarme, pero hay muchas otras cosas desagradables que podría hacer. Y según lo que sé sobre él, la maldad es su pasatiempo favorito.

El conductor toma la rampa de salida hacia una carretera estrecha y desierta. Aquí apenas hay tráfico, lo cual no sorprende teniendo en cuenta que el reloj del salpicadero marca la una de la madrugada. Seguimos un par de kilómetros y luego giramos antes de detenernos frente a un edificio, aunque no sé más porque no hay luces a su alrededor. Con pistola en mano, el conductor me abre la puerta. Agarro mi bolso mientras salgo del auto, pero él me lo arrebató.

—No necesitarás esto por el momento—, dice, arrojándolo sobre el asiento del pasajero.

Una fila de camionetas está estacionada en el lote que de otro modo estaría vacío, y la esperanza se enciende dentro de mí al verlas. Quizás haya alguien aquí que pueda ayudarme.

El conductor me da un empujón por detrás, empujándome hacia la enorme puerta de madera. Sólo entonces me doy cuenta de qué es este edificio.

Una iglesia.

—Vamos, señorita Veronese. Tu novio está esperando—.



Años del más intenso y riguroso entrenamiento físico y mental. Una década y media de servicio activo. Más de cien misiones de alto riesgo y psicológicamente desafiantes, ejecutadas con absoluta calma y desapego. Desde que maté por primera vez, mis manos nunca me han temblado. Nunca ha habido una situación que me haya hecho sentir desquiciado o incluso un poco agitado.

—¡EL JODIDO CABRÓN TIENE MI CACHORRO DE TIGRE! — Rujo mientras golpeo el volante con todas mis fuerzas.

He estado siguiendo el sedán azul marino durante más de dos horas. Desde el momento en que no dieron ese giro que conducía a casa de Nera después de dejar a su amiga, supe que algo no estaba bien. Cuando el vehículo empezó a salir de la ciudad, quedó claro que mi chica había sido secuestrada. Me importa un carajo quién o por qué. Su sentencia de muerte ha sido firmada.

El idiota que conduce el sedán toma la siguiente salida de la autopista y luego continúa por una carretera comarcal. Lo sigo, manteniendo la distancia para no levantar sospechas. Cuando dan otra vuelta y llegan al estacionamiento de una iglesia en medio de la nada, sigo adelante. Una vez que estoy lo suficientemente lejos, me salgo de la carretera y me meto en un matorral. Las ramas arañan el capó y los costados de mi vehículo mientras lo meto más profundamente, fuera de la vista. Ni siquiera cierro la puerta cuando salgo y corro hacia el maletero.

Me lleva cuatro minutos llegar al borde del estacionamiento adjunto a la iglesia. A un lado hay una fila de coches negros aparcados y, al volante del último, un hombre fuma. El sedán azul que trajo a mi cachorro aquí está

estacionado frente a la entrada de la iglesia, pero ahora parece vacío. Dos hombres con rifles automáticos vigilan las puertas de entrada y otro hace rondas fuera del edificio.

Dentro de la iglesia, las luces definitivamente están encendidas, pero las vidrieras hacen imposible saber lo que sucede dentro. Miro hacia arriba, evaluando el nivel superior. Debería haber un acceso al segundo piso que conduzca al coro.

Usando la oscuridad como cobertura, me acerco sigilosamente detrás del último SUV de la fila. El hombre que está dentro está encendiendo otro cigarrillo y expulsa humo por la ventana abierta. Me abalanzo y entierro mi cuchillo en un costado de su cuello, justo debajo de su oreja. Su cuerpo se sacude y un gorgoteo sale de su garganta. Presionando mi mano libre sobre su boca para amortiguar el ruido, giro la hoja. Desgraciadamente, una muerte bastante rápida.

El guardia que hace la ronda es el siguiente. Lo saco por detrás, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello y dejándolo caer sobre su trasero. Su cuello se rompe como una ramita en el proceso. Después confirmando que está muerto, me deslizo por el exterior de la iglesia y lanzo un vistazo rápido a la vuelta de la esquina. Los dos guardias todavía están apostados en las puertas de entrada, a poco más de tres metros de distancia. Así de cerca, podría eliminarlos a ambos con mi pistola, pero puede alertar a cualquiera que esté escondido dentro del edificio. Como todavía no sé a qué me enfrento, una muerte silenciosa es mi mejor opción.

Tomo dos de mis cuchillos arrojadizos, uno para cada mano, y salgo de mi cobertura. Los guardias giran hacia mí mientras hago volar ambos. Uno se aloja en el ojo del primer objetivo y el otro en la frente del segundo. Dudo que tengan conciencia de lo que les está sucediendo cuando cruzo la distancia entre nosotros y, en un movimiento fluido, paso mi cuchillo Bowie por sus gargantas.

Dejando sus cuerpos desplomados ante las puertas, doy media vuelta para agarrar mi rifle de debajo del arbusto donde lo dejé, luego me dirijo a la parte trasera de la iglesia.



El miedo me araña, arrastrándose por mi piel mientras miro al hombre sentado frente a mí. Tiene los brazos extendidos en el respaldo del banco de la primera fila, mientras sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo como si evaluara su nueva posesión. Nunca antes había conocido al jefe del Clan Camorra, pero he visto algunas imágenes suyas en las redes sociales. Es más larguirucho que en las fotos, y sus mejillas hundidas y el tinte grisáceo de su piel son aún más pronunciados en persona.

—Sabía que tu papá no era la herramienta más inteligente del cobertizo, pero nunca esperé que fuera tan estúpido como para echarse atrás en nuestro trato—.

Sonríe y deja al descubierto dos hileras de dientes manchados de nicotina. Uno de sus ojos parece estar desalineado, vuelto hacia adentro, lo que hace que su mueca sea más grotesca.

—Esperaba que fueras más bonita—.

Se levanta y me agarra la barbilla, sus dedos me lastiman la piel mientras inclina mi cabeza hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Su aliento apesta a cebolla y cigarrillo, lo que me da ganas de vomitar. Trago la bilis y me quedo muy quieta, aguantando su inspección. Junto con Alvino y el conductor que me acompañó hasta aquí, hay más de dos docenas de hombres dentro de la iglesia. Soldados de la Camorra, todos armados, sentados en filas de bancos en el lado derecho del pasillo. Y el sacerdote con sus vestiduras ceremoniales, de pie ante el altar. No hay manera de que pueda escapar.

—Lástima. Puede que necesite follarte con los ojos cerrados —se burla Alvino. —Terminemos con esto.

Me agarra por el brazo y me arrastra hacia el estrado. Mi talón izquierdo se engancha con algo, tropiezo y me tuerzo el tobillo. El dolor me sube por la pierna y no puedo evitar gritar.

—Cierra la puta boca.

Alvino me abofetea. Apenas logro reprimir otro grito mientras me arrastran delante del sacerdote. Manteniendo mi peso sobre mi pierna izquierda, miro con horror su casulla elaboradamente decorada mientras las náuseas amenazan con asfixiarme. Desde el momento en que bajé del auto y me di cuenta de que estábamos en una iglesia, supe lo que se avecinaba, pero aun así sentí como si le estuviera pasando a otra persona. Con una ceremonia municipal, papá podría haber tenido algún tirón para que la anularan. Es casi imposible hacerlo en una boda por la iglesia.

El sacerdote empieza a hablar y cierro los ojos con fuerza. No lloraré. No dejaré que el bastardo que está a mi lado se regodee de mi miseria. En cambio, mi mente salta a mi hermoso demonio. Probablemente nunca volver a verlo. La Camorra no es como la Cosa Nostra. Mantienen sus tradiciones. Después de las nupcias, se espera que la esposa se quede en casa. Si alguna vez me permiten salir de la casa de Alvino, siempre será bajo una fuerte vigilancia.

Respiro temblorosamente y me obligo a abrir los ojos, escaneando mi entorno, esperando encontrar una forma de escapar, sabiendo al mismo tiempo que es inútil. Hay demasiados hombres armados y mi tobillo herido apenas puede soportar mi peso. No hay manera de que pueda correr.

El sacerdote continúa hablando. Alvino se vuelve hacia mí, con esa horrible y malvada sonrisa plasmada en su rostro. Abre la boca para decir “*Sí, acepto*” justo cuando suena un golpe único y agudo. La cabeza de Alvino se echa hacia atrás. Sus piernas se doblan debajo de él y comienza a caer hacia atrás, jalándome. Me encuentro tirada sobre él en el suelo, mi cara a pocos centímetros de la suya, boquiabierta por el gran agujero en el centro de su frente, cuando estallan los disparos.

Tal vez sea la adrenalina, o simplemente un puro instinto de conservación, pero no miro hacia arriba, ni siquiera para ver lo que sucede a mi alrededor. Manteniéndome lo más bajo posible, me arrastro hacia la pared más cercana. Una vez que llego a un lugar relativamente seguro detrás de un grueso pilar de piedra, me arriesgo a echar un vistazo rápido hacia el centro de la iglesia. El sacerdote está muerto, tirado en el suelo a unos pasos de Alvino. Varios cuerpos



más se encuentran dispersos cerca. Sólo puedo vislumbrarlos parcialmente a través de los huecos entre los bancos. Pero aquellos que están de cara a mí tienen agujeros rojos idénticos en la cabeza.

Los miembros de la Camorra que aún están vivos se han refugiado entre los asientos de madera. Sus gritos llenan el vasto espacio mientras apuntan y disparan al azar. No veo a quién le están disparando. Considerando la cantidad de cadáveres, imagino que papá de alguna manera debe haber descubierto lo que pasó y envió a nuestros hombres a rescatarme. Pero no veo a nadie excepto a los soldados de la Camorra.

Los disparos cesan y, por un momento, no se oye ningún sonido. Dos matones de la Camorra que estaban escondidos detrás del primer banco se levantan, apuntando con sus armas.

Estallido.

Estallido.

Ese sonido agudo otra vez. Es un estallido diferente al que produce un arma normal. Con la acústica con eco, es difícil determinar de dónde provienen los disparos. Ambos hombres caen muertos. Se produce otra ronda de disparos rápidos mientras los soldados de la Camorra disparan en todas direcciones, luego el silencio desciende una vez más.

Una leve sensación de hormigueo sube por mi cuello. Miro hacia el altar y noto un movimiento en las sombras detrás de él. Una figura vestida de negro sale a la luz y mi aliento se queda atrapado en mis pulmones. Levanta sus armas, una en cada mano, y dispara a los hombres restantes de la Camorra mientras camina hacia mí. Caminando. Como si estuvieras paseando por un parque en una tarde soleada, con el canto de los pájaros a lo lejos. Como si no hubiera Dios sabe cuántos matones todavía por ahí intentando dispararle. Simplemente les lanza balas sin pausa. Mi ángel de la muerte. Mi salvación.

—¿Cachorro? — dice mientras me alcanza.

—Estoy bien—, dije entrecortadamente.

Él asiente y se coloca detrás de la columna que me sirve de refugio. Una ráfaga de balas golpea la pared de nuestro lado en el momento en que deja de disparar.

—Cuando te lo diga, vas a correr—. Dos cargadores vacíos caen al suelo con estrépito. —Hay una puerta al fondo, detrás del altar. El coche en el que llegaste está aparcado justo fuera y las llaves están en el contacto. — Coloca un cargador nuevo en cada arma. —Te cubriré desde aquí—.

—No puedo hacerlo—, digo, mientras me levanto lentamente. —Me torcí el tobillo. Probablemente podría caminar, pero no puedo correr—.

Sus ojos se fijan en los míos. Puedo ver la tormenta acercándose en sus profundidades mientras repasa nuestras opciones. Hay al menos veinticinco metros entre aquí y el estrado. Muchos de los muchachos de Alvino siguen vivos. Se quedará sin municiones antes de que pueda arrastrarme hasta allí.

—Bueno.

Se da vuelta para enviar algunas balas a los hombres de la Camorra y luego coloca sus armas en la funda. Suavemente, me agarra por debajo de los muslos y me levanta contra su pecho.

—Agárrate fuerte. Tendremos que ser rápidos—.

Lo miro boquiabierto. Si me lleva, no podrá devolver el fuego. Y su espalda quedará expuesta a los tiradores. ¡Joder, no! Sintiendo su calor bajo mi toque, deslizo mi mano entre nuestros cuerpos y saco una pistola de su funda.

—Atención, demonio. Soy una mala tiradora a menos que mi objetivo esté de cerca—.

Cruzo mis tobillos en la parte baja de su espalda, encerrándole. Luego, envuelvo mi brazo izquierdo alrededor de su cuello y extendiendo el derecho sobre su hombro, con el arma lista. Mi demonio sonrío.

—Dales el infierno, cachorro de tigre—.

Y entonces corre.

El olor a disparos y bosque llena mis fosas nasales mientras aprieto el gatillo una y otra vez. Todo mi brazo tiembla por el retroceso y el peso del arma demasiado grande en mi mano. No hay tiempo para apuntar, así que simplemente disparo en la dirección general de los bancos. Un poco de metralla de piedra o tal vez algo más golpea mi pierna expuesta. Se me llenan los ojos de lágrimas. Pero aprieto mi agarre alrededor del cuello de mi demonio y sigo disparando, a pesar de apenas poder sentir mi agarre. El aire fresco entra en mis pulmones, los dulces olores del verano reemplazan el hedor de la sangre y la pólvora. Estamos fuera. Apenas me doy cuenta de ese hecho cuando me encuentro al volante de un coche.

—Hasta el piso—, ladra mi demonio mientras me arrebató el arma de la mano y cierra la puerta. —Ve directamente a casa—.

—No te dejaré—, grito a través de una ventana abierta.

—Necesito hacer una limpieza aquí y no puedo hacerlo si estoy preocupado por ti—.

Se da vuelta y dispara hacia la parte trasera de la iglesia. Un instante después, una bala impacta en el capó del sedán. Los hombres de Alvino obviamente nos han seguido, pero no puedo ver la salida por la que salimos porque mi protector oscuro está interponiéndose en el camino, bloqueando mi vista.

Llueven más balas.

Mi demonio de repente retrocede y choca contra el auto que está a mi lado. Lanza el arma que me quitó y saca otra de su funda, haciendo un ruido gutural en el proceso. Su gruñido bajo es interrumpido por la explosión de la ventana trasera cuando una bala rompe el vidrio y se aloja en el asiento acolchado.

—¡Nera, vete! ¡No puedo concentrarme! — grita, golpeando el techo del auto con la palma de su mano.

Piso el acelerador.

# Capítulo 19



Nueve y media.

Más de cuarenta y ocho horas.

Las manecillas de mi reloj de pared de gran tamaño parecen moverse súper rápido, pero al mismo tiempo, mucho más lento de lo que deberían. A veces, un minuto parece una hora. Pero lo siguiente pasa en un abrir y cerrar de ojos. *¡¿Dónde carajo está él?!*

Cuando llegué a casa después de escapar de ese desastre con Alvino, me desplomé en el sofá y, con los ojos fijos en la puerta principal, esperé a mi demonio. Y espere. El pánico me agarró con sus garras, apretándome. Se volvió más difícil respirar. No aparté los ojos de la puerta durante horas.

Llegó la mañana. El pánico se transformó en locura. Cogí mi teléfono y busqué en los sitios de noticias cualquier partícula de información. Nada. Salí cojeando y caminé alrededor de la cuadra con mi ropa sucia del día anterior, con la esperanza de verlo acechando en algún rincón oscuro cercano. Él no estaba allí. Y no en mi techo. Ni en el tejado al otro lado de la calle. En ningún lugar.

Al regresar al apartamento, reanudé mi vigilia en el sofá. No fui a trabajar, sólo me quedé mirando la puerta de mi casa. Allí me encontró Zara cuando vino a verme esa noche porque no respondía sus llamadas. casi lo pierdo cuando se abrió la puerta de entrada, pero me di cuenta de que era mi hermana y no él.

—¿Dónde estás, demonio? — Susurro hacia la sala vacía.

Un año y nunca logramos intercambiar números. Si tuviera la energía, me habría reído.

¿Cómo se supone que voy a saber si está bien? Si él esta... ¿vivo?

Lentamente, me levanto del sofá y camino penosamente hacia la cocina para tomar un vaso de agua. Me di una ducha rápida antes y debí haberme desmayado durante un par de horas. Después de despertarme de un sueño inquieto, simplemente me puse una camiseta con la que normalmente duermo. De todos modos, no iré a ninguna parte hasta que él regrese.

Mi teléfono empieza a sonar en el mostrador. Es mi papá. Realmente no estoy en el estado de ánimo adecuado para hablar con él ahora, pero necesito contestar la llamada. No puedo contarle lo que pasó en la iglesia hace dos noches. Si lo hago, también tendré que contarle todo sobre mi demonio. Y mi padre podría ordenar que lo mataran. A ningún hombre fuera de la Familia se le permite acercarse tanto a la hija del Don.

—¿Sí? — grito al teléfono.

—Nera, sueñas horrible. Zara dijo que estás enferma.

—Sí. — Tiro el agua y apoyo la frente en la puerta del armario. —No creo que vaya a asistir a tu fiesta de cumpleaños mañana—.

—Es posible que tengamos que posponerlo de todos modos. La Camorra sufrió un desastre épico y todavía no estoy seguro de cómo nos afectará. Alvino está muerto—.

Mi cabeza se levanta de golpe.

—¿Qué pasó?

—Nadie sabe. Fue encontrado muerto ayer por la mañana en una iglesia fuera de los límites de la ciudad. Junto con aproximadamente la mitad de su gente. Según lo escuché, la escena parecía un baño de sangre. Cadáveres por todas partes, más de treinta muertos—.

—Y... ¿Y fueron sólo los hombres de Alvino? Cierro los ojos y aprieto el teléfono con tanta fuerza que me duele la mano. —¿Los cadáveres?

—Hasta donde yo sé, sí. ¿Por qué lo preguntas?

Se me escapa un suspiro de alivio.

—Sin razón. Simplemente parece extraño—.

—Bueno, se especula que fue un conflicto interno. No me importa particularmente de una forma u otra, me alegro de que ese bastardo ya no esté detrás de mí. Sabré más después de la reunión con Efisio esta tarde. Él está asumiendo el control—.

—Eso es bueno. — No tengo idea de quién es Efisio y me importa un carajo. —Me tengo que ir, papá. Me duele la cabeza.

Dejo el teléfono sobre el mostrador y me arrastro hasta mi lugar en el sofá para continuar mi vigilia. Mis ojos están cansados y mis párpados parecen cerrarse solos. Arrastro uno de los cojines del estudio al suelo y lo apoyo en mi regazo y debajo de mi barbilla, encorvada hacia adelante, para tener una vista directa de la puerta del apartamento.

*¿Dónde estás, demonio?*

\* \* \*

Un ligero trazo a lo largo de la línea de mi pómulo. Dedos quitando el pelo de mi cara.

Un aroma que me recuerda al viento de la montaña.

Mis ojos se abren de golpe. —¿Cómo está tu tobillo, cachorro?

Reprimo un gemido. Mi demonio está parado junto al sofá, mirándome. Su rostro está pálido y tiene círculos oscuros debajo de los ojos.

—¿Todavía duele? — Hace un gesto con la barbilla hacia mi pierna.

—¿Estuviste fuera por dos días y preguntas por mi pierna? — Susurro con voz temblorosa. —Pasé horas mirando a mi puerta, esperando que aparecieras. Una parte de mí moría cada vez que oía pasos alejándose en el pasillo. No se detuvieron, no se acercaron. No fuiste tú. Dos días. No fuiste tú—.

—Primero tuve que encargarme de algunas cosas antes de venir aquí—.

Salto del sofá y me seco las lágrimas con el dorso de la mano. ¿Cuándo comencé a llorar?

—¡Pensé que te había pasado algo! ¡Pensé que estabas muerto! ¿Y tenías que *'hacerte cargo'* de algo?

—Sí.

—¡Estaba tan asustada! ¡No puedes hacer eso! Le pongo el dedo en el pecho. —Nunca. ¿Me escuchas?

Se inclina y desliza su brazo alrededor de mi cintura, levantándose contra él.

—Lo lamento.

—Jesús, demonio—.

Lo rodeo con mis brazos y piernas y golpeo mi boca contra la suya. Vida. Sus labios sobre los míos se sienten como la vida misma. Cada golpe de su lengua. Cada bocado. Me deleito con cada cosa que me está dando. Un año entero y este es sólo el segundo beso que compartimos. El segundo beso que me permite. Ya no. Muerdo su labio inferior y aprieto mis piernas alrededor de su cintura, apretando mi núcleo contra su pelvis. Está duro, su polla presiona mi coño.

—Cachorro. — Roza mis labios con los suyos una vez más y luego me baja. —Creo que debería irme—.

Mis pies tocan el suelo y quiero volver a llorar. Se va. De nuevo. No es nada nuevo. Pero cada vez que se va, se lleva una parte de mí con él. No esta noche. Agarro las solapas de su chaqueta y lo miro a los ojos.

—No. No vas a reclamar otra parte de mí esta noche, demonio. Esta noche vamos a negociar—.

Puedo sentir su respiración en mi mejilla, profunda pero rápida.

—¿Un intercambio?

—Sí. Una parte de mí, por una parte, de ti—.

Se pone rígido.

—Por favor, Nera. No me queda mucha moderación—.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. Ha usado mi nombre sólo una vez antes.

—Te quedarás.

—No sabes nada sobre mí—.

Él baja la cabeza, con los ojos bajos, evitando encontrarse con los míos. Empiezo a quitarle la chaqueta. Es negra, igual que la camiseta que lleva debajo. Siempre negro. Le estoy bajando la chaqueta por los brazos cuando silba, como si sintiera dolor. Al instante me detengo.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

Le quito la chaqueta y empiezo a desabotonarle la camisa, mientras él permanece inmóvil, de pie, mirando al suelo. Sólo después de quitarle la camisa noto un trozo de vendaje alrededor de su bíceps izquierdo.

—Eso es lo que tuve que manejar. Por qué no pude venir inmediatamente—, murmura. —No está tan mal. Bala de bajo calibre, pero tenía que encontrar a alguien que la sacara y me arreglara—.

Presiono mi palma sobre mi boca. Cuando estaba en el auto, él tropezó, justo antes de gritarme que condujera a casa. Le dispararon mientras me cubría con su cuerpo. Y me fui, lo dejé atrás sin siquiera saber que estaba herido. Extiendo la mano para acariciar su brazo con mi mano libre.



—Lo siento mucho.

—No lo hagas. La alternativa no era una opción. No dejaré que te pase nada malo mientras viva—.

—¿Pero tampoco me dejarás acercarme más a ti que un beso?

—Si lo hago, no habrá camino de regreso para nosotros—. Su voz suena hueca. —No soy un buen hombre, cachorro. Si supieras, aunque sea una fracción de las cosas que he hecho... Lo que todavía estoy haciendo. No querías tener nada que ver conmigo—.

Tomo su rostro y le levanto la cabeza para obligarlo a mirarme a los ojos.

—¿Te refieres al hecho de que eres un asesino a sueldo?

No pensé que una persona pudiera quedarse tan quieta como él cuando esas palabras salen de mi boca. La única parte de él que se mueve son sus ojos, buscando respuestas en mi rostro. Ni siquiera puedo estar seguro de que haya respirado.

—Lo sé—, susurro. —No soy tan ingenua como crees—.

Lo sospeché desde la primera noche que lo conocí. Especialmente una vez que vi ese titular. También hubo otras pistas. Antecedentes militares. Menciones de una unidad. Su renuencia a hablar de su vida, adónde va, qué hace. El imán de Hungría que dejó en mi nevera el mismo día que vi la noticia de Budapest. Y, por supuesto, la forma en que él solo derrotó a más de treinta hombres en la iglesia. Eficiente. Mortal. Asesino.

—No cambia cómo me siento—, digo mientras acaricio sus mejillas con mis pulgares.

Sus ojos brillan y, al instante siguiente, me encuentro aplastada contra la pared, con su mano agarrando mi barbilla.

—¿Y qué es lo que sientes? — Acercándose más, presiona su frente contra la mía. —Dime.

—Emoción, mientras espero tu llegada. Felicidad, cuando finalmente decides aparecer. Y tristeza, cada vez que te vas. Siento alegría cuando me topo con los pequeños regalos que me dejas, cuando los encuentro por mi casa—. Extiendo la mano detrás de su espalda y le quito el lazo que sujeta su trenza mientras continúo. —Calidez y serenidad cuando nos sentamos uno al lado del otro en mi techo, sin hacer nada más que mirar la noche. Satisfacción y aceptación porque me ves tal como soy—. Mis dedos atraviesan su cabello, deslizándose lentamente entre los largos mechones. —Tú. Te siento. Con cada fibra de mi ser, demonio.

Una larga exhalación sale de sus labios, como si contuviera la respiración durante mi admisión. Su brazo vuelve a rodear mi cintura, levantándose y llevándose a través de la habitación.

—Te debo un cuenco—, gruñe mientras me deposita en la isla de la cocina y pasa su brazo por la superficie a mi izquierda. Mi plato de limones cae al suelo y los cristales se hacen añicos por todas partes.

Tomo su rostro entre mis manos y lo atraigo hacia mí hasta que nuestras narices se tocan.

—Me debes mucho más que un cuenco, demonio—.

Sus fosas nasales se dilatan y luego vuelve a demoler mis labios. Un pequeño grito ahogado me deja cuando agarra un puñado de mi cabello, tirando de él, y la humedad instantáneamente se acumula entre mis piernas. Su otra mano recorre lentamente mi cuello y mi pecho, empujándome hacia abajo hasta que estoy tumbada en la isla de la cocina. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, su dura polla presiona mi centro mientras se inclina hacia adelante. Su largo cabello cae a los lados de mi cabeza como un sedoso velo negro, cubriendo todo de mi vista excepto su rostro.

—¿Sabes lo que los demonios les hacen a sus víctimas?

El timbre áspero de su voz penetra el silencio, haciéndome estremecer. Sonrío y aprieto mis piernas alrededor de él aún más fuerte.

—¿Qué?

—Los consumen, cachorro de tigre—.

Con un movimiento suave, rasga mi camiseta desde el escote hasta el dobladillo. Sus manos se deslizan sobre mi garganta nuevamente, luego se mueven a lo largo de mis brazos hasta que sus dedos rodean mis muñecas como esposas. Aparta mis manos de su cara y las baja hasta el borde de la encimera.

—Espera—, dice.

Me muerdo el labio inferior y agarro el borde romo, presionando las puntas de mis dedos contra el cuarzo a cada lado de mi trasero.

—Bien. — Agacha la cabeza para susurrarme al oído. —He estado soñando con este momento durante tanto tiempo—.

Un beso aterriza en el costado de mi cuello. Luego otro en mi clavícula. Uno más, un poco más abajo, justo encima de mi seno izquierdo. Estos no son besos ligeros de mariposa, sino más bien duros y posesivos, como si estuviera marcando cada centímetro de mi piel con su boca. Hasta la vista. He esperado tanto por esto. Soñé con sus manos y labios sobre mi cuerpo, imaginé cómo se sentiría. Esto supera todo lo que mi mente desesperada evocó. Mi piel parece cargada, hormigueos y agujas hormigueando dondequiera que toca. Igual que cuando me mira, pero mil millones de veces más intenso. El calor se hincha dentro de mi pecho, llenando las grietas de mi alma. Ni siquiera sabía que estaban allí hasta este momento. No sabía que faltaban partes de mí, pero ahora, de repente, están ahí. Me siento completa. Sólo en los brazos de mi demonio me siento así.

Mi núcleo se aprieta y mis piernas tiemblan mientras él arrastra sus labios por el valle de mi pecho y estómago. Cuando llega a mis bragas empapadas e inhala, casi me corro solo por la sensación.

—Tendré tu olor en mi mente cada vez que piense en ti, cachorro—.

Una respiración profunda más y luego me arranca las bragas. Las palmas ásperas se deslizan a lo largo de mis muslos y me agarran detrás de las rodillas antes de pasar mis piernas sobre sus hombros.

—Mi Nera. Eres tan condenadamente hermosa —ronronea, deslizando sus manos debajo de mi trasero.

El aire sale de mis pulmones en ráfagas cortas y mi cuerpo tiembla con fuerza como si tuviera fiebre. Su cálida lengua baña mis pliegues, lenta y tortuosa. La punta de ese músculo magistral se desliza dentro de mí. Profundiza más y me da un beso francés en el centro. Temblores recorren mi columna mientras arqueo la espalda, gimiendo. No estoy segura de qué me atrae más: su lengua en mi coño o escucharlo decir mi nombre. Los temblores aumentan con cada golpe duro e implacable. Todo mi ser se siente como si se estuviera desmoronando: mi cuerpo, mi mente, mi corazón; cada célula está lista para explotar en una unión perfecta.

Un movimiento lánguido pero deliberado recorre mi raja y luego presiona sus labios sobre mi clítoris y lo succiona con su boca. Luces blancas parpadean ante mis ojos y un grito tortuoso, algo entre un gemido y un grito, sale de mis labios mientras me tambaleo al borde del clímax. Pero entonces, de repente, la presión de sus labios desaparece. Mis ojos se abren de golpe y encuentro a mi demonio mirándome desde entre mis muslos, con una pequeña sonrisa de satisfacción dibujando en sus labios.

—Me pregunto, ¿debería terminar contigo con mi boca— lentamente baja mi trasero sobre el mostrador —o con mi polla?

Ese barco zarpó hace mucho tiempo. Desde el momento en que lo conocí en ese callejón oscuro, me sentí atraída por él. Se ha hundido bajo mi piel, literalmente haciéndome sentirlo. Su presencia. su dominio sobre mí. Ya estoy “*terminado*”, irrevocablemente arruinado para cualquier otro hombre. Se me escapan respiraciones rápidas y cortas mientras lo miro. Los ojos tormentosos se fijan en los míos mientras busca el botón de sus pantalones, mientras su otra mano aterriza entre mis piernas. Dedos hábiles acarician mí ya sensible coño, cada caricia sensual causa estragos en mi sistema nervioso.

—Por favor—, gimo, arqueando la espalda, loca de necesidad. Si tengo que soportar mucho más de esta tortura, podría volverme loca.

Se desabrocha los pantalones mientras provoca mi clítoris con la yema del pulgar.

—¿Por favor qué?

Mi mirada recorre su pecho cincelado, recorre las tres líneas de abdominales perfectamente definidos y se posa en su enorme polla. Mis músculos centrales se contraen ante la mera idea de tenerlo dentro de mí.

—Por favor, fóllame—.

—¿Qué te folle? No, no me gusta ese término—. Me agarra por detrás de las rodillas y me acerca más. —Te voy a tomar, Nera—.

—¿Cuál es la diferencia? — Jadeo mientras la punta de su polla provoca mi entrada.

—Lo que tomo, lo guardo para siempre—, dice con una sonrisa maliciosa. Luego, se entierra hasta el final.

Mi grito de placer llena la habitación, pero rápidamente se transforma en gemidos mientras él me golpea implacablemente. Su respiración es aguda y rápida, saliendo a un ritmo constante. Cada músculo de su cuerpo parece tenso cuando su polla entra en mí, hundiéndose más profundamente con cada embestida mientras sus ojos se clavan en los míos. Ahora no están vacíos, y puedo ver la tempestad cobrando vida rugiendo en su estado turbulento. Escuche el grito de deseo desenfrenado tan claro como si él lo expresara. “*Mía*”, dicen sus ojos.

Cuando me permitía tener esperanzas, imaginar cómo sería entre nosotros, siempre era así. Duro. Desenfrenado. Salvaje. Crudo. Como él. Siempre he sabido que hay un demonio detrás de su habitual comportamiento distante y oscuro. Y me encanta verlo salir a la luz.

Mis paredes internas tiemblan alrededor de su longitud mientras una fiebre ardiente chamusca mi cuerpo, buscando una manera de liberarse. Solté el borde del mostrador que había estado agarrando y en su lugar agarré sus antebrazos. Mis uñas se clavan en su piel mientras lo miro. No ha apartado la mirada de mi cara desde el instante en que se sumergió dentro de mí.

Su mirada penetrante mantiene cautiva la mía mientras su mano derecha sube por mi muslo, mi estómago, deteniéndose en mi pecho. Mi demonio guardián, mi poseedor, presiona su palma sobre mi corazón.

—Ahora, vente por mí, cachorro de tigre—, gruñe, empujando hasta tocar fondo.

Grito. Las estrellas brillan ante mis ojos mientras me dejo caer en un hermoso olvido, aniquilada y consumida por mi demonio oscuro en la luz.

# Capítulo 20



La brisa de la mañana que entra por la ventana abierta acaricia mi carne desnuda. Extiendo la mano y muevo los mechones negros que han caído sobre su rostro. Hemos estado acostados en mi cama durante casi una hora, mirándonos el uno al otro.

—¿Qué pasa ahora? — Yo susurro.

He querido preguntar esto desde que colapsamos exhaustos sobre las sábanas después de hacer el amor por segunda vez desde que salió el sol en el horizonte, demasiado asustados para escuchar la respuesta. Pero ya no puedo retenerlo.

—No lo sé, cachorro—. Su mano se eleva hacia mi cara, la punta de su dedo recorre la línea de mi ceja izquierda, luego baja por mi nariz y hasta mis labios con movimientos cautelosos y suaves. —¿Qué es lo que deseas que suceda?

Los latidos de mi corazón se aceleran mientras reúno el coraje para hablar. —Quiero que te quedes. Y no me refiero sólo hoy—.

—No sé cómo—.

—Vete a casa. Empaca. Y vuelve aquí—. Yo sonrío. —No es tan difícil.

—Eso no es lo que quise decir. — Su mano cubre mi mejilla y su pulgar acaricia la piel debajo de mi ojo. —No sé cómo vivir una vida como la tuya. Las cosas que sabes sobre mí, esas son sólo una superficie turbia en el estanque negro de mi existencia. Estoy demasiado jodido para vivir entre gente normal, cachorro.

—Entonces, te arreglaremos juntos—.

Una sonrisa triste se dibuja en sus labios.

—No soy uno de tus animales, Nera. Algunas cosas no se pueden volver a unir—.

—Podemos intentar.

—¿Es esa la vida que quieres para ti? — Aprieta la mandíbula. —¿No preferirías tener un hombre amable y educado como te mereces?

—¿Es eso lo que piensas? — Me inclino hacia delante y me encuentro frente a él. —Entonces, si digo que sí, ¿me dejarías otra vez?

—Nunca voy a dejarte—, dice. —Incluso si quisiera, sé que nunca podría. Te cuidaré hasta el día de mi muerte, cachorro. Y mientras yo viva, nadie se atreverá a tocar un pelo de tu hermosa cabeza—.

—¿Me cuidarás incluso cuando camine hacia el altar y me comprometa con un hombre amable y educado? — Muerdo y empujo su pecho.

Su rostro está completamente en blanco, sin mostrar ninguna emoción, pero el pulgar que acaricia debajo de mi ojo se detiene.

—¿Te esconderás en algún rincón mientras me entregue a él como te entregué a ti? — Continúo. —¿Vas a mirar cuando me jode en la isla de la cocina mientras grito de placer?

El rigor se apodera de todo su cuerpo, sólo su corazón parece funcionar. Puedo sentir su atronador latido bajo mi palma. Algo peligroso brilla en sus ojos cuando miran los míos, pero todavía no pronuncia una palabra.

Me inclino hacia adelante hasta que mis labios casi tocan los suyos. —¿Me dejarás pertenecer a otra persona, demonio?





*¿Me cuidarás incluso cuando camine hacia el altar y me comprometa con un hombre amable y educado?*

Un tono agudo continuo suena dentro de mis oídos, mezclándose con la voz de Nera. Comenzó como un leve zumbido cuando me obligué a decirle que debería estar con otra persona, pero ahora la frecuencia se ha disparado, rebotando dentro de mi cráneo como un taladro vengativo.

*¿Te esconderás en algún rincón mientras me entrego a él como me entregué a ti?*

Imágenes llenan mi mente, escenas de ella besando a un hombre sin rostro mientras él la tiene inmovilizada contra la pared. Luego, la visión cambia y se reorganiza en Nera tirada en la isla de la cocina, con el rostro nervioso y bañado en sudor. No es un recuerdo agri dulce sino inquietante, porque no soy yo la que la golpea. Ese sonido estridente en mi cabeza se dispara y aparecen puntos blancos ante mis ojos.

*... ¿Dejarme ser de otra persona, demonio?*

—Sobre mi cadáver—, gruñí.

Agarrándola por la cintura, nos hago rodar hasta que estoy tumbado encima de ella.

—No me importa cuánto mejor que yo el hijo de puta es, o si es más digno de ti. Destriparé a cualquier hombre que se acerque a cinco metros de lo que es mío.

—Bien. — Su boca asciende, presionando mis labios. —Porque no hay nadie mejor que tú. No para mí.

Tomo su rostro entre mis palmas, lloviendo besos en sus labios, nariz, ojos... En todas partes me he imaginado besándola, pero no me he atrevido. A los monstruos como yo no se les permite soñar, y yo nunca lo hice. No hasta que la conocí. Por primera vez en mi vida veo la posibilidad de tener algo propio. Mi cachorro de tigre.

—Voy a comprarnos una casa—, murmuro mientras deslizo mis labios por su cuello. —Y unas pocas docenas de acres de tierra a su alrededor para que puedas tener tus animales. No habrá otras personas cerca. Odio a los vecinos y no quiero ninguno—.

—Eso suena caro—. Ella se ríe mientras le beso el lóbulo de la oreja.

—Tengo dinero.

—Tal vez no deberías gastarlo todo en una casa—.

—A menos que quieras que compre todo el maldito estado, estoy bien—. Vuelvo a su cuello. Creo que el lugar debajo de la oreja es mi favorito.

Otro ataque de risa. —¿Qué tan bien?

—Quinientos. Quizás seiscientos. No he verificado el saldo de mi cuenta en el último año—

—Ciertamente hay algunas casas bonitas por quinientos grandes por aquí, pero me temo que tendrás que reducir el tamaño de la propiedad—.

—Millones, cachorro. No mil—. Le pellizco la clavícula. —Matar a la gente paga bien. Encargarte de gente que es difícil de matar resulta aún mejor.

Nera parece congelarse debajo de mí. Joder, no debería haber dicho eso. Levanto la cabeza y me encuentro con sus cálidos ojos color ámbar.

—¿Te gusta hacerlo? — ella susurra.

—¿Te gusta lavar la ropa?

Su mano llega a mi cara y me acaricia la barbilla. —Ellos son personas. Seguro que algunos se lo han merecido, pero no todos. Algo debes sentir cuando acabas con la vida de una persona. Tienen familias. Amigos. Personas que los aman y que quedarán devastadas por su desaparición—.

Y aquí estamos. El momento que he estado temiendo. Podría decir que me molesta, o que pienso en la gente que mato, pero no sería la verdad. Amistad. Familia. Para mí son sólo palabras que no tienen ningún significado, como un idioma extranjero que puedo oír, pero no comprender.

—No lo sé, cachorro—, digo, luego decido arriesgarlo todo y ser honesto. Incluso si eso significa que tal vez ella no quiera tener nada que ver conmigo después. —Y no me importa—

Ella me mira en silencio por unos momentos, pero, a diferencia de lo que esperaba, no hay disgusto en sus ojos. Sólo tristeza.

—¿Quién te hizo esto? — pregunta, su voz apenas audible.

—¿Me convirtió en una máquina de matar insensible? Sólo vida, Nera. No hay nadie a quien culpar—.

—Puede que seas una máquina de matar, demonio— una sonrisa triste se forma en sus labios mientras busca en el cajón de su mesita de noche —pero no eres insensible. De hecho, creo que sientes demasiado y con demasiada fuerza, y por eso encontraste una manera de reprimir tus emociones—.

—Me temo que estás equivocada, cachorro—. Entrecerrando los ojos, me pregunto por qué sacó las pequeñas tijeras de manicura.

—¿Lo estoy? — ella pregunta. Y luego, hunde la punta afilada de las tijeras en el centro de su palma izquierda.

—¡Jesús, joder!

Salto de la cama y miro su mano mientras la sangre se filtra de la herida. Agarrando lo más cercano que puedo tener en mis manos, quito la funda de almohada blanca y, con el mayor cuidado que puedo, tomo su mano herida entre las mías.

—¿Por qué hiciste eso? ¡Mierda! Suelta las malditas tijeras.

Toda la punta está enterrada torcida en su carne y, tan pronto como la saca, la sangre comienza a brotar de la punción aún más rápido. Presiono la tela enrollada contra su palma y la agarro por detrás del cuello, inmovilizándola con mi mirada.

—¡¿Qué carajo, cachorro?!

No quise gritarle, pero me estoy perdiendo el control. Verla herida me ha afectado hasta la médula. Estoy estupefacto; Mi maldito cerebro no quiere aceptar la posibilidad de que eso suceda alguna vez.

—Dijiste que no te importaba que otras personas salieran lastimadas—.

—¡No eres otra persona!

Levanto la tela ensangrentada para echar un vistazo a su palma. Todavía sangra algo, pero parece que el corte no es tan profundo como temía.

—¿Duele?

—Un poco. — Ella inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Te dolió?

—Como si me hubieras clavado un maldito cuchillo en el pecho—.

—Y, aun así, dijiste que no sientes nada—. Presiona sus labios contra los míos.

—No más manifestaciones como ésta—, le digo en la boca. —¿Me escuchas?

—Alto y claro. Ahora, ¿puedes responder eso? Hace cinco minutos que suena.

Finalmente oigo el timbre de mi teléfono en algún lugar del apartamento. Me levanto, luego deslizo mis brazos debajo del cuerpo de Nera y la llevo fuera de la habitación.

—¿Se necesita que los dos contestemos tu teléfono?

Pregunta mientras pasa sus dedos por mi cabello. Todavía me resulta extraño que alguien lo toque. Pero me gusta.

—Ambos somos necesarios para lidiar con las consecuencias de tu loco experimento—. La dejo en la encimera de la cocina y abro el cajón del lado izquierdo. —Moviste el botiquín de primeros auxilios—.

—Está en el armario debajo del fregadero. Le agregué más suministros y necesitaba más espacio para la caja. Quería estar mejor preparada ya que alguien tiende a tener enfrentamientos con la gente de mi vecindario y viene aquí con las heridas más extrañas—.

Coloco la caja de plástico junto a ella, luego camino alrededor de la isla para sacar el maldito teléfono de la chaqueta de mi traje. La maldita cosa sigue sonando y la pantalla muestra el nombre de Kruger.

—¿Qué? — Pregunto y coloco el teléfono entre mi hombro y mi oreja para mantener mis manos libres.

—Te he estado llamando durante veinte minutos—.

—Me he dado cuenta. ¿Cuál es la urgencia?

—Ha habido un cambio de planes. ¿Dónde estás?

—No es tu maldito problema. Te llamaré en media hora—.

Tiro el teléfono sobre el mostrador e inspecciono mi trabajo. —¿Está demasiado apretado?

—Está bien. Pareces tener más habilidad que yo—. Arrastra las puntas de sus dedos por mi pecho desnudo. —Debo insistir en que la próxima vez también me trates con este mismo atuendo—.

—Será mejor que no haya una próxima vez—. Paso mis manos a lo largo de sus muslos y subo por su delicada caja torácica, todavía me resulta difícil creer que finalmente la tengo.

—¿Tienes que irte?

—Sí. — Respiro profundamente. Va en contra de todos mis instintos, pero esta vez se lo contaré todo. —Es trabajo. Tengo que dirigirme a México—.

—Estás herido.

—Eso no cambia nada. Todavía tengo que irme—.

—¿Cuándo vas a estar de vuelta?

—No estoy seguro. No debería llevar más de una semana—.

—Por favor cuídate. — Ella toma mi mejilla con su palma. —Y vuelve a mí—.

No recuerdo si alguien alguna vez me pidió que me cuidara, ni siquiera cuando era niño. No recuerdo mucho de mi primera infancia, pero dudo que lo hubiera olvidado. La preocupación claramente visible en los ojos de Nera me destripan. ¿Es así como se siente tener a alguien a quien llamar mío? ¿Alguien a quien realmente le importe si vivo o muero, más allá del hecho de que mi muerte significaría la pérdida de un activo? Por primera vez en mi vida, me siento como una persona real y no simplemente como un pedazo de madera con forma de tal.

—Nada en esta tierra me impediría volver contigo, mi cachorro de tigre—  
. Golpeo mi boca contra la de ella. —Lo prometo.

\* \* \*

Presiono el teléfono contra mi oreja y salgo del edificio de Nera.

—Estoy escuchando.

—¡Dijiste que volverías a llamar en media hora! — Kruger ladra. —Han pasado casi las dos—.

Sonrío.

—Tenía cosas más importantes que hacer. ¿Qué deseas?

—Estamos trasladando el trabajo mexicano a una fecha posterior. Acaba de surgir otro contrato y debe ejecutarse esta noche—.

—¿Detalles específicos?

—Se requiere un arma de largo alcance. Te envió los detalles. No hay desviaciones en este caso, Kai.

—Anotado. Ah, y una cosa más. Tienes que asignarle el trabajo mexicano a otra persona.

—¿Por qué?

—Porque el golpe de esta noche será el último. Lo estoy dejando.

Corté la línea y me deslicé detrás del volante, luego abrí el correo electrónico de Kruger con los detalles del trabajo. Por lo general, los archivos que incluyen disparos a la cabeza de alguien traen documentos de identificación del objetivo como las fotografías que ha recopilado el equipo de vigilancia de Kruger. Teniendo en cuenta que este trabajo surgió con poca antelación, no hay imágenes de vigilancia ni las rutinas diarias del objetivo anotadas en el correo electrónico. La única información proporcionada es la ventana de tiempo de dos horas en la que se realizará el golpe y una breve biografía con las fotografías de identificación.

Me salto los detalles del objetivo como el nombre y la ocupación, que no me interesan en absoluto, y me detengo en la orden de disparos a la cabeza incluida. Un hombre de unos cincuenta y tantos años, peinado hacia atrás, cabello castaño claro, salpicado de canas en las sienes. Lleva traje y corbata en cada imagen y tiene un aire serio. Probablemente un magnate de los negocios que logró pisar los dedos del pie equivocado. Parece más que probable teniendo en cuenta el importe del contrato de tres millones, con una bonificación de medio millón si la ejecución se realiza con un tiro en la frente.

Paso a los detalles especificando la ubicación, señalando que el objetivo dará un discurso en un evento al que solo se puede acceder por invitación y que se llevará a cabo en una propiedad privada. Probabilidad de infiltración: inexistente. El lugar más cercano desde el que se puede llevar a cabo el asesinato es un edificio a mil quinientos metros al norte de la propiedad.

No es de extrañar que Kruger decidiera retrasar la misión a México para poder llevarme a esta. Aunque tiene a su disposición dos equipos formados en su mayoría por ex militares, generalmente sólo se utilizan en situaciones que requieren fuerza contundente. Eliminar un objetivo con una sola bala a casi una milla de distancia requiere una habilidad y precisión tremendas. Y nada supera

la experiencia de alguien que lleva ejecutando objetivos con armas de largo alcance desde los dieciséis años.

Conecto las coordenadas del archivo a la aplicación de mapas de mi teléfono. La ubicación suena a treinta millas al norte de Boston. La última vez que trabajé en este sector conocí a Nera. El reloj en pantalla marca las nueve de la mañana. Eso significa que tengo doce horas para regresar a Nueva York, prepararme y llegar al lugar de la misión.

Echando un último vistazo a la ventana de Nera, salgo a la calle y piso el acelerador. Incluso un domingo por la mañana hay mucho tráfico, pero no me molesta como suele ocurrir. Pasar tiempo con mi cachorro tiene un extraño efecto calmante en mí y, a veces, dura días. Las cosas que normalmente me irritan o me ponen furioso, no parecen afectarme tan fuertemente, como si el mundo ya no fuera un lugar tan horrible. No siento que sea sólo yo contra el maldito universo. Y en lugar de un incendio en un contenedor de basura, creo que la vida puede ser algo bueno. Pero a medida que pasa el tiempo y el efecto tranquilizante que su presencia tiene sobre mí se disipa, la realidad de mi mundo vuelve a su estado original: territorio enemigo. Y ya no quiero vivir en ese páramo.

Ni una sola vez en mi vida he pensado en cambiar de vocación. Lo único que sé hacer es matar. Es lo único en lo que he sido bueno. El único futuro que tenía. Pero ahora, se ha formado otro camino frente a mí. Se me abriría un camino que nunca soñé porque almas como la mía no tienen segundas oportunidades.

No es que me crea redimible. No, no hay absolución para mis pecados. Y mi postura general sobre la gente no ha cambiado: todavía me importa un carajo si viven o mueren. Pero Nera sí. Y haría cualquier cosa si pudiera llegar a ser más digno de ella. Un buen hombre nunca seré, pero podría ser mejor. Para ella.

Encontraré una escuela nocturna o un tutor, algo que me permita por fin aprender a leer correctamente. Incluso controlaré mi temperamento y no mataré al profesor si me llama tonto por no poder leer más que palabras básicas. Y encontraré algún estúpido trabajo regular, aunque no necesito el dinero. La gente normal tiene trabajo. Realmente no tengo ninguna habilidad en particular



aparte de eliminar objetivos, así que tendría que ser algo simple. Trabajar con personas está fuera de discusión. Probablemente terminaría estrangulando a mis superiores y colegas antes de que terminara mi primer día. ¿Quizás un trabajador de almacén? No, habrá gente por ahí también. El único tipo de personas con las que puedo trabajar son los muertos. Quizás debería trabajar en una funeraria.

Kruger no se tomará bien mi jubilación e intentará detenerme. Tendré que lidiar con todo ese asunto de una vez por todas. Después de veinte años, ya me cansé de su mierda. Es hora de romper con esta familia disfuncional nuestra. Familia... Mierda. Simplemente pensar en él como tal habla de lo profundamente jodido que estoy. De todos modos, si él insiste en interponerse en mi camino, lo mataré a pesar de todo eso. Mataré a todas las personas en este mundo si se atreven a interponerse entre mi cachorro y yo.

Una vez que termine con este último trabajo, finalmente le responderé a Félix Allen. No tengo idea de cómo ese viejo chiflado consiguió mi número de teléfono, ya que no aparece en ninguna parte, pero me ha estado enviando mensajes cada dos meses, preguntándome si quiero que me ayude a sacarme de encima a Kruger para siempre. He ignorado cada mensaje de texto hasta ahora, pero él sigue enviándolos. No necesito que él me salve el trasero, puedo arreglármelas solo, pero le pediré que me consiga una nueva identidad. El nombre todavía no sería mío, pero el que he usado casi toda mi vida tampoco lo es. Tal vez podría pedirle a Nera que elija uno por mí. No me importa lo que sea mientras a ella le guste.

Sí, eso haré.

Un último trabajo.

Y entonces tal vez podría empezar una nueva vida. Con mi cachorro.

# Capítulo 21



***Propiedad privada, 30 millas al norte de Boston***

—Esto me recuerda las fiestas que a mamá le gustaba organizar—.

Le paso a Zara su bebida y asiento con la cabeza hacia la multitud frente a nosotros.

Cadenas de luces cuelgan de los soportes de hierro que se han instalado alrededor del césped, proyectando en el área un cálido resplandor amarillo proveniente de cientos de bombillas oscilantes con forma de globo. Una serie de mesas íntimas con manteles de satén blanco y grandes lazos atados alrededor de cada pedestal y sillas adornadas de manera similar se extienden por todo el césped. Los arreglos florales blancos y las pequeñas réplicas de luces del techo en forma de linterna conforman hermosos centros de mesa en cada mesa. Hombres y mujeres elegantemente vestidos se arremolinan, disfrutando de champán caro en finas copas de cristal mientras una mezcla de fuertes fragancias compite con el aire fresco de la noche.

Por supuesto, toda la familia está presente en la celebración del cumpleaños del Don. Cuando papá llamó esta mañana para decirme que “*la fiesta aún se haría*”, le dije que yo también iría porque me sentía “*mucho mejor*”.

—Una de las razones por las que no me gustan estas fiestas es porque me recuerdan a ella— susurra Zara.

—A mí también. — Miro mi vaso y observo los cubitos de hielo flotando en la superficie. —¿Feliz de haber terminado con la escuela?

—Sí. — Ella simplemente se encoge de hombros y toma un sorbo de su jugo.

—Tu vestido es precioso—. Hago un gesto hacia su ajustado vestido gris oscuro, largo hasta el suelo. Es muy bonito, con sus mangas largas de encaje y su escote alto, pero demasiado formal y adecuado para su edad. —Estás preciosa.

Ella fuerza una sonrisa y rápidamente mira hacia otro lado.

—Zara. — Tomo su mano, obligándola a mirarme. —Sé que no me crees, pero eres la mujer más hermosa de esta fiesta—.

—Seguro. — Ella intenta retirar su mano, pero la agarro con fuerza.

—Lo eres. Y seguiré diciéndote eso hasta que lo atrapes en esa cabeza tan dura que tienes. ¿Entiendo?

Zara sólo suspira y asiente. Incluso cuando era bebé, Zara era una niña bonita, pero ahora, con su largo cabello castaño y su cara de duendecillo, es impresionante. Intenté explicarle que la gente la mira porque es hermosa, pero ella no quiere oírlo.

—¿Papá te hizo venir aquí esta noche? — Pregunto. Sé que odia todos los eventos familiares y se los saltará siempre que pueda, a menos que nuestro padre no le dé otra opción.

—Sí. Después de todo, es la celebración de su cumpleaños—. Dicho en voz tan baja que apenas se oye.

—Hablaré con él. No debería obligarte a venir a reuniones familiares si no quieres. Quiero decir, puedo entender que quiera que estés aquí esta noche, a pesar de que su cumpleaños real es la próxima semana, pero, aun así, — digo, aunque sé que no es probable que me escuche, ya que “mostrar” a las hijas que pronto estarán en edad para casarse es algo habitual en la Cosa Nostra.

—Entonces, tu acosador ha vuelto. Espero que se haya arrepentido de haberte preocupado tanto. ¿Está todo bien con él?

Pregunta Zara antes de tomar un sorbo de su bebida.

—Sí. — Me inclino más hacia ella para susurrarle al oído. —Dormimos juntos anoche—.

Se atraganta con el jugo.

—Sé lo que vas a decir; que no lo conozco. Pero estás equivocada—. Levanto mi copa hacia la gente reunida frente al escenario instalado al otro lado del césped. —Míralos. La crème de la crème de la Familia. Conozco a la mayoría de ellos desde que éramos niños. Muchos han estado viniendo a nuestra casa y comiendo en la misma mesa con nosotros. Sé lo que hacen, a qué escuelas han ido, los nombres de sus hijos y mascotas, y sé con quién engañan a sus cónyuges. Toda esa información, todos los años que los conozco, y no estoy segura de si realmente les agrado a alguno de ellos. O quién podría clavarme un cuchillo en la espalda si la situación les conviene. Entonces, ¿de qué me sirve saber todas esas cosas?

—Ni siquiera sabes el nombre del tipo, Nera—.

—No. Y no lo necesito—. Me vuelvo para mirarla. —¿Has oído que Alvino y sus hombres fueron aniquilados?

—Sí.

—Yo estaba allí. Alvino hizo que uno de sus matones me agarrara y me llevara a una iglesia en medio de la nada.

El rostro de mi hermana palidece.

—Mi demonio vino por mí. Me sacó en brazos mientras nos llovían balas. Por eso estaba angustiada el viernes por la noche. Él me salvó, pero no tenía idea si lo logró él mismo. Recibió una bala por mí, Zara. — Me encuentro con su mirada. —Estoy enamorada de él. Y después de esta fiesta, le diré a papá que no dejaré que me case. Nunca.

Zara me agarra la mano y la aprieta, con el miedo y la conmoción escritos en todo su rostro. Le aprieto la suyo y sonrío.

—Lo sé. Lo entenderás algún día. Encontrarás un hombre que hará que tu corazón lata el doble de rápido. Quién te hará sentir que el mundo no gira a

menos que esté a tu lado. Es aterrador y hermoso al mismo tiempo—. Le doy un ligero beso en la mejilla. —Deberías regresar a casa. Hablaré con papá y le pediré que no te arrastre a más de esto. Y luego le diré que elegí a otra persona y no a alguien de la Famiglia—.

Observo a mi hermana mientras entra corriendo a la casa, probablemente para buscar un guardaespaldas que la lleve a casa, luego se da vuelta y se dirige hacia Dania, que está parada entre un grupo de amigos cerca del escenario. Cadenas de luces similares a las que cuelgan sobre las mesas, pero con bombillas más pequeñas decoran el árbol justo detrás de la plataforma, haciendo que todo el escenario parezca una celebración de boda. Supongo que, en cierto modo, teniendo en cuenta el anuncio que va a hacer mi padre. Ha llegado a un acuerdo con Efisio, el nuevo líder de la Camorra. Y lo va a anunciar esta noche.

Pero me preocupa cómo se tomará el resto de la familia la noticia de nuestra asociación con la Camorra, y traté de convencer a papá de que lo mantuviera en secreto por ahora y, en cambio, tratara de pagarles. Antes de la reunión anual, pero no quiso escuchar.

Mi padre, con una amplia sonrisa en el rostro y una copa de champán en la mano, sube las escaleras hasta el escenario. Todos a su alrededor empiezan a aplaudir. El *nuncio* Veronese siempre ha tenido un carisma natural que le permitía persuadir a la gente a hacer cosas que de otro modo requerirían amenazas. Si alguien puede Si lograra lograr esto sin que todo se disuelva en una guerra civil, sería mi padre.

Esperando ansiosamente su discurso, el círculo íntimo del Don se reúne alrededor del escenario. Todos los capos, claro está, menos Batista Leone. Él permanece parado a un lado, junto a una mesa con las bebidas. Está bastante fuera de lugar para él. Por lo general, intenta estar lo más cerca posible de mi padre. El subjefe parece estar de buen humor, pero sigue jugueteando con su vaso y lanzando miradas a los invitados reunidos.

Alguien entre la multitud grita un chiste de mala calidad y mi padre se ríe y se lo devuelve. Sí, todavía sabe sonreír, pero ahora sus sonrisas parecen estar reservadas sólo para la Famiglia. Comienza su discurso recordando una historia divertida de su juventud, y la gente la absorbe con los ojos muy abiertos. Lo veo

entretener a la multitud mientras juego con un extremo del pañuelo rojo que he atado alrededor de mi cola de caballo.

Después de que mi demonio se fue esta mañana, sentí ese familiar abatimiento que viene con cada una de sus partidas. Pero esta vez, mi corazón no me dolía tanto porque sabía que él volvería a mí una vez que terminara de hacer lo que tenía que hacer. Prometió volver conmigo y, cuando lo haga, podremos empezar de nuevo.

Levanto mi bebida, ocultando mi sonrisa detrás del borde de mi vaso. Tal vez incluso le ofrezca mi mano la próxima vez que entre por mi puerta y me presente adecuadamente. Y finalmente me dirá su nombre. Pero él siempre será mi demonio.



El olor a moho invade mis fosas nasales cuando entro al lúgubre ático. Una bandada de pájaros asustada se eleva en el aire y se dirige al agujero del techo. Ese techo es un desastre, le faltan múltiples tejas y se derrumbó en su capa exterior, por lo que mientras los pájaros salen frenéticamente, no me sorprende ver más escombros y pedazos de tejas rotas lloviendo a través de las aberturas. Las tablas del piso de madera crujen bajo mis plantas mientras camino hacia la ventana rota, dejando huellas en el polvo y la suciedad de varios años. Toda la casa es básicamente una ruina y el césped está cubierto de tanta maleza que me llevó diez minutos encontrar la puerta trasera. Me agacho junto a la ventana y dejo mi gran caja rectangular en el suelo podrido, provocando que otra nube de polvo se eleve en el aire a mi alrededor.

Para mejorar la precisión del disparo al disparar un rifle de francotirador, lo mejor es colocarse en una posición estable en el suelo y utilizar el soporte del bípode como palanca. Desafortunadamente, esa no es una opción aquí, así que necesito improvisar. Giro la pata izquierda del bípode hacia abajo y luego apoyo la culata del rifle contra el costado del marco de la ventana. Agarrando tanto la pierna como el marco con mi mano izquierda para sostener el arma, supero el dolor punzante en mi brazo lesionado y me inclino hacia mi posición de disparo.

La tonelada de bombillas desnudas colgadas sobre el césped del jardín no proporciona mucha iluminación, pero el árbol detrás del escenario está cubierto con suficientes para crear una luz de fondo perfecta que me da una gran vista de mi objetivo. Enfoco mi objetivo en el centro de su pecho, justo al lado de la copa de champán que sostiene. Luego, lentamente empiezo a levantar la mira, dejando que la mira se deslice hacia arriba y se detenga en el puente de su nariz. No contengo la respiración, mantengo mi respiración a su ritmo normal. Inhala, exhala. Pausa.

Inhala...

Mi objetivo levanta su copa.

Exhala...

Aprieto el gatillo.

Desde esta distancia, la bala tarda poco más de un segundo en alcanzar su objetivo. Un segundo. Menos de lo que se necesita para respirar. Un solo latido de un corazón. Pero es suficiente para hacer añicos un frágil sueño.

Suficiente para apagar una pequeña brasa de esperanza.

Llego un segundo tarde para notar a una mujer rubia con un pañuelo de seda rojo atado a su cola de caballo parada entre la multitud.

El hombre en el escenario se sobresalta, mientras una línea de sangre sale de un agujero rojo en el medio de su frente. Se desploma hacia atrás, desplomado sobre la plataforma de madera. Algunas personas de la multitud caen al suelo en el instante en que se dan cuenta de lo sucedido, mientras que el resto se aleja histérico. Varios hombres han sacado armas y corren hacia las mesas.

Como es típico en la especie humana, el impulso de salvarse es más fuerte que la necesidad de ayudar a los demás. Lo he visto innumerables veces antes y lo encontré bastante interesante de ver. Pero ahora no estoy mirando a la gente corriendo como una horda sin sentido. Mi mira está fijada en la mujer rubia que sube al escenario. ¿Qué carajo hace mi cachorro de tigre allí? Ha perdido su

pañuelo rojo y su cabello cae suelto sobre su espalda y alrededor de sus hombros mientras cae de rodillas junto a mi objetivo.

Mi estómago se hunde mientras la veo agarrar la parte delantera de la chaqueta del hombre muerto, sacudiéndolo frenéticamente. Ajusto la mira para acercarme a su rostro. Las lágrimas se deslizan por sus mejillas mientras grita, el dolor y la pena están grabados en sus rasgos. Vuelvo a acercarme, concentrándome en su boca, y el rifle casi se me escapa. Estoy demasiado lejos para escuchar sus gritos de angustia, pero aún puedo sentirlos hacer eco en mis oídos y rebotar dentro de mi pecho, destrozándome por dentro. Mis pulmones se contraen; Estoy jadeando por aire, pero no hay aire para aspirar. Fui succionado por el vacío, repentinamente congelado en una fracción de segundo, en el momento en que descifré lo que ella estaba diciendo.

*¡Papá!*



# Capítulo 22



Por alguna razón, esperaba que lloviera el día del funeral de mi padre. Como sucedió cuando enterramos a Elmo. Y mamá. Es extraño estar parada en el cementerio, viendo cómo bajan el ataúd al suelo en un día tan hermoso y soleado.

Zara está a mi lado, apretando mi mano entre las suyas con tanta fuerza que temo que me rompa los dedos. Ella y nuestro padre nunca tuvieron una buena relación, pero su muerte la sacudió más de lo que podría haber anticipado. Gracias a Dios la envié a casa antes de que todo se viniera abajo esa noche.

Mientras levanto los ojos del ataúd, mi mirada se posa en el hombre con uniforme de prisión que está parado frente a mí, al otro lado de la tumba. Dos guardias lo flanquean, aunque tiene las manos esposadas por delante. No he visto a nuestro hermanastro en más de una década, y si me lo hubiera cruzado en la calle, no estoy segura de haberlo reconocido.

El Massimo que recuerdo tenía el pelo oscuro y ondulado que le rozaba la nuca, con unos cuantos mechones indómitos que siempre lograban caer sobre su rostro bien afeitado. Era alto y atlético, pero no demasiado musculoso. Mamá me dijo una vez que las chicas que lo rodeaban a menudo bromeaban diciéndole que debería dejar la Cosa Nostra y convertirse en modelo, adornando vallas publicitarias y portadas de revistas de moda.

El hombre que me devuelve la mirada no tiene nada en común con el joven que recuerdo. Su atuendo tiene mangas cortas, lo que deja al descubierto una multitud de tatuajes oscuros que cubren sus brazos, manos e incluso sus dedos. Los dos primeros botones de su camisa están desabrochados y puedo ver que, además de su cuello, su pecho también está tatuado. Su cabello está

completamente afeitado, pero una barba incipiente cubre la parte inferior de su mandíbula. Y, desde la última vez que lo vi, casi duplicó su peso corporal: todo puro músculo. Si no fuera por sus ojos, negros y calculadores, según recuerdo, pensaría que trajeron al recluso equivocado.

No esperaba que estuviera aquí hoy. Cuando mamá murió, a él no le permitieron asistir a su funeral, así que supuse que tampoco vendría al de papá. Es extraño que siempre piense en Laura como nuestra “*mamá*”, nunca como una madrastra. Pero no tengo muchos recuerdos de Massimo y él siempre ha sido un “*hermanastro*” para mí. Cuando los cuidadores del cementerio empiezan a echar tierra sobre el ataúd, Massimo se acerca y mantiene sus ojos fijos en mí. Sus guardias lo siguen de cerca.

—Mocosa—, dice mientras se detiene frente a mí. Incluso su voz es diferente: más profunda y áspera.

Me muerdo el labio inferior, sin saber si quiero abrazarlo o dar un paso atrás. La última vez que lo vi tenía cinco años, e incluso entonces parecía formidable y algo distante. Ha pasado tanto tiempo que ya no estoy segura de saber quién es. Ladea la cabeza hacia un lado y una comisura de sus labios se inclina hacia arriba, tal como lo hizo cuando me atrapo escabulléndome en la cocina cuando era niña. Es uno de los pocos recuerdos claros que tengo de él. Trago fuerte, tratando de mantener la compostura, luego doy un paso y lo rodeo con mis brazos.

—Hola, Massimo.

—Vamos, *Spada*—, ladra uno de los guardias de seguridad, tirando del brazo de Massimo. Nuestro hermanastro da un paso atrás, fuera de mis brazos.

—Necesitamos hablar.

Asiento con la cabeza. —Iremos mañana—.

—Solo tú, Nera—, dice Massimo, luego su mirada se dirige a Zara.

Mi hermana ha estado inmóvil todo este tiempo, con los ojos pegados al suelo, evitando mirar a nuestro hermanastro. Debe estar inquieta al ver a Massimo por primera vez. Zara no tenía ni cuatro años cuando lo enviaron a

prisión, por lo que probablemente se sienta como si estuviera conociendo a un extraño. Massimo levanta sus manos esposadas y roza ligeramente la mejilla de Zara con el dorso de los dedos.

—Hola Zahara—.

Su voz es extraña mientras lo dice. Más suave. Casi como era antes. Mi hermana sigue mirando al suelo, con el cuerpo rígido. Sus nudillos parecen casi blancos mientras agarra el dobladillo de su blusa. Las manos de Massimo caen del rostro de Zara y luego se aleja con los guardias de seguridad siguiéndolo.

—¿Zahara? — Levanto una ceja.

Nadie llama a mi hermana por su nombre completo. Cuando era pequeña, no podía pronunciarlo, así que seguía refiriéndose a sí misma como Zara, y eso se le quedó grabado. Dudo que alguien en la Famiglia recuerde siquiera su nombre real. Respira hondo y levanta la cabeza, su mirada se dirige directamente a la gran figura con uniforme de recluso que se sube a la furgoneta de transporte de la prisión.

—¿Qué está sucediendo? — Hasta donde yo sé, ella no tuvo ningún contacto con Massimo durante casi quince años, pero las acciones de ambos dicen lo contrario.

—Nada—, se ahoga y rápidamente camina en la dirección opuesta.

Mientras sigo a mi hermana, un leve cosquilleo recorre mi columna. Me detengo, mis ojos buscan entre la multitud de dolientes que se dirigen hacia el estacionamiento, pero no veo a mi demonio entre ellos. Mencionó que regresaría en aproximadamente una semana, pero solo han pasado cuatro días desde que se fue. Echando un vistazo a mi alrededor una vez más, corro detrás de Zara. Probablemente me imaginé que lo sentía. Dios sabe que desearía que él estuviera aquí conmigo.

\* \* \*

Me agarro a la barandilla del balcón y contemplo el resplandor de la ciudad ante mí. Zara ha estado conmigo desde que mataron a nuestro padre. Ella se ha apoderado de mi dormitorio mientras yo dormía en el sofá de la sala de estar. Tan pronto como regresamos de asistir al entierro, ella se encerró dentro. No puedo entender si fue el funeral lo que la sacudió o si fue ver a Massimo.

Encontrarme cara a cara con mi hermanastro después de tantos años ciertamente me conmovió. Tampoco puedo evitar preguntarme de qué le gustaría hablar conmigo, especialmente después de que se negó a que lo visitáramos todo este tiempo, y ahora ha dejado en claro que quiere tener esta conversación conmigo a solas. Sin embargo, cuando llamé al centro correccional para concertar la visita para mañana, me informaron que Massimo comenzó una pelea cuando regresó hoy y ha sido puesto en régimen de aislamiento durante una semana, a la que seguirá una prohibición de dos meses sin visitantes.

Las ráfagas de viento levantan una cortina hacia mí, y cuando el suave material toca mi brazo, esa sutil sensación de hormigueo se extiende por mi piel, atrincherándose en cada uno de mis poros. Tal como lo hace cuando mi demonio me está mirando. Suspiro y me froto los brazos con las palmas de las manos. Aunque sé que está lejos en este momento, haciendo Dios sabe qué en México, todavía miro hacia la calle, esperando verlo acechando en las sombras.

Pero no hay nadie allí.



Miro fijamente el balcón al otro lado de la calle, con los ojos pegados a mi cachorro de tigre mientras el viento sopla en su hermoso pero afligido rostro. El agujero negro que se ha formado dentro de mi pecho me está succionando, como si intentara tragarme entero hasta su olvido, ahogándome en la desesperación y la impotencia. Nada puedo hacer ahora para retroceder en el tiempo, para deshacer lo que ya hice. No hay forma de expiar mi pecado más oscuro. No hay perdón para mi acto.

El dolor punzante en mis sienes ha empeorado, muy probablemente por la falta de sueño. Aparte de unas pocas horas que pesqué anoche, aquí mismo en este techo, no he dormido en días. Cojo la botella de agua que tengo a mis pies para darle un gran trago y luego la vuelvo a dejar junto al contenedor vacío de comida rápida. El sustento era lo último que tenía en mente, pero podía sentir que mi cuerpo se apagaba, así que compré la primera comida para llevar que encontré. Ni siquiera sé qué diablos comí.

Ignorando todo lo que siento, mantengo la vigilia. Mi cachorro se aleja de la barandilla y entra, cerrando la puerta del balcón detrás de ella. A través de las cortinas aún abiertas, observo cómo se prepara para dormir. Desaparece durante diez minutos, pero regresa en pijama y se tumba en el sofá que ahora es su cama.

Durante unos minutos permanece bañada por la luz de una lámpara de pie antes de apagarla. La oscuridad desciende y vela mi visión de la casa de Nera. Y sigo mirando, aunque ya no puedo verla.

# Capítulo 23



## *Dos meses después*

—Todavía no he decidido quién será, pero les avisarán con mucha antelación—, dice Batista Leone desde su gran silla de oficina.

—¿Me informarán? — Lo miró fijamente, estupefacta. Han pasado sólo dos meses desde que enterramos a mi padre. Y apenas un mes desde que Leone asumió el cargo de Don.

—Sí. Tendrás tiempo suficiente para elegir un vestido y cumplir tus deseos con respecto a las decoraciones—.

—No me vas a casar con nadie, Batista—.

—Es Don Leone para ti—. Golpea el escritorio con la palma de la mano y sus ojos se desorbitan bajo sus espesas cejas blancas. —Olvídate de tus viejos privilegios, niña. Ahora no eres más que un activo. Un activo que planeo utilizar bien—.

Todo mi cuerpo se tensa. Nadie se habría atrevido a hablarme así antes, ni siquiera él cuando era subjefe. Pero ahora es el Don y la verdad es que puede hacer lo que quiera. Si digo que no, simplemente me proclamará traidora a la Famiglia y ordenará a alguien que me haga desaparecer. La bilis se acumula en mi garganta. Me siento enferma.

—Estoy pensando en alguien de la organización albanesa—, añade. —O tal vez Salvo—.

Levanto una ceja. Salvo nunca fue fanático de Leone y nunca trató de ocultarlo. Me sorprendió bastante cuando escuché que Leone nombró a Salvo

como su segundo al mando, pero ahora las cosas están empezando a tener más sentido. Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca. Leone intentará ganarse a Salvo dándole mi mano al nuevo jefe.

—¿Eso es todo? — Pregunto entre dientes.

—Sí. — Coge el periódico de su escritorio. —Largo—.

La silla hace un chirrido en el suelo cuando me levanto de un salto. Tanto la furia como la desesperación arden dentro de mí mientras camino hacia la puerta. Ya casi la he alcanzado cuando la voz de Leone me detiene.

—Creo que has olvidado algo, Nera—.

Cierro los ojos por un momento para recomponerme y luego me giro para mirarlo. Acercándome a su escritorio sobre piernas de goma, me inclino y beso el anillo en su mano extendida.

—Que tengas un buen día— trago —Don Leone—.

Sus labios se ensanchan en una sonrisa egoísta y luego vuelve a leer el periódico.

Sólo una vez que entro a mi auto me permito desmoronarme. Apoyo mi frente en el volante y dejo escapar un sollozo, una mezcla de dolor, impotencia y preocupación. Dolor porque mi padre ya no está aquí. Impotencia porque no tengo idea de lo que voy a hacer. Pero la preocupación es sólo por él , mi demonio. Nace del miedo de que le haya pasado algo, porque ya han pasado dos meses y no he sabido nada de él.

Angustiada, estoy cayendo en un oscuro abismo ante la posibilidad de que él no regrese como prometió. Pero él nunca ha roto su palabra antes, así que tengo que creer que, si dijo que regresará, ese día llegará y estará allí, pase lo que pase. Todas las noches durante las últimas diez semanas, lo he estado esperando en mi techo, de pie en la fresca oscuridad hasta que el sol salió en el horizonte, pero nunca apareció. Helada hasta los huesos, incluso pensé que sentía los familiares pinchazos en mi piel. Siempre me han avisado cuando está cerca.

He estado tan preocupada que me he enfermado y esa sensación de que se me pone la piel de gallina siempre está ahí. Como ayer, cuando salí corriendo al supermercado a comprar más galletas. Las galletas saladas parecen ser lo único que puedo aguantar últimamente mientras me estreso por mi demonio día y noche. Hace dos días yo también lo sentí, cuando fui a la tienda de telas con Zara. Y el sábado, mientras llevaba mi auto a lavado, esperé en la fila y sentí un cosquilleo en toda mi carne. Creo que me estoy volviendo loca.

Miro hacia arriba y aprieto el volante con todas mis fuerzas. Quizás regrese hoy. Él vendrá a verme esta tarde. Sí creo con todo mi corazón, puede que simplemente suceda. Él aparecerá y, de alguna manera, hará que todo esté bien.

Sí.

Me seco las lágrimas y enciendo el motor.

\* \* \*

—¿Adónde vas? — Pregunta Zara mientras sale del baño y me ve poniéndome la chaqueta. —Al techo. Necesito un poco de aire fresco—.

—Es casi medianoche.

—Lo sé. — Agarro el pomo. —Volveré pronto.

Arriba, me siento en el banco improvisado y me quedo mirando la noche. Esa sensación de hormigueo en la nuca me está volviendo loca. Nunca disminuye. Nunca cesa. La luna está llena, como la noche en que mi demonio y yo nos conocimos, pero esta noche su brillo plateado está envuelto por nubes. Probablemente va a llover. Y duro. Ya puedo sentir ese cambio en el aire. La tormenta está a punto de desatarse. Mis ojos recorren los edificios más allá de la estrecha carretera que tengo delante, notando las pocas ventanas al azar que todavía están iluminadas. Miro hacia la azotea al otro lado del camino mientras el viento se levanta, lo que me hace apretar un poco más la chaqueta. La sombría oscuridad es todo lo que veo. Pasan los minutos. El viento sigue soplando. Me



levanto del banco, lista para regresar al interior, cuando la luz de la luna separa brevemente las nubes, iluminando ese horizonte oscuro al otro lado de la calle y una figura inclinada sobre la barandilla.

Entrecierro los ojos. Es... él. Se me cae el estómago.

¿Qué está haciendo él ahí? ¿Por qué no ha venido a mí? ¿Quizás no sea él sino alguien más? No. Incluso con esta poca luz, lo reconocería en cualquier lugar. Confundida, doy un paso más cerca. La figura se retira rápidamente, desapareciendo de mi vista. Yo espero. No puede ser mi demonio. Prometió que vendría a verme tan pronto como regresara. Él sabía que estaría esperando. El dolor atraviesa mi pecho y casi se siente como un dolor tangible. Fue él.

Todos esos casos en los que pensé que lo sentía, pero descarté la sensación como mis esperanzas desesperadas... Fue él ¿De verdad estuvo ahí todas esas veces? ¡Han pasado semanas! Me he estado desmoronando, aterrorizada de que algo hubiera sucedido. He tenido tanto miedo por él que me enfermé físicamente. Y todo el tiempo me ha estado siguiendo en secreto. Ni siquiera para dejarme saber que está bien. Después de todo lo que hemos sido el uno para el otro.

Estaba lista para dejar a mi familia sólo para poder estar con él. Mi mano se mueve a mi boca, ahogando un sollozo. *¡Estuvo en el funeral de mi padre!* Y, aun así, se mantuvo alejado, sin molestarse en preguntarme cómo estaba. Pensé... Pensé que me amaba. Pero no dejas que tus seres queridos sufran solos, sin ofrecerles consuelo. ¿Fue todo un juego para él? ¿Lo fui? ¿Una chica tonta convencida de enamorarse, sólo para ser abandonada en su momento más desesperado? Me dejó cuando más lo necesitaba.

Mentiras.

Todo han sido mentiras y nada más.

—¿Por qué? — Grito en la noche.

La respuesta a mi pregunta es una lluvia repentina e implacable. Los cielos se abren, las gotas de lluvia caen sobre mi rostro y se mezclan con las lágrimas que corren por mis mejillas.

—¡Vete a la mierda! — Lloro. —¡Regresa a tu oscuridad y quédate allí! — Grito tan fuerte que me duele la garganta y la última palabra termina siendo un gemido desgarrador.

Me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta de regreso al edificio, sintiendo como si me estuviera desmoronando por dentro.

No vendré aquí nunca más.



*¡Estúpido!*

Me golpeo la nuca contra la pared detrás de mí. El techo de concreto está inundado por el fuerte aguacero, dejándome desplomado y empapado mientras mi trasero permanece quieto y me siento solo en mi miseria. Apoyando mis codos sobre mis rodillas levantadas, me agarro la cabeza y cierro los ojos, tratando de borrar la imagen de mi cachorro mirándome con sorpresa escrita en su rostro. Conmoción, decepción y mucho dolor.

Vuelvo a golpearme la cabeza contra la pared. Y otra vez.

Idiota imprudente. Hace dos meses hice un trato conmigo mismo. La vigilaré desde lejos, pero nunca, jodidamente, permitiré que me vea. Sabía que se sentiría herida cuando no regresara. Sabía que probablemente nunca me perdonaría por romper la promesa que le hice. Probablemente se olvidaría de mí después de un tiempo. Incluso podría pensar que yo había muerto.

Podría vivir con todo eso.

Pero no puedo vivir con la mirada de traición y el dolor absoluto en su rostro cuando me vio en este estúpido techo. O su grito angustiado en la oscuridad que sigo escuchando en mi cabeza una y otra vez.

*¿Por qué?*

La necesidad de correr hacia ella, de arrodillarme y pedirle perdón, me está devorando viva. ¿Pero cómo puedo pedirle que me perdone? ¿Perdonar la cosa

más horrible que he hecho en mi vida? Simplemente confesar mis acciones le traería más dolor. Todo por culpa de un hombre al que dejó entrar en su casa. Un hombre al que le permitió tocarla, besarla y hacerle el amor. Un hombre que asesinó a su padre sin pensarlo. Si lo supiera, le dolería muchísimo más de lo que le duele ahora. Porque ahora, ahora sólo soy el hombre que la dejó.

Y ese hombre ahora necesita irse, para siempre.

Siento como si me aplastaran el pecho, lo apretaran como si soportara un gran peso. Inclino mi cabeza hacia arriba, mirando la luna llena casi oscurecida mientras enormes gotas de lluvia rebotan en mi cara. Ese orbe brillante y traicionero, su poder sobre la oscuridad, me engañó haciéndome creer que la luz de las estrellas podría ser mía después de todo. Y por un momento fugaz, sostuve ese resplandor en la palma de mi mano. *La* abracé y conocí la paz.

La presión en mi pecho se intensifica y siento como si todo dentro de mí comenzara a romperse. Respiro profundamente y dejo escapar un rugido bestial, esperando que la noche se trague el tormento que me destroza.

No desaparece.

Me golpeó la cabeza contra la pared una vez más, luego saco mi teléfono y marco el número a ciegas. Kruger responde después de un solo timbre.

—Envíame los detalles para el trabajo mexicano—, logro gruñir.

\* \* \*

### ***Veintidós horas después***

El pequeño jet privado aterriza en la estrecha pista sin apenas un golpe cuando las ruedas tocan el suelo pavimentado. Yo, sin embargo, siento ese golpe como si fuera un puto terremoto, sacudiendo todo mi ser. Más de cinco mil kilómetros nos separan ahora de mi cachorro de tigre.

Bien.

Me levanto de mi asiento y tomo la bolsa con mi equipo del compartimiento de equipaje modificado a medida. El estuche largo con mi rifle de francotirador está sobre el asiento frente al mío.

—¿Cuándo quieres que venga a buscarte? — pregunta el piloto por encima del hombro.

—Diez días. Misma hora. — Abro la puerta de la cabina y abro las escaleras, dejando que se expandan. —¿Dónde está el vehículo?

—Más adelante y a la izquierda de la pista, escondido entre los arbustos. Señala a través del parabrisas de la cabina. —La clave está en el encendido.

Asiento y bajo las escaleras.

El aire es denso y pesado, la humedad se pega a mi piel mientras me dirijo en la dirección que me indican. Aparte de la luz que marca la pista, no hay otra iluminación. No es sorprendente, considerando que estamos en medio de la nada, en una pista de aterrizaje junto al mar apenas más grande que un campo de fútbol. Ni siquiera me molesto en comprobar los alrededores, ni me molesto en realizar el reconocimiento antes de acercarme a un vehículo en un territorio hostil. Mi arma permanece asegurada dentro de la funda. Me convierte en un blanco fácil para cualquier amenaza potencial, pero realmente me importa una mierda.

Ya no me importa nada. He perdido a mi cachorro de tigre. Todo lo demás no tiene sentido, incluida mi vida.

El camión destartado está justo donde el piloto dijo que estaría. Cuando abro la puerta trasera del lado del conductor, la luz de la cabina permanece apagada. Estoy a punto de colocar mi equipo adentro cuando siento un pinchazo agudo en mi nuca. Los años de entrenamiento finalmente hacen efecto. Me giro y arranco el dardo alojado en mi cuello.

Mi mano busca el arma, pero mis dedos parecen haber perdido la capacidad de agarrar el arma. Se me escapa de la mano y cae al suelo con un ruido sordo. Intento parpadear para disipar la neblina que supera mi visión. No ayuda.

Tropiezo y mi espalda golpea el costado del camión. Las formas borrosas de una docena de hombres se acercan y sus linternas me ciegan cuando se acercan.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí? — dice una voz con mucho acento. —Ese hijo de puta no estaba mintiendo después de todo—.

El rostro de un hombre se materializa frente a mí. Incluso con la visión nublada, todavía lo reconozco por los documentos de la misión que Kruger me envió ayer. Alfonso Mendoza. El líder de un cartel mexicano. Mi objetivo.

—Debes haber cabreado mucho a Kruger—, se ríe. —Nos pidió que te enseñáramos una lección y luego te enviáramos de regreso una vez que recordaras cómo ladrar cuando se te ordenaba—. Se acerca más. —Pero creo que te retendremos a ti en su lugar—.

El mexicano se quita la escopeta del hombro y el frío metal del cañón conecta con mi sien.

# Capítulo 24



La puerta en la pared opuesta se abre con un chirrido, rompiendo el silencio en esta habitación desolada, y Massimo entra. Todavía me resulta difícil procesar que este hombre de aspecto aterrador con uniforme de prisión sea en realidad mi hermanastro. Cuando pensé en él a lo largo de los años, preguntándome cómo le iba aquí, siempre lo imaginé con traje, por alguna razón.

Las cadenas alrededor de sus tobillos suenan mientras camina hacia la silla al otro lado de la mesa. El guardia que lo trajo levanta las muñecas de Massimo y conecta las esposas al lazo de hierro fijado a la mesa. Massimo levanta la vista y sus ojos se centran en la cámara montada en la esquina. El guardia asiente y sale de la habitación. La luz roja que indica que la cámara está en vivo se apaga un minuto después.

—Nera—. Massimo se inclina hacia adelante y coloca los codos sobre la superficie metálica, acción que hace que los músculos de sus brazos entintados se abulten.

—Dijiste que necesitábamos hablar—. Me encuentro con su mirada.

—Esperaba que hubiera sucedido antes, pero desafortunadamente surgió algo que arruinó mi plan—.

Sí. Por lo que supe mientras los guardias me escoltaban hasta aquí, Massimo casi estrangula a un tipo cuando regresó del funeral de mi padre.

—Pero ahora estás aquí y necesito que me pongas al día—, añade.

—Leone se hizo cargo.

—Lo sé. ¿Quién votó por él?

—No sé. No es que me inviten a las reuniones familiares—.

—Pregúntale a Salvo—.

Arqueo la ceja. —Como si fuera a decirme algo así—.

—Lo hará—.

—¿Por qué no se lo preguntas tú mismo? Puede venir a verte y decirte todo lo que quieras saber—.

—Quiero a Salvo exactamente dónde está ahora: como subjefe, sin vínculos obvios conmigo—.

—¿Cómo sabes que Leone lo ascendió? — Pregunto.

—Tengo mis fuentes. ¿Leone ha hecho algún movimiento con respecto a la situación de la Camorra?

—Hasta donde yo sé, no. Supongo que intentará pagarles.

—¿Pagarles? — Se tensa y algo peligroso brilla en sus ojos. —¿Qué?

—La inversión que hicieron en nuestros casinos a principios de este año.

La mandíbula de Massimo se aprieta.

—¿Quién carajo les permitió entrar en nuestro negocio sin consultarme?

Entonces, es como sospechaba. Mi hermanastro ha estado involucrado en los negocios de la Famiglia todo el tiempo.

—Mi padre—, digo. —Pero a Leone fue a quien se le ocurrió la idea. Su plan era sobornar a la Camorra antes de la reunión anual, para que la Famiglia no se enterara. Todo eso se descarriló a principios del verano, pero papá hizo un nuevo trato con Efisio después de la muerte de Alvino. Iba a anunciar la asociación que habían establecido en la fiesta, pero luego lo mataron antes de que tuviera la oportunidad—.

—Mm-hmm. ¿Y quién sabía que el *Nuncio* iba a hacer ese anuncio?

—Me dijo. Y supongo que Leone también lo sabía.

—¿Y estás absolutamente segura de que Leone estaba detrás de la idea de involucrar a la Camorra en primer lugar?

—Papá me lo dijo—.

Massimo se recuesta en su silla y comienza a golpear con las esposas la mesa de metal, el lento ritmo resuena por toda la habitación.

—Necesito que me describas la fiesta. Quién estuvo ahí, y todo lo que pasó durante eso, desde que llegaste hasta que se disparó ese tiro—.

Respiro hondo y empiezo a hablar, contándole todo lo que recuerdo de esa noche. No es mucho. Todavía estaba eufórica por lo que pasó la noche anterior y no estaba prestando mucha atención a nada. Pero le cuento todo lo que puedo recordar. Massimo escucha sin interrumpir, su rostro se oscurece con cada palabra.

—¿Y Leone no estaba en el escenario con el *Nuncio*? — pregunta cuando termino.

—No. Estaba parado a un lado, junto a la mesa de bebidas—.

El silencio cae entre nosotros, el metal contra metal golpeando es el único sonido en la habitación.

—Leone quiere casarme. Todavía no ha decidido si será alguien de la organización albanesa o Salvo—.

—Bien. Me aseguraré de que elija a Salvo—.

—No me voy a casar con él, Massimo. O cualquier otra persona—.

Levanto mis ojos de sus manos y encuentro su mirada. —Estoy embarazada.

Sus ojos se abren. —¿Quién es el padre?

—No importa.



Massimo se lanza hacia adelante tan repentinamente que yo retrocedo en mi silla.

—Algún bastardo dejó embarazada a mi hermana, ¿y no importa? — ruge, tirando de las cadenas.

—No. Él no es de la Famiglia—.

—¿Se va a casar contigo?

—No. Él es...— ¿Qué carajo es él? Me pregunto. —Él se fue.

Massimo me mira fijamente, con las fosas nasales dilatadas, y luego, lentamente, vuelve a sentarse en la silla.

—Deshazte de eso.

—¡No me '*desharé*' de mi hijo!

—Ningún hombre de la Famiglia se casará con una mujer que está embarazada del hijo de otra persona, Nera. Especialmente si esa mujer es hija de un Don. Si es un niño, si alguna vez codicia la posición de liderazgo, como su hijo, tendrá el respaldo para tomar las riendas. Siempre será considerado una amenaza por aquellos desesperados por aferrarse a su poder—

—La posición de Don no es hereditaria—.

—No, pero sabes muy bien que simplemente ser un pariente familiar del anterior Don es suficiente para obtener el apoyo necesario—.

—Me iré—.

—No se puede abandonar la Cosa Nostra, Nera. Tú también lo sabes—.

—Puedo probar.

—Y terminarás muerta antes de que tu hijo tenga la oportunidad de nacer. Leone hará que te maten. Justo como mató a tu padre—.

—¿Qué?

—¿En serio? ¿Aún no has conectado los puntos? — Massimo se inclina sobre la mesa y sus ojos perforan los míos. — Leone nunca habría permitido que las cosas llegaran al punto de '*compensar*' a la Camorra. Él orquestó todo el asunto sólo para poder "*revelarlo*" más tarde a la Famiglia, presentar a su padre como un traidor y tomar su lugar. Probablemente convenció al *Nuncio* para que no me dijera nada al respecto por esa única razón. Y no dudará en deshacerse de ti si eso satisface sus necesidades—.

—Oh Dios. — Lo miró fijamente.

—¿Hablas en serio acerca de quedarte con el bebé?

—Sí.

—¿Y hasta dónde estás dispuesta a llegar para mantener a tu hijo a salvo?

—A las profundidades del infierno, si es necesario—.

—Bien. Porque es exactamente hacia allí a donde te diriges—, dice. — Ahora, escucha y haz exactamente lo que te digo—.

Mi estómago da vueltas entre saltos mortales y caídas pronunciadas mientras escucho el plan de mi hermanastro, y cuando termina, tengo ganas de vomitar. No bromeaba cuando dijo que me dirigiría a las profundidades del infierno.

—¿Por cuánto tiempo? — Me ahogo.

—Hasta que salga—.

—¡Son casi cuatro años, Massimo! No puedo hacerlo—.

—Ese es el precio de tu libertad y la seguridad de su hijo—. Una sonrisa se dibuja en su boca.

Mientras observo el brillo calculador en sus ojos, me doy cuenta. —No estabas simplemente moviendo algunos hilos desde aquí, ¿verdad? Has sido tú quien se ha ocupado de los asuntos familiares todos estos años—.

—El *nuncio* era un buen hombre, pero no tenía el filo sanguinario para tomar las decisiones necesarias—.

La sonrisa en su rostro se amplía hasta convertirse en una sonrisa tan aterradora que involuntariamente me inclino hacia atrás.

—He estado dirigiendo la Cosa Nostra de Boston desde que tenía diecinueve años, hermana—.

Me estremezco.

—Debe haber alguna otra manera—.

—No la hay. — Él inclina su cabeza hacia un lado, su mirada penetrante sostiene la mía. —Es un intercambio justo. Cuatro años de tu vida a cambio de libertad. Para ti y tu hijo—.

Un intercambio. Sólo escuchar el término me da ganas de llorar. Parece que mi demonio tenía razón en ese sentido: nada es gratis.

—Júralo—, insisto en un susurro ronco.

—Lo juro por mi honor—.

Asiento con la cabeza. —Lo haré.

Lentamente, me levanto de la silla, tratando de procesar todo. Estoy en la puerta cuando la voz de Massimo me alcanza y me detiene en seco.

—¿Qué pasó con Zahara?

—A ella no le '*pasó*' nada. Tiene vitíligo. Es sólo una condición de la piel. Si nos hubieras dejado visitarte, lo habrías sabido—.

—Contaba con que me redujeran la sentencia, pero cada una de mis solicitudes de libertad condicional fueron rechazadas. Y apuesto a que Leone también estuvo de alguna manera detrás de eso—. Levanta las manos delante de él, tensando las cadenas. —No quería que ninguna de ustedes me viera... así. Lo creas o no, me preocupo por ti, Nera. Eres mi familia. Nunca le habría prohibido al *Nuncio* casarte cuando cumplieras dieciocho años si no me importara una mierda.

Mis ojos bajan por su enorme cuerpo tumbado en la silla, luego suben, sobre sus manos y brazos tatuados, y me detengo en su rostro.

—O tal vez simplemente querías tener la oportunidad de concertar un matrimonio que hiciera avanzar tus planes—.

Sus labios se ensanchan en una sonrisa tortuosa. —Eso también.

—Bueno, la prisión puede haberte cambiado por fuera, pero por dentro sigues siendo el mismo tipo astuto que recuerdo—.

—Nunca supongas que conoces a una persona a menos que hayas vivido su vida, Nera—.

—Sí—, agarro el pomo de la puerta, —me he dado cuenta exactamente de eso recientemente—.

# Capítulo 25



—Entra.

Cierro los ojos sólo por un momento mientras alcanzo el picaporte. Mientras conducía, mi cuerpo temblaba tanto que tenía miedo de perder el control y chocar contra algo, pero una vez que estacioné frente al edificio de arenisca de estilo italiano, una calma inusual se apoderó de mí. Era similar a la tranquilidad inmediatamente después de una tormenta en el océano, cuando el aire todavía se siente cargado de electricidad, pero el agua se convierte en vidrio líquido. Así es como me siento ahora. Por fuera soy un sereno iceberg flotando sobre una superficie tranquila, mientras que por debajo una maldita corriente me destroza. Pero estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para garantizar la seguridad de mi hijo.

Abro la puerta y entro en la oficina de Don Leone.

—Me sorprendí bastante cuando recibí la llamada desde la puerta—, dice Batista Leone sin levantar la vista del libro de contabilidad de cuero que tiene frente a él. —He decidido casarte con Salvo—.

Mis tacones negros hacen ruido contra el ornamentado piso de madera mientras me acerco a su escritorio y me siento en una silla para visitas colocada frente a él. Coloco mi bolso en mi regazo, saco el primero de varios papeles doblados, me inclino hacia adelante y lo dejo sobre el libro de contabilidad que ha estado leyendo.

—Deberías preguntarte qué puedo hacer por ti —. Sonríó y luego agrego: —Batista—. La cabeza de Leone se levanta bruscamente al escucharme pronunciar su nombre.

—¡Cómo te atreves! — él ladra.

—Mira el documento antes de decir algo de lo que se arrepientas—.

Coge la copia impresa del contrato de inversión que él y mi padre firmaron con la Camorra y empieza a leer, su cara se pone más roja a cada segundo.

—Me pregunto qué diría la Familia si vieran eso—. Vuelvo a buscar en mi bolso y saco el siguiente conjunto de papeles. —O tal vez estarían más interesados en la empresa fantasma que tu creaste y que también, tan convenientemente, fue contratada para completar todas las renovaciones en nuestros casinos. Y que cobró el triple de tarifas por el trabajo real y terminado. ¿Robarle a la familia, Batista?

Leone me arranca de las manos el informe del investigador que lo expone como el dueño de dicha empresa, y el color de su rostro se desvanece rápidamente.

—¿Y qué tal esto? — Saco una pila de fotos. Uno lo muestra besando a una mujer que tiene la mitad de su edad. Otra es en blanco y negro y algo granulada, pero lo muestra claramente follando a la misma mujer por detrás, dentro de una habitación de hotel.

—¿Follándote a la esposa de nuestro mayor inversor? Tsk, tsk, tsk... No creo que Adriano se tomara bien la noticia—.

El rostro de Leone ahora tiene un tono amarillo enfermizo. No tengo idea de cómo Massimo logró obtener todas estas cosas, y realmente no me importa. En el momento en que Salvo me trajo los documentos, vine directamente aquí.

—Pero todo eso son pequeñeces, ¿no? Seguro que la Familia las dejará pasar—. Le ofrezco una sonrisa condescendiente. Sabe muy bien que en cuanto salgan a la luz, será hombre muerto. —Entonces, ¿qué te parece esto? Organizar un golpe al Don de la Cosa Nostra para que puedas tomar el mando.

El poco color que le quedaba en el rostro, desaparece, dejándolo pálido como un cadáver. No hay mayor delito en la Cosa Nostra que matar al don con el único propósito de ocupar su puesto. La estructura jerárquica se ha establecido para garantizar la estabilidad, la seguridad y la prosperidad de los

miembros. Si fuera una práctica común que los subordinados mataran a sus superiores, causaría caos. Y nunca se permitiría que el caos echara raíces en la Cosa Nostra. Mantiene sus ojos en los míos mientras busca dentro del cajón del escritorio. Supongo que va a por un arma.

—¿De verdad crees que habría venido aquí sola y te habría mostrado todo esto sin algún tipo de seguro? — Cruzo las piernas y me recuesto en la silla. — Si algo me sucede, se enviarán copias de estos documentos no sólo a los capos, sino también a todos los miembros de la Famiglia, desde nuestros mayores inversores hasta los soldados más humildes. Te destrozarán y te convertirán en un ejemplo en cuestión de horas.

—¿Qué quieres? — él ladra. —¿No quieres casarte con Salvo? Bien. Me importa un carajo—.

—Oh, sí quiero casarme, Batista. Pero no a tu jefe—. Yo sonrío. —Me casaré contigo.

—¿Qué? — espeta, medio levantándose de su silla.

—Créeme, la idea de estar atada a un viejo cerdo asqueroso como tú me parece repugnante. Pero eso es lo que va a pasar—. Hago una pausa por un momento, luego continúo. —El domingo vas a anunciar nuestro compromiso. La boda se fijará para finales de este mes—.

—¿Por qué?

—Porque ser tu esposa significará que puedo garantizar que se protejan los mejores intereses de la familia—. Cruzo los brazos sobre el pecho y lo fijo con la mirada. —Seguirás siendo Don, en lo que respecta a la mayoría de la gente, y podrán seguir inclinándose y besándote la mano. Se te permitirá andar pavoneándose como si tuvieras todo el poder y el respeto. Pero eso es todo lo que vas a hacer. A partir de hoy tomaré todas las decisiones relativas a los tratos, negocios y asuntos privados de la Familia. A todos les parecerá como si todavía estuvieras a cargo. Y, dentro de cuatro años, cuando mi hermanastro salga de prisión, tú dimitirás por motivos médicos y darás todo tu apoyo a Massimo como próximo Don.

—Estás loca.

—No, Batista. No estoy loca. Estoy decidida, y si tienes una pizca de ingenio en esa mente traidora tuya, entenderás que una mujer decidida es mucho más peligrosa que una loca. —Saco el último trozo de papel de mi bolso y lo tiro delante de él. —La lista de mis preferencias para la recepción de la boda. Asegúrate de que los sigan. Y, por favor, asegúrese de usar una corbata que no tenga las manchas de tus últimas tres comidas para nuestro día especial—.

Puedo sentir sus ojos perforando mi espalda mientras me alejo. Cuando llego a la puerta, me detengo y miro por encima del hombro.

—Ah, y una cosa más. Cuando nazca mi hijo, lo reclamarás como tuyo. Y que Dios te ayude si alguna vez cometes un desliz y le dices a alguien que eso no es verdad—.

La puerta se cierra detrás de mí con un suave clic. Cuando vuelvo a mi auto y me dirijo a mi casa, observo las sombras de cada callejón por el que paso.

*Mirando.*

*Buscando.*

*Esperando.*

Todavía tengo la esperanza de que, en cualquier momento, mi demonio se materialice en la oscuridad. Pero sé que no lo hará. Ya no siento pequeños cosquilleos en la nuca. No más conciencia de ojos que siguen mis movimientos. Nada.

Nunca quise que se fuera. No quise decir esas palabras de odio que le grité desde mi techo esa noche. Debería haberlo sabido. Después de todo lo que pasó entre nosotros, debería haber sabido que no podía vivir sin él.

Y aun así me dejó.





—Deberíamos intentar matarlo de hambre primero—.

Tiro de la cadena atada a los grilletes que atan mis muñecas y miro al hombre de Mendoza mientras se limpia la sangre de su nariz rota. Está sólo unos pasos delante de mí, pero no puedo alcanzarlo para acabar con él. El otro extremo de la cadena está atornillado al suelo, lo que me permite un alcance de sólo unos seis metros.

El tipo saca un cuchillo y da un paso adelante. La docena de hombres que forman un amplio semicírculo a nuestro alrededor empiezan a vitorear. No estoy seguro de lo que Mendoza me tiene reservado a largo plazo, pero por el momento, parece que estoy aquí para brindar entretenimiento a sus soldados. Antes de dejarme en este complejo, les dijo a sus hombres que eran libres de hacer lo que quisieran conmigo, siempre y cuando me mantuvieran con vida.

En las dos primeras semanas después de mi captura, maté a tres de sus matones que intentaron atacarme furtivamente herí a varios más. Ahora se están haciendo apuestas sobre quién será el primero en dominarme.

Mi oponente se acerca un paso más y me lanza su cuchillo. Lo esquivo y logro darle una patada en la rodilla, enviándolo de culo al suelo. Algunos espectadores corren hacia nosotros, sin duda intentando ayudar a su camarada. Pero ya es demasiado tarde. Antes de que el más rápido del grupo llegara a mí y me pateara el estómago, ya había enterrado el cuchillo entre los omóplatos de mi oponente.

Una bota se conecta con mi frente, haciéndome girar la cabeza hacia un lado. La siguiente patada me alcanza en las costillas. Enfoco mi mirada en el cielo mientras más golpes caen por todo mi cuerpo, dando la bienvenida al dolor. Esperando que sea lo suficientemente fuerte como para superar el dolor de mi corazón.

Que no es.

# Capítulo 26



## *Dos meses después*

Impresiones, carpetas y libretas están esparcidas frente a mí sobre toda la superficie de madera de roble del enorme escritorio de la oficina de Batista. Bueno, supongo que ahora es mía. Además de los problemas que causó mi querido esposo mientras estuvo a cargo durante unas cuantas semanas. Arrendamientos de locales que no consiguió renovar. Contratos que debían revisarse, firmarse y que ahora están muy atrasados. Y una horda de inversores enojados pisándome el cuello, exigiendo proyecciones de ingresos para el próximo año. Todo un desastre que Batista estaba ansioso por arrojarme encima para poder pasar la mayor parte de su tiempo en uno de los clubes de striptease de la Famiglia.

El olor a muebles viejos y el olor a cigarrillo impregnado en la tapicería y las cortinas es absolutamente nauseabundo. Ha pasado poco más de un mes desde que nos casamos y me mudé a su casa. Con todo el excelente trabajo que me han realizado, no tuve tiempo de remodelar esta sala, pero eso es algo que tendré que rectificar pronto. Suena un fuerte golpe en la puerta de la biblioteca.

—Adelante—, murmuro mientras mis ojos siguen deslizándose sobre los extractos de crédito que nuestro banco ha enviado. Salvo entra y se sienta en la silla al otro lado del escritorio.

—Tenemos un problema.

—¿Han llamado más inversores para decir que no están contentos con cómo se están manejando las finanzas familiares? — Yo suspiro. —No creo que pueda lidiar con ellos hoy—

—Encontramos un topo, Nera—.

Mi cabeza se levanta de golpe. —¿Alguien ha estado hablando con las autoridades?

—Peor. Parece que uno de nuestros chicos de seguridad está en la nómina de Salvatore Ajello.

Bajo los documentos. Los problemas con nuestras líneas de crédito de repente parecen un inconveniente menor.

—¿Está seguro?

—Sí. Uno de mis hombres ha estado trabajando con él desde esta mañana. Empezó a cantar hace una hora—.

—Bueno. Visitaré a Massimo y veré cómo quiere que lo manejemos—.

—Sólo hay una manera de manejar esta situación y Massimo te dirá lo mismo. De todos modos, no podemos esperar hasta mañana. Alguien le dijo a Brio que atrapamos a un traidor y acaba de llegar a las instalaciones donde lo tenemos retenido. Supongo que algunos de los capos, si no todos, también están en camino hacia allí. Querrán ver personalmente cómo se resuelve este problema—.

Mi respiración se corta. El castigo para quienes traicionan a la Familia es la muerte.

—Iré a despertar a Batista—, digo.

—Y dile que tiene que encargarse de ello—.

Salvo sostiene mi mirada y, aunque intenta no demostrarlo, puedo ver la preocupación en sus ojos. Además de la lástima.

—Tienes que ser tú, Nera—.

Retrocedo tan repentinamente que mi silla de oficina rueda un pie por el suelo.

—Batista es el don. Ya que le encanta desfilarse y que la gente le bese la mano, sin mencionar su trasero por alardear de cómo arregló el desastre que mi padre creó con la Camorra, debería ser él quien ataque a la gente.

—Puede que el resto de la familia no sepa que eres tú quien realmente lleva las riendas, pero los capos sí. Tú lograste liquidar parte de la inversión de Camorra en nuestros casinos, pero ese hecho sólo los mantendrá a raya por un corto tiempo. Los capos deben estar convencidos de que eres capaz de hacer lo que sea necesario por el bien de la Famiglia—.

—No voy a matar a nadie, Salvo—.

Coloca los codos sobre el escritorio, inclinándose hacia adelante.

—Ha habido comentarios silenciosos entre los capos. Brio ha planteado la posibilidad de abrir un debate sobre el cambio de liderazgo en la próxima reunión. Si consideran que Batista no es apto para el puesto y deciden expulsarlo, terminarás siendo un daño colateral—. Sus ojos recorren mi pecho y se detienen en mi estómago. —Todo el mundo cree que es el padre de tu bebé—.

Mis manos inmediatamente vuelan para cubrir el ya bastante revelador bulto, como si simplemente acunándolo pudiera proteger a mi hijo de las cosas que Salvo está insinuando. Pensé que Batista alegando paternidad protegería a mi hijo, pero eso sólo puede funcionar si él es el Don. Si Batista es derrocado de su trono, Massimo no podrá asumir el poder. Nunca obtendré mi libertad y, sin importar el género, mi hijo enfrentará el destino que estoy tratando de evitar. Si es un niño, tarde o temprano alguien puede intentar matarlo. Si es una niña, terminará casada con quien sabe quién. Y no podría hacer nada para evitar ninguno de los dos.

El horror se revuelve en mi estómago, su toxicidad se apodera de todo mi cuerpo. ¿Cómo puedo obligarme a acabar con la vida de un hombre? ¿Matar a alguien que no me hizo nada específicamente? Agarro el reposabrazos y lo aprieto con tanta fuerza que mis nudillos se ponen blancos. Puede que ese hombre no me haya hecho nada directamente, pero es una amenaza para mi bebé. Respiro profundamente, recojo mi bolso y cruzo la habitación.

—Vamos.

—¿Dónde?

—A dondequiera que tengas al espía de Ajello—, susurro.

Haré *cualquier* cosa para garantizar que mi hijo esté seguro. Si eso significa vender mi alma al diablo matando a un hombre, que así sea.

# Capítulo 27



*Tres años después*

*Prisión de alta seguridad en las afueras de Boston*

Incluso después de tres años de visitas semanales, el ruido de las cadenas dentro de esta habitación silenciosa mientras Massimo se sienta frente a mí en la mesa de metal todavía me envuelve la columna como un miedo helado. Como siempre, el guardia asegura los grilletes al lazo de metal y se va. Unos momentos más tarde, la cámara en la esquina de la habitación se apaga.

—Te lo dije, Nera—, dice mi hermanastro entre dientes, —solo una visita por semana, o alguien puede sospechar que hay algo más en esto que una simple reunión familiar—.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué carajo estás haciendo aquí hoy? — él ruje.

Antes, los arrebatos de Massimo me hacían temblar como una hoja. Me sentaría en esta silla y soportaría su ira, demasiado asustada para responderle. Ya no. Después de todo lo que me obligó a hacer, sin mencionar todas las cosas que he hecho sin sus órdenes desde que comenzamos esta farsa, sus gritos no tienen ningún efecto en mí. Después de mi primer asesinato, hubo dos infiltrados más de Ajello que requirieron mi “*atención*” personal. Cada vez, puse una pistola en la cabeza de un hombre y apreté el gatillo sin siquiera el más mínimo movimiento de mis dedos. También he condenado a muerte a varios de nuestros hombres enviándolos a Nueva York para espiar a ese bastardo. Descubrió cada uno. Los recuperé, en pedazos, mediante un servicio de mensajería especial.

Hubo más. Un empleado de uno de los casinos que fue sorprendido robando. Un contable que falsificó las cuentas y se quedó con la parte superior. Puede que no hayan muerto por mi mano, pero fui yo quien dio las órdenes. Eran sus vidas o la seguridad de mi pequeña. En mi opinión, no es una elección en absoluto. Mantener a mi hija segura supera todo lo demás en este mundo olvidado de Dios.

—Ciertamente no estoy aquí porque tuviera ganas de ver tu cara, Massimo—. Cruzó los brazos debajo del pecho. —La salud de Batista está empeorando—.

La expresión de mi hermanastro se transforma de rabia a preocupación.

—¿Qué es?

—Tenía un aneurisma cerebral. Fue uno menor. Lo enviarán a casa en un par de días y le administrarán medicamentos especiales para, con suerte, prevenir otro, pero el médico no puede asegurarnos que no volverá a suceder ni decirnos qué tan grave puede ser si vuelve a suceder—. Aprieto los dientes. —Tienes que salir y tomar el control antes de que muera—.

—¿Crees que me gusta estar aquí? ¿Crees que me dejaría pudrir en este basurero si hubiera alguna forma de salir antes? Tengo ocho meses más hasta mi salida.

—Esperemos que viva lo suficiente—.

—¿Y si no lo hace?

—Si no lo hace, ambos estamos jodidos, hermana—.



### ***El recinto de Alfonso Mendoza, México***

El sonido de una explosión penetra mi confusa conciencia. Abro los párpados, pero no puedo ver nada más que oscuridad. El suelo debajo de mí se estremece mientras varias detonaciones más suenan en algún lugar cercano,

luego, una cacofonía de gritos se suma al caos general. Todo en mí quiere que mis ojos permanezcan abiertos, pero se siguen cerrando como si mis pestañas estuvieran cargadas de plomo.

Disparos automáticos. Acercándose. Más gritos. Supongo que uno de los rivales de Mendoza está atacando el recinto. Sea quien sea, o cualquier otra cosa que pueda estar pasando, no me importa particularmente. Mi mente quiere volver al sueño que estaba teniendo antes de que el ruido lo ahuyentara.

Un puesto repleto de verduras y una hermosa mujer levantando varias verduras para que las pueda oler.

Parecía tan real que casi podía inhalar el olor acre de la tierra, pero por alguna razón no podía recordar su nombre.

La conozco.

La conozco muy bien.

Mi corazón late más rápido cada vez que la veo. Ella siempre está en mis sueños. Pero últimamente (en los últimos días, o tal vez así haya sido semanas...) su nombre se me escapa. Cada vez lo tengo en la punta de la lengua, pero no lo recuerdo.

El eco de las pisadas al correr. Más disparos, más cerca ahora. Lo aparto todo y vuelvo a mi sueño.

Estoy sentado en un tejado, la mujer está acurrucada a mi lado. Su cabello está recogido en la parte superior de su cabeza con un pañuelo rojo.

¿Cuál es su nombre?

—Santa Madre... Jesús, María y José—, dice una voz masculina cerca de mí. —Esquina este. Trae tu trasero aquí. Ahora, Az—.

Otra voz se une poco después, pero las bloqueo a ambas, tratando de aferrarme a la visión en mi mente.

Una suave voz femenina, diciendo algo al lado de mi oído. Es ella otra vez. Leyéndome. ¿Algo sobre... vacas?



Su nombre, ¿cómo se llama?

—Mantenlo presionado. No quiero que se vuelva loco pensando que soy un enemigo—.

Unas manos agarran mis piernas, la sensación disuelve mi sueño, justo cuando casi lo agarro. Me doy la vuelta y golpeo la distracción con el pie. ¡Quiero recuperar mi sueño!

—¡Jesús, joder! ¡Te dije que lo sujetaras, maldita sea!

Algo pesado aterriza encima de mí. Rujo y le doy un cabezazo al hijo de puta que plantó su trasero en mi pecho. El pinchazo de una aguja en el muslo. Me revuelvo, tratando de quitarme al hombre de encima.

¿Cuál es su nombre?

La niebla invade mi mente, haciendo que las voces de los hombres se vuelvan más distantes.

Manos delicadas. Dedos suaves con uñas cuidadas, limpiando el corte en mi brazo. Cachorro. Mi cachorro de tigre.

Sí, ese es su nombre.

# Capítulo 28



*Dos semanas después.*

Se oye un crujido apagado cuando giro la cabeza de un hombre hacia un lado y le rompo el cuello. Bajo el cuerpo al suelo, luego uso mi ganzúa para abrir la puerta del sótano. Me tomó cuatro días de cuidadosa observación conocer los movimientos de los guardias para poder deshacerme rápidamente de los seis. Si también tuviera que descifrar el sistema de alarma, podría haber tenido que elegir otra ubicación, pero Félix tuvo la amabilidad de chantajear a Az para que se encargara de la tecnología por mí.

Unas escaleras de madera conducen al pasillo de la planta baja. Giro a la derecha y me dirijo a la sala donde está la televisión encendida, transmitiendo las noticias. Un hombre está recostado en el sofá, de espaldas a mí. Me acerco a él en silencio y presiono el cañón de mi arma en la parte posterior de su cabeza.

—Hola, Capitán—.

Su cuerpo se pone rígido por un momento, pero luego se relaja.

—Veo que finalmente te liberaste. Te llevó bastante tiempo, Mazur.

Mantengo mi arma apuntando contra su cráneo mientras saco mi segunda arma con la otra mano.

—Sí, así parece—.

Apuntando a su rodilla izquierda, disparo. Kruger grita justo cuando le disparo la otra rótula. Rodeando el sofá, me siento en el sillón reclinable que está frente a él. Kruger está presionando sus manos sobre el desastre que alguna

vez fueron sus rodillas, mirándome con una mezcla de miseria e ira grabada en su rostro.

—Lo siento—, digo. —No estoy exactamente en óptimas condiciones físicas para perseguirte en caso de que intentes escabullirte—.

Se le escapa una risa baja y ligeramente histérica.

—Eufemismo del siglo. Basado en lo horrible que luces, debes haber recibido el trato VIP de Mendoza. ¿Simplemente te mataron de hambre o fue algo más lujoso?

—Yo diría que recibí un paquete con todo incluido—.

Kruger se ríe de nuevo, el sonido sale desquiciado, pero rápidamente se disuelve en un gemido de dolor. No disfruto viendo sufrir a nadie. A menos que se me ordene específicamente lo contrario, mis muertes siempre han sido rápidas y eficientes. Pero esto... Ver a Lennox Kruger retorcerse en agonía me produce una alegría inmensa. Y no tiene nada que ver con que me sirvió a Mendoza en bandeja de plata. Me cruzo de brazos y me encuentro con su mirada ligeramente frenética.

—¿Fue una trampa?

—¡Por supuesto que fue una trampa, hijo de puta! — grita, saliva saliendo de su boca. —¿Me dejaste, carajo? — Respira apresuradamente, los ojos brillan mientras la rabia pinta su rostro de rojo. —¿Por una mujer? — Las palabras se vuelven cada vez más difíciles para él, ya que parece perder todo control de sus emociones. —¡Yo te hice, bastardo! — él grita. —Necesitabas una lección. Pero ese cabrón de Mendoza no cumplió con nuestro trato de enviarte de regreso.

—No estoy hablando de México—.

Gruño en un tono uniforme mientras la rabia cruda me desgarrar por dentro. Los labios de Kruger se ensanchan en una sonrisa siniestra y se inclina hacia atrás como si le hubiera infundido nueva energía, olvidando sus heridas.

—Lo fue, ¿no? Ese último golpe que me enviaste a completar. El jugador de las grandes ligas italianas.

—Eres mío, Mazur—. Él se burla. —Sin mí no habrías sido nada. Tomé un insignificante montón de mierda y le di forma de una magnífica obra de arte. ¡Nadie puede quitarme mi creación! Él se ahoga con un gruñido. —¿Sabías siquiera que la mujer con la que estabas saliendo era una princesa de la Cosa Nostra?

No, no lo hice. Me enteré hace solo una semana cuando Félix buscó información sobre ella para mí. Levanto mi arma y le disparo a Kruger en su hombro izquierdo. —Continúa.

Me mira fijamente, su rostro contorsionado en una máscara de dolor. Gotas de sudor se acumulan en la línea del cabello y su respiración es rápida y superficial, pero mantiene la espalda erguida como un palo. Siempre ha sido un hijo de puta duro.

—Sabes, al principio, consideré simplemente matar tu pequeño coño. Pero entonces, vi un contrato exitoso de su padre en juego. ¿Hacer que su amante matara a su único padre? El destino me sonreía, no podía dejar pasar este regalo perfecto de las circunstancias—. Cae en una risa maníaca. —¿Sabes que ahora está felizmente casada?

El dolor explota en mi pecho, tal como lo hizo cuando Félix me contó ese detalle. Mi cachorro se casó. Sabía que sucedería algún día, pero una parte de mí aún murió cuando lo escuché.

—Supongo que, después de todo, le hice un favor—, continúa Kruger. —La esposa de un hombre poderoso y respetado. Terminó mucho mejor que si se hubiera quedado contigo.

—Lo sé.

—¿Ya fuiste a verla? ¿Mirarla como un imbécil, como lo hacías antes?

Levantándome del sillón reclinable, me acerco al hombre que orquestó todo lo que me llevó a perder lo único que siempre quise para mí: mi cachorro. Puede que su marido sea mejor hombre que yo, pero nadie la amará jamás como yo.

Envuelvo mis manos alrededor del cuello de Kruger, apretando su tráquea hasta que su cara se pone azul.

—Que lo pases muy bien en el infierno, Capitán. Cuando me una a usted allí, los mataré de nuevo—.

Kruger jadea, luchando por respirar. Aprieto más fuerte. Sus ojos están desorbitados, mirándome desde su rostro horrorizado, mientras sonidos de asfixia salen de sus labios. Saboreo sus sonidos como si fueran la melodía más hermosa y sigo apretando, incluso después de que su cuerpo se queda quieto. Cuando salgo de la casa de Kruger, me subo a mi coche y me dirijo al aeropuerto. Volviendo por fin a mi cachorro de tigre. No podía arriesgarme a hacerlo antes de encargarme de Kruger, pero ahora nada me mantendrá alejado. Puede que ella ya no sea mía, pero yo sigo siendo suyo. Y la cuidaré y me aseguraré de que esté a salvo hasta mi último aliento.

# Capítulo 29



## *Dos meses después*

El sedán negro brillante que circula por la calle delante de mí comienza a reducir la velocidad y se detiene en el semáforo en rojo. Piso el acelerador con suavidad, manteniendo una distancia segura, y dejo que otro vehículo se deslice delante del mío mientras me llego a la intersección.

Esta noche se quedó fuera hasta tarde.

Coloqué un rastreador GPS en el auto de Nera, por si acaso, pero no dependo de un maldito dispositivo en lo que a su seguridad se refiere. Durante los últimos dos meses, he estado cuidando a mi cachorro, siguiendo cada uno de sus movimientos cada vez que salía de casa.

¿He vuelto a ser un maldito acosador? Sí, pero eso significa que puedo seguir manteniéndola a salvo.

No sale de la mansión con tanta frecuencia, normalmente sólo una o dos veces por semana. Y siempre regresa a casa antes de la hora de cenar. Ya es casi medianoche, así que algo inesperado debe haber sucedido. ¿Tiene algo que ver con la muerte de su marido?

La vi ayer en el funeral, escondido detrás de los arbustos en la parte elevada del terreno del cementerio. La posición me presentó una vista tranquila de todos. quien asistió. Esa maldita reunión casi me hizo perder la cabeza. Más de cien personas se apiñaban y cada una de ellas era una amenaza potencial para mi cachorro.

Durante más de una hora, la mira de mi MK 13<sup>3</sup> siguió moviéndose de una persona a otra mientras evaluaba su lenguaje corporal y buscaba cualquier movimiento brusco en dirección a Nera. Un montón de dolientes, la mayoría armados, como lo demuestran los bultos debajo de las chaquetas de los hombres. Sólo después de que mi cachorro finalmente se metió en el auto con su hermana y abandonó los terrenos del cementerio, pude volver a respirar normalmente.

Ni siquiera había visto su rostro mientras estuvo allí. Lo escondió detrás de un velo negro de gasa. ¿Estaba llorando por perder a su marido? Probablemente lo estaba. Nera siempre se ha preocupado profundamente por las personas que la rodean. Ella debe estar sufriendo ahora. Darle cuenta de eso me hace querer desenterrar el cadáver del imbécil y matarlo yo mismo. No para causarle más dolor, sino porque él tenía lo que yo quería.

Nunca los vi juntos, lo cual es una bendición, en cierto modo. Si lo hubiera hecho, no estoy seguro de haber podido resistirme a enviarle una bala a la cabeza. Me alegro de que el idiota esté muerto, y ese hecho me hace sentir mal. Nera se casó con él, por lo que debió amarlo. De todos modos, no puedo fingir que no me alegro de que ese cabrón esté a dos metros bajo tierra.

La luz cambia a verde y el vehículo de Nera gira a la izquierda, en dirección norte. La sigo durante media hora, manteniendo una distancia de tres autos entre nosotros hasta que su sedán se detiene frente a la alta valla de hierro. Su nuevo hogar. Aparco en la calle y espero a que el guardia de seguridad abra la puerta. Un momento después, el auto de mi cachorro desaparece de la vista.

Reclinándome en mi asiento, observo cómo la barrera de hierro vuelve a su posición. Está bien engrasada y no hace ruido. Se cierra, pero todavía escucho el ruido metálico en mi cabeza. Como ocurre cada vez que ella desaparece detrás de esa gruesa puerta de hierro, siento como un corte de cuchillo en mi pecho.

Cada noche desde mi llegada, me he imaginado embistiendo esa maldita puerta con mi auto para forzar mi entrada y reclamar lo que es mío. Un tonto engaño de un hombre desesperado. Esta noche ni siquiera tengo energía para

---

<sup>3</sup> Rifle de francotirador de grado militar.

soñar. Sin embargo, no puedo obligarme a dar la vuelta al auto e irme. Esto es lo más cerca que puedo estar de ella ahora y quiero quedarme un poco más.

*“Un poco más”* termina siendo más de una hora. Cuando entro al departamento que tengo rentado y que está a solo unas cuadras de distancia, es la una y media de la mañana. Dejo mi chaqueta en el respaldo de la silla de la cocina y me dirijo al refrigerador, tomando algunas sobras para calentarlas. Mientras el plato de macarrones con queso gira en el microondas, saco mi teléfono y navego hasta un sitio familiar escondido en la web oscura, ingresando mis credenciales de inicio de sesión. La gente normal navega por las redes sociales y aplicaciones de noticias cuando necesita una distracción; Reviso listados de trabajos exitosos. No es que tenga tiempo para aceptar un trabajo en este momento, considerando que mi único propósito desde que regresé a Estados Unidos es cuidar de Nera, pero los viejos hábitos son difíciles de eliminar, así que todavía lo hago de vez en cuando. Tal vez solo soy sentimental.

Examino la lista, comprobando las ubicaciones y los detalles, cuando una entrada en particular atrae mi atención. El objetivo está en Boston, y el contrato ha sido reclamado hoy por los sicilianos, un equipo de sicarios despiadados que atacan con fuerza y rapidez, eliminando su objetivo en menos de veinticuatro horas. Hago clic en la entrada y la imagen en blanco y negro de una mujer comienza a cargarse.

Mi maldito corazón se detiene.

Es Nera.

La tierra se desvanece debajo de mis pies.

Un hijo de puta desconocido le dio un precio a mi cachorro.

No dedico ni un segundo a ir a mi habitación a buscar armas adicionales, simplemente salgo corriendo del apartamento. El pánico inunda la boca de mi estómago mientras corro como un loco por las pocas calles que separan mi edificio del vecindario donde se encuentra la casa de Nera. Si fuera alguien más que los sicilianos, tendría más tiempo para hacer frente a esta amenaza. Pero el puto Rafael De Santi se enorgullece del tiempo de respuesta de cualquier contrato que asume su organización. La van a matar. Esta noche.



Bueno, ¡no bajo mi maldita guardia!

Me tiemblan las manos cuando freno frente a la formidable verja de hierro que bloquea la entrada a la propiedad y salgo volando del auto. La entrada todavía está cerrada, gracias a la mierda, y respiro profundamente por primera vez desde que vi esa orden de matar. Eso fue hasta que noté los cables cortados que sobresalían de la caja de energía adjunta al costado de la garita. Los guardias de seguridad no están a la vista.

El terror se apodera de mí de nuevo mientras agarro la varilla de metal de la puerta rodante y la empujo para abrirla. El obstáculo se mueve fácilmente hacia la derecha. Sin duda las cerraduras y la alarma que forman parte de los circuitos de la puerta han sido neutralizadas. Los malditos bastardos ya están dentro. Me deslizo por la abertura y corro por el lado sur de la valla, directamente hacia la mansión.

Las ventanas del ala este de la planta baja están iluminadas. Las cortinas están abiertas y puedo ver la figura femenina sentada detrás del gran escritorio en una habitación espaciosa. Esta debe ser la oficina central de Nera. El aire sale de mis pulmones en una gran bocanada mientras el alivio me inunda. Ella está viva. Me permito solo un segundo para disfrutar de la vista de mi cachorro y luego retomo mi misión.

Los sicilianos siempre trabajan en equipos de cuatro: dos hombres en las rutas de salida supervisan la vigilancia y dirigen el movimiento dentro del perímetro, uno proporciona fuego de cobertura o respaldo según sea necesario, y el líder va tras la marca. Su modus operandi típico para las ejecuciones es estrangular mientras el objetivo está dormido, por lo que el asesino designado ya podría estar escondido en el dormitorio de Nera, esperando hasta que ella se dé vuelta.

Conocer sus movimientos me da una ventaja, pero sólo si el asesino designado no se entera de que estoy aquí. Si él o sus amigos me ven, cambiarán de táctica. De ninguna manera voy a jugar con la vida de Nera. Si el hijo de puta ya está en posición, Nera estará a salvo mientras permanezca en el estudio. Eso significa que puedo dejar que el asesino principal sea el último en enterarse, después de deshacerme de los otros tres.

Veo a uno de los tipos de vigilancia cerca de un grueso roble, haciendo guardia cerca de la entrada principal. Usando las sombras como cobertura, me arrastro a lo largo de la pared de la mansión hasta que estoy justo detrás de él, dejándolo caer rápidamente y envolviendo mi brazo alrededor de su cuello. Un momento después, un pequeño crujido resuena en la lucha silenciosa, confirmando que le he fracturado las vértebras cervicales. Bajo el cuerpo al suelo y me dirijo hacia la parte trasera de la casa, una vez más escondido entre la oscuridad como el demonio decía que soy. Otro siciliano está agachado junto a una especie de elemento del jardín, cerca de la puerta trasera de la casa, con la cabeza inclinada hacia arriba. Sigo su línea de visión y veo al tercer miembro del equipo escalando el tubo de desagüe hacia la línea del techo. En el momento en que el escalador desaparece por el borde, cargo al hombre en el suelo. Ambos terminamos en una fuente drenada por la fuerza de mi ataque. Golpeo mi palma sobre su boca y entierro mi cuchillo en sus entrañas, hasta la empuñadura. El hombre sigue luchando y su mano busca mi garganta. Empujo la hoja más profundamente en su carne y giro el mango de mi Ka-Bar<sup>4</sup> cuando el dolor explota en mi costado izquierdo.

—Muere, maldita rata—, gruñí mientras retiraba el cuchillo y lo clavaba por la parte inferior de la barbilla del tipo hasta su cráneo. No me molestó en revisar la herida en el costado de mi torso donde el bastardo me cortó, solo me apresuro a perseguir al hombre que logró subir al techo.

La piel de mis palmas arde mientras agarro el bajante de metal helado escondido en la esquina L de la mansión. Tardo menos de un minuto en llegar a la cima, pero me parecen horas de un tiempo precioso. Tiempo que no tengo que perder. Un doloroso latido justo encima de mi cadera me dice que el maldito siciliano me jodió bien, pero la lesión no tiene sentido para mí. Me arrastraré si es necesario. Nadie le hará daño a mi cachorro hoy. O alguna vez. Mientras viva. Agarrando el borde, me arrastro sobre el borde y subo al techo.

La luna está oculta detrás de las nubes, pero algunos rayos perdidos la penetran, iluminando la figura vestida de negro agachada en el otro extremo, con la atención centrada en el césped de abajo. Mientras que simplemente

---

<sup>4</sup> El Ka-Bar es un cuchillo de combate famoso por ser utilizado por el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos (USMC) en la Segunda Guerra Mundial.

agradecía a mi estrella de la suerte por el techo plano, ahora estoy maldiciendo esa maldita cosa. No hay ningún obstáculo en el camino para que pueda acercarme sigilosamente al hijo de puta. Sin otra opción, saco mi arma y atornillo el silenciador. Cuando el hombre levanta la mano hacia su auricular, probablemente para contactar al resto de su equipo, apunto a la parte posterior de su cabeza y envío la bala. El tipo se sacude hacia adelante y cae boca abajo sobre la superficie del techo, colgando parcialmente hasta el borde.

Siento la sangre filtrarse a través de mi camisa mientras me acerco al cuerpo para comprobar el pulso. El dolor punzante en mi costado empeora cuando salto al balcón de abajo. La terraza, que no es demasiado ancha, está justo encima del estudio donde vi a Nera antes. La luz que sale de la habitación de la planta baja se apaga justo cuando lanzo una mirada por encima de la barandilla. Se me acabó el tiempo y aún no me he deshecho del último asesino a sueldo. Mierda. Con una pistola en la mano, abro la puerta del balcón y me deslizo dentro de la habitación. Me toma un momento orientarme ya que nunca he estado dentro de la casa de Nera.

Sin embargo, exploré los terrenos y miré los planos del edificio la noche que regresé a Boston, por lo que tengo una idea general del diseño. Sus habitaciones están en este piso superior, pero dan al otro lado de la propiedad. Sin tiempo que perder, corro por la sala llena de trozos de tela y alguna otra mierda, y salgo al pasillo. Sólo hay otra puerta, justo frente a mí.

—Sí, ya terminé por esta noche, Timoteo—. El sonido de las palabras de Nera me llega desde el pasillo de abajo, haciendo eco en el silencio. —Los capos estarán aquí mañana a las diez. Asegúrese de que la sala de conferencias esté lista—.

Una punzada de dolor me atraviesa, pero esta vez no tiene nada que ver con la herida en mi costado. Han pasado más de tres años desde que escuché su voz. O estuve tan cerca de ella. No nos separan más de unas pocas docenas de pies, pero aun así parece que cada centímetro de esa distancia tiene una milla de largo. Cierro los ojos con fuerza por un breve momento, solo un latido de tiempo para grabar el sonido melódico en mi memoria, luego preparo mi arma y abro la puerta de sus habitaciones privadas.

La suite está oscura, pero después de todo el tiempo que pasé confinado en los fosos del lúgubre hangar de Mendoza, mis ojos están acostumbrados a ver con poca luz, por lo que me toma menos de diez segundos confirmar que mi presa no está en la habitación... Ni siquiera necesito hacer una inspección exhaustiva de los alrededores. En mi negocio, el cazador tiende a desarrollar un instinto para sentir el entorno. Desde el momento en que entré en la habitación, supe que estaba solo allí. Pero no por mucho.

La puerta de cristal que da acceso al balcón está entreabierta. Ese es el punto de entrada que usaría. Como eliminé al hombre del tejado, supongo que el posible asesino intentará trepar desde el nivel inferior. Camino por el suelo alfombrado y me siento en el sillón reclinable colocado cerca de la estantería. Tiene una vista directa de la terraza exterior a través de las cortinas abiertas.

Sólo por un minuto, el inquietante silencio me envuelve. Luego, los sonidos amortiguados de tacones en el piso de madera resuenan por el pasillo que crucé momentos antes, acercándose. El cuero chirría cuando aprieto el reposabrazos con la mano libre mientras una tormenta ruge dentro de mí. Enfrentarme a mi cachorro una vez más nunca fue el plan. Ser testigo del odio y la condena en los ojos de Nera una vez que me encuentre aquí será una tortura peor que cualquier cosa que haya experimentado. No me importa. No hay nada que no soportaría por ella. Sobreviví dejándola ir. Yo también sobreviviré a esto. Al menos el tiempo suficiente para asegurarse de que esté sana y salva.

La puerta de la suite se abre y Nera entra. Por un momento, olvido cómo respirar, demasiado aturdido por verla. Su proximidad. Mi estrella titilante, que brilla incluso en la penumbra más oscura. La observo mientras camina hacia el centro de la habitación y mira a su alrededor como si intentara escudriñar los rincones oscuros. Como si lo hubiera hecho tantas veces... antes.

—Cuánto tiempo sin verte, cachorro de tigre—, digo con voz áspera. Nera se queda completamente quieta.

Respiro profundamente y enciendo la lámpara a mi lado. Dios mío, es aún más hermosa de lo que recordaba.

—Pensé que estabas muerto—, dice entrecortadamente, con una mezcla de sorpresa y dolor escrita en todo su rostro.

Lo estaba. Todavía lo estoy. Muerto. He estado muerto la mayor parte de mi vida. La única vez que realmente me sentí vivo fue durante ese corto período que pasé con ella. Todos los días antes y después son un puto páramo.

—¿Me extrañaste? — Pregunto y me arrepiento en el instante en que las palabras salen de mi boca. Incluso con poca luz, puedo ver sus músculos tensos. arriba. Sólo estoy haciendo esto más difícil para los dos, pero parece que no puedo controlarme.

—Es difícil extrañar a un hombre cuyo nombre ni siquiera sé—. La voz de Nera es apenas audible, pero detecto un ligero temblor en ella. El dolor en su expresión es evidente ahora. Pero noto algo más. Un brillo en las comisuras de sus ojos. Debo ser el hijo de puta más egoísta del mundo, porque ver sus lágrimas enciende el fuego en mi pecho y siento una pequeña chispa de vida regresando a mi existencia muerta. Quizás ella sí me extrañó. Un poco.

Luchando contra la atracción gravitacional de una estrella, mis ojos se alejan del rostro de Nera y se concentran en el movimiento detrás de ella. Una mano, envuelta en un guante de cuero negro, se agarra a la barandilla del balcón junto a un gancho sujeto al borde. El último de los sicarios finalmente ha decidido aparecer.

—Yo también te extrañé, cachorro—, le susurro. Levantando el arma, apunto al hombre que ahora está parado en el balcón. —No te muevas.

## *PARTE 2*

### *Presente*

# Capítulo 30



***En la actualidad***

***Leone Villa, Boston.***

El sonido de cristales rotos y algo grande cayendo al suelo explota detrás de mí. Mi corazón late tan rápido que siento que se me va a salir del pecho, pero permanezco completamente quieta. Me dijo que no me moviera, y cuando se trata de mi seguridad... Confío completamente en él.

—Ese es el último—, dice mi demonio y lentamente baja su arma. —Llama tu seguridad y diles que barran la propiedad y recojan los cuerpos. Hay uno en la fuente del jardín trasero. Uno junto al roble cerca de la puerta principal. Y otro en el tejado—.

—¿La alarma? — Pregunto.

—Comprometida. Necesitarás instalar unas nuevas—.

Echo un vistazo por encima del hombro. En el balcón yace el cuerpo de un hombre vestido de negro y con un pasamontañas sobre la cara.

—¿Mercenarios?

—Sí. El equipo siciliano—. Deja el arma junto a la lámpara de lectura en la mesa auxiliar, gimiendo en el proceso. —Felicidades. Tu cabeza vale dos millones hoy en día—.

El miedo se enciende en algún lugar muy dentro de mí. Algo está mal. Cruzo corriendo la habitación, agarro la lámpara y la giro hacia él. La parte

delantera y lateral de su camisa están saturadas de sangre, y parte de ella se filtra sobre la tapicería de la silla.

—Mierda.

Me arrodillo entre sus piernas y empiezo a desabotonarle la camisa.

—¿Bala?

—Un cuchillo. — Él toma mi mejilla y levanta mi cabeza.

—Es bueno verte de nuevo, mi cachorro de tigre—.

Aprieto mis labios para ocultar su temblor, lo miro a los ojos y, de repente, no parece que hayan pasado casi cuatro años desde la última vez que nos vimos. Los mismos ojos. Todavía tan atormentados. Pero hay nuevos secretos en sus profundidades.

Está vivo.

¿Es esto real? Me aterroriza que todo esto pueda ser un sueño muy, muy cruel.

Rompiendo su mirada magnética, aparto la vista para observar los cambios. Pequeñas diferencias que ya no puede ocultar ahora que puedo verlo en la luz. Como uno de los mechones que se le ha escapado de la trenza y ha caído sobre su rostro algo demacrado. Ha perdido mucho peso y su cabello parece más corto, las puntas llegan hasta la mitad del esternón.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo? — Pregunto y sigo desabotonando su camisa.

—No es importante.

Sacudo la cabeza y separo los lados de la camisa, dejando al descubierto su pecho y estómago. Un grito ahogado de sorpresa sale de mis labios. Hay un corte de casi cuatro pulgadas por encima de su cadera, que corre verticalmente sobre sus costillas. El mismo punto general que aquella herida de bala de hace casi cinco años.



—Necesitamos llevarte a la cama—. Me quito la chaqueta y la presiono sobre el corte. —¿Puedes caminar?

—Sí.

—Bueno. — Me enderezo, tomo el arma de la mesa, le pongo el seguro y la deslizo en mi cintura detrás de mi espalda.

Él levanta una ceja.

—¿Confiscas mi arma, cachorro?

—No puedo tener armas tiradas en mi sala de estar—, le digo y extendiendo mi mano hacia él, —Vamos—.

Sus ojos sostienen los míos mientras envuelve sus dedos callosos alrededor de mi muñeca, su pulgar presionando justo sobre mi punto de pulso. Desde que lo conocí, la mirada en sus ojos ha sido algo surrealista, como si un demonio estuviera acechando detrás de esos grises helados. ¿Son sus ojos lo último que ven sus objetivos antes de dejar este mundo? Quizás sientan miedo, pero en su lugar, yo agradecería la vista.

—Estás perdiendo demasiada sangre—, le susurro.

Sus ojos se arrugan en las comisuras. Lleva mi mano a su boca y toca con sus labios las puntas de mis dedos. Es el más leve de los besos, pero se siente como si un hierro candente estuviera marcando mi piel.

Y casi me desmorono.

—La sangre perdida para ti es sangre bien gastada—, dice contra mi palma temblorosa.

Un apretón parecido a un tornillo de banco aprieta mi pecho. Este hombre. ¿Cómo se atreve? Después de lo que tuvimos. Después de perderlo. Y ahora... ¿Ahora me dice esto? Palabras que hacen que mi corazón se acelere, reavivando ese anhelo desesperado por todas esas cosas con las que soñé durante tanto tiempo. Ser suya. Tenerlo como mío. Para romper este abismo entre nosotros, atravesar la barricada invisible que nos mantiene separados. Había recibido una

bala por mí, pero nunca me dejó tras sus muros vigilados. Saco mi mano de su agarre.

—Vamos.

Se levanta lentamente del sillón reclinable y se eleva sobre mí. Olvidé lo alto que es.

—Por aquí.

Envuelvo mi brazo alrededor de su cintura y asiento hacia la puerta que separa mi dormitorio de la sala de estar y la cocina del piso abierto de mi apartamento dentro de la villa. Con mi palma presionando su mano mientras él presiona mi chaqueta contra su costado, lo ayudo a cruzar el espacio central. Estamos en el umbral de mi habitación cuando su cuerpo se balancea hacia adelante y apenas logro estabilizarlo.

—Supongo que tu suerte con los vagabundos que tiene cuchillos en mi zona de peligro no ha cambiado—.

—Todavía piensan que soy demasiado bonito—, murmura.

Llegamos a la cama con unas zancadas lentas, justo a tiempo porque, al momento siguiente, cae sobre el colchón, inconsciente. Levanto sus piernas encima de las mantas una por una, luego corro hacia la suite de mi hermana, que está justo al otro lado del pasillo frente a la mía, ocupando el otro lado del nivel superior.

—¡Zara! Susurro y grito mientras sacudo su hombro. —Despierta. Necesito tu ayuda.

—¿Qué? — Ella parpadea lentamente y luego me mira entrecerrando los ojos.

—Vamos.

La sacudo de nuevo antes de rodear la cama para ver cómo está mi hija, que duerme del otro lado. Cuando no estoy a la hora de dormir, Lucia no se va a dormir a menos que mi hermana se acueste a su lado. Como los dos no caben en la camita, mi hija termina durmiendo al otro lado del pasillo en la habitación

de Zara. Ajusto el edredón alrededor de su pequeño cuerpo, luego tomo la mano de mi hermana y la arrastro a la cocina de mi suite.

—Necesito el botiquín de primeros auxilios y toallas limpias—, digo mientras saco una olla del armario y la pongo en el fregadero para llenarla con agua tibia. Y tráeme el jabón del baño. Ahora, Zara—.

Ella parpadea, luego gira sobre sus talones y sale corriendo por la puerta. En cuanto la olla está medio llena, saco un trapo de cocina limpio del cajón y los llevo a mi dormitorio.

Quitarle la camisa a mi demonio será imposible, así que simplemente la dejo y me concentro en lavar la sangre de su abdomen y costado. El agua rápidamente se vuelve roja cuando enjuago el paño.

Una fuerte inhalación suena detrás de mí. Me doy vuelta y encuentro a Zara mirando desde la puerta, con un montón de toallas en las manos.

—Es él—, digo. Dos palabras, pero son suficientes.

Sus ojos se abren, recorriendo el enorme cuerpo cubierto de sangre que yacía en mi cama, luego se acerca. Arrodillándose en el suelo a mi lado, toma una de las toallas y la presiona sobre la herida del cuchillo. Nos lleva diez minutos y tres ollas de agua limpiar la sangre lo suficiente como para concentrarme en el corte. Según su longitud, necesitarás unos quince puntos.

—Yo me encargo desde aquí—, digo y uso un algodón saturado con solución antiséptica para limpiar la piel alrededor de la herida. —Puedes regresar. Puede, eh... ¿Puede quedarse contigo el resto de la noche?

Zara asiente y se levanta, saliendo de la habitación. La puerta se cierra detrás de ella con un clic ahogado un momento después.

Una vez que termino de desinfectar la carne inflamada, saco una jeringa y un frasco de anestésico de mi kit, listo para llenarlo de analgésicos, pero unos dedos fuertes me agarran la muñeca.

—No.

Presiono mis labios formando una fina línea y miro a mi demonio.

—Ya terminé de coserte sin anestesia—.

Entrecierra los ojos y su mirada busca la mía. La mirada es cautelosa, como si estuviera tratando de encontrar evidencia de engaño. Me inclino hacia adelante, directamente hacia su cara.

—Y recibirás una inyección de antibióticos inmediatamente después—, ladro.

—¿Quieres saber qué le hice a la última persona que se me acercó con una jeringa? — Su voz es baja, con un timbre peligroso. —Le arranqué la vida a ese idiota—.

—Menos mal que tengo un tranquilizante para caballos en mi kit—.

Libero mi mano y le clavo la hipodérmica en el costado junto al corte. Mientras saco la jeringa y busco la aguja y el hilo, él simplemente me mira en silencio. Estoy luchando por concentrarme en lo que tengo que hacer, abrumada por poder tocarlo nuevamente después de todos estos años. Muchas preguntas pasan por mi mente, preguntas que quiero gritarle a la cara y exigir respuestas.

¿Dónde estabas? ¿Por qué no viniste, al menos una vez, aunque sólo fuera para hacerme saber que estás vivo? ¿Por qué me dejaste?

No le pregunto a ninguna de ellas. ¿Cuál es el punto de eso?

Empiezo la primera sutura. Incluso con la anestesia debe doler, pero no emite ningún sonido. Esta es probablemente la quinta vez que lo coso y ni una sola vez se ha quejado.

Paso por todos los puntos necesarios, y si no fuera por un ligero cambio en su respiración, podría haber pensado que no sentía nada en absoluto.

—Iré a buscarte un poco de agua. ¿Quieres algo para comer?

Pregunto mientras aseguro un vendaje grueso sobre la herida.

—No.

—Bueno. Ya vuelvo—.

Cuando salgo de mi habitación, me dirijo a la encimera de la cocina para sacar mi teléfono de mi bolso.

—Señora. ¿Leona? Ernesto, mi jefe de seguridad responde al segundo timbre. —¿Hay algo mal?

—Hay cuerpos de los que debes deshacerte. En el tejado. En la entrada. Y en la puerta trasera—. Abro la nevera y alcanzo la botella de agua. —Y hay otro en mi balc...

El crujido del cristal bajo los pesados pies resuena en la sala de estar detrás de mí. Me giro justo a tiempo para ver a mi demonio arrojar el cuerpo del sicario muerto por encima de la barandilla, hasta el césped cubierto de escarcha.

—Está debajo de mi balcón, Ernesto—, me corrijo.

—¿Cuerpos?

—Sí. Deshazte de ellos. Y llama a la compañía de alarmas, tráelos aquí a primera hora de la mañana. Tiro el teléfono sobre el mostrador y tomo un vaso del armario. —Veré si puedo encontrarte algo de ropa—.

Vierto agua en el vaso, evitando mirarlo. El piso de madera cruje bajo sus zapatos mientras rodea la isla que separa la sala de estar de la cocina y se para detrás de mí. Agarro el borde del mostrador y cierro los ojos. Todavía me doy cuenta de que está aquí. Su ausencia dejó un enorme vacío en mi pecho, nada en el mundo podría llenarlo.

—Pensé que me habías olvidado—, susurro.

Un aliento cálido sopla en la parte posterior de mi cuello, enviando un escalofrío por mi columna.

—Incluso cuando estaba al borde de la locura, apenas vivo e incapaz de comprender dónde o quién estaba, me acordé de ti—. Su voz es ronca al lado de mi oído. —¿Dónde está mi arma? Hay cosas de las que necesito ocuparme.

El dolor familiar atraviesa mi pecho. Él se va... De nuevo.

—En el estante superior junto a la puerta principal—.

Su toque desaparece. Mantengo mis ojos enfocados en el vaso de agua mientras escucho sus pasos alejándose. Unos momentos más tarde, escucho que la puerta principal se abre y luego se cierra con un clic desgarrador.

Él se fue.

# Capítulo 31



Los ojos de seis hombres me siguen cuando entro al comedor formal, que hace mucho tiempo se había convertido en un espacio de reuniones en Leone Villa, y me siento a la cabecera de la larga mesa negra. Ese fue el lugar de Batista hasta hace un año cuando su salud ya no le permitía estar aquí. Mi círculo íntimo siempre supo que yo estaba tomando las decisiones por la Familia, incluso cuando mi esposo presidía reuniones como ésta, pero una vez que estuvo demasiado enfermo para asistir, abandonamos la farsa por completo.

Me recuesto en el lujoso sillón de cuero negro y recorro con la mirada los rostros de los hombres presentes. Salvo está sentado a mi derecha, con el rostro marcado por líneas duras. Probablemente se esté culpando a sí mismo por la situación de anoche, y estoy segura de que Massimo también lo hará responsable una vez que la noticia del intento de asesinato llegue a mi hermanastro. Tendré que asegurarme de que eso no suceda, o Massimo podría matar a Salvo en el momento en que cumpla su sentencia. Como subjefe, Salvo ya está abrumado por mucho trabajo y no puedo esperar que él también supervise personalmente mi seguridad.

Los hombres permanecen en silencio mientras mi mirada pasa de uno a otro, deteniéndose en cada rostro por un par de momentos. ¿Quién es el bastardo que ordenó el golpe? Sabía que algo así podría suceder tan pronto como Batista murió y anuncié que no renunciaría. Nadie esperaba eso. Una mujer, oficialmente ¿Liderar una familia de la Cosa Nostra? Algo así era inaudito. Pero no esperaba que alguien fuera tan atrevido como para intentar matarme en mi propia casa.

—Entonces, ¿creen que fue Ajello? — Pregunto, aunque estoy seguro de que no fue el Don de Nueva York. El culpable está sentado aquí, en esta misma habitación. Simplemente no sé quién es todavía.

Seis pares de ojos me miran fijamente, pero nadie dice una palabra. Estoy seguro de que Ernesto ya les ha informado sobre los acontecimientos de anoche, incluido el número de cadáveres que tuvo que recoger alrededor de la casa. El hombre, o los hombres, que ordenaron mi asesinato probablemente ahora se estén golpeando la cabeza contra la pared, preguntándose si alguien soltó la sopa y me advirtió. Deben estar estupefactos por el hecho de que todo el equipo de sicarios fue neutralizado y desconcertados sobre quién podría haberlo hecho.

Quizás piensen que lo hice yo misma. Si no estuviera furiosa, me reiría. La imagen de mi demonio sentado en ese sillón reclinable cubierto de sangre después de eliminar a los asesinos surge en mi mente, y justo en el momento justo, un dolor me golpea justo en el pecho.

No puedo creer que haya vuelto. No puedo creer que se haya ido. De nuevo.

Aparto el pensamiento y, inclinándome hacia adelante, cruzo las manos sobre la mesa.

—O tal vez fueron los albaneses—, agregó en tono tranquilo. Por ahora, les dejaré creer que creo que fue un trabajo externo.

—Dushku—, coincide Brio. —Hemos sido socios de los albaneses durante décadas y ustedes han cortado los lazos con ellos sin una explicación adecuada. Puedo entender cómo verían tal movimiento como una traición. Un movimiento que, debo añadir, lo has hecho tú sola, sin consultar con el resto de nosotros.

—Popov nos dio mejores tarifas—. Me encuentro con su mirada. —¿O estás sugiriendo que debería haber rechazado su oferta y seguir trabajando con Dushku, aunque eso hubiera significado pérdidas financieras innecesarias para la Familia? — Brio aprieta la mandíbula.

—Por supuesto que no.

—Entonces no veo ningún problema. Aprecio tu preocupación, pero necesito que te concentres por completo en los casinos. Deja que Salvo y yo



resolvamos cualquier objeción sobre nuestro proveedor de armas—. Me dirijo al subjefe. —¿Tenemos a alguien dentro del grupo albanés?

—Dos soldados—, confirma. —Pero no están lo suficientemente arriba en la cadena alimentaria como para tener acceso a ese tipo de información. Si fuera Dushku, lo habría conservado según fuera necesario—. dice Salvo. —Pero enviaré a alguien a Nueva York nuevamente. En el caso de que fuera Ajello, debemos estar completamente seguros—.

Sacudo la cabeza.

—No. Ajello ha cumplido su palabra y se ha mantenido al margen de nuestros asuntos. Sigamos así y centrémonos en los albaneses por ahora. ¿A menos que alguien aquí tenga otra idea?

Hay algunos murmullos apagados, pero nadie ofrece otras sugerencias. Como se esperaba. Durante más de tres años, he seguido los consejos de Massimo y minimizado cualquier conflicto potencial entre nuestra Familia y nuestros socios, así como con nuestros competidores. Puedo manejar el aspecto comercial de la Familia, pero no podré manejar una guerra de la mafia con otra organización criminal. La Cosa Nostra es estrictamente patriarcal. Conseguir que los capos sigan las directivas de una mujer es difícil, pero siempre que esas órdenes generen mucho dinero, es factible. Pero si estalla la guerra, los capos nunca me permitirán tomar las decisiones necesarias. Sé que Massimo manejará cualquier conflicto potencial una vez que salga, y Según lo que ha insinuado, será una tormenta de mierda. Sólo necesito aguantar los próximos seis meses hasta entonces.

—Bueno, ahora que eso está resuelto, repasemos la agenda comercial de hoy—. Me giro hacia Brio. —Necesito los detalles de los ingresos del casino de la semana pasada—.

Empieza a contarme los números, empezando por nuestro casino más grande, y yo controlo mis rasgos para que no muestren nada más que calma, mientras el pánico pulula en lo más profundo de mis entrañas. Pasé toda la noche sentada junto a Lucia, observando a mi hermana y a mi hija mientras dormían y preguntándome cómo voy a mantener a mi familia a salvo.

Ernesto hizo reemplazar la ventana de mi sala de arriba esta mañana a primera hora y ya se comunicó con la compañía de alarmas. El sistema se actualizará más tarde hoy. Tres de los seis hombres que estaban de guardia anoche murieron, así que le ordené que asignara al menos ocho a cada turno de seguridad de ahora en adelante. ¿Será eso suficiente?

La idea de huir vuelve a formarse en mi cabeza. ¿Me atrevo a arriesgarme? Conmigo fuera de escena, quien quiera que muera podría simplemente tomar el control, dejándome en paz. ¿O volverán a enviar sicarios tras de mí? Querido Dios, ¿qué voy a hacer?

Brio ha terminado de hablar de los ingresos de los casinos y Tiziano se ha hecho cargo, informando sobre los negocios de nuestros clubes de striptease. La ansiedad que me atormenta no disminuye. Respiro profundamente y aprieto los puños, intentando relajarme. Siento como si me estrangularan la garganta, como si alguien intentara asfixiarme. Años de fingir ser alguien que no soy, de hacer innumerables cosas horribles sólo para que estos hombres me trataran como a un igual, me están aplastando hasta la médula. Estoy cansada de infligir miedo a los demás sólo para evitar que se den cuenta de lo aterrorizada que estoy (todo el maldito tiempo) en realidad. Son depredadores; en el momento en que huelen el miedo, estoy muerta. Cuánto, ¿Podré seguir así por más tiempo antes de quebrarme? Mientras observo los rostros sombríos de los hombres sentados alrededor de la mesa, un grito silencioso crece en mi pecho, arañando mis entrañas, luchando por salir. ¡Ya no puedo hacer esto!

Las puertas dobles de caoba al otro lado de la sala de conferencias se abren y un hombre entra.

Mi corazón detiene sus incesantes y atronadores latidos en mi pecho.

Por un momento fugaz, se establece un silencio mientras todos los presentes miran boquiabiertos al recién llegado, pero luego, todos saltan de sus asientos y toman sus armas.

—Siéntanse—, le ordeno. —Y guarden las armas—.

Me sorprende lo fuerte y controlada que suena mi voz, considerando la agitación que explotó dentro de mi mente en el momento en que mis ojos se

posaron en mi demonio parado en el umbral. Está vestido con un traje negro perfectamente confeccionado y, aunque el resto de los hombres aquí visten atuendos similares, él, en cierto modo, parece más refinado. Ojos plateados se encuentran con los míos y luego observan a los hombres que regresan a sus sillas, evaluándolos de alguna manera.

—¿Quién carajo es este? — Ernesto ladra desde su lugar al final de la mesa, que resulta ser el más cercano a la puerta. —¿Y cómo logró cruzar la puerta sin que yo fuera informado?

La mirada de mi demonio vuelve a la mía mientras da un paso adelante y se detiene justo al lado de Ernesto.

—¿Tu jefe de seguridad?

—Sí—, respondo.

—Mi más sentido pésame, cachorro—.

El golpe de su mano no es más que un borrón. Un gran charco rojo de sangre salpica la mesa y los rostros de los hombres sentados alrededor de ella, y algunas de las gotas terminan en mis manos. nadie se mueve, Todos demasiado sorprendidos al ver el cuerpo de Ernesto desplomado en su silla, con la garganta abierta, mientras un río carmesí fluye por su pecho.

Lo que pasa con los altos mandos de la Cosa Nostra es que no suelen ser testigos de la masacre de personas ante sus ojos. A menos que haya una situación que exija represalias personales, normalmente son los soldados quienes se encargan de todo el trabajo sucio. Salvo es el primero en recobrar el sentido y mete la mano dentro de su chaqueta, buscando su arma nuevamente. Agarro la muñeca del subjefe y sacudo la cabeza.

—Supongo que debería presentarme—, dice mi demonio mientras agarra el cadáver de Ernesto por el cuello de la chaqueta. Lanza el cuerpo hacia la derecha, donde golpea la pared con un fuerte golpe y cae al suelo. Sus ojos no se desvían de los míos ni por un segundo mientras casualmente se sienta en la silla ahora vacía y cruza los brazos sobre el pecho. —Soy Kai Mazur. El nuevo jefe de seguridad de la señora Leone.

Los murmullos enojados rápidamente se convierten en gritos, ensordecedores en la habitación, mientras los hombres hablan todos al mismo tiempo, exigiendo saber por qué no fueron informados sobre el cambio o cómo se permitió que alguien ajeno a la Familia tomara el puesto de Ernesto. Los desconecto, sus voces no son más que ruido blanco, y me concentro en el hombre sentado directamente frente a mí en el otro extremo de la larga mesa. Él me devuelve la mirada, con la mandíbula apretada con fuerza y los ojos ligeramente entrecerrados. Me recuerda cómo me miró hace tantos años, la noche que nos conocimos.

El estado tumultuoso en el que he estado desde el comienzo de esta reunión se siente como una incomodidad menor en comparación con la tormenta que se avecina dentro de mí ahora. Me golpean demasiadas cosas a la vez. Finalmente supe su nombre. Y aparentemente planea quedarse. Quiero besarlo. Y golpéalo. Y enviarlo al infierno, todo al mismo tiempo. Respiro hondo y grito: —¡Todos, cállense la boca!

El silencio dura sólo unos segundos, luego se reanuda el combate de gritos.

—¡Esto es indignante! — Brio ruje.

—¿Cómo te atreves a contratar a alguien sin consultar primero con los capos? — Armando dice.

—¡No toleraré a un extraño! — Ese es Tiziano.

—¡Nadie puede salirse con la suya matando a un miembro de la Familia sin sufrir las consecuencias! — Brio de nuevo.

Mi atención está sólo en él “*Kai*.” Observo cómo mete la mano dentro de su chaqueta. El aire se agita y mis ojos captan un movimiento borroso. En el siguiente instante, un cuchillo negro de gran tamaño está incrustado en el medio de la mesa, justo en frente de Brio, quien ha sido el más ruidoso. El silencio vuelve a descender y, esta vez, envuelve la habitación.

—Puedo contratar a quien quiera—, digo. —Y no necesito tu aprobación para elegir mi propia seguridad—.

No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. No estoy completamente segura de si mi demonio habla en serio acerca de quedarse aquí o por cuánto tiempo, pero no puedo permitir que nadie en la sala llegue a esa conclusión. Se escuchan algunas palabras murmuradas, pero nadie me contradice.

—Y en lo que respecta a Ernesto...— Continúo, pero la voz profunda de Kai desde el otro lado de la mesa de conferencias me interrumpe.

—Ernesto—, dice con esa voz ronca que tanto amo, —es un ejemplo de lo que le sucederá a cualquiera a quien se le confía la seguridad de la señora Leone, pero no hace su trabajo correctamente—.

Los ojos de los capos rebotan entre el cuchillo alojado en el centro de la mesa de conferencias y Kai.

—Nera— Salvo se inclina hacia mí —No creo que esto sea...

—Hemos terminado por hoy—, lo interrumpí. —Todos ustedes son libres de irse—.

Las sillas raspan el suelo de madera pulida mientras los hombres se levantan y salen uno por uno. Sé que no dejarán que esto pase tan fácilmente, pero ese problema tendrá que esperar para otro día. Salvo es el último en alejarse de la mesa y, cuando llega a la puerta, se detiene y me mira fijamente.

*A Massimo no le gustará esto*, dice su mirada.

Cierra la puerta después de salir, dejándome sola con el hombre que me rompió el corazón. Lo destrozo tan completamente que estoy bastante segura de que nunca podré reconstruirlo.

—Pensé que te habías ido.



Cada palabra de los labios de Nera atraviesa mi pecho como una daga. Sé que se refiere a anoche, pero todavía me lleva a ese momento en la azotea cuando ella gritó en la tormenta que se avecinaba.

—No lo hice—, digo.

—Entonces, ¿decidiste irrumpir, interrumpir mi reunión y masacrar a mi jefe de seguridad?

—Correcto. Y haré lo mismo con cualquiera que sea un peligro para ti. Ya sea directamente o por su incompetencia—.

—No te quiero aquí... Kai.

Otro golpe en mi pecho, este cortando más profundamente que el anterior. Odio mi nombre, pero me encanta cómo lo dice.

—No hace ninguna diferencia, cachorro de tigre. Me quedaré hasta que esté convencido de que estás a salvo—.

—No es tu trabajo mantenerme a salvo—.

—Tal vez no. Todavía voy a hacerlo—.

—¿Y luego te irás para siempre?

—Sí—, miento. Mientras viva, no la dejaré nunca más. —Has cambiado. ¿Qué pasó?

—La vida. — Ella entierra sus manos en su cabello y mira hacia la superficie de madera negra frente a ella. —La vida pasó—.

—¿Alguna idea sobre quién podría haber ordenado tu asesinato?

—Probablemente uno de los capos—.

—Me desharé de ellos esta noche—.

La cabeza de Nera se levanta de golpe y sus ojos encuentran los míos.

—No te desharás de nadie más sin mi permiso—.

—¡No permitiré que una amenaza potencial para ti respire más de lo necesario! — Grito. —¿Te imaginas mi sorpresa cuando encontré un contrato para un ataque con tu foto? ¿O cuando vi que los sicilianos ya habían cogido el puesto? ¡No podía respirar, estaba demasiado preocupado por tu seguridad, mientras corría por tu casa, tratando de eliminarlos antes de que uno de esos bastardos pudiera llegar a ti!

—No me levantes la voz. Me salvaste la vida y te lo agradezco. Pero eso no significa que puedas gritarme—.

—Podrías haber muerto—, gruñí. —La orden de matarte ya está cerrada y no habrá otra más. Pero eso no significa que quien lo envió no intentará utilizar otros medios—.

Esta mañana llamé a Rafael, el jefe del grupo siciliano, y me aseguré de que abandonaran el trabajo. Luego hice otra llamada, a un tipo que actúa como mediador en todos los trabajos de alto nivel. Le expliqué, con insoportable detalle, lo que pasaría con su interior después de que terminara con él a menos que anotara la lista del golpe de Nera. Y extendí la amenaza a cualquiera que considere asumir el trabajo de matar a mi cachorro. Puede que no sea sociable, pero conozco a la mayoría de las personas en mi línea de trabajo. Y, lo que es más importante, saben de mí.

Nera cierra los ojos y traga, agarrándose a los reposa manos de su silla. Su agarre es tan fuerte que sus nudillos están blancos, pero no parece darse cuenta de que puedo ver a través de su actual bravuconería. Es la primera señal de inquietud que muestra desde que entré a la habitación. Incluso cuando le corté el cuello a su jefe de seguridad, ella apenas se inmutó. Cuando regresé a Boston hace dos meses, noté de inmediato que ella parecía diferente, pero recién hoy me di cuenta de lo significativo que es ese cambio.

—Está bien—, susurra y se encuentra con mi mirada. —Puedes supervisar mi seguridad y serás compensado por tus servicios. Firmaremos un contrato con una duración de seis meses—.

Mi cuerpo se tensa, cada una de sus palabras quema mi alma. ¿Quiere darme dinero a cambio de mantenerla a salvo?

—No voy a firmar un maldito contrato contigo, cachorro—, gruñí. —¿Y por qué seis meses?

—Es entonces cuando mi hermanastro sale de prisión. Él se hará cargo de este espectáculo de mierda a partir de ese momento—.

Se levanta y camina por la habitación hasta estar parada justo a mi lado.

—Informaré a los miembros de la casa y al personal sobre el cambio en el departamento de seguridad. Alguien vendrá a acompañarte hasta tu alojamiento. Están en el otro edificio—.

Con esas palabras, pasa por encima del cadáver que yace en un charco de sangre y sale de la habitación.

Aprieto los dientes y fijo la mirada en el cuchillo enterrado en la mesa, intentando reprimir el impulso de ir tras mi cachorro. Tomarla en mis brazos y abrazarla contra mi pecho como quería hacerlo anoche. Como he soñado con hacerlo todos los días durante los tres años que estuve pudriéndome en ese maldito complejo, y durante estos últimos meses, mientras la he estado cuidando en secreto de nuevo.

Pero no lo haré. No dejaré que las manos que mataron a su padre la toquen nunca más. Si lo hago, nunca podré dejarla ir. La frialdad que puedo soportar. Rompí la promesa que le hice y aceptaré las consecuencias de ello. Incluso firmaré ese maldito contrato si eso le facilita las cosas.

Inclinándome hacia adelante, envuelvo mis dedos alrededor del mango del cuchillo y saco la hoja.

Pero no dormiré en el otro edificio.



# Capítulo 32



—Sí, debes seguir las órdenes del Sr. Mazur con respecto a todos los asuntos relacionados con la seguridad—, digo por teléfono.

—Pero, doña Leone... ese equipo de vigilancia lo instalamos hace tres meses—, dice el mayordomo al otro lado de la conexión. —Es de primera línea—.

—¿Dio más detalles sobre por qué quiere que se cambie el equipo?

—Traté de preguntar, pero ese bruto me puso un cuchillo en la garganta y me advirtió que reemplazara el equipo con lo que ordenó o reemplazaría mi cabeza. No lo encontré divertido—.

—No bromeaba, Timoteo. Simplemente haz lo que él dice—. Corté la llamada y me acerqué a Zara, que está parada junto a la ventana, mirando hacia el patio, y le pregunté: —¿Sigue haciendo 'entrevistas'?

—Sí.

Kai llamó a todo el personal de seguridad, los tres turnos. Los hizo alinearse en una larga fila al lado del edificio de las dependencias del personal, como prisioneros frente a un pelotón de fusilamiento. Al principio, pensé que podría estar preguntando a cada hombre sobre sus credenciales, habilidades especiales o algo así, pero simplemente les dijo que se quedaran quietos. Veintiséis hombres, y lo único que han estado haciendo es estar ahí de espaldas a la pared durante más de veinte minutos.

—¿Qué demonios está haciendo? — Digo en voz baja, observando a mi demonio mientras espera en medio del césped, con las manos en los bolsillos, observando a los chicos de seguridad.

—No estoy segura de que haya sido una decisión acertada—, susurra Zara.

—Sí. — Presiono mi frente contra el marco de la ventana. —Pero es la única manera de mantenernos a salvo. Aparte de ti, él es la única persona en la que confío completamente—.

—Él te dejó, Nera. Estabas embarazada de su hijo y él simplemente desapareció—.

—Él no lo sabía—.

—Si te hubiera llamado, aunque fuera una vez, lo habría hecho—.

—Déjame reformular—. Deje escapar un suspiro. —Él es la única persona en la que confío nuestras vidas—.

—¿Vas a contarle sobre Lucia?

—No.

—Él tiene derecho a saber—.

—Como dijiste, si se hubiera molestado en llamar, lo habría sabido—.

Le dejaré creer lo que todos los demás creen: que Lucia es la hija de Batista. Con su cabello castaño claro y sus labios carnosos, parece una versión diminuta de mí. Excepto por sus ojos.

Zara me rodea los hombros con el brazo. —¿Te dijo por qué se fue sin decir una palabra?

—No lo hizo—.

—¿Y no tienes idea de cuál podría ser la razón?

Cierro los ojos y me muerdo la mejilla, saboreando al instante el sabor metálico de la sangre en mi boca.

—No—, miento.

Afuera se escuchan varios disparos rápidos. Me estremezco y abro los ojos de golpe.

Abajo, en el césped, Kai guarda su arma. Mi mirada se dirige a la fila de personal de seguridad y veo a tres de los hombres desplomados en el suelo, sus cabezas no están tan intactas como solían estar. Agarro la manija del panel de la ventana y la empujo para abrirla, justo cuando Kai da un paso hacia los hombres.

—Estos tres estaban de guardia anoche cuando las instalaciones se vieron comprometidas—. La voz profunda de Kai me llega. —De ahora en adelante, si una maldita ardilla traspasa el perímetro sin ser neutralizada, mataré a todos los hombres que trabajen en ese turno. ¿Está claro?

El equipo de seguridad le mira estupefacto y luego asiente al unísono.

—Pueden retirarse—. Kai se da la vuelta y se dirige hacia la entrada. Hay varios coches repartidos por la zona, y un hombre camina entre ellos, inspeccionando los bajos de cada vehículo con una herramienta de aspecto extraño. ¿Está buscando un artefacto explosivo?

Observo cómo Kai le quita la herramienta al hombre y continúa inspeccionando los autos él mismo, tomándose su tiempo con cada vehículo. Se siente extraño pensar en él como algo más que “*mi demonio*”, pero me gusta su nombre.

Cuando termina de inspeccionar el último de los autos, le arroja el espejo en un palo al tipo y se dirige hacia la puerta, donde se está instalando el nuevo equipo de vigilancia.

—Voy a ver cómo está Lucia—.

Dejo a mi hermana husmeando en la ventana y camino con dificultad por la gran sala de estar. Siendo la esposa del Don, se esperaba que viviera con mi esposo, pero cuando llegué a la casa de Batista, dejé muy claro que no tenía intención de compartir mi espacio vital con él. En ese momento ya tenía dificultades para subir las escaleras, por lo tanto, utilizó principalmente la planta baja donde se ubicaban su oficina y otras salas de negocios. Por lo tanto, reclamé el segundo nivel, que constaba de dos conjuntos de suites: una para mí y otra para Zara. Ella tomó la más pequeña, que da al patio trasero, y terminé con el espacioso apartamento de tres habitaciones que había remodelado a mi gusto.

Me dirijo a mi habitación, donde Lucia está descansando por la tarde. Normalmente duerme la siesta en su propia habitación, pero cuando se quedó dormida en mi cama después del almuerzo, no quería arriesgarme a despertarla.

Al pasar por la cocina abierta a mi izquierda, mis ojos se fijan en un montón de imanes de colores que cuelgan del refrigerador. A Lucia le gusta mucho jugar con ellos, así que algunos están desconchados o hubo que pegarlos. Me desvío y me detengo frente al mosaico de souvenirs. Parecen completamente fuera de lugar en la cocina blanca contemporánea. Mis dedos rozan el imán con la imagen de un puente, una larga grieta diagonal marca el medio y una sonrisa triste se dibuja en mis labios. Es el que me trajo. La noche de la fiesta desafortunada quise moverlo al lugar central, pero el imán se me cayó de mi mano. Mirando hacia atrás en ese momento, ahora parece que fue una especie de presagio.



—Quiero que las señales de vigilancia se transmitan a la caseta de vigilancia, a la computadora principal de la oficina en la planta baja y a mi portátil—, le digo al especialista en seguridad que está jugueteando con la caja de alarma principal en la pared. —Asegúrese de que no haya retrasos—.

—Eh... No creo que sea necesario, señor. Todas las imágenes se transmitirán a nuestra sede y contamos con un equipo que las monitoreará las veinticuatro horas del día—.

Doy un paso amenazador hacia él y lo inmovilizo con la mirada.

—Por supuesto. — El hombre retrocede dos pasos. —No hay problema.

Asiento y me dirijo a mi auto, estacionado en el camino de entrada a cierta distancia de los otros vehículos. El estuche con mi rifle de francotirador está en el asiento trasero, así que lo saco primero y luego abro el maletero. Dos grandes bolsas de deporte que contienen mis armas adicionales están en el lado derecho del espacio de carga, pero decido dejarlas por ahora y solo tomar la bolsa de lona con mi ropa.

Un hombre bajo con un traje que parecía un pingüino se me acercó antes y me hizo saber que mi habitación estaba lista y que podía encontrarla en el primer piso del edificio de personal. Miro por encima del hombro hacia la estructura en cuestión. Está ubicado a casi sesenta metros de la casa principal. No está pasando. Sabiendo que tengo otro tipo de “batalla” en mis manos, dejo mi estuche de francotirador dentro del baúl y me dirijo a la puerta principal de Leone Villa.

En el vestíbulo de entrada, una empleada limpia las puertas de cristal que conducen a la oficina. Cuando me ve, tira su trapo al suelo y luego sale corriendo de allí. Debió ser la afortunada que tuvo que limpiar la sangre en la sala de reuniones.

Mientras subo las escaleras hasta el segundo nivel, observo lo que me rodea y registro los detalles que me perdí cuando exploré la casa esta mañana. Las paredes están revestidas con paneles de madera. Pinturas al óleo en marcos ornamentados de gran tamaño. Un enorme reloj de pie antiguo. Una lámpara de araña de cristal y apliques a juego en las paredes. Parece un museo. Incluso huele a tal. Nada en este lugar es remotamente similar a las habitaciones de arriba de mi cachorro. Su espacio es todo moderno, como su apartamento de hace mucho tiempo. Incluso todavía tiene las malas hierbas de su jardín, todas alineadas en macetas a lo largo de las paredes y ventanas.

Hay dos puertas fuera del rellano. La de la derecha conduce a una unidad separada. Usé el balcón de esa para entrar anoche, después de encargarme del asesino a sueldo en el techo. La puerta doble frente a mí conduce a la suite de Nera. Agarro el pomo y entro.

Nera está parada junto a la barra de desayuno que separa la cocina del comedor, con una mezcla de confusión y alarma escrita en todo su rostro. Frente a ella, sobre el mostrador de mármol, hay un cuenco amarillo con forma de corazón, parcialmente lleno de trozos de naranjas y manzanas. La mitad de una manzana yace sobre una tabla de cortar.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo me quedo donde tú te quedas—. Asiento hacia el gran sofá marrón en medio de la sala de estar. —Eso funcionará—.

—Eso no es lo que acordamos—.

Su voz parece tranquila, pero hay un sutil trasfondo de pánico en ella. Me acerco a la barra de desayuno y me detengo en el lado opuesto. En medio del mostrador, crece una planta de perejil en una maceta de barro. El leve aroma de la hierba hormiguea mis fosas nasales.

—Acordamos que te mantendré a salvo. No puedo hacer eso quedándome en un edificio separado—.

Cuando la boca de Nera se abre para dar una respuesta indudablemente mordaz, su mirada gira bruscamente hacia la izquierda. Cojo mi arma y giro la cabeza para seguir su línea de visión. Mis ojos se posan en una puerta blanca abierta al otro lado de la habitación y todo dentro de mí se congela. Una niña pequeña, vestida con un pijama rosa con flores blancas por todas partes, está parada en la puerta, agarrando un osito de peluche contra su pecho. Un mechón de pelo rubio oscuro enredado, muy similar al de mi cachorro, oscurece parcialmente su rostro.

—Tengo sed, mami—, murmura la niña y, adormilada, se frota los ojos con el dorso de la mano.

Me sacudo como si alguien me hubiera apuñalado directamente en el corazón. Todo el aire sale de mis pulmones mientras una avalancha de sentimientos aplasta mi pecho.

Shock.

Dolor.

Traición.

Libero mi arma y doy un paso atrás, sin quitar los ojos de la niña.

Desde que regresé a Boston, juré que esta vez no me acercaría más de lo necesario para mantener a mi cachorro a salvo. Félix me informó que se casó, pero ese chiflado no mencionó nada más. Y nunca se me ocurrió que ella y su difunto marido tuvieran un hijo.

Nera corre hacia su hija y la levanta. La niña deja caer su barbilla sobre el hombro de Nera e inclina la cabeza, sus ojos inocentes brillan mientras me mira con interés.

—Esta es Lucia—. La voz de cachorro atraviesa el estupor que me ha invadido. —Mi hija.

Me agarro al borde de la encimera del desayuno, lo aprieto con todas mis fuerzas y cierro los ojos. No tengo derecho a sentir este dolor desgarrador y este enojo simultáneo, pero ambas emociones me están destrozando por dentro.

—Lo siento, no lo sabía—. Me obligo a decir y suelto el borde de mármol que he estado agarrando como si fuera un salvavidas. Por supuesto, ella no quiere que alguien como yo se acerque a su hijo. —Llevaré mis cosas a la habitación del personal—.

Recogiendo mi bolsa de lona, me dirijo hacia la puerta de la suite. Mi mente da vueltas, pero sé que puedo hacer que esto funcione. Durante el día, haré rondas por la propiedad y me mantendré fuera de la vista de Nera, pero no hay manera de que la deje a ella y a la niña solas y sin vigilancia en la casa por la noche. Simplemente agarraré el saco de dormir que guardo en mi baúl y me ubicaré afuera de su puerta una vez que todos se vayan a dormir.

Cuando mi mano aterriza en el pomo, no puedo evitarlo, así que las miro de nuevo.

Nera no se molestó en darse la vuelta. Ella todavía está de pie, dándome la espalda, apretando a la niña contra su cuerpo. Me encuentro con la mirada de la niña, que se ríe y hunde el rostro en el cabello de su madre.

Al ver a la niña apretar los mechones de Nera con sus pequeños puños, una extraña sensación florece dentro de mi pecho. Es una combinación de dolor, anhelo y celos, pero también hay felicidad. Mi cachorro tiene alguien propio ahora. Quizás, en otra vida, esa niña podría haber sido mía también.

—Ella se parece a ti, cachorro de tigre—, digo en voz baja y me giro para irme.

—Sí. Excepto por sus ojos—, responde Nera con voz ronca y temblorosa.  
—Ella tiene los ojos de su padre. Gris pálido, como el amanecer que pone fin a una noche sin estrellas.

Me giro tan rápido que mi bolso de lona golpea el marco de la puerta. Un leve zumbido se instala en mis oídos, haciéndose más fuerte con cada latido hasta que siento que mi cabeza va a explotar. Nera todavía está en el mismo lugar que antes, pero ahora está frente a mí, mientras las lágrimas corren por sus mejillas.

—Tus ojos, demonio—, dice, apenas más que un susurro.

Sus palabras apagadas son otro golpe en mi pecho, lo suficientemente poderoso como para hacerme tambalear hacia atrás y golpear la puerta detrás de mí. La correa de la bolsa se desliza de mi hombro y la bolsa aterriza en el suelo. Con un ruido sordo. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy cruzando la habitación hasta que me paro justo frente a mi cachorro y la niña. Mis manos se levantan por voluntad propia (la izquierda para tocar la suave mejilla y la derecha para acariciar la suavidad empapada de lágrimas que ha perseguido mis sueños) cuando la realidad se desploma sobre mí.

El chorro de sangre.

Carcajadas.

Muerte.

Un pañuelo rojo tirado en el suelo a los pies de mi cachorro mientras acunaba el cuerpo de su padre en sus brazos. El vibrante tono rojo de la seda, una burla del hilo de sangre que goteaba del agujero rojo en el centro de su frente.

Mis dedos cesan a sólo un centímetro del cielo. Respiro profundamente y bajo las manos, retrocediendo un paso. Luego otro. Me alejo de lo único que siempre quise, al otro lado de la habitación. Mi espalda está pegada a la pared y todo lo que puedo hacer es mirarlas.



# Capítulo 33



Lucia se acerca a la vajilla de juguete esparcida sobre la alfombra junto a mi cama y levanta una taza en miniatura hacia mí.

—Té para mami—.

Tomo la ofrenda y pretendo beber mientras observo a Kai. Está agazapado más allá del umbral y no me ha dicho una palabra en las últimas cuatro horas. Cuando se alejó de nosotras en la cocina, me sentí muy desconsolada. No ha pedido tener a Lucia en sus brazos. Ni siquiera la ha tocado. El solo... retrocedió.

Simplemente se quedó allí, con la espalda apoyada en la pared más alejada, mientras yo le daba a Lucia su merienda frutal y luego mientras ella dibujaba con los crayones que Zara le compró. Cuando llegó la hora de cenar para Lucia, la senté en su silla alta mientras preparaba la comida. Kai se hizo unos pasos hacia un lado y continuó mirándola desde lejos. Su mirada no se ha apartado de ella ni por un segundo en todo ese tiempo. Se sentía como si estuviera tratando de absorber a nuestra hija con sus ojos.

Tal como lo está haciendo ahora.

—Azul para niños—, exclama de repente Lucia, toma un vaso de plástico azul con un posavasos y, poniéndose de pie, se dirige hacia Kai.

Parpadea, palidece y sus ojos se abren alarmado. Lucia se detiene frente a él y levanta el vaso de juguete. Según la expresión de su rostro mientras mira sus brazos extendidos, uno pensaría que ella le ofreció un dispositivo explosivo. Lentamente, le quita la taza (parece ridícula en su enorme mano) y luego imita mi acción de fingir que bebo.

Lucia sonríe, luego coloca su mano sobre su cabeza y se ríe. —Tienes el pelo de niña—.

Kai se queda tan completamente quieto que incluso su respiración se ha detenido por completo, pero la agitación emocional en sus ojos está completamente en desacuerdo con su cuerpo inmóvil. Nuestra hija procede a acariciarle la cabeza de la misma manera que suele hacerlo con sus peluches, luego corre a su alrededor hacia la sala de estar donde Zara está arreglando los cojines del sofá.

Desde que llegó hace más de una hora, mi hermana ha estado tratando de parecer ocupada con las tareas del hogar mientras mantiene sus ojos cautelosos sobre nosotros. Ella siempre ha sido protectora con Lucia, pero me sorprende la falta de otra reacción por su parte. Sin preguntas, sin acusaciones, sin exigencias. Ella no ha dicho una palabra acerca de encontrar a Kai aquí. Y no es por su antigua reticencia a hablar con gente que no conoce. Esto es diferente. Nada que reconozca en ella en absoluto.

—Vamos a darnos un baño—, dice Zara mientras toma a Lucia en brazos. —Y la acostaré—.

Asiento con la cabeza. —Bueno.

Mi demonio las sigue con la mirada hasta que desaparecen por la puerta del baño, luego se levanta lentamente y se acerca para sentarse a mi lado en la cama.

—Alguien...— Traga mientras mira la pared blanca frente a él. —¿Alguien sabe?

—No. Aparte de mi hermana y Massimo, nuestro hermanastro, todos creen que ella es de Batista—.

—¿Por qué?

—Porque era más seguro así—.

Inclina la cabeza y se concentra en las manos entrelazadas entre las rodillas abiertas.

—Necesito revisar tu herida—, digo.

—Está bien.

—Aún necesito comprobarla—. Mi hombro roza su brazo mientras me levanto, y un escalofrío me recorre por ese toque incidental. —Iré a buscar mi botiquín de primeros auxilios—.

La caja de suministros médicos está en la cocina y, mientras rodeo la barra del desayuno para recuperarla, se oyen risas en el baño. Tira de mi corazón, haciéndome sonreír. Puedo imaginarme a Zara empapándose por completo mientras bañaba a Lucia. Cuando regreso a mi habitación, Kai está junto a la mesa de noche, mirando los marcos de fotos alineados en la parte superior.

—Quítate la camisa—, le susurro.

Su mandíbula se endurece. —No creo que sea prudente, cachorro—.

—No es nada que no haya visto antes—.

Doy un paso hacia él y empiezo a trabajar en el primer botón. Tenía esta idea de cómo iba a parecer indiferente. Revisaría el corte en su costado y terminaría con ello como si fuera una tarea ordinaria. Después de todo, él es quien creó esta distancia entre nosotros. Me dije a mí misma que podía hacerlo. Puedo fingir que ya no queda nada entre nosotros. Equivocada. Su cercanía, su aroma, el calor de su cuerpo que parece filtrarse en el mío incluso cuando no nos tocamos, y con todo eso, mis sentimientos amenazan con liberarse. La necesidad de apoyarme en él y enterrar mi nariz contra su piel, para sentirme segura y amada otra vez, es abrumadora.

Apenas logro desabrochar el primer botón. Mis dedos tiemblan y mi visión se nubla con lágrimas no derramadas. Respiro profundamente y paso al siguiente, y luego al siguiente, trabajando únicamente con el tacto en lugar de depender de mi vista. Una vez que se suelta el último botón, suelto su camisa y mantengo mis ojos fijos en su pecho, sin atreverme a mirarlo a los ojos. La gasa que cubre el corte está cubierta de sangre seca. Lo quito con cuidado y luego aplico una capa gruesa de crema antibiótica. La herida no parece estar infectada.

—¿Estás tomando medicamentos?

—Sí.

Empiezo a aplicar un vendaje nuevo. —Continúa tomándolos durante al menos cinco días más. Por si acaso.

Es muy difícil estar tan cerca, con todo mi ser deseando acurrucarme junto a él. Sentir su calidez envolviéndome. Siempre sentí como si nada pudiera tocarme cuando estaba en sus brazos. ¿Cómo pudo dejarme?

—Pensé que me amabas—, le susurro. —Creo que estaba equivocada.

El brazo de Kai se dispara, envolviendo mi cintura y aplastándome contra su cuerpo.

Puedo sentir el subir y bajar de su pecho. Su respiración: rápida y superficial. Su otra mano llega a mi nuca y sus dedos se enredan en mi cabello. Su cálido aliento hormiguea mi piel mientras él baja la cabeza hasta que su boca se cierne junto a mi oreja.

—Lo estabas. — El timbre ronco de su voz resuena a través de mí, hasta mis huesos. —Pero sólo sobre tu uso del tiempo pasado. No sólo te sigo amando. Vivo para ti, cachorro de tigre.

Mi respiración se corta. Lo rodeo con mis brazos, abrazándolo fuerte.

—Cada respiración—, continúa. —Cada latido del corazón. Cada gota de mi sangre es tuya. Todo ha sido tuyo desde el momento en que nos conocimos hace tantos años. Si lo quieres, me arrancaré mi maldito corazón y lo pondré a tus pies. Es tuyo y siempre lo será—.

Ya no son sólo mis manos las que tiemblan; Todo mi cuerpo está atormentado por temblores. Clavo mis uñas en su espalda con todas mis fuerzas, mientras las lágrimas corren descaradamente por mis mejillas.

—Entonces, ¿por qué me dejaste? — Se suponía que era un grito, pero terminó siendo un gemido de dolor. —¿Por qué?

Su abrazo se hace más fuerte, apretándome como si intentara fusionar mi cuerpo con el suyo. Al momento siguiente, me levanta y me coloca encima de la cómoda. Sus palmas suben por mis brazos, lentamente, como si saborearan el tacto, y luego sobre mis hombros para acariciar mi cara.

—Pregúntame cualquier cosa, menos eso—. La mirada en sus ojos cuando se encuentran con los míos está llena de tormento y tristeza. —Si te lo digo, me odiarás para siempre, cachorro. Di la palabra y te confesaré cada pecado oscuro mío. Pero ese no.

Tomo su rostro entre mis manos y presiono mi frente contra la suya. Cuando asesinaron a mi padre, yo estaba demasiado conmocionada para pensar en nada. Pero después de un tiempo, mientras yacía despierta en mi cama, esperando en vano a que mi demonio regresara, pensar era lo único que podía hacer. Esa llamada que recibió la última vez que estuvimos juntos. La forma en que mataron a mi padre: un tiro en la cabeza. Y entonces, mi demonio desapareció en el aire. Me tomó un tiempo, pero finalmente conecté los puntos.

—Ya lo sé—, susurro. —Sé que fuiste tú—.

Kai se sacude y comienza a alejarse, pero envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, manteniéndolo en su lugar.

—Me enojé mucho y me dolió mucho cuando me di cuenta de que eras tú—, continúo. —Durante un tiempo, incluso te odié. El único hombre en quien confiaba absolutamente. El hombre que dijo que nunca me haría daño. El amor de mi vida...

—Por favor—, dice entrecortadamente, —no lo digas—.

—El hombre que mató a mi padre—. Termino con un suspiro tembloroso.

Escalofríos recorren su cuerpo, débiles al principio, pero luego todo su cuerpo comienza a temblar.

—No lo sabía, cachorro—. Una lágrima se desliza por su mejilla. —Lo juro, no lo sabía. Cuando te vi allí, corriendo hacia él, y me di cuenta de lo que había hecho... Quería morir, Nera. Prefiero suicidarme mil veces antes que causarte la más mínima angustia. Pero yo no lo sabía. Como bastardo apenas alfabetizado que soy, ni siquiera me molesté en leer la biografía del objetivo. Por favor créeme. No lo sabía. No lo sabía.

Cierro los ojos y dejo caer la cabeza, enterrando mi nariz en la curva de su cuello.

—Toma mi arma, cachorro. Me arrodillaré ante ti para que puedas dispararme en la cabeza—.

Su voz suena tan quebrada, haciéndome sentir dolor por el peso del dolor que puedo escuchar en ella.

—A veces, al destino le gusta jugar un juego duro con nuestras vidas—, le digo en su cuello mientras paso mi palma por su trenza. —Sé que nunca harías nada intencionalmente para lastimarme—.

—Lo siento mucho, cachorro—.

Su mano está ahora en mi espalda, presionándome contra su cuerpo aún tembloroso. Amaba a mi padre. Al darme cuenta de que mi demonio fue quien lo mató, casi me aplasta. Casi. Pero lo perdoné. Casi tan pronto como comprendí la verdad. Lo amaba demasiado para no hacerlo. Sin embargo, todavía se fue.

Y eso me aplastó.

Me destruyó.

Me condenó al infierno.

Pero mi corazón lo sabe... Voy a perdonar eso también.

Me enderezo y acuno su rostro con mis palmas. Sus ojos están enrojecidos y vidriosos. Perdidos. Limpiando la humedad de sus mejillas con mis pulgares, respiro profundamente.

—Te perdoné. Por mi padre. Hace años—

—Algunas cosas nunca se pueden perdonar, cachorro de tigre—.

—Algunas pueden. Cuando amas a alguien, puedes perdonar cualquier cosa—.

—No esta.

Me inclino hacia él hasta que mis labios rozan los suyos.

—¿Qué tal un intercambio, entonces?

—No tengo nada que ofrecerte, cachorro. Sólo mi sangre, mi vida y el ejército de fantasmas detrás de mí dondequiera que vaya—.

—Entonces, te tendré tal como eres, mi demonio—, le digo en la boca. —Y no me importan los fantasmas—.



Algo se rompe dentro de mi pecho, causándome dolor físico. Es tan grande que, por un momento, no puedo respirar. Mis ojos se clavaron en los de Nera, buscando mentiras o engaños. No hay ninguno. Justo sensibilidad. Amor. No lo merezco. No la merece. Pero lo voy a aceptar de todos modos.

—Hecho. — Le muerdo el labio inferior, cerrando el trato. —Ya era tuyo de todos modos, cachorro de tigre—.

Años de esperar para volver a verla, soñar con tocarla una vez más sabiendo que nunca tendría otra oportunidad. Anhelo. Dolor. Furia. Amor. Todo lo que se estuvo gestando dentro de mí durante tanto tiempo finalmente explota. Agarro los lados de su camisa de seda y tiro de la suave tela, arrancándola de su cuerpo y provocando que un pequeño grito salga de los labios de Nera. Ella me quita la camisa de los hombros y me hunde los dientes en el cuello mientras mis manos encuentran el delicado encaje negro que sostiene sus senos llenos. Yo también lo arranco y luego deslizo mis manos por sus muslos, levantándole la falda.

—Culo. Arriba, — gruño.

Sus brazos rodean mi cuello mientras muerde mis labios.

—Hace tanto calor cuando me ladras órdenes, demonio—.

Engancho mis dedos en el cordón de sus bragas y las deslizo por sus piernas. Mi polla está estirando tanto la bragueta de mis pantalones que apenas logro bajar la cremallera.

—He soñado con estar dentro de ti otra vez durante años—, le digo junto a su oreja mientras deslizo mis palmas por la parte baja de su espalda para agarrar su trasero, colocándome en su entrada. —Me he imaginado cómo olerás. Los pequeños sonidos que harás—. Lentamente, me deslizo dentro de su calidez, un agonizante media pulgada a la vez, saboreando cada momento. —Me he preguntado si sentiría lo mismo. Como antes.

Un ruido tenso sale de su garganta mientras me lleva a su núcleo húmedo. Tiene los ojos cerrados y sus manos en mi cabello, liberando algunos de los mechones de su sujeción.

—¿Y lo hace? ¿Siente lo mismo?

—Aún mejor. — Empujo hasta el fondo, luego agarro su barbilla, inclinando su rostro para mirarme.

—Te he extrañado muchísimo.

Estoy a punto de estallar, pero me obligo a detenerme y quedarme quieto, capturando su mirada con la mía. La sensación de estar dentro de ella, con nuestros cuerpos unidos de la manera más íntima, ¿es así como se siente estar vivo?

—¿Puedes captar la inmensidad de la nada dentro de mi alma si no estás cerca? — Salgo y luego me deslizo dentro de ella nuevamente. Pequeños temblores sacuden su cuerpo y sus párpados se agitan como las alas de una mariposa, pero sus orbes ámbar permanecen clavados a los míos. —Todo es gris y vacío. Eres mi salvavidas, cachorro de tigre, porque no hay vida para mí si no estás en ella—.

—Quería morir—, logra decir con la respiración entrecortada, luego jadea mientras me sumerjo de nuevo en su calor. —Cuando pensé que nunca volvería a verte, solo quería morir—.

Una de sus manos se desliza hacia abajo, agarrando mi barbilla e imitando mi agarre. Nuestras respiraciones se mezclan mientras nos miramos fijamente. El dolor recorre mi cuero cabelludo cuando aprieta mi cabello con su puño. La



sacudida viaja directamente a mi polla palpitante dentro de sus paredes espasmódicas, acelerando esa necesidad de liberación.

—No te atrevas a dejarme otra vez—, dice entre dientes.

—Más de noventa y nueve millones—, gruño mientras sigo chocando contra ella. —Esos son los segundos que he pasado sin ti. Y todos y cada uno de ellos se sentían como si estuvieran muerto, Nera—. Aplasto mi boca contra la de ella. —Nunca más.

Mis ojos están fijos en los de ella mientras salgo y la empujo de nuevo. Y otra vez. Y otra vez. La cómoda vibra por nuestro ritmo implacable, golpeando la pared con cada golpe de mis caderas. Los suaves gemidos de Nera se transforman en gemidos, ardientes y cada vez más fuertes. Entonces deslizo mi palma sobre sus labios.

—Muérdela, cachorro—.

Dos hileras de dientes blancos se hunden en mi carne. Utilizo mi mano libre para agarrar su pierna, abriéndola más. Mi polla se hunde más profundamente con cada embestida, y la presión en mí aumenta. No podemos estar más cerca de lo que estamos ahora, pero todavía no parece suficiente. Aumento mi ritmo, chocando contra ella a un ritmo diabólico. Sus dientes aprietan más fuerte mi mano. Con las luces inundando la habitación, puedo absorber cada delicado detalle de su bonito rostro. Sus ojos brillantes, centelleantes como dos estrellas lejanas. El arco perfecto de su boca rosada. Nariz pequeña y de botón. Cada uno de sus rasgos está grabado en mi mente y, aun así, no puedo dejar de mirarla.

Empuje. ¡Mía! Otro. Otro. La cómoda se tambalea. ¡Mi cachorro de tigre! Mi estrella brillante. Debería retroceder, ir con calma (estoy siendo demasiado dura con ella), pero no puedo. ¿Y si esto es sólo un sueño? ¿Qué pasa si me despierto y ella no está aquí? La golpeo más rápido. Más duro. Más. Su cabello rubio oscuro se ha deshecho por completo y está pegado a sus mejillas empapadas de sudor. Respiraciones agitadas, abanicando mi piel. El olor de nuestro vigoroso acto sexual. Y los ahogados maullidos que logran escapar de su garganta. Mío. Todo mío.

El cuerpo de Nera comienza a temblar, su coño palpita alrededor de mi polla. Mientras suelta su mordisco en mi mano, la aprieto contra mí y golpeo mi boca contra la de ella, tragándome su grito mientras se deshace. Ola tras ola de temblores sacuden su cuerpo. Sostengo su mirada a través de cada flujo y reflujo. Mi hermoso cachorro de tigre. Mi salvavidas. Deshaciéndose para mí. Pero una vez no es suficiente. Necesito verlo otra vez. Joder, ahora mismo. Saco mi dolorida polla y presiono mi pulgar contra su tembloroso núcleo, masajeando su clítoris con movimientos lentos pero firmes. Un gemido sale de los labios de Nera mientras arquea la espalda con los ojos cerrados. Con mi mano libre, tomo su barbilla y la aprieto ligeramente.

—Mírame.

Sus ojos se abren, brillando como la luz de las estrellas que intenté captar hace tanto tiempo.

—Necesito hacerte correrte de nuevo, cachorro. Seguiré tomándote una y otra vez hasta que esté convencido de que eres real, aquí en mis brazos, y no un producto de mi imaginación. Necesito verte destrozarte bajo mi toque. De nuevo. Y otra vez. — Deslizo dos dedos dentro de ella y me inclino para susurrarle al oído. —Te voy a follar hasta que mi maldita polla reviente y mi cerebro finalmente acepte que estás conmigo y que no estoy soñando. Eres mía. — Doblo mis dedos hacia arriba. —¿Me tienes, cachorro?

—Sí—, maúlla.

—Bien. — Saco mis dedos y levanto mi mano para lamer sus jugos. Luego, la empalo en mi polla palpitante.

Respiraciones agitadas. Gemidos. Jadeos. Nuestro sudor se mezcla mientras la golpeo implacablemente, hundiendo mi polla más profundamente en ella con cada embestida. Más. Más. De nuevo. De nuevo. Casi pierdo el control cuando Nera me clava las uñas en los hombros. Rompiendo la piel. Los cajones de la cómoda suenan y un fuerte crujido separa los golpes volátiles y las bofetadas de nuestra carne desnuda. La maldita cosa se va a romper. Agarrando a Nera por debajo de su trasero, nos muevo hacia la izquierda y la presiono contra la pared al lado del mueble maltrecho. Cada vez que me sumerjo en ella, ella respira profundamente y deja escapar pequeños jadeos. Dios mío,

es tan jodidamente hermosa y los sonidos que hace me están volviendo loco. acelero el paso, manteniendo nuestras miradas conectadas. Sé que estoy fuera de control, pero no puedo controlarme.

—Te amo muchísimo—, digo con voz áspera mientras me maravillo de la sensación de tener su cuerpo temblando en mis brazos mientras su coño sufre espasmos alrededor de mi longitud. Un gemido bajo sale de sus labios y luego se hace añicos en mi abrazo.

—Yo también te amo, demonio—. Su voz es ronca.

—Bien—, gruñí y golpeé mi boca con la de ella. —Porque ahora nos vamos a la cama—.



—¿A cuántas personas necesitas que elimine?

Levanto mi mejilla del pecho de Kai y entrecierro los ojos hacia él.

—Nadie más por ahora. Por favor.

—Alguien ha aportado dos millones para que te maten. Voy a eliminar a cualquiera que haya visto esa orden de ataque sólo para asegurarme de que el hijo de puta no pueda cumplirla—.

Habría sonreído ante su declaración si no estuviera segura de que hablaba muy en serio.

—Hicimos un trato, demonio. Cuando descubra quién está detrás de mi cabeza, serás libre de hacer lo que quieras con él. Pero no te metas con la forma en que estoy manejando este negocio—.

—Oh, encontraré al hombre que se atrevió a hacerte daño—, gruñe. —Y cuando lo haga, disfrutaré los sonidos de sus gritos. mientras le arranco los brazos. Y sus piernas. Luego, le arrancaré la jodida cabeza y la pondré en una estaca para que se pudra.

—No creo que sea necesaria una advertencia de tal magnitud—.

—No será una advertencia. Será una garantía para todos los demás—. Inclina la cabeza y me da un beso en la barbilla. —¿Me hablarás de ella? Acerca de... nuestra hija.

Sonrío y apoyo mi cara en su pecho nuevamente. Y entonces le digo.

Le cuento cómo se me rompió fuente mientras estaba en medio de una reunión con los capos. Cómo pensé que era la bebé más hermosa cuando me la entregaron por primera vez, a pesar de que gritaba como un alma en pena. Sobre la primera palabra de Lucia (¡No!). Sus juguetes y canciones favoritos. Cómo mordió a Adele, una de nuestras criadas, cuando la mujer intentó quitarle su osito de peluche para lavarlo. Le digo a Kai todo lo que puedo pensar hasta que mis labios se sienten entumecidos por tanto hablar. Él escucha en silencio, sus brazos sosteniéndome presionado a su costado mientras su pecho sube y baja en rápida sucesión. Incluso después de que me quedo sin historias, él no pronuncia una palabra, solo sigue acariciando mi espalda con sus dedos temblorosos.

—Le he estado tomando fotos casi todos los días. Quería tener todos los momentos grandes y pequeños grabados para no olvidarlos. Y... Y así podría mostrártelos, si regresaras algún día —susurro en la oscuridad. —¿Me dirás dónde estuviste todo este tiempo?

—En el infierno, cachorro. En lugar de ver nacer a mi niña, estaba en el infierno. A donde pertenezco.

Levanto la cabeza, tratando de ver su rostro, pero está demasiado oscuro. Pasando una pierna por encima de sus caderas, me subo encima y presiono mis palmas sobre sus mejillas. Están mojados.

—Tú perteneces aquí—, le digo. —Conmigo. Y nuestra hija. Pero necesito saberlo, Kai. Necesito saber. Sin mentiras. Y no más secretos—.

Puedo oír los latidos de su corazón, sentir el movimiento de su pecho debajo de mí. Respiraciones lentas y profundas. Sus palmas descansan en la parte baja de mi espalda, acariciando mi piel.

—Puedo soportar muchas cosas, Nera, pero ¿verte con odio en los ojos? Eso no lo podía soportar. Así que pasé días y noches siguiéndote o acechando en la azotea frente a tu apartamento. Viéndote. Tenerte tan cerca, pero tan fuera de mi alcance al mismo tiempo, era la peor forma de tortura. Nunca quise que me vieras esa noche. — Su mano se desliza por mi espalda y por mi cabello. — Te escuché, ¿sabes? Cuando gritaste desde el tejado hacia la oscuridad.

—No quise decir eso. Me sentí herido y...

—Lo sé. — Besa mi frente. —Tenías todo el derecho. No podía obligarme a presentarme ante ti y decirte la verdad. Pero mi presencia silenciosa, sin explicación, te estaba lastimando. Necesitaba alejarme lo más posible de ti porque tenía miedo de que si no ponía suficiente distancia entre nosotros, regresaría arrastrándome hacia ti. Sólo para tenerte cerca. Para poder verte de vez en cuando. Pero mi proximidad tóxica sólo habría envenenado el resto de tu vida. Entonces tomé un trabajo en México. Estaba destinado a ser una simple misión de reconocimiento. Reúne información sobre los últimos problemas que se están gestando entre los cárteles y sal sin ser descubierto. Pero me tendieron una emboscada incluso antes de abandonar el aeródromo—.

Cierro los ojos con fuerza. Nunca he tenido tratos con cárteles, pero he oído las historias.

—¿Que hicieron?

—No importa.

—¡A mí me importa! — Presiono mis labios contra los suyos. —Eso me importa, demonio—.

—Cualquier cosa que se les ocurriera. No me pidas que te meta esas imágenes en la cabeza, cachorro. Por favor... no.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres años.

Un aullido de dolor sale de mis labios. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y entierro mi cara contra su pecho. Todas esas nuevas cicatrices que vi en su cuerpo ahora tienen sentido.

—¿Pero escapaste?

—No lo hice. Mi... mis amigos vinieron a rescatarme. No sabía que tenía amigos. Nunca esperé que alguien viniera a buscarme. Especialmente esos dos idiotas. Casi me hacen volar junto con el resto del recinto donde estaba cautivo. El puto Belov y su obsesión por los explosivos. Voy a matarlo la próxima vez que lo vea. Y luego, ese hijo de puta de Az me dio suficiente sedante como para matar a un maldito elefante. Yo también lo mataré en la primera oportunidad que tenga—.

—Te salvaron la vida—. Acaricio su cuello con mi nariz. —Deberías agradecerles—.

—No agradezco a la gente—.

—Lo sé. ¿Pero tal vez podrías hacer una excepción esta vez?

—Lo pensare.

Un beso aterriza en mi cabello. El silencio reina durante varios largos minutos antes de que vuelva a hablar.

—Estaba medio muerto cuando Az y Belov me sacaron y me trajeron de regreso a Estados Unidos. Me llevó un par de semanas estar lo suficientemente funcional como para localizar al bastardo que me tendió una trampa y matarlo. Mi antiguo jefe. Él sabía de nosotros y no quería arriesgarme a que viniera a por ti una vez que se diera cuenta de que había regresado. Sus dedos están en mi cabello, tirando suavemente. —Después regresé a Boston y Te cuidó desde lejos. Aunque sabía que ya no eras mía. No después de lo que hice. Pensé que te había perdido, cachorro—.

—Nunca me perdiste—. Beso su barbilla. Luego su clavícula. —Siempre fui solo tuya. Incluso cuando creía que nunca volvería a verte—. Le aparto los mechones de pelo de la cara y luego le beso la mejilla. —Incluso cuando creía que me olvidabas o que ya no te importaba—.

—¿Te olvidaba?

Me agarra por la cintura y nos da vuelta, inmovilizándome bajo su peso.

—¿Cómo olvidar la única luz en la miserable oscuridad de su vida?

Su palma áspera se desliza hacia abajo por mi caja torácica y cadera, luego más abajo. Una larga y lenta caricia de su dedo a través de mis pliegues antes de deslizar su polla dentro. Tomando aire, lo agarro por los hombros. Todavía estoy dolorida después del frenesí de nuestro amor anterior, pero no importa. Levanto mis caderas, tomando más de él. Necesitando sentir más de él en mí.

—Mientras estuve confinado, la mayor parte del tiempo no sabía dónde estaba. O si era de día o de noche. Y a veces ni siquiera sabía quién era—. Él se retira y baja la cabeza hasta que su cara está a un pelo de la mía. —Pero a pesar de que deliraba y estaba desconectado de la realidad, destellos dispersos de mis recuerdos seguían invadiendo mi mente—. Se desliza hacia adentro, hundiéndose más profundamente. —Un pañuelo rojo. Manos cálidas, cosiendo mi piel. El sabor del pastel de chocolate—. Su mano agarra mi barbilla, inclinando mi cabeza para besarme. —Voz suave, leyéndome algunas tonterías sobre las vacas, mientras un dedo delicado se movía debajo de las palabras para que pudiera seguirlas—.

—Kai...— Su nombre sale como un gemido ahogado.

La luz de la luna que entra por la ventana cae sobre él, bañando su rostro rugoso con un brillo pálido. Puedo ver sus ojos ahora, brillando como dos llamas plateadas, ardiendo en los míos. Dos faros estelares con una atracción gravitacional inconmensurable. Y yo, yo soy su cautiva voluntaria, listo para caer. Nunca imaginé que tendría a alguien que me miraría así.

—Tú, mi cachorro de tigre, eras lo único que recordaba—. Baja la cabeza y se entierra dentro de mí. —Mi todo.

# Capítulo 34



—Tengo hambre.

Me doy vuelta y mis ojos se centran en la dueña de la vocecita. Lucia está parada en el umbral, con la cabeza inclinada hacia un lado mientras me mira con un interés claro en sus ojos muy abiertos y pálidos. Mis ojos. Mi ritmo cardíaco se dispara, trueno tan fuerte y rápido que casi siento cada golpe en la estructura interna de mis costillas. Nuestra hija. Mi hija. La necesidad de tenerla en mis brazos me aprieta. Pero estoy demasiado asustado para hacer un movimiento.

Anoche Nera me contó todo sobre Lucia. Y luego me contó cómo llegó a ser la jefa de la Cosa Nostra en Boston. Durante los últimos tres años, ha estado atrapada en una maldita pesadilla, y aunque no lo dijo con sus palabras, sé que voluntariamente se arrojó en este pozo de mierda para proteger a nuestra pequeña. Tenía que ser fuerte y lo era. Mi intrépido cachorro de tigre.

Después de que Nera se durmiera, salí sigilosamente del dormitorio y caminé de puntillas hasta la habitación de al lado. Me paré en la puerta y observé la pequeña figura dormida de Lucia. No me atreví a acercarme más, simplemente la escuché respirar mientras yacía acurrucada bajo su esponjosa manta amarilla. Luego, alrededor de las tres de la mañana, me agaché junto a la cama de mi bebé y observé su rostro de querubín. Se parece a Nera cuando duerme. Nunca he visto una vista más hermosa.

Mi hija.

Sentí como si estuviera observando un milagro. ¿Cómo pudo salir de mí algo tan perfecto e inocente? ¿La contaminaría si la tocara? ¿La mancharía con mis pecados?



Su pequeña mano descansaba sobre una almohada y yo quería extender la mano y tomarla con la mía. Ese anhelo era tan poderoso que tuve que agarrarme del marco de la cama para que mis manos no vagaran hacia ella sin coacción. Cuando finalmente me obligué a irme, no pude permanecer alejado ni siquiera durante quince minutos. Regresé y pasé el resto de la noche viendo dormir a Lucia. Una vez que amaneció, regresé al dormitorio de Nera, temiendo que mi hija se asustara si se despertara y me viera a su lado.

—Tengo hambre, chico Rapunzel—. Otro pequeño susurro, pero ahora más decidido que antes.

Parpadeo. ¿Chico-Rapunzel? Debe ser el pelo. Me acabo de duchar y no me lo trencé como lo hago normalmente. Lucia me arruga su pequeña nariz y se da vuelta, huyendo. Corro tras ella. La lujosa alfombra amortigua el sonido de sus pequeños pies mientras se apresura hacia el área de la cocina y se detiene junto a la silla alta ubicada en la barra de desayuno. Ella me mira y levanta la mano, con un osito de peluche en ella. ¿Me está ofreciendo su juguete?

—Arriba—, dice, saltando de puntillas.

No entiendo lo que pide y me siento como un completo idiota.

—Tengo hambre. Arriba.

Mis ojos hacen ping-pong entre la silla y mi hija. Mis manos tiemblan cuando me inclino para agarrarla por la cintura y levantarla. Nunca he cargado a una niña y me aterroriza dejarla caer o lastimarla de alguna manera sin querer. Con tanto cuidado como puedo, Coloco a Lucia en la silla y lanzo una mirada frenética hacia la puerta de Nera. ¿Ahora qué? ¿Debería ir a despertarla? ¿O debería... Ay?

—Quiero comer, chico Rapunzel—. Lucia me sonrío mientras tira de mi cabello.

—Bueno. ¿Qué quieres comer?

—¡Galletas! — Su sonrisa se amplía. —Y salsa de tomate—.

—Eh... Esos dos no van juntos. Y no creo que las galletas tengan suficiente valor nutricional. Quiero decir... No son buenos para los bebés—.

Lucia frunce el ceño y sus ojos se estrechan hasta convertirse en rendijas arrugadas.

—No soy un bebé. — Otro tirón en mi cabello. —Soy una niña.

—Si bien... Mmm... ¿Quieres huevos revueltos? — Pregunto. Es una de las pocas cosas que sé cocinar.

—No.

—¿Salchichas?

Ella niega con la cabeza, el disgusto escrito en todo su lindo rostro.

—Asqueroso.

—¿Un sándwich?

—Quiero galletas, chico Rapunzel. Y salsa de tomate. Y encurtidos—.

Miro de nuevo la puerta cerrada de Nera, pero no viene ninguna ayuda.

—Bueno. Echaré un vistazo.

Encuentro una caja llena de galletas de miel en uno de los armarios y saco el ketchup y un tarro de pepinillos del frigorífico. Un par de platos pequeños con personajes de dibujos animados se secan en la rejilla junto al fregadero. Tomo uno y le coloco unas cuantas galletas, y el ketchup frente a Lucia en la barra del desayuno. El frasco de pepinillos lo dejo a un lado del mostrador. Lucia abre la botella de ketchup y exprime al menos la mitad del contenido sobre las galletas. Luego, saca una de las obleas del desastre y comienza a mordisquearla. Tomo asiento al otro lado de la barra de desayuno y miro a mi bebé. Su silla está cubierta de manchas rojas y también la parte superior de su pijama. Tiene toda la cara manchada de ketchup. Cachorro me va a matar.

Agarro una toalla de papel del soporte a mi izquierda y empiezo a limpiar el desastre alrededor de Lucia mientras ella sigue cada uno de mis movimientos con sus ojos inquisitivos. Una vez que termino con la silla, arranco unas cuantas

hojas más de papel toalla para limpiarle la cara. Mi mano está a mitad de camino hacia ella antes de detenerme. La textura de la toalla parece demasiado dura para su suave piel. Sin una mejor alternativa, dejo caer las toallas y muy lentamente extendiendo mi mano, con la intención de limpiar la mancha de ketchup de su pequeña mejilla con solo mi pulgar. Lucia se queda quieta. Yo también me congelo. El pánico explota en mi sistema. La he asustado.

—Lo siento...— Empiezo a alejarme, mientras un dolor, más agudo que cualquier cosa que haya sentido jamás, atraviesa mi pecho.

—Olvidaste mis pepinillos—, se queja Lucia, agarrando mi mano con las suyas. Ella sostiene mi dedo índice y mi meñique, acercándolos a su cara. Mi corazón deja de latir cuando ella presiona mi mano sobre su boca, frotando su cara contra mi palma como si fuera una toalla para limpiar las manchas de ketchup. Cuando termina, se ve peor que antes, con manchas rojas en toda la nariz y algunas incluso en la frente.

—A mamá no le gusta que haga eso—, declara y me muestra una sonrisa con dientes. —Me gusta mucho.

Trago y miro hacia donde ella todavía me abraza. Tan pequeña. ¿Cómo pueden sus dedos ser tan pequeños? Muevo mi pulgar y acaricio su pequeño puño.

Mi hija.

Con cautela, giro mi mano para capturar una de las suyas en la mía, acariciando sus ahora pegajosos deditos.

—¿Quieres jugar al salón de belleza?

Sin apartar los ojos del precioso tesoro que tengo en la palma, me inclino y beso las puntas cubiertas de ketchup. Y asiento.



Estoy flotando en ese vacío incorpóreo entre la vigilia y el sueño hasta que una leve corriente invade la habitación desde donde quedó la puerta del balcón entreabierta. Un escalofrío recorre mi carne expuesta. Mientras parpadeo para disipar el sueño, por un momento, mi mente está felizmente en blanco, pero luego los acontecimientos de ayer se desploman sobre mí de repente.

Me doy la vuelta y miro al otro lado de la cama. Las sábanas están arrugadas, pero Kai no está ahí. El pánico me agarra con su puño helado y, durante unos segundos, lo único que puedo hacer es mirar fijamente la marca en la almohada. Un momento después, salgo de debajo de las sábanas y cruzo corriendo mi habitación. Abro la puerta, casi dejando que se aplaste contra la pared adyacente, y entro corriendo solo para detenerme en seco en el umbral.

Kai está sentado en el suelo frente al sofá, con la espalda apoyada en el borde acolchado. Uno de sus brazos está levantado en un ángulo incómodo, sosteniendo una cesta redonda de mimbre rebosante de ligas, pinzas y otros accesorios para el pelo de Lucia. Mi hija está encaramada detrás de él, en el mismo borde del sofá, mordiendo su labio inferior con sus bonitos dientes de leche mientras intenta sujetar una flor de seda rosa de gran tamaño en lo alto de la cabeza de su padre. Mientras tanto, la mayor parte del pelo de Kai (a excepción de una coleta delgada y torpemente atada que cuelga torcida por detrás) se le ha caído sobre la cara. Mi pobre corazón se estremece al ver a mi demonio, que se mantiene absolutamente quieto mientras sus ojos abiertos de par en par, que miran a través de los mechones, revolotean salvajemente por la habitación.

—Los encontré en la cocina hace una hora—, dice Zara a mi lado. Ni siquiera había notado su presencia, demasiado fascinada por la vista en la sala de estar. —Al parecer, Lucia se despertó y entró a su dormitorio. Como todavía dormías, ella le pidió que le diera el desayuno—.

Presiono mi mano sobre mi corazón y trago. —¿Qué hizo él?

—Encontré una caja de galletas, ketchup y un frasco de pepinillos. Con suerte, él no le dio todo eso al mismo tiempo—. Ella inclina la cabeza hacia el hombre en cuestión. —No creo que haya estado mucho con niños. Mira su cara. Parece completamente aterrorizado—.

—Sí. — Parpadeo para contener las lágrimas que amenazan con derramarse. —Le dije la verdad anoche—.

—¿Por qué?

—Sin mentiras. Sólo secretos—. Sonríó y luego le doy más detalles después de que Zara me mira confundida. —Eso ha sido lo nuestro desde el principio. Pero ya no más. No quedan más secretos—.

Zara asiente. —¿Vas a ver a Massimo hoy?

—Mañana. Me reuniré con los inversores en el casino Bay View después del almuerzo. La miro. —¿Aún no me cuentas qué está pasando entre ustedes dos?

—Desde que tenía tres años, la única vez que vi a Massimo fue en el funeral de nuestro padre. Aparte de las fotos antiguas, ni siquiera sabía cómo era nuestro hermanastro antes de eso. ¿Qué podría haber entre nosotros, Nera? — Su voz es seca y ligeramente temblorosa. —Tengo que terminarle ese traje de pantalón a Dania esta noche. ¿Volverás para cenar?

—Sí. — Paso mi brazo alrededor de su cintura y le doy un abrazo. — Gracias por ayudarme a cuidar de mi hija—.

—Siempre. — Ella me devuelve el abrazo y se dirige a la mesa del comedor; su atención se dirige inmediatamente a la página de su cuaderno de bocetos. Apoyo mi hombro en el marco de la puerta y observo a mi demonio entregarle a Lucia un cepillo para el cabello de Princesas Disney. Sus ojos encuentran los míos y se fijan mientras nuestra hija levanta un mechón de su largo cabello y comienza a peinarlo hacia atrás.

# Capítulo 35



—¿Qué está sucediendo?

Pregunto mientras seis enormes SUV dan vuelta en U en el camino de entrada y se estacionan en una línea perfecta, uno al lado del otro.

—Los sicilianos llegan tarde—, dice Kai y envuelve su brazo alrededor de mi cintura, acercándose.

Las puertas de todos los SUV excepto uno se abren simultáneamente. Hombres vestidos con ropa táctica negra salen de los vehículos y se alinean uno al lado del otro a lo largo del borde de la carretera. Son veinte y cada hombre lleva varias armas atadas al cuerpo.

—¿sicilianos? — Estoy boquiabierta ante el pequeño ejército en mi camino de entrada. —¿Los mismos sicilianos que intentaron matarme?

—Sí. Un error que nunca olvidaré—.

La puerta del conductor del primer SUV se abre y sale un hombre alto y musculoso. Lleva un traje gris metalizado de tres piezas con una camisa negra debajo y una corbata negra. El siciliano mira a su alrededor y se dirige hacia nosotros con las manos en los bolsillos del pantalón. Las gafas de sol oscuras de aviador oscurecen sus ojos, pero el accesorio no puede ocultar que algo no está del todo bien en su rostro. La piel de su barbilla y mejillas parece destrozada de alguna manera, lo que hace difícil determinar su edad, pero todo lo demás sobre él me dice que es joven. Probablemente veintitantos. No parece llevar armas, pero la mirada de Kai está fija en él como si este hombre fuera quien presentara la mayor amenaza y no un pelotón de mercenarios armados.

—Llegas tarde, Rafael—, ladra Kai.

—Mis disculpas—, dice el recién llegado. —Pediste veinte hombres. Tuve que sacar un equipo de un trabajo programado para esta tarde. Eso requirió ajustar cierta logística—.

—¿Dejaras un trabajo?

—Por supuesto que no. Yo mismo me ocuparé de ese contrato—. El chico se quita las gafas de sol y se vuelve hacia mí. Apenas me abstengo de retroceder. Su rostro es un desastre de cicatrices y piel maltratada, como si un animal salvaje lo hubiera mutilado. Me sondea con su mirada penetrante, con ojos que parecen ser su único rasgo intacto. —Lamento muchísimo el malentendido que ocurrió hace dos noches. No teníamos idea de que el contrato que aceptamos involucraba a la chica de Mazur—.

Antes de que pueda responder, la luz se refleja en una hoja plateada. Respiro profundamente, mirando el cuchillo de aspecto malvado que Kai sostiene contra el cuello del tipo. La sangre brota en el lugar donde la punta cortó al hombre, y un fino hilo se desliza lentamente por el frío acero. El siciliano ni siquiera pestañea. Él sólo mira a Kai y levanta una ceja.

—No mires fijamente a mi mujer, Rafael—. La voz de mi demonio es baja pero cargada de amenaza. —¿Lo tienes?

—Anotado.

Kai baja lentamente su cuchillo. —Te he enviado los planos de la casa y la propiedad. Será mejor que hagas bien tu trabajo, o mataré a cada uno de tus hombres y luego iré a por ti—.

—Tu familia está a salvo en nuestras manos—. El siciliano se vuelve a poner las gafas de sol y mis ojos se fijan en la multitud de cicatrices que cruzan su piel desde las muñecas hasta la punta de los dedos. Rafael asiente con la cabeza a los tipos armados que están en posición de firmes y regresa a su auto.

Los hombres se dispersan. Cinco corren hacia la casa, tomando posiciones de guardia en las esquinas y junto a la puerta principal. Dos van a las dependencias del personal, un edificio de dos pisos a la izquierda. Y el resto

corre en diferentes direcciones a través del césped, en dirección a los muros perimetrales. El líder, Rafael, echa otro vistazo a su alrededor, se pone al volante y se marcha.

—¿Qué le pasó a su cara? — Yo susurro.

—Ni idea. Nuestros caminos se cruzaron varias veces a lo largo de los años. Conocí a Rafael por primera vez mientras trabajaba para el sindicato de Camorra hace aproximadamente una década, tal vez un poco menos. Todavía era un niño, tal vez de dieciocho años, y su rostro era normal. Cuando me lo encontré de nuevo un par de años después, era así—, dice Kai y me guía hacia su auto.

—Entonces, ¿te importaría contarme por qué tienes a sus hombres estacionados alrededor de la casa?

—No voy a correr riesgos con la vida de mis chicas. Los imbéciles que tienes como seguridad no podrían vigilar una maldita biblioteca.

—¿Entonces contrataste al equipo de sicarios? — Me abre la puerta del coche.

—Exactamente.

—¿Y cuánto costó? — Pregunto mientras me deslizo en el asiento del pasajero. —Los sicilianos son caros—.

—Un poco más que el contrato original por el golpe—.

Lo sigo con la mirada mientras rodea el capó y se deja caer en el asiento del conductor. La cantidad de dinero necesaria para contratar un pequeño ejército privado de este calibre debe ser una locura. Él mencionó La recompensa por mi cabeza era de dos millones, por lo que debió haber desembolsado al menos dos millones y medio por esto. Quizás tres completos. Es una tarifa absurda, incluso para los estándares de la mafia.

—¿Pagaste tres millones o lograste convencerlos de que aceptaran sólo un aumento del cinco coma cinco?



Con un movimiento rápido, sus dedos agarran mi barbilla. Se inclina y alinea su rostro con el mío.

—La seguridad tuya y de mi hija no tiene precio—, dice, luego choca su boca con la mía. —Déjalo ir, Nera.

—Sin mentiras. — Tomo su labio inferior entre mis dientes y lo muerdo. Duro. —Y no más secretos—.

Sus ojos brillan peligrosamente. Me da un beso rápido más en la boca y enciende el auto. —Cero, cachorro. Rafael aceptó un nuevo contrato, añadiendo un cero a la protección—.

Observo su perfil mientras conduce el auto por el camino de entrada. Nunca me ha mentado antes, pero sé que los sicilianos no trabajarían gratis. Estamos casi en la puerta cuando finalmente me doy cuenta. Un cero añadido al precio original. Veinte millones.

—Háblame de tus subordinados—, dice Kai mientras da vuelta. —Empieza con el rubio. El que estaba drogado en la reunión—.

—¿Armando? — Mis ojos se abren con sorpresa. —Él está a cargo de los soldados que cobran las deudas. Su padre es uno de nuestros inversionistas y había insistido en que Batista hiciera capo a su hijo. No tenía idea de que Armando estuviera drogado—.

—Ojos llorosos. Rinorrea. Su traje era dos tallas más grande. Debe haber perdido mucho peso recientemente. Y estaba jugueteando con sus mangas, bajándoselas, probablemente para ocultar las marcas. Es un adicto a la heroína. Hay marcas de agujas entre sus dedos, lo que significa que ha estado consumiendo durante años—.

—No he notado ninguna de esas cosas—.

—Quizás no pueda leer muy bien palabras escritas, pero soy un experto en leer a las personas—, dice Kai. —La drogadicción requiere dinero. Un adicto recurriría a cualquier medio para conseguir dinero si no tiene mucho dinero. Si mi querido papá insistía en conseguir un trabajo, tal vez se cansaba de que su hijo desperdiciara los billetes verdes que no ganaba. Entonces, estoy seguro de

que el rubio ya está tomando una parte de las deudas que cobra. ¿Pero tendría algo que ganar con tu muerte, incluso si de algún modo tuviera lo suficiente para pagar la recompensa?

—Matarme no abrirá mágicamente el banco de la mafia, así que no creo que el dinero sea el motivo. Quien ordenó mi golpe, lo hizo por un principio. Ninguna mujer ocupó un puesto de liderazgo en la Cosa Nostra hasta mí—. Inclino mi cabeza hacia atrás y suspiro. —Probablemente sea uno de los miembros mayores. Se apegan a sus tradiciones. Brio él es el que tenía lentes negros fue la voz más fuerte que se opuso a que yo asumiera este papel. Él gestiona nuestras operaciones de casino, lo que genera muchos ingresos. O tal vez el encargado de las finanzas, Primo. Se ocupa del lavado de dinero y de las inversiones. Estaba sentado a la izquierda de Ernesto. Ambos podrían permitirse fácilmente los honorarios de los sicilianos.

—¿Qué pasa con el tipo que estaba sentado a tu derecha?

—Salvo, el mejor amigo de mi hermanastro. Me ha estado ayudando desde que Massimo me metió en esta tormenta de mierda. No es él—.

—No me gustó la forma en que te miraba—. Kai se detiene en el semáforo y toma mi barbilla entre sus dedos. —No comparto, Nera. Ni siquiera en el sentido platónico. Será mejor que te asegures de que esté fuera de mi vista si quieres que siga chupando aire—.

—Nunca ha habido nada entre Salvo y yo. No puedo estar segura porque él nunca lo mencionó, pero creo que está enamorado de mi hermana—.

—No me importa. La próxima vez que lo vea mirándote, estará muerto—. Kai captura mis labios con los suyos.

\* \* \*

Entro al vestíbulo de nuestro casino de lujo más grande y respiro profundamente. El techo es alto y hay al menos mil pies cuadrados de espacio

mayoritariamente vacío, pero todavía siento como si las paredes se estuvieran acercando a mí. Puede que reunirse con nuestros inversores no sea tan estresante como reunirse con los capos, pero incluso después de casi cuatro años, todavía me genera ansiedad. Demasiados números. Demasiados detalles para recordar. Siempre tengo miedo de olvidar o perderme algo.

La imagen lo es todo en nuestro mundo. Si pierdo la apariencia de ser la perra calculadora y capaz que tanto he intentado ser, dejarán de apoyarme. Sin el respaldo de nuestros inversores, los capos se unirán y me derribarán del primer puesto. Si eso sucede, seré presa de los lobos, y temo que ni siquiera mi demonio y un ejército de mercenarios podrán mantenernos a Lucia y a mí a salvo en ese momento. He estado caminando de puntillas sobre el filo de una navaja entre la compostura y perder la cabeza durante meses, pero ahora, sintiendo la presencia de Kai mientras camina solo un paso detrás, no parece tan terrible.

Un hombre con un traje llamativo dobla la esquina y se dirige hacia mí. La bilis sube por mi garganta mientras veo acercarse a Lotario, con una gran sonrisa sórdida plasmada en su rostro. Olvidé que es fin de mes y todos los gerentes del casino estarán presentes en la reunión de hoy. Incluyendo a mi baboso ex.

—Nera—. Lotario cruza apresuradamente el pasillo hacia mí con la mano extendida. —Te estábamos esperando—.

Está casi encima de mí, su extremidad a sólo unos centímetros de distancia, cuando el brazo de Kai pasa por encima de mi hombro. El cañón de su arma presiona el puente de la nariz de Lotario.

—Atrás. Fuera.

—¿Nera? — Lotario se queda quieto, con los ojos bizcos, mirando el arma.  
—¿Qué pasa?

Kai retira el arma y le da un revés a Lotario con tanta fuerza que el hombre termina tirado en el piso de baldosas pulidas a varios metros de distancia.

—Para ti es Donna Leone—, dice Kai, y luego dispara su arma. Fragmentos de pizarra explotan del lugar junto a la mano de Lotario. —Si te acercas a ella a menos de tres metros, esa será tu materia cerebral—.

Lotario retrocede un poco, luego se levanta y empieza a quitarse el polvo de los pantalones. Le tiemblan los dedos.

—No creo que hayas conocido a mi nuevo jefe de seguridad, Lotario. Tómallo en serio—.

Sonrío y continúo cruzando el vestíbulo en dirección a la sala de reuniones. Kai se acerca a mi lado y me rodea la cintura con el brazo. Lotario corre tras nosotros, manteniéndose pegado a una pared a nuestra izquierda.

—Eh... ¿Qué pasó con Ernesto? — Pregunta mientras sus ojos saltan del rostro de Kai a su mano descansando en mi cadera.

—Kai decidió que Ernesto no era apto para su puesto. Entonces lo relevó. Permanentemente. — Espero hasta que Lotario esté fuera del alcance del oído, luego tiro de la manga de Kai y susurro: —¿Para ti es Donna Leone? —

—Me gusta cómo suena eso. — Él me mira, sus labios se dibujan en una pequeña sonrisa. —Tú también guardabas secretos. En aquel momento. Princesa de la Cosa Nostra, nada menos.

—Nunca preguntaste, demonio—.

La cara de Kai cae. —Lo sé.

La sala de conferencias donde se llevan a cabo las reuniones está en el otro extremo de la sala de juego, y puedo sentir una gran cantidad de ojos sobre mí durante todo el tiempo que cruzo la distancia. Grandes lámparas colgantes doradas brillan sobre las mesas cubiertas de fieltro verde. El atrevido patrón amarillo de la alfombra combina con las decoraciones doradas en relieve del techo, lo que me hace sentir como si estuviera atrapada en un extraño laberinto del que tal vez no pudiera escapar. Todavía es temprano y el casino aún no está abierto, pero hay docenas de empleados dando vueltas, limpiando y preparando todo para los clientes que están a punto de llegar mientras me miran en secreto. Vengo aquí al menos una vez a la semana, pero es la primera vez que no estoy

aquí como representante de Batista, sino como líder oficial de la Familia Boston. No hay ventanas en el edificio y, a pesar de que el espacio es enorme, siento que no hay suficiente aire.

Me detengo ante las puertas dobles de roble con paneles de cristal esmerilado en el medio y trato de reprimir un escalofrío. La necesidad de darse la vuelta y huir es abrumadora. Mi pausa debe ser un latido demasiado larga, el agarre de Kai en mi cintura se aprieta.

—Sólo da la orden—, dice. —Y mataré a todos los que estén dentro—.

Miro hacia arriba y encuentro la mirada de mi demonio. Parece relajado, como si estuviéramos disfrutando de la noche, pero la mirada en sus ojos es pura amenaza, y puedo decir que su oferta es absolutamente seria.

Una vez, cuando todavía estábamos en la escuela secundaria, Dania y yo tuvimos una fiesta de pijamas y pasamos horas acostadas en mi cama hablando de chicos. Recuerdo que dijo que el chico de sus sueños sería considerado y amable, alguien que la mimaría con regalos y le resolvería todos sus problemas. Sonaba ideal para mis oídos adolescentes. Y mientras miro los ojos duros de Kai, me doy cuenta de que, después de todo, he encontrado al hombre de mis sueños. Sólo que él es tan considerado como un huracán que azota la costa, destruyendo todo a su paso. Una fuerza salvaje e imparable, una que fácilmente podría resolver todos mis problemas, pero que elige dejarme manejar mis propias cosas porque se lo pedí.

—No creo que sea necesario—. Sonrío y entro a la habitación.

\* \* \*

Dos horas y media.

Levanto la vista de la copia impresa de los ingresos y fijo mi mirada en la de Kai. Está apoyado en la pared junto a la puerta, en el lado opuesto de la sala de reuniones. Los directores del casino, sentados a la izquierda de la larga mesa

de conferencias, discuten sobre la superficie de madera teñida de oscuro con los inversores de la derecha, que exigen diversos recortes presupuestarios. Uno de los adinerados empieza a gritar que no invertirá más capital en un negocio que está mostrando una disminución de ingresos. Puede que esté sentada en la cabecera de la mesa, pero me siento como si estuviera atrapada justo en el medio, siendo bombardeada desde ambos flancos.

La ansiedad que he sentido desde antes de poner un pie dentro se ha multiplicado varias veces, pero he logrado mantenerla reprimida. Tranquila. Lejana. Fuerte. Eso es todo lo que les he permitido ver a estos buitres porque esa es la persona que necesito que esté aquí. Pero en este momento, siento que voy a estallar por las costuras, temerosa de derrumbarme frente a ellos. No quiero estar a cargo de este circo. Nunca quise estar a cargo de nada. Sólo quiero que todo esto desaparezca, para poder dejarlo ir y tener mi crisis a solas.

—Ya es suficiente—, ladro. Mi voz puede sonar firme, pero la forma en que me siento es completamente contraria a ese estado. —Hemos terminado aquí.

—¿Qué? — Lotario se levanta bruscamente de su asiento al final de la mesa. —Mañana vendrán trabajadores para actualizar el piso y las lámparas. Esas miserias que has asignado no cubrirán ni el 10 por ciento de los costes—.

—Entonces supongo que necesitas reducir tus gastos—, digo.

Lotario sigue discutiendo, exigiendo fondos adicionales. Más hombres se han sumado a los gritos, sus voces perforando agujeros en mi cerebro. Trago, mis ojos encuentran a Kai nuevamente, todavía apoyado en el mismo lugar. Nuestras miradas se cruzan y, sólo por un fugaz segundo, le dejo ver el pánico que siento. Se aleja de la pared, mete la mano dentro de su chaqueta y saca su arma. Levanta la mano hacia el techo y el sonido de un disparo explota en el reducido espacio. La ornamentada lámpara de araña dorada, una versión más pequeña de las que cuelgan en el vestíbulo, se desploma sobre la mesa.

Un silencio absoluto desciende sobre la habitación. Los inversores y administradores de casinos miran a Kai con la boca abierta.

—La reunión ha terminado—, dice con indiferencia y se cruza de brazos sobre el pecho, dejando el arma en la mano como sutil signo de exclamación en su declaración.

—Qué...? ¿C-cómo lo hace...? — Lotario tartamudea, con los ojos pegados a los cristales rotos arrojados frente a él. —Nera, esto realmente no es...—

¡Estallido!

La silla de Lotario se inclina hacia atrás, luego cae y su cuerpo golpea el suelo.

—¿Alguien más desea agregar algo? — Mi demonio arrastra sus ojos sobre los hombres. —¿No? Entonces, por favor, deséale un buen día a Donna Leone y largo—.

No sucede nada durante unos segundos y luego todos toman sus teléfonos y organizadores de la mesa. Varias voces que dicen: “*Que tenga un buen día, Donna Leone*”, resuenan por encima del apresurado traqueteo.

—Toma el cadáver—. Kai le hace un gesto al hombre de traje gris claro que guarda sus papeles en una carpeta.

Sacar el cuerpo de Lotario termina siendo un trabajo de dos personas, una para sujetar los brazos y otra las piernas. Cuando el último hombre sale de la habitación y las puertas dobles de roble se cierran con un suave clic, Kai se da vuelta y las cierra.

—Eso fue interesante—, dice mientras cruza la habitación hacia mí. —Creo que podría llegar a gustarme la mierda burocrática—.

Me recuesto en el sillón de cuero y cierro los ojos. —Creo que acordamos que dejarás de atacar a mi gente sin consultarlo previamente conmigo—.

—Fue una falta de respeto. No fue necesaria ninguna discusión—. Siento la silla balanceándose y luego su aliento en mi cara. —¿Por qué estabas preocupada? ¿Pensaste que uno de estos idiotas fue el responsable del ataque?

—No. A estos tipos sólo les interesa el dinero. Mientras fluya, no correrán el riesgo de crear disturbios—. Mantengo los ojos cerrados e inhalo su aroma.

—Yo solo... No quiero tener el control de cada maldita cosa todo el tiempo. No quiero tomar todas las decisiones. A veces, sólo quiero dejarlo ir y, por una vez, dejar que alguien más esté a cargo—.

Un ligero toque se posa en un lado de mi cara, unos dedos ásperos y callosos trazan el contorno de mi barbilla. Abro los ojos y encuentro mi demonio inclinándose, con la cabeza ladeada y un brillo peligroso en sus ojos.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres, cachorro de tigre? — Su voz suena más profunda de lo habitual. Más ronca. Tal como lo haría un demonio al atraer a un mortal al pecado.

—Sí—, susurro. Estoy bastante segura de que no se ofrece a revisar las declaraciones de ingresos por mí. —Pero sólo si confío implícitamente en esa persona—.

—Mm-hmm...— Sus dedos se deslizan por mi cuello y clavícula hasta detenerse justo encima del botón de mi camisa. —¿Hay vigilancia por vídeo o audio aquí?

Mi respiración se acelera. —Solo video. La cámara montada encima de la puerta—.

Una comisura de su boca se levanta. —Perfecto.

Kai mira hacia arriba, por encima del hombro, y mete la mano dentro de su chaqueta con su mano libre. Sigue acariciando mi escote con un ligero toque mientras apunta con su arma a la cámara.

¡Estallido!

—Ahora podemos empezar—. Desliza el arma en su funda y, agarrándome por la cintura, me levanta sobre la mesa. —Acuéstate.

El aire me abandona en bocanadas superficiales mientras me estiro en la superficie.

Sus ásperas palmas se deslizan a lo largo de mis muslos. Lánguidos. ¿Siempre usas faldas para las reuniones?



Su toque es como fuego en mi piel. —No.

—Lo harás de ahora en adelante. Menos obstáculos en mi camino—. Toma mis bragas y comienza a bajarlas. —Y sin ropa interior—.

—Bueno.

Observo cómo se lleva mi tanga negra a la nariz e inhala. —Me encanta tu olor, cachorro Otra inspiración profunda antes de guardar el cordón negro en su bolsillo. Sus manos regresan a mis muslos, subiendo mi falda. Cuando la tiene alrededor de mi cintura, toma mis nalgas y se inclina hacia adelante.

—Piernas sobre mis hombros, Nera—, susurra mientras levanta mi trasero. —Y ni un sonido—.

Agarro el borde de la mesa y aprieto, colocando mis piernas sobre sus hombros. Los ojos de Kai nunca dejan los míos mientras inclina la cabeza y lame mi coño. Con el primer contacto caliente de su lengua húmeda, un escalofrío recorre mi espalda.

—Adoro absolutamente tu sabor—. Otro golpe a través de mis pliegues, más firme y deliberado, provoca mi clítoris. Dolorosamente lento.

—Más rápido—, le ruego.

—Te dije que guardaras silencio—. Toma mi clítoris entre sus labios y lo chupa.

Mis ojos se ponen en blanco. Un gemido amenaza con escaparse, así que aprieto los labios y aprieto el borde de la mesa con todas mis fuerzas. La humedad se acumula entre mis piernas cuando la boca de Kai libera mi clítoris.

—Abre más las piernas. Ahora, cachorro—.

No hay un momento de vacilación en seguir esa orden. Un escalofrío recorre mi espalda cuando hago lo que me ordena. Se siente tan bien. He estado acostumbrada a tener el control durante mucho tiempo y dejarlo me hace sentir libre nuevamente. Un latido después, la lengua de Kai acaricia mi raja, lamiendo mis jugos, luego agarra mi clítoris una vez más. Puedo sentir el filo de sus dientes rozando mi carne sensible, y esa sensación estar así casi me lleva al

límite. Sus labios sellan mi manojo de nervios, la succión se vuelve dura y necesitada, mientras la punta de su lengua masajea mi clítoris. Jadeo y arqueo la espalda, sintiendo que el orgasmo se apodera de mí, pero su boca desaparece de repente.

—No tan rápido, cachorro—. Un beso aterrizo en el interior de mi muslo derecho. Luego, el izquierdo. —Solo puedes correrme cuando te doy permiso—

.

—¿Por qué? — Yo maulló.

—Estás llevando las riendas de este tonto imperio criminal tuyo—. Una larga lamida en mis pliegues. —Y aunque disfrutaría eliminar a cada uno de tus subordinados y extinguir todas las amenazas potenciales, respeto tu necesidad de llevarlo a cabo. Pero en la cama— un ligero mordisco en mi clítoris —Yo soy el que manda—.

Casi me vengo solo de sus palabras. Mis muslos tiemblan como si tuviera fiebre mientras él baja con cuidado mis piernas y comienza a desabrocharse los pantalones. Muerdo el interior de mi mejilla, preguntándome si me tomará rápido o lento. En lo que respecta a mi demonio, nunca sé qué esperar. Libera su enorme polla, y sólo verla hace que mi núcleo tenga un espasmo. Me agarra por detrás de las rodillas y me empuja hacia el borde de la mesa.

—¿En qué estuvimos de acuerdo, Nera? — La punta de su polla empuja mi entrada, provocando mi coño con su circunferencia.

—No me correré hasta que me hayas dado permiso—.

Una sonrisa malvada se dibuja en sus labios. —Buena chica.

Lento. Esta vez me tomará despacio. Inspiro, llenando gradualmente mis pulmones de aire mientras él se desliza dentro de mí. La presión en mi núcleo aumenta con cada movimiento minúsculo, devolviéndome al precipicio. Kai se retira y luego comienza a empujar dentro de mí nuevamente. Incluso más pausadamente que antes. Es pura locura.

—Más rápido, demonio—, dije entrecortadamente.

—Cállate. — Desliza su palma por mi muslo, luego sobre mi vientre, hasta llegar a mi cuello, envolviendo sus dedos alrededor de mi garganta. —Los únicos sonidos que ahora pueden salir de tus labios son tus gemidos—. Él retrocede, luego se sumerge con fuerza, haciéndome gritar de éxtasis.

Mueve su mano detrás de mi cuello, levantando mi cuerpo deshuesado. Su gruesa polla todavía estaba completamente alojada en mí.

—Gemidos—. Aplasta sus labios contra los míos. —Y gritos—.

Nuestras miradas permanecen fijas mientras él me golpea, cada choque duro me hace ahogarme con el aliento. Entre nuestra respiración dificultosa y los estallidos de nuestra carne, soy vagamente consciente del chirrido de las patas de la mesa arrastrándose por el suelo de madera, proporcionando la melodía al ritmo de sus embestidas. Lo único que puedo hacer es rodearle el cuello con mis brazos y agarrarme con todas mis fuerzas.

—Por favor—, gemí.

—Silencio, cachorro—. Mueve sus manos por mi espalda, debajo de mi trasero, apretando.

Todo mi cuerpo comienza a temblar, zumbando por la necesidad de liberación. Todas mis células son alambres humeantes, tensos y listos para arder. Puedo sentir el parpadeo de la chispa que desencadenará el infierno, cuando de repente se retira.

Agarro los mechones atados de su trenza. Este dolor en mi núcleo me está haciendo delirar. Pero Kai simplemente inclina su cabeza hacia un lado, mirándome. Un brillo malvado en sus ojos coincide con una sonrisa de satisfacción en su rostro mientras pasa su mano por mi abdomen hasta llegar entre mis piernas.

—Me imaginé haciéndote esto en ese club. Mientras bailabas con ese idiota, quería que fuera yo—. Desliza dos dedos dentro de mí. —No pude soportarlo, cachorro. Sabía que no tenía derecho a pensar en ti como mía en ese momento, y mucho menos a poner mis manos ensangrentadas sobre ti, pero lo eras. Mía. Y quería romperle el cuello por atreverse a tocarte. Su pulgar masajea

mi clítoris en círculos lentos y apretados, cada vez que lo presiona, estoy más cerca de caerme por el precipicio. —Fantaseaba con follarte con mi mano y luego con mi polla allí mismo, en medio de la multitud, para que todos los hijos de puta de los alrededores supieran que eras mía—.

La presión dentro de mí sigue aumentando, más y más con cada respiración. Kai pellizca mi clítoris y retira su mano, sólo para reemplazarla con su polla.

—Eras mía en aquel entonces tal como lo eres ahora cuando finalmente soy libre de tocarte, pero todavía necesito que todos lo sepan, cachorro de tigre. Quiero que te vean derretirte en mis manos y se imaginen tu cara ferviente mientras gritas de éxtasis cuando te lleno con mi polla. —Su boca recorre mi oreja y la punta de su lengua lame mi cuello. —¿Esa cámara que disparé? Me temo que fallé, cariño—.

Mis ojos se abren de golpe. La señal de esa cámara se transmite directamente a la empresa de vigilancia que se encarga de la seguridad en todos nuestros casinos. Y uno de los capos es el dueño de la firma. Dentro de unas horas, toda la Cosa Nostra verá las imágenes.

—¿Cómo se siente saber que todos tus subordinados están mirando mientras te follo delante de sus ojos, Nera?

Sostengo su mirada mientras lucho por inhalar suficiente aire, tratando de contener el clímax, pero perdiendo la guerra. Mis uñas se clavan en la piel de su cuello mientras se desliza dentro y fuera de mi coño goteante, cada empujón me empuja más hacia el olvido.

—Se siente como si fuera sólo tuya—.

—Sólo mía—, ruge Kai y me empala con tanta fuerza que mi mente se queda en blanco. —Ahora puedes correrte—.

Estrellas blancas estallan ante mis ojos mientras grito y me encierro en su abrazo. Mi visión se vuelve borrosa, oscureciendo todo excepto los ojos plateados que miran los míos, manteniéndome esclavizada en su fuego sobrecalentado mientras el orgasmo más asombroso sacude mi cuerpo.

Kai toca fondo dentro de mí mientras toma mi barbilla con un dedo, inclinando mi cabeza hacia arriba.

—Tan valiente y hermosa. Y sólo mía—, gruñe y explota dentro de mí.

# Capítulo 36



—Kai. — Una ligera caricia en la parte posterior de mi cabeza mientras Nera acaricia la longitud de mi trenza. —Tenemos que irnos.

—Está bien—, digo, sin apartar la mirada de la forma dormida de Lucia.

Después de recibir un mensaje de su hermanastro, Nera entró a su habitación para prepararse. Aparentemente, necesita que ella se reúna con alguien hoy. Lucia se quedó conmigo, jugando en la alfombra a mis pies. Hace diez minutos, de repente se levantó, se subió a mi regazo y se quedó dormida en mis brazos. No me gusta la idea de dejarla aquí, sin mí para cuidarla, pero mi cachorro dijo que esta reunión es importante.

Me levanto y llevo a mi bebé a su dormitorio mientras Nera se apresura delante de mí para abrir la puerta. El ajustado vestido negro que lleva abraza sus curvas y la hace parecer aún más seria de lo habitual. Parece lista para matar ejércitos.

La cama de Lucia está debajo de la ventana, cubierta con una manta de colores que tiene dibujos de galletas con forma de casas. Lo pedí la semana pasada, junto con un montón de otras cosas: un osito de peluche que es varias veces el tamaño de Lucia, una casa de muñecas, un gran conjunto de animales de granja y un estúpido avestruz de plástico que se sienta en un pequeño retrete y caga bolitas rosas en el váter.

Aparto la manta y acuesto con cuidado a Lucia en la cama, luego la cubro, metiendo el borde debajo de la barbilla de mi hija.

—Ella estará bien—, dice Nera cuando no me muevo del lugar. —Zara estará con ella todo el tiempo. Y tú ejército de sicarios tiene la casa rodeada—.

—Han pasado tres semanas. Le pedí a alguien que revisara los registros de GPS de todos tus capos y que monitoreara sus cuentas bancarias, pero no encontramos nada sospechoso. Los hombres que contraté para seguirlos tampoco informaron nada comprometedor.

Envuelvo mi brazo alrededor de su cintura y la atraigo contra mi pecho. —Sigo pensando que deberías dejarme matarlos a todos—.

—No. Tenemos un trato.

—Haces un trato difícil, cachorro—. La levanto y la llevo fuera de la habitación. —¿Crees que a Lucia le gusta el avestruz cagón?

Nera se ríe y me besa. —A ella le encanta. Pero no tenías que comprarle todas esas cosas. Ya hay demasiados juguetes por aquí—.

—No me importa.

—La malcriarás—.

—Los niños están destinados a ser mimados—. Me detengo en medio de la sala y dejo que Nera se deslice por mi frente hasta el suelo. —Me he perdido tres años de su vida. Entiendo que los regalos nunca podrán compensar eso, pero necesito que me dejes hacer esto. Yo... Quiero que ella me ame. Por favor.

Nera levanta la mano y toma mi mejilla. —Lucia ya te quiere, nene. Pero no porque le compres juguetes—.

—¿Entonces por qué?

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios. —Deberías preguntárselo tú mismo y ella te lo explicará—.

—Pero ella es una niña—.

—Exactamente. Los niños tienen una manera de mirar dentro del alma de una persona. Pregúntale y verás—. Trago y rápidamente miro hacia otro lado, esperando en Dios que mi hija nunca pueda vislumbrar ni el más mínimo vistazo al interior de mi alma. —Necesito conseguir mis armas. ¿Con quién te reunirás y dónde?

—Nueva York. — Ella se estremece. —Massimo organizó una reunión con Salvatore Ajello. El Don de la familia de Nueva York. Nos espera un avión privado—.

—Tu hermanastro es bastante ingenioso, considerando que está encerrado en una prisión de máxima seguridad—, digo. —¿Por qué necesita que te reúnas con ese italiano sociópata?

—¿Conoces a Ajello?

—Te sorprendería saber cuántos chismes ocurren entre la clandestinidad. Hace varios años le organizaron un ataque. Escuché que el tipo que aceptó el contrato fue devuelto en dos bolsas para cadáveres—.

—Sí, a Ajello le encanta enviar partes del cuerpo como respuestas. La última vez me enviaron una cabeza—.

Me detengo en el umbral y me doy la vuelta. —¿Qué?

—Atrapó al hombre que envié a espiarlo. Ajello devolvió la cabeza del tipo, envuelta en un elegante papel rojo. Acordamos dejar de espiarnos unos a otros después de eso—.

—¿Ese imbécil enfermo te envió una maldita cabeza?

—Fue una venganza. Hice que Salvo arrojara el cuerpo de otro espía frente al edificio de Ajello unos meses antes. — Junta las manos frente a ella y mira al suelo. —Hubo dos más antes de eso. Espías. Yo misma los maté. Tuve que hacerlo. Si no lo hubiera hecho, me habrían etiquetado como débil y hecho pedazos—.

Miro fijamente a mi cachorro de tigre, sin palabras. No hay verdadera valentía en hacer algo a lo que no tienes miedo. La arrojaron a la guarida de los leones, sola y probablemente muerta de miedo, y aun así logró salir, dejando a todos los hijos de puta en el polvo detrás de ella. Cruzando la distancia entre nosotros en dos largas zancadas, me detengo frente a ella y tomo su rostro entre mis palmas.



—No te sentirás mal por mantenerte segura a ti y a tu familia—, ladro. —  
¿Lo entiendes, cachorro?

—Sí. — Su labio inferior tiembla.

—Bien. — Me inclino para que nuestras caras queden apenas a unos centímetros de distancia. —Nunca me perdonaré por no estar ahí para ti. Pero estoy aquí ahora y nadie te mirará mal en el futuro. Quien se atreva, encontrará instantáneamente a su creador. Y si decides que prefieres conservar este extraño imperio criminal tuyo, eliminaré a tu intrigante hermanastro en el momento en que salga de detrás de las rejas para que no pueda quitártelo.

—No lo quiero—, susurra. —Nunca lo he querido. Sólo quiero que Lucia, Zara, Tú y yo nos alejemos de todo esto. Y te quiero. Conmigo. Siempre.

—Me tienes a mí, cachorro. Siempre. — La agarro por la cintura y la llevo al dormitorio. El puto italiano tendrá que esperar.

\* \* \*

—¿Y la reunión con los capos que tienes esta tarde? —. Mantengo abierta la puerta del coche y contemplo las bonitas piernas de mi cachorro. Esos altísimos tacones rojos que lleva son realmente excitantes.

—Era sólo con Armando y Brio. Les llamé y lo cancelé—, dice Nera y lanza una mirada por encima del hombro al coche que se detiene detrás de mi vehículo. Se bajan dos de sus hombres de "*seguridad*". Le pongo la mano en la cadera, manteniéndola cerca, y me dirijo hacia la avioneta que espera en la pista del aeródromo privado del que vamos a salir. Los hombres de Nera me siguen unos pasos por detrás.

—Me siento ofendido—, me quejo.

—¿Por qué?

—¿Crees que no puedo mantenerte a salvo por mi cuenta?

—Son sólo para aparentar. Ajello esperará que yo lleve seguridad. Las apariencias importan—.

—Mm-hmm. ¿Tu vestimenta también es por el bien de la apariencia? —Asiento hacia su ajustada minifalda gris y una blusa de seda roja escotada visible debajo de su abrigo.

—No. Era la única combinación en mi armario que estaba planchada—. Una comisura de sus labios se curva hacia arriba. —Desde que me arrancaste el vestido que planeaba usar para esta reunión—.

Mi polla se endurece al ver sus torneadas piernas mientras sube las escaleras hacia el avión delante de mí. Preferiría mucho arrancarle la ropa otra vez y tomarla aquí y ahora, frente a su estúpida seguridad. Pero puedo controlarme unas horas más. Tal vez.

Hay cuatro asientos individuales en la parte trasera del avión y dos sofás a los lados de la sección delantera de la cabina. Nera se dirige hacia uno de los sofás y comienza a desabotonarse el abrigo. Los dos tipos de seguridad se sientan atrás. Suena el timbre y se enciende la señal del cinturón de seguridad. El capitán dice su perorata y la azafata asegura la puerta antes del despegue. Los motores cobran vida con estruendo cuando el avión comienza a rodar hacia la pista.

Estoy colocando el abrigo de Nera en el compartimento superior cuando me llega su jadeo apenas audible. Mis ojos inmediatamente se abren hasta ella. Los suyos están cerrados y agarra el bolso en sus manos con tanta fuerza que sus uñas dejan marcas en el cuero negro. Obviamente todavía tiene miedo de volar. Pero preferiría mantenerlo todo reprimido que mostrar debilidad frente a sus hombres. Me doy la vuelta y fijo mi mirada en los chicos de seguridad.

—Al baño—. Asiento hacia la pequeña puerta en la parte de atrás. —Ustedes dos. Ahora. — Me miran, claramente confundidos.

—¿Necesito repetirme?

Se levantan de sus asientos y corren hacia el baño. El primero agarra el asa y luego me mira.

—Eh. ¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos aquí?

—¡Hasta que vaya a buscarlos! ¡Entren!

—Los pasajeros no pueden usar el baño durante el despegue, señor—, dice la azafata desde su asiento cerca de la puerta del avión.

—¿No? — Levanto una ceja y busco dentro de mi chaqueta uno de los cuchillos arrojadizos envainados en el lado izquierdo de mi pistolera. —¿Qué tal ahora?

Tiro el cuchillo. Se escucha un sonido hueco cuando su punta se hunde en el cojín de cuero del asiento de la azafata, justo entre las piernas del tipo. El hombre se sacude, sus ojos brillan mientras me mira boquiabierto.

—Al baño. Ahora.

Asiente histéricamente, se desabrocha el cinturón de seguridad y se mete en la lata. Cuando el pestillo se cierra detrás de él, miro a Nera, que está sentada inmóvil, con las manos agarrando con fuerza el asa de su bolso. Tomo asiento a su lado, la agarro por la cintura y la pongo a horcajadas sobre mi regazo. Sus ojos están cerrados y su respiración es rápida y superficial; es claro como el día lo aterrorizada que está.

—Está bien, cachorro—. Paso el dorso de mi mano por su mejilla. —Se han ido todos—.

Nera deja escapar un largo suspiro y me rodea el cuello con los brazos. El aroma de su champú llena mis fosas nasales cuando entierra su rostro contra mi hombro. Su cuerpo tiembla mucho, así que la acerco aún más y le acaricio la espalda.

—Podríamos haber conducido hasta Nueva York—, le digo en el pelo. — Como lo hiciste en tu reunión con ese serbio—.

—¿Tú estabas ahí? — Sus palabras ahogadas se mezclan con el rugido de los motores del avión.

—Sí. Como dije, te seguí a todas partes desde el momento en que puse un pie en Boston. Sólo quería mantenerte a salvo—.

—Te sentí. De vez en cuando sentía ese agradable cosquilleo en la nuca. Siempre lo sentí cuando estabas cerca—. Ella se endereza lentamente y sus ojos encuentran los míos. —Pensé que estaba perdiendo la cabeza—.

—Fue la cosa más difícil que he tenido que hacer en mi vida. Al no poder tenerte en mis brazos, tenerte a mi lado—. La beso. —Pero ahora te tengo a ti. Estás segura. Lo prometo.



Miro fijamente a Kai a los ojos y me pregunto cómo es posible que sean tan cálidos y tan siniestros al mismo tiempo. Tal como él. Un ángel guardián y un demonio. Un hombre que sigue salvándome una y otra vez, pero que también siembra muerte por donde pasa. Un asesino a sangre fría. Un salvador. El amor de mi vida. Y el único hombre en este mundo que tiene mi confianza implícita.

Suelto el cabello que he estado agarrando, pero mantengo mis ojos fijos en los suyos mientras muevo mis palmas por su pecho. El bulto de sus pantalones ha estado presionando mi coño todo este tiempo. Se endurece aún más cuando le desabrocho el botón de la cintura y empiezo a bajar la cremallera.

—Mi mente cree en tu promesa, pero mi cuerpo y mis nervios todavía están presa de un miedo irracional—, digo. —Necesito sentirte dentro de mí, demonio—.

Sus manos se deslizan por mi espalda, sobre mi falda que se amontonó alrededor de mi cintura, hasta mi trasero desnudo. No llevo ropa interior, tal como acordamos. Un aliento cálido sopla mi rostro, su mirada absorta en la mía mientras envuelvo mis dedos alrededor de su polla y la saco. El avión desciende repentinamente y agarro los hombros de Kai, inclinándome hacia adelante hasta que me posiciono justo encima de su pene. Nuestro viaje se vuelve lleno de temblores y un letrero elevado se ilumina con un sonido.

—*Por favor, permanezcan sentados y abróchense los cinturones de seguridad*—. La voz del piloto proviene del altavoz. —*Estamos*

*experimentando turbulencias severas, pero deberíamos superarlas en unos minutos.*

Respiro profundamente y me bajo sobre la polla de Kai. El avión empieza a temblar. El pánico explota dentro de mi pecho, pero sigo hundiéndome en su dura longitud, y con cada centímetro que se desliza dentro de mí, parte del miedo retrocede. Aprieta mi trasero con una fuerza que me hace jadear, su pecho se agita mientras sus dedos se clavan en mi piel. Con un movimiento rápido, me arroja contra él, llenándome hasta el fondo. Todo mi cuerpo tiembla con cada poderoso empujón, dejándome sin aliento y mareada. Me levanta y me golpea de nuevo. Y otra vez. Y otra vez. Cada embestida envía oleadas de placer que recorren mi cuerpo, haciéndome estremecer y gemir incontrolablemente. Desesperadamente, me aferro a él, mis uñas se clavan en su espalda mientras oleadas de placer chocan sobre mí.

Kai ni siquiera parpadea mientras sus ojos miran fijamente a los míos. El ruido sordo del avión y nuestra respiración entrecortada son los únicos sonidos en nuestro mundo. No hay palabras. Y no necesitamos ninguno. En realidad, nunca hemos necesitado expresar nuestros pensamientos, mi demonio y yo. Puedo leer la mirada en sus ojos, tal como él puede hacerlo con los míos.

*Estás segura.* Sus ojos dicen.

*Lo sé.* Es mi respuesta.

Mi cuerpo convulsiona cuando su inquebrantable polla me golpea desde abajo, más rápido y más profundo con cada embestida. Las turbulencias que nos rodean están aumentando, pero ya no tengo miedo. Dijo que estoy a salvo. El compartimiento superior frente a nosotros se abre de golpe y algo cae al suelo con estrépito. Deslizo mis dedos en el cabello de Kai y golpeo mi boca sobre la suya.

—Te amo—, le susurro en los labios mientras todo a nuestro alrededor tiembla y traquetea.

—Vivo para ti, mi cachorro de tigre—. Su voz, cruda y gutural, es áspera cuando me atraviesa.

Agarrando su cabello con mis puños, me corro, jadeando mientras me desmorono. Mientras tanto, se abren más compartimentos para equipaje y llueve cosas a nuestro alrededor.

\* \* \*

Hay hombres aterradores en este mundo. Pero en comparación con Salvatore Ajello, todos parecen pequeños patitos. No es su apariencia. El Don de Nueva York se parece a cualquier otro hombre de negocios rico: un traje costoso obviamente hecho a medida, sin más joyas que un reloj y una gruesa alianza de boda en su mano derecha, y cabello oscuro salpicado de canas peinado hacia atrás en un estilo modesto. No hay armas a la vista, pero estoy segura de que tiene un arma. Y no hay guardaespaldas cerca. Aun así, simplemente sentarme a la mesa con él me da escalofríos. No entiendo por qué Massimo quiere hacer negocios con este hombre.

—¿Entonces? ¿Qué opinas? — Pregunto casualmente.

Aunque estamos en un restaurante de lujo con más de cincuenta personas cenando alrededor, sigo esperando que golpee nuestra mesa con un brazo amputado o tal vez con una cabeza.

—No puedo decir que esté interesado, Nera—.

Levanto mi vaso y tomo un sorbo de mi limonada. —¿Por qué? Estamos dispuestos a invertir diez millones durante el primer año. Duplica esa cantidad en el segundo—.

—Estás tratando con Dushku—, dice como si fuera razón suficiente. No entiendo por qué Ajello tendría objeciones a una colaboración seguramente próspera sólo por nuestros vínculos con el sindicato albanés, pero Massimo obviamente lo sabe.

—Corté todos los lazos con Dushku hace meses. Ya no hacemos ningún negocio con ellos—.

Ajello levanta una ceja. —¿Alguna razón específica para eso?

—Ahora tenemos un nuevo proveedor—. Me encojo de hombros, con la intención de dejarlo así. Ajello no necesita saber que Massimo es quien mueve los hilos o que me ordenó separarme de Dushku.

—Interesante. Entonces, ¿de dónde conseguirán las armas y las municiones en el futuro?

—De Drago Popov—.

Una chispa peligrosa se enciende en los ojos de Ajello.

—Un momento por favor.

Mete la mano dentro de la chaqueta de su traje. Mis ojos se dirigen a Kai, que está parado al otro lado del restaurante, con la mano detrás de la espalda.

—No.— Hablo y sacudo la cabeza.

—Dile a tu perro guardián que se relaje—, dice Ajello sin darle importancia mientras saca su teléfono y lo presiona contra su oreja. —Si quisiera matarte, ya estarías muerta—.

Lo miro boquiabierto. ¿Tiene el hombre ojos en la nuca?

—Sienna—, dice Ajello por teléfono. —Parece que olvidaste mencionar que tu marido ahora está haciendo negocios con la facción de Boston—.

Una voz femenina aguda explota al otro lado de la línea. No entiendo lo que dice, pero suena bastante alegre, hasta que de repente deja de hablar.

—¡Te dije lo que pienso sobre tus planes de espionaje, Ajello! — Una voz masculina gruñona resuena desde el altavoz del teléfono. El hombre grita tan fuerte que puedo oír cada palabra. —Si tienes alguna pregunta para mí, sabes dónde encontrarme. Llama a mi esposa otra vez y te arrancaré los dedos y te los meteré por el culo. ¡Quizás entonces descubras qué botones presionar!

La línea se corta. Parpadeo confundida, mirando a Ajello mientras él guarda su teléfono. Tiene una sonrisa apenas detectable en su rostro.

—Parece que está confirmado—, dice. —Te deseo suerte en sus negocios con el grupo de Popov, Nera. Lo vas a necesitar—.

—¿Por qué?

—Un grupo de salvajes locos, cada uno de ellos. Pero son los mejores en lo que hacen. Desafortunadamente. — Se levanta de su silla. —Como Massimo ha dejado a los albaneses fuera de escena, me alegra poder hablar de negocios. Dile a tu hermanastro que espero una llamada suya cuando salga y tome las riendas.

Miro fijamente su espalda en retirada. ¿Cómo carajo sabe eso? El teléfono de Ajello suena mientras todavía está al alcance del oído y capto su respuesta.

—No, Milene. No vamos a tener otro gato. Dos son más que suficientes... No, tampoco vamos a tener un hámster... Sé que son pequeños. Sigue siendo un no, cara mía... Sí, soy una muy mala persona. Yo también te amo.



# Capítulo 37



—Para—, ladra Kai, de pie en la puerta del avión, mirando hacia la pista. Me detengo inmediatamente y choco contra su espalda.

—¿Qué ocurre?

—No estoy seguro, pero tengo un mal presentimiento—. Saca su arma. —Payaso A. Ve a buscar mi auto—.

—Por favor, no llames '*payasos*' a mi seguridad—, me quejo mientras le entrega la llave de su auto al hombre en cuestión.

—Quítate el abrigo y dáselo al Payaso B. Ponte su chaqueta—.

Sigo su orden y rápidamente cambio mi abrigo con el chico de seguridad. Es un poco bajo, pero todavía se ve bastante divertido con mi abrigo rojo tres tallas más pequeño.

Kai se gira hacia el piloto que está parado en el umbral de la cabina y presiona su arma contra la frente del hombre. —Llame a la torre. Diles que apaguen las luces de la pista y todo lo que esté cerca de aquí. Ahora. Y también corta la energía del avión—.

El piloto asiente y vuelve a su asiento para hablar por radio con el control del tráfico aéreo. Si este fuera un aeropuerto normal, no hay forma de que esto pudiera suceder.

Supongo que los aeropuertos privados están acostumbrados a recibir solicitudes extrañas porque las luces de la pista se apagan un minuto después, seguidas por todas las demás luces del área.

El auto de Kai se detiene junto a las escaleras de embarque integradas en la puerta del avión. El guardia de seguridad sale por el lado del conductor, rodea el vehículo para abrir la puerta trasera del pasajero y espera. En la oscuridad absoluta que ha caído como un sudario, el interior iluminado y los faros del coche brillan como un faro en la costa.

—Payaso B, súbete la capucha y baja las escaleras—. Kai golpea la punta de su pistola en la espalda del hombre. —Despacio.

Mi ritmo cardíaco se triplica mientras mantengo mis ojos fijos en mi señuelo mientras baja las escaleras. Está a medio camino de la pista cuando un disparo explota en la noche. El hombre retrocede bruscamente y luego cae al suelo. Kai da un paso y comienza a disparar hacia algún lugar a la izquierda. El fuego entrante rebota en todas las superficies cercanas. El otro guardia intenta ponerse detrás del coche para cubrirse, pero también cae al pavimento.

—Cachorro, tienes que subirte al coche. Mantente bajo.

Me encojo y bajo corriendo las escaleras. Kai sigue lanzando balas mientras baja los escalones, uno a la vez, detrás de mí.

—¡Sube atrás! — grita por encima de los disparos. —¡Al piso!

Me sumerjo dentro del auto y cierro la puerta de golpe. Kai camina alrededor del capó, todavía disparando su arma. En el instante en que está detrás del volante, pisa el acelerador.

—Debajo del asiento trasero—, dice por encima del chirrido de los neumáticos mientras gira el volante para dar una vuelta en U.

Agarro el borde del asiento trasero y lo levanto, doblándolo para abrir el almacenamiento oculto. Tres pistolas. Una escopeta. Una especie de rifle corto. Otras dos ametralladoras que no reconozco. Cuchillos. Granadas. Una Uzi.

—AK-47<sup>5</sup>—, dice. —Tíralo sobre el asiento del pasajero—.

---

<sup>5</sup> AK-47 es un fusil de asalto soviético, de calibre 7,62 mm, diseñado por Mijaíl Kaláshnikov, combatiente soviético durante la Segunda Guerra Mundial.

Me quedo boquiabierta ante la variedad de armas, sin tener idea de qué es un AK-47.

—¿Cuál es?

—Mango pequeño y marrón. Gran cargador curvo.

El rifle corto. Agarro el arma y me doy la vuelta para dejarla en el asiento del pasajero. Cuando miro por el parabrisas, veo un sedán oscuro conduciendo a unos pocos metros delante de nosotros. Y estamos ganando terreno. Rápido.

—¿Por qué estamos persiguiendo a la gente que acaba de dispararnos? —

—Para que podamos matarlos, cariño. Agáchate.

Grito y me acurruco en el suelo del coche, tapándome la cabeza con las manos. Al momento siguiente, se escucha un violento tirón y un sonido atronador cuando los dos vehículos chocan y se detienen repentinamente. Me agacho lo más que puedo detrás del asiento del conductor y respiro profundamente mientras los disparos automáticos explotan sobre mi cabeza. ¿Debería ayudar? Soy muy mala tiradora. No importa. Levantando de nuevo el asiento trasero, agarro la primera arma que puedo conseguir. Es mucho más pesada de lo que esperaba. Reviso el cargador, lleno, y tiro de la manija de la puerta. Usando la puerta abierta como cobertura, enderezo y levanto el arma con ambas manos.

El sedán oscuro se ha detenido de lado y su lado izquierdo está muy abollado. Un hombre está tendido boca abajo en el suelo junto a la puerta del conductor, inmóvil. Kai está en el proceso de arrastrar al segundo tirador por la puerta del pasajero delantero. No hay nadie más en la parte trasera del auto; Parece que mi apoyo no es necesario.

Bajo el arma y me acerco al conductor. Parece bastante muerto, considerando el trozo que le falta en la parte posterior del cráneo. Una sustancia viscosa rojiza está salpicada por todo su cuello y espalda. Parece sangre y materia cerebral. Tragando bilis y esforzándome por no vomitar, le doy la vuelta para verle la cara. Es uno de los tipos de seguridad del casino Bay View. Estoy

bastante segura de haber visto a este bastardo todas las semanas durante al menos los últimos seis meses.

Un gemido angustiado rompe el silencio. Me levanto de un salto y corro alrededor del auto. Kai tiene a su presa inmovilizada en el suelo y está a punto de romperle el brazo. El otro brazo del tirador está torcido y en un ángulo extraño.

*Chasquido.*

Me estremezco cuando el hombre grita. Con su cara alejada de mí, no puedo ver cómo luce.

—Cachorro. ¿Puedes abrir mi baúl y ver si hay suficiente espacio? Pregunta Kai en tono conversacional mientras se gira para agarrar la pierna del hombre.

—¿Suficiente espacio para qué?

*Chasquido.*

—Para empacar a nuestro amigo—, dice por encima de los gemidos del hombre y agarra la otra pierna.

—Mmm... ¿Es eso necesario?

—Sí. — *Chasquido.* Una mayor intensidad de los gritos. —No tengo una cuerda para atarlo. No puedo arriesgarme a que huya después de que intentó matarte. Tengo la intención de interrogarlo cuando regresemos—.

—No estoy segura de que viva tanto tiempo—.

—Lo hará—. Kai suelta la extremidad rota y golpea el suelo, luego agarra al hombre por la parte de atrás de su chaqueta, girándose. él encima. —Me aseguré de arreglar sólo sus articulaciones. Sin fracturas abiertas. Lo estoy guardando para nuestra charla—.

Miro al tirador. No hay suficiente luz para ver claramente sus rasgos, así que doy un paso más cerca y jadeo.

—¿Armando?

Un gemido de dolor es la única respuesta que obtengo antes de que los ojos de Armando se pongan en blanco y pierda el conocimiento.

—El baúl, cachorro—.

Asiento y corro hacia el auto de Kai.

Dos bolsas de lona traseras, del tamaño de un equipo de gimnasia normal, ocupan el espacio del maletero, pero cuando agarro la primera para moverla, apenas logro moverla. Abro la cremallera para echar un vistazo al interior y quedar boquiabierto. Está llena de cajas de municiones. La segunda bolsa tiene más municiones, junto con varias armas de varios calibres.

—Oh. Me olvidé de eso—, dice Kai a mi lado. —Los pondré en el asiento trasero—.

Ajusta su agarre sobre Armando inconsciente, apoyando el cuerpo inerte bajo su brazo izquierdo, y mueve las bolsas. Liberando espacio en el área de carga, Kai arroja mi capo al lugar vacío como si el hombre no fuera más que un muñeco de trapo, ajusta las extremidades rotas y cierra el baúl de golpe.

—No puedo creer que fuera Armando—, digo, mirando el baúl cerrado. —Si fuera Brio o Primo, lo habría entendido. Seguían diciendo que tener una mujer al frente de la Famiglia es una vergüenza para la Cosa Nostra—.

—Bueno, parece que están contentos con su liderazgo, sin importar lo que hayan estado diciendo. Aunque todavía los dejaré fuera por decirte mierda.— Él toma mi mejilla en su palma y sonríe. —¿Estás absolutamente seguro de que quieres dejar que tu hermanastro se haga cargo?

—Sí. Y no tocarás a Brio ni a Primo—.

La sonrisa de Kai se hace más amplia. —Bueno. No los tocaré—.

Su cabello se soltó en algún momento durante la escaramuza y cae al azar alrededor de su rostro. El brillo azulado baña sus rasgos ásperos y los destellos se reflejan en las gotas de lluvia que se deslizan por su barbilla. Ni siquiera me he dado cuenta de que empezó a llover. O que la torre de control debió haber encendido las luces del aeródromo. Él me salvó la vida. De nuevo.

—Entonces...— Me ahogo. —¿Esto significa que se acabó?

—Lo sabremos con seguridad una vez que lo interrogué. Pero probablemente sí. Si hubiera alguien más involucrado, no habrían enviado a un yonqui a hacer el trabajo—. Él mete mi labio entre sus dientes. —Aun así, me aseguraré de que la seguridad en la propiedad sea aún más estricta esta noche, por si acaso. Tú y Lucia estarán a salvo—.

Agarro el frente de la camisa de Kai y salto a sus brazos. Nuestras bocas chocan en una tormenta de mordiscos y besos. Sus manos agarran mi trasero, depositándome sobre la tapa del baúl, y chilló cuando mi piel desnuda entra en contacto con la superficie fría y resbaladiza.

—Me temo que esto tendrá que esperar. No quisiera que ese hermoso coño tuyo se resfriara ahora. — Toma mi labio inferior entre los suyos y lo chupa mientras me levanta de nuevo entre sus brazos. Unos pocos pasos y me deja en el asiento del pasajero, luego se quita la chaqueta del traje y me cubre con ella. —¿Mejor?

—Sí—, susurro.

Kai rodea el auto para tomar asiento detrás del volante. Los neumáticos chirrían cuando da marcha atrás y pisa el acelerador, conduciendo hacia la autopista. Sólo dos personas que regresan a casa después del trabajo.

Con un invitado en el baúl lloriqueando por sus extremidades rotas.

\* \* \*

—Por favor, lleve al señor Mazur al sótano—, le digo a Timoteo cuando abre la puerta.

La mirada del mayordomo se desliza detrás de mí y sus ojos se desorbitan cuando se detienen en Kai, quien está de pie con el cuerpo de Armando echado sobre su hombro como si fuera un saco de papas.

—Ciertamente—, gruñe el mayordomo. —Por favor, sígame, señor—. Kai asiente y luego inclina la cabeza para susurrarme al oído.

—Dejaré a Armando abajo para que se calme un poco y luego subiré para terminar lo que empezamos—.

Coloca su mano en mi cadera, luego la desliza por mi estómago y la baja para presionarla contra mi coño. Apenas aguanto un gemido. Sigo a Kai con mis ojos mientras camina por el pasillo hacia la puerta del sótano que el mayordomo mantiene abierta. La cabeza de Armando y sus brazos deformes se balancean de izquierda a derecha en la espalda de mi demonio. En el instante en que se cierra la puerta del subnivel, subo corriendo las escaleras. Cuando entro a la sala de estar, Zara salta del sofá, sus ojos recorriendo frenéticamente mi cabello enredado, mi blusa medio desabrochada y la chaqueta empapada de Kai para detenerse en mis zapatos embarrados.

—¿Nera? ¿Qué es lo que les pasó?

—Nos tendieron una emboscada cuando aterrizamos e intentamos salir del avión—.

Aparto algunos de los mechones que caen sobre mi cara.

—¿Qué?! ¿Cómo? — Ella cruza corriendo la habitación. —¿Estás bien?

—Si estoy bien. Iré a ver a Lucia antes de que suba Kai. ¿Qué le diste de cenar?

—Estofado de vegetales. ¡Nera! ¿Quién te atacó?

—Era Armando. Kai lo tiene en una de las habitaciones subterráneas, pero se encargará de él más tarde. Te lo contaré todo por la mañana. Mmm... Gracias por cuidar de Lucia, pero realmente necesito que te vayas ahora—. La agarro por la cintura y la empujo ligeramente hacia la puerta. —Buenas noches.

Zara se detiene en la puerta y me mira por encima del hombro. —¿Estás bien?

—Sí. Sólo esperando a Kai. Debería estar aquí en cualquier momento. Tenemos que terminar una discusión anterior—.

Mi hermana parpadea. —¿Discusión? — Pregunta, pero luego sus ojos se abren como platos mientras el color se apodera de sus mejillas. —Oh. Mmm... Me iré ahora—.

Tan pronto como ella sale por la puerta, dejo mi teléfono y mi bolso sobre la mesa del comedor y me dirijo a la habitación de Lucia. Está durmiendo con un tigre de peluche que Kai le compró bajo el brazo. Me siento en el borde de la cama y extendiendo la mano para acariciar ligeramente la barbilla de mi hija.

—Todo va a estar bien ahora—, susurro. —Tu papá prometió que se asegurará de que estemos a salvo. Y cumplirá esa promesa—.

Una profunda inspiración surge detrás de mí. Me doy vuelta y encuentro a Kai en el umbral, agarrando el marco de la puerta con mano de hierro. Su rostro está pálido como una hoja de papel.

—Ella podría haberte oído. Deberías tener más cuidado.

—Se lo diremos pronto de todos modos. Ella merece saberlo—. Me levanto y cierro la distancia entre nosotros. — Te mereces que ella sepa la verdad—.

—Nunca. — Observa a nuestra hija, con la mandíbula apretada.

Tomo su barbilla entre mis palmas, inclino su cabeza hacia abajo, haciendo que me mire. —¿Por qué?

—¿Qué le dirás que es su padre? — pregunta entre dientes. Su tono es amargo, pero cada palabra está llena de dolor y tristeza. —¿Un asesino a sueldo? ¿Un villano que mató a su abuelo? ¿Alguien que ni siquiera recuerda su propio nombre?

—No bebé. — Me pongo de puntillas y beso su mandíbula. —Voy a decirle que su papá es Kai Mazur. El hombre que ha estado cuidándome durante años, manteniéndome a salvo. Quien recibió una bala por mí. El hombre que apenas ha dormido en semanas porque nos ha estado protegiendo. Que pasaba horas simplemente mirándola dormir, en lugar de descansar él mismo. Nuestro ángel de la guarda. El amor de mi vida. — Inclino su cabeza hacia abajo hasta que nuestros labios se tocan. —El hombre que la ama a ella y a su mamá más que a cualquier otra cosa. Así como lo amamos. Eso es lo que le diré a nuestra hija.



—Nera...— susurra en mi boca.

—Kai. Déjame... déjanos amarte. Por favor.

Un aliento pesado y doloroso sale de sus pulmones. Cierra los ojos y toca su frente con la mía.

—Es el sueño que he estado teniendo pero que nunca me atreví a esperar que se hiciera realidad. A la gente como yo no se le permiten tales ambiciones, cachorro de tigre—.

—Bueno, vamos a vivir nuestros sueños de ahora en adelante—. Lo beso.  
—Y todo lo demás puede irse al infierno—.

Mi teléfono empieza a sonar en alguna parte. Tomo la mano de Kai y lo arrastro conmigo mientras me apresuro hacia el sonido. Sólo quiero apagar la maldita cosa, pero cuando mis ojos se posan en la pantalla parpadeante, mi cuerpo se pone rígido.

—Es Ajello—, me estremezco. —Casi nunca llama. Necesito tomar esto.

—¿Quieres que mate a ese psicópata por ti?

—No. Yo solo...— Murmuro mirando el nombre en la pantalla. —No estoy en el estado mental adecuado para hablar con él ahora, pero tengo que hacerlo.

—Entonces, supongo que debería ayudarte con eso—. Toma el teléfono de mi mano. —No te has puesto la ropa interior, ¿verdad, cachorro?

—No. ¿Por qué?

Una pequeña sonrisa se dibuja en los labios de mi demonio. Deja el teléfono sobre la mesa del comedor y golpea el altavoz.



—Espero que no sea un momento inconveniente, Nera—. La voz de Ajello llega a través de la línea.

Mantengo mis ojos fijos en mi cachorro mientras le desabrocho el botón de la falda y luego le arranco la prenda.

—En absoluto—, dice con voz tranquila mientras me mira desabrocharme los pantalones. —¿Qué puedo hacer por usted, señor Ajello?

Envolviendo mi brazo alrededor de la cintura de Nera, la levanto sobre la mesa. Abre la boca para decir algo más, pero coloco mi dedo en sus labios y sacudo la cabeza. Luego, entierro mi polla en ella con un poderoso empujón.

—Escuché que tuviste algunos problemas durante tu regreso. ¿Está todo bien?

Espero a que respire y luego la golpeo de nuevo. El teléfono se desliza hacia el centro de la mesa.

—Bastante bien. — Nera me rodea el cuello con el brazo y se moja los labios. Parece el pecado personificado, con las mejillas sonrojadas y su coño tragándose mi polla. —¿Y cómo obtuvo esa información, señor Ajello?

—Tengo mis fuentes—.

Agarrando sus muñecas, muevo sus manos hacia el borde de la mesa. — Agárrate fuerte— susurro.

Nera agarra la superficie de madera. Mi mano derecha está en la nuca, mientras que la otra agarra su delicioso trasero.

—Pensé que teníamos un acuerdo sobre espiarnos unos a otros—.

Ella arquea la espalda mientras me sumerjo en ella de nuevo.

—Tengo gente monitoreando ciertos lugares. Aeropuertos privados incluidos—.

—¿Por qué no estoy sorprendida? — Un gemido silencioso sale de la boca de Nera mientras acelero el paso. Sus labios tiemblan y su respiración se acelera. —¿Es ese el motivo de tu llamada?

—No. Necesito que le pases un mensaje a tu hermanastro—.

—Estoy escuchando.

Agarro la barbilla de Nera entre mis dedos y agarro sus labios con los míos. Sabe a lluvia, a viento y a sol. Como la vida misma. Puedo sentirla empezando a correrse mientras su núcleo tiembla alrededor de mi polla. Con un último mordisco en sus labios, salgo y la bajo con cuidado sobre la mesa. La mirada que me lanza es una mezcla de frustración y confusión. Sosteniendo su mirada, abro sus piernas y me inclino hacia su centro.

—Ni un sonido—, digo y entierro mi cara en su dulce coño, chupando con fuerza su clítoris.

—Dile a Massimo que me debe...— Me pierdo el resto de las palabras del italiano.

Escalofríos recorren todo el cuerpo de Nera. Suelto su clítoris y deslizo la lengua en su abertura tan profundamente como puedo.

—... Él sabrá sobre qué. Algún día lo cobraré—, añade Ajello.

Nera ya está temblando de éxtasis cuando me enderezo y deslizo mi polla hacia donde acababa de estar mi lengua. Cubro sus labios con la palma de mi mano y la golpeo por completo.

La línea telefónica se desconecta. Y Nera grita en mi mano.

# Capítulo 38



Las cortinas de la ventana francesa están corridas hacia los lados, lo que me permite ver a los hombres de Rafael deambulando por el patio delantero mientras los primeros rayos del sol asoman por el horizonte. Acaricio el delgado brazo de Nera, comenzando por su hombro y luego continuando hasta su palma. Con cuidado de no despertarla, levanto su mano hasta mis labios y le doy un beso en la punta de los dedos. Mientras bajo su mano hacia mi pecho, mis ojos se fijan en su dedo anular.

Desde el momento en que me permitió volver a su vida, la necesidad de tenerla marcada como mía me ha estado acosando día y noche. No creo en la ceremonia. No necesito firmar un estúpido trozo de papel que me entregó un empleado anónimo para reclamarla como mía. O un vejete con ropa rara para proclamarla así. Si algún hombre se atreve a acercarse a mi cachorro para robármelo, simplemente le romperé el cuello. Pero aún... Acaricio su dedo anular una vez más, luego me levanto de la cama y tomo mi teléfono de la mesa de noche. Mientras me dirijo al baño y cierro la puerta silenciosamente detrás de mí, encuentro el número de Félix en mi aplicación de voz a texto.

**06:34 Kai:** Necesito que hagas algo por mí.

Un minuto después, llega un archivo de audio. Así que no se olvidó de mi pequeño problema con la lectura.

**06:35 Félix:** ¡¡ESTOY DURMIENDO!!

**06:36 Kai:** Es urgente.

**06:36 Félix:** ¿Estás muerto de hambre, deshidratado y muriendo en algún basurero otra vez? Porque si no es así, puede ESPERAR.

**06:38 Kai:** No. Necesito un sacerdote. Me quiero casar.

Pasan unos minutos sin respuesta y luego:

**06:40 Félix:** Envíame tu ubicación y quédate quieto. ¿Son los mexicanos otra vez? Haré que Sergei vaya a sacarte. ¿Cuándo fue la última vez que te drogaron?

**06:41 Kai:** No estoy drogado. Búscame un sacerdote y haz que lo entreguen antes del final del día, o te destriparé muy lentamente la próxima vez que te vea.

Le envió la dirección mientras regreso a la cama y tiro el teléfono sobre la mesa de noche. Nera se mueve y levanta la cabeza de la almohada a mi lado.

—¿Qué hora es?

—Casi las siete—. La tomo de nuevo en mis brazos, muevo un mechón de cabello rubio oscuro que le cae sobre la cara y beso su nariz.

—¿Crees que fue prudente dejar a Armando en el sótano durante la noche?

—Si estás preocupada por el vino que hay ahí abajo, no lo estés. No puede beberlo con los brazos rotos—.

—No me preocupa el vino. ¿Qué pasaría si entrara en shock y muriera?

—Él no moriría por unos cuantos huesos rotos. Bueno, al menos no de inmediato. Iré a interrogarlo después del desayuno. Necesitamos saber si alguien más estuvo involucrado—.

Nera me agarra con más fuerza y hunde su nariz en la curva de mi cuello.

—No puedo esperar a que llegue el día en que Massimo salga y podamos dejar atrás este manicomio—.

—Pero eres una Donna magnífica, cachorro. Puedo...

—No quiero que mates a mi hermanastro, Kai. Pero gracias por ofrecerte—. Ella suspira. —Solo quiero que todos nosotros (tú, yo, Lucia y Zara) nos alejemos de todo esto. Una casa grande. Patio enorme. Con un montón de animales con los que Lucia puede jugar—.

—Y que no tenga vecinos cerca—.

Nera se ríe en mi cuello. —Y sin vecinos—.

—¿Cuánto falta para que liberen a tu hermanastro?

—Cinco meses más—.

La puerta del dormitorio se abre con un chirrido. Levanto la cabeza de golpe y miro con temor a Lucia parada en el umbral, sosteniendo su peluche de tigre en una mano y un cepillo para el cabello en la otra. Nos ve a Nera y a mí acostados juntos en la cama, sus ojos saltando de mí a su madre. Y luego, ella encuentra mi mirada con una mirada atrevida.

—¿Cachorro? — Yo susurro. —¿Qué debemos hacer?

—¿Por qué llamas a mamá 'cachorro'? — La vocecita de Lucia rompe el silencio de la habitación.

—Eh... Bueno...— Le doy una mirada furtiva a Nera, esperando ayuda, pero ella simplemente se ríe en su mano. —Es un apodo—.

—¿Por qué la llamas por su apodo?

—Porque... La amo.

Lucia arruga la nariz como si pensara en ello.

—Yo también quiero un apodo—, exige, luego corre por la alfombra para subirse a la cama. Mi corazón se acelera como un tren fuera de control mientras la veo gatear y acurrucarse entre nosotros.

—Bueno. — Apenas logro responder. —¿Qué tal *tygrysek*<sup>6</sup>? Significa tigre bebé—.

---

<sup>6</sup> Polaco original.

—Me gusta. — Agarra un puñado de mi cabello y comienza a cepillarlo.  
—Tengo un apodo, mami. El chico Rapunzel también me ama—.

Mis pulmones se contraen con tanta fuerza que no puedo respirar. La mano de Nera agarra la mía y la aprieta.

—Sí. — Apenas logro hablar. —Te quiero mucho, Lucia—.

—Lo sé. — Ella me mira, directamente a los ojos. —Duele, pero me dejaste ponerte el pelo bonito. Por supuesto que me amas—.

El calor estalla dentro de mí, ardiendo tan caliente como una estrella en explosión. Casi me derrito por la avalancha de sentimientos que me invaden. Extiendo la mano y acaricio con cuidado la suave mejilla de Lucia con el dorso de mi mano. No estoy seguro de que alguna vez comprenda la profundidad de mi amor incondicional por mis dos cachorros de tigre.

—Te amaré hasta que la última gota de sangre corra por mis venas, tygrysek —, susurro.

—Asqueroso. — Ella pone cara de disgusto. —No quiero sangre. Quiero desayunar. ¿Puedo volver a comer galletas y ketchup?

—No—, dice Nera a mi lado y se frota los ojos con la mano. Ella ha estado en silencio durante todo el intercambio. —Pero podemos mostrarle a Kai cómo preparar avena con fruta para ti—.

—Bueno. La avena es deliciosa—. Lucia se encoge de hombros, toma la liga de su coleta e intenta ponérmelo en el pelo. —La última vez que mamá me hizo avena tuvimos muchos truenos y una gran lluvia. lo que entristeció a mamá. Pero entonces ella me contó un secreto. Dijo que mi papá se perdió hace mucho tiempo en la tormenta. Pero que algún día nos encontrará. ¿Eres mi papá, chico Rapunzel?

Siento como si alguien hubiera dejado caer una maldita montaña encima de mí; su peso cae sobre mi pecho. No puedo moverme. Ni siquiera puedo respirar. Abro la boca para decir algo, pero ningún sonido sale de mis labios.

—Sí—, dice Nera, con la voz quebrada. —Finalmente nos encontramos—.

—Oh. Bien.— Lucia asiente con seriedad y luego tira de mi cabello con un rápido tirón. —No te pierdas de nuevo—.

Cierro los ojos y beso la parte superior de su cabeza. —Nunca más. Le prometo.



# Capítulo 39



—Necesitamos reprogramar la reunión de hoy—, se oye la voz de Brio al otro lado de la línea. Suena realmente extraño. —No me siento bien.

—Está bien—, digo. —Haré que Primo venga para que podamos repasar los números de este mes—.

—Me temo que Primo también está indispuesto. Todavía está en el hospital. Los médicos están intentando eliminar los restos de pegamento de su esófago.

—¿Qué?

Brio sufre un ataque de tos antes de que pueda responder. —Ambos sentimos mucho haberte faltado el respeto. Por favor, asegúrale al señor Mazur que esto no volverá a suceder—. Finalmente dice las palabras con dificultad.

Lanzo una mirada hacia la cocina donde Lucia está sentada en la encimera. Kai está de pie detrás de ella, trenzándole el cabello. Ella quería peinarlo como el de él y no me dejaba hacerlo.

—Se lo haré saber, Brio—. Corté la llamada y me acerqué a mi demonio. —¿A dónde fuiste después del desayuno?

—Para conseguirte flores—.

Mis ojos vagan hacia el ramo de tulipanes rojos sobre la mesa del comedor. —¿Y eso es todo?

—Tal vez tenía que hacer un pequeño recado en mi camino de regreso—. Kai se encoge de hombros.

—¿Involucró a mis capos?

—No les he puesto ni un dedo encima, cachorro. Sólo les pedí que abrieran bien sus sucias bocas—.

—Kai. —Empiezo, pero mi teléfono suena de nuevo. Una llamada desde la garita.

—Dos hombres están en la puerta, pidiendo que los dejen entrar, Donna Leone—, me dice el guardia. —Dicen que son amigos del señor Mazur y que tienen una entrega para él. Intenté llamar al señor Mazur, pero no responde—.

—Es el guardia de la puerta—. Miro a Kai. —¿Estás esperando una entrega?

—Sí. — Toma el teléfono de mi mano, lo coloca entre su oreja y su hombro y continúa trenzando el cabello de Lucia. —¿Un chico rubio grande? ¿Silbando una melodía extremadamente molesta?

—Sí—, responde el guardia. —Y otro hombre. De pelo oscuro. Pareciendo realmente disgustado—.

—Déjalos pasar.

—¿Tus amigos? —Pregunto.

—Sí. — Envuelve su brazo alrededor de la cintura de Lucia y la coloca sobre su cadera. —A ver si trajeron el paquete que pedí—.

—¿Un paquete? — Pregunto mientras sigo a Kai escaleras abajo. Lucia agarra su camisa e intenta colocar uno de sus clips de extensión de cabello azul con un lindo lazo en la parte superior de su cabeza. La larga trenza de Kai se balancea de lado a lado sobre su espalda mientras desciende al nivel principal, el extremo está atado por el coletero rosa de Lucia. —¿Y qué hay en el paquete?

—Un sacerdote.

Frunzo el ceño. ¿Un sacerdote? Sin embargo, no hay tiempo para pedir una explicación porque Kai ya está abriendo la puerta principal. Lo sigo afuera, echando un vistazo a los dos hombres en nuestro camino de entrada.

Uno está apoyado en el capó de un todoterreno destartalado con los brazos cruzados sobre el pecho. Está vestido con pantalones cargo de color gris oscuro y una camiseta negra. Cada centímetro visible de su piel, excepto la cara y el cuello, está cubierto de tinta. Su cabello es del tono rubio pálido.

El otro hombre lleva un traje negro hecho a medida que se ajusta a su gran figura como un guante. Su rostro muestra un ceño fruncido mientras tamborilea con sus dedos sobre el techo de su sedán negro.

—No te esperaba—, dice Kai, mirando al chico con el ceño fruncido.

—Albert chantajeó a Az para que me ayudara—, espeta el rubio. —Le debe muchos favores al viejo murciélago—.

—¿Quién es Albert? — pregunta Kai.

—Es Félix. No preguntes—, responde el moreno, Az, mientras hace clic en el pequeño control remoto que tiene en la mano. —¿Podemos terminar con esto de una vez? Tengo otras cosas que hacer en Boston—.

Da la vuelta a su coche y se inclina sobre el maletero. Sonidos extraños emergen del interior del vehículo.

—Silencio—, espeta, luego saca a un hombre del espacio de carga. El tipo tiene las manos atadas delante de él y tiene una mordaza en la boca. Se retuerce en el agarre de Az mientras lo arrastran y luego lo depositan unos metros delante de Kai. —Esa es mi contribución—.

—¡Tengo dos! — El rubio sonríe y abre la puerta trasera de su todoterreno. —Y los míos incluso están vestidos para la ocasión—.

Saca a un hombre con una larga túnica negra, también atado y amordazado, y luego a otro tipo en circunstancias similares, pero este uno está vestido con una vestimenta blanca adornada con intrincados detalles dorados.

—No fuiste específico en tu solicitud—. El feliz rubio sonríe como un niño en Navidad mientras atrae a ambos hombres hacia nosotros. —Así que les conseguí uno ortodoxo y otro católico. El de Az es protestante. Ahora tienes uno de cada uno. Elige tu opción.

—Jesús, joder—. Kai suspira a mi lado y aprieta el puente de su nariz. — Ese no es un sacerdote, Belov—.

—¿Qué?

—Éste— Kai hace un gesto al primer hombre que salió de la camioneta — con el vestido negro... ¡Es un puto JUEZ!

—¿Oh? ¿Entonces no puede celebrar una boda? Mierda. Lo quitaré y te conseguiré uno nuevo.

—¿Una boda? — Pregunto, confundida. —¿Qué boda?

—¿Es esta la novia? — Belov me señala con el dedo. —Parece una buena persona. ¿Qué diablos la hizo querer casarse con un hijo de puta como tú?

—¿Kai? ¿Qué está sucediendo? — Pregunto.

Me mira y sus ojos se clavan en los míos. —Nos vamos a casar.

Mis pulmones dejan de aspirar aire. Miro fijamente a mi demonio y mi corazón se hincha hasta duplicar y luego triplicar su tamaño. —¿Nosotros?

—¿Ni siquiera le preguntaste a la pobre si quiere casarse contigo? — su amigo rubio lo desafía.

—Cállate, Belov—, gruñe Kai, su mirada sin dejar la mía. —Tú eres mi razón de vivir, cachorro. Y, en esta vida, no necesito una firma ni una ceremonia para confirmar que eres mía. Lo eres. Y soy tuyo, cada célula de mi cuerpo. Hasta mi último aliento. E incluso cuando muera, en cualquier otra vida que me aguarde—. Él ahueca mi apoyo la mejilla en la palma de su mano e inclina la cabeza de modo que nuestras narices casi se tocan. —Pero quiero hacer esto bien—.

—¿Entonces secuestraron a tres sacerdotes? — Me ahogo, tratando de contener las lágrimas.

—Aparentemente sólo dos. Y un juez. ¿Quieres casarte conmigo, cachorro de tigre?

Entierro mis dedos en su cabello y le devuelvo el beso.

—Cada día de mi vida.

—Mami. Papá—, interviene Lucia desde el abrazo de Kai. —¿Puedo comer galletas y ketchup para el almuerzo?

—Sí—, Kai y yo susurramos en los labios del otro.

—¿Tienes una niña? ¿Y la dejaste comer galletas en el almuerzo? — La voz del amigo feliz nos interrumpe. —Eso es muy poco saludable—.

—Voy a contar hasta tres, Belov—, dice Kai mientras sigue atacando mi boca. —Si todavía estás allí cuando termine, te estrangularé—.

—Maldito desagradecido—, murmura Belov. —La próxima vez que necesites una buena selección de sacerdotes, llama a alguien más. ¿Y qué carajo es esa mierda que tienes en el pelo?



El tipo larguirucho con un vestido largo negro mira alrededor de la espaciosa oficina, sus ojos revolotean frenéticamente por el lugar como si buscando una salida. Finalmente se da cuenta de que no hay escapatoria y que no hay nadie alrededor para ayudarlo, así que vuelve su mirada hacia mí.

—Nunca antes había realizado una ceremonia de matrimonio—, tartamudea, tirando del cuello de su camisa de vestir debajo.

—Entonces, será mejor que seas increíble improvisando—, digo y acerco a mi chica a mi lado. —¿Cuál preferirías que sea primero, cariño? Ortodoxo, protestante o el juez—.

—Eh... No tengo preferencia—. Nera se pone de puntillas y me susurra al oído. —Tal vez deberías desatarlos primero. Parecen un poco asustados—.

Miro a los tres hombres que están parados al otro lado de la mesa de la sala de juntas. El juez todavía se tira del cuello y le tiemblan las manos. El sacerdote ortodoxo, un hombre mayor con una bata blanca, tiene la espalda recta y trata

de fingir compostura, pero el sudor le cae a cántaros de la frente. Y entonces, con una mata de pelo desordenado y gafas torcidas sobre su nariz, el sacerdote protestante de veintitantos años parece estar a punto de vomitar. Su rostro está tan pálido que parece verde.

—Se las arreglarán así durante unos minutos más—, digo y asiento hacia los tres hombres. —Hagamos que los tres lo hagan juntos, al mismo tiempo—.

—¿Al mismo tiempo? — se ahoga el chico de cara verde. —Pero... Tenemos diferentes rituales. Los votos son diferentes. Y que hay con...

—¡Soy un maldito juez! —chilla el hombre vestido de negro, levantando al aire las manos atadas. —¡Voy a meter a todos ustedes, locos, en la cárcel! —

—Me encantan las bodas—, gorjea Sergei a mi derecha. —Debería haber traído bocadillos—.

—Belov—, le advierto, pero el idiota sigue divagando mientras el juez sigue gritando sobre esposas y cadenas perpetuas. No debería haber dejado que el loco ruso se quedara, pero insistió en que necesitaba un padrino.

—Sabes, sólo tuve un sacerdote en mi boda—, dice. —Tres lo hacen mucho más feliz. Cuando terminen aquí, los llevaré a Chicago para que me casen a mí y con mi esposa nuevamente. A Angelina le va a encantar...

Al otro lado de la mesa, el juez sigue gritando amenazas y señalándome con el dedo. El sacerdote ortodoxo se mueve inquieto a su lado, con los ojos vueltos hacia el techo, murmurando una oración mientras intenta desatarse las manos. Entre ellos, el chico de cara verde está hiperventilando; Un minuto más y se va a desmayar. Un par de hombres de Rafael apuntan con sus armas semiautomáticas a los clérigos y al juez, gritándoles que se calmen.

—... ¿Quizás pueda encontrar un verdadero sacerdote católico en mi camino a casa? Si no puedo, tendrá que conformarse con el juez—, continúa Serguéi. —¿Crees que mi esposa notaría la diferencia?

Llego a mi espalda y saco el arma de la cintura de mis pantalones. Lo dejé allí después de llevar a Lucia con de Zara, alejando a mi pequeña de la maldita

boca ruidosa y la mierda sin parar de Belov. *¿Su esposa notaría la diferencia si le disparo a este imbécil?* Respiro profundamente.

La lámpara del techo aquí es mucho más pequeña que la lámpara de araña del casino, pero cumplirá su propósito. Apunto al punto donde la cadena se conecta al techo y disparo. Un fuerte estallido explota dentro de la habitación. Casi al instante, el aparato cae al suelo, justo entre los hombres de Rafael y nuestros invitados reacios.

—Ustedes tres van a comenzar la ceremonia ahora. Tú... —apunto con el arma al sacerdote ortodoxo— irás primero.

Él rápidamente asiente.

Cambio mi objetivo al protestante. —Vas a repetir después de él—. El chico de cara verde traga saliva y asiente también.

—Y usted—apunto dos veces mi arma al juez—se asegurará de seguirlos rápidamente. ¿Estoy siendo claro?

Los tres asienten como jodidos cabezones.

—Bien. —Dejo el arma sobre la mesa y me giro, tomando la mano de Nera entre las mías.

—*Bienaventurado todo aquel que teme al Señor...*

Miro fijamente a los ojos de mi cachorro mientras habla el primer sacerdote, seguido por su homólogo protestante y luego el juez, pero ignoro las palabras reales que se dicen. Las palabras no son más que esas primeras estrellas distantes: su brillo eclipsado por cosas mucho más brillantes. No me importan las palabras ni la ceremonia. Lo único que importa es este enorme e indescriptible amor que siento por la mujer que tengo frente a mí, y la mirada en sus ojos que dice que ella siente lo mismo.

—... *Bendito el Reino del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...* Mmm...— El sacerdote se aclara la garganta. —Necesito la Biblia para esta parte—.

Sin romper nuestra mirada fija, empujo el arma que dejé sobre la mesa hacia el sacerdote.

—Esa es mi Biblia. Proceda.

—*Eh... Sí. Entonces ... Y del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos ...*

—No nos pueden casar con un arma—, susurra Nera mientras el sacerdote gira hacia el este, levantando el arma de la misma manera que lo haría con las Sagradas Escrituras.

—No sé mucho sobre los votos matrimoniales, cachorro, pero sé que mencionan amar, apreciar y mantener a salvo a tu pareja. En las buenas y en las malas. No te lo juraré por un montón de papeles viejos. Te haré juramento sobre el arma que quitará la vida a cualquiera que alguna vez piense en hacerte daño a ti o a nuestra hija. Levanto su mano a mis labios y beso las puntas de sus dedos. —Soy tuyo. Y tú eres MIA.

—Soy tuya—, le susurra ella, con los ojos brillantes. —Y tú eres mío, Kai—.

—*... júntalos, porque en ti se une la mujer al marido. Únelos juntos...*

Metiendo la mano en el bolsillo de mis pantalones, saco un par de anillos de oro blanco. Los compré esta mañana mientras mi amigo florista despolinizaba los tulipanes.

—¿Aceptas ser mi esposa, cachorro de tigre?

—Siempre, demonio—.

Deslizo la más pequeña de las dos bandas en su dedo y observo, sin aliento, mientras ella desliza la otra en el mío. Luego, agarro a mi esposa por la cintura y golpeo mi boca con la de ella.

—*Amén*—, dicen las tres voces al unísono.

Un bullicioso aplauso llena la habitación, pero de repente es interrumpido por el sonido de algo grande golpeando el suelo.



—Joder, Mazur—, exclama Sergei. —¡Tu sacerdote número tres acaba de desmayarse!



—¿Realmente se los llevará consigo? — Pregunto, mirando al amigo rubio de Kai tratando de meter al pobre juez en el maletero de su SUV. Los dos sacerdotes están sentados, atados y amordazados, en el asiento trasero.

—Parece que sí—, responde Kai.

Belov cierra el maletero de golpe y, silbando para sí, se pone al volante. Dos rápidos bocinazos y se aleja, dirigiéndose hacia la puerta. Kai aprieta su agarre en mi cintura.

—¿Deberíamos ir a consumir el matrimonio de inmediato o ver a nuestro prisionero primero?

Mierda. Me olvidé por completo de Armando. —Tal vez deberíamos...

No termino la frase porque Kai me empuja detrás de él y saca su arma. Mirando a su alrededor, noto un elegante auto negro avanzando por nuestro camino de entrada.

—¿Quién carajo dejó que ese vehículo pasara por la puerta? — Grita Kai.

El coche se detiene a tres metros de los escalones de piedra. La puerta del conductor se abre y sale un hombre. Me toma un momento reconocerlo sin su uniforme de prisión. Lleva un elegante traje gris y una camisa blanca perfectamente planchada debajo, tal como la noche que la policía lo sacó de nuestra casa. Pero es el único parecido con aquel veinteañero de hace tanto tiempo.

—Hola, hermana—. Massimo me fija con su mirada.

—Está bien. — Tomo la muñeca de Kai y bajo su mano. Sólo cuando guarda el arma me enfrento de nuevo a mi hermanastro. —Massimo, no esperaba verte fuera hasta dentro de unos meses más—.

—Yo tampoco. Pero parece que alguien importante movió algunos hilos y consiguió que me liberaran antes—. Massimo sube las escaleras y se detiene frente a nosotros. —¿Espero que no te moleste?

—Creo que voy a celebrar este día como mi segundo cumpleaños—, digo. —Cumplí con mi parte del trato. ¿Vas a cumplir el tuyo?

Un brillo amenazador brilla en los ojos de Massimo mientras me sondea con su mirada implacable. Luego, cambia su atención a Kai. Mira a mi demonio como si evaluara el nivel de amenaza potencial y su atención recae en nuestras manos unidas. Muy levemente, las cejas de Massimo se levantan.

—Sí—, dice cuando sus ojos se encuentran con los míos nuevamente. —Quedas absuelta de cualquier obligación adicional hacia la Cosa Nostra. Me aseguraré de que todos los miembros de la Famiglia estén informados—.

—No es lo suficientemente bueno, Massimo. Quiero una declaración por escrito de que ya no se me considera parte de la Famiglia. Y quiero la firma de cada capo en la parte inferior.

—¿Quieres que la Cosa Nostra te repudie oficialmente? Eso nunca se ha hecho, Nera. Al menos no en Boston—.

—No me importa. Me prometiste libertad total. No me conformaré con menos—.

Massimo se cruza de brazos a la altura del pecho (la acción amenaza con reventar las costuras de la chaqueta de su traje debido a sus abultados bíceps) y me mira entrecerrando los ojos. No le gustan mis términos, pero no se atreverá a faltar a su palabra.

—Bien—, dice.

La carga que me ha estado aplastando durante los últimos cuatro años se disuelve y desaparece con mi siguiente aliento. Finalmente soy libre.

—¿Te vas a quedar aquí o vas a regresar a la casa del *Nuncio*? — él pide.

—No me quedaré aquí ni un segundo más de lo necesario. Y puedes quedarte con la casa de mi padre si quieres—. Aprieto la mano de Kai. —Mi familia tiene planes diferentes—.

—Está bien. Transferiré el importe por el valor de la vivienda a tu cuenta. ¿Me dirás adónde irás?

—Tal vez—, digo. No será fácil perdonarlo por lo que me ha obligado a hacer.

—Muy bien. Vayamos ahora a ver a Armando y aclaremos todo. Por lo que he oído, estabas demasiado ocupada para interrogarlo—.

No me molesto en preguntar cómo sabe lo de Armando. Incluso encerrado, Massimo siempre ha tenido una manera de estar muy consciente. Me doy la vuelta para entrar, pero la mano de Kai se suelta de la mía. Miro por encima del hombro y encuentro a Kai parado frente a Massimo, con su mano alrededor del cuello de mi hermanastro.

—La única razón por la que no te estás desangrando en este umbral es porque, por una razón que no puedo entender, mi esposa todavía se preocupa por ti. Incluso después de todo lo que tuvo que soportar mientras tu trasero estaba encerrado. — Su voz es baja y amenazadora. —Ten cuidado, porque si eso alguna vez cambia, te encontraré y te arrancaré la puta garganta—.

Las comisuras de los labios de Massimo se curvan hacia arriba.

—Veo que has elegido al hombre adecuado, hermana. Supongo que ya no tendré que preocuparme por ti—. Toma la muñeca de Kai y aleja su mano. —Vamos a ver a Armando.

Cuando bajamos al sótano, el hedor a orina y otros fluidos corporales me golpea como un martillo. Presiono mi palma sobre mi boca y nariz y echo un vistazo detrás de la espalda de Kai. El capo está acostado de lado, con sus extremidades en ángulos antinaturales con respecto a su cuerpo. Sus ojos están abiertos pero vacíos, mirando a la nada. Lo que parece espuma blanca está esparcido alrededor de su boca y se ha deslizado hasta el suelo alrededor de su cabeza.

—¿Muerto? — Pregunto.

—Sí. — Kai se agacha junto al cuerpo y presiona con la palma la cara blanca y fantasmal de Armando. —Frío. Teniendo en cuenta la temperatura de esta habitación y el hecho de que el rigor mortis todavía está presente, lo mataron durante la noche—. Levanta la cabeza de Armando, observando la espuma alrededor de su boca. —Envenenamiento. Lo más probable es que sea cianuro—.

—¿No fuiste tú? — Pregunta Massimo mientras se para junto a Kai.

—La muerte por ingestión de cianuro no es demasiado placentera, pero sí mucho más rápida de lo que había planeado para el hijo de puta. Alguien se coló anoche y lo mató para que no hablara. Kai se levanta y mira a mi hermanastro. —Nos vamos dentro de una hora. Esta es tu mierda ahora y vas a solucionarla muy rápido. Si escucho, aunque sea una pequeña queja de que alguien de la Cosa Nostra ha mencionado el nombre de mi esposa, de alguna manera, estás muerto—.

—Esto es un asunto de famiglia—, gruñe Massimo, volviendo los ojos hacia el cuerpo. —Tan pronto como se anuncie que Nera ya no es miembro y yo he asumido el control, quienquiera que la quisiera fuera de escena cambiará su atención hacia mí—.

—Perfecto. — Kai toma mi mano. —Vamos a empacar las cosas de Lucia y las tuyas, cariño—.

\* \* \*

—¿Podemos tener patos en nuestra nueva casa? — Lucia chirría desde mis brazos. —Sí—, dice Kai mientras pone la última de mis maletas en el maletero. Quiero salir de este lugar espantoso lo antes posible, así que solo he empacado mi ropa y la de Lucia y algunos juguetes. Alguien puede enviarnos el resto de nuestras cosas más tarde.

—¿Y cerdos? ¡Me encantan los cerdos!

Mi demonio me lanza una mirada preocupada. Sólo sonrío y me encojo de hombros.

—Si es necesario—, dice y se acerca para tomar a Lucia de mí. —¿Dónde está tu hermana?

—Probablemente todavía esté haciendo las maletas—, digo, volteándome para mirar la puerta principal justo cuando Zara sale. Massimo está justo detrás de ella, cargando sus maletas. —¿Estás lista para partir, Zara?

—Sí—, dice ella, pero no hace ningún movimiento para acercarse a nosotros. Sus ojos están bajos, hacia el suelo a sus pies.

Massimo la rodea y baja los escalones de piedra, pero en lugar de llevar las cosas de mi hermana al auto de Kai, se acerca a su propio vehículo y abre el maletero.

—¿Qué está sucediendo? — Pregunto, lanzando mi mirada entre mi hermana y mi hermanastro, que ahora sostiene la puerta del pasajero abierta.

—Zahara—, dice Massimo en voz baja, algo poco característico en él.

Zara levanta la vista y se encuentra con su enigmática expresión. Durante casi un minuto entero se miraron fijamente, teniendo una conversación privada con sus ojos, antes de que mi hermana finalmente se volviera hacia mí. Su expresión es cautelosa y una sensación de inquietud se apodera de mí mientras trato de descifrar el motivo de la culpa que está escrita en todo su rostro.

—Lo siento, Nera—, dice. —Pero decidí irme con Massimo—.

¿Qué?

Shock.

Confusión.

Incredulidad.

—No entiendo. — Todavía estoy tratando de procesar sus palabras mientras flotan pesadas en el aire.

Zara baja lentamente las escaleras y se para frente a mí. Ella inclina su cabeza hacia un lado, una pequeña sonrisa tirando de sus labios.

—Estoy muy feliz por ti, Nera. Finalmente encontraste tu paz y alegría—. Me rodea con sus brazos, entierra su nariz en mi cabello y susurra. —Ahora intentaré encontrar la mía también—.

—Pero... Zara...

Ella da un paso atrás, liberándome de su abrazo.

—Tengo que irme ahora, pero te llamaré mañana. ¿Está Bien?

—Está bien—, digo, mirando la espalda de mi hermana mientras camina hacia el auto de Massimo y entra.

Nuestro hermanastro se sienta en el asiento del conductor. La grava cruje bajo los neumáticos de su vehículo mientras da marcha atrás y acelera en dirección a la puerta. Diez segundos después, el coche desaparece de la vista.

Se fueron.

Mi hermana acaba de irse con nuestro hermanastro, a quien ni siquiera conoce. Ella apenas tenía cuatro años cuando lo encerraron.

¿Qué carajo está pasando?

# Epílogo



## *Un mes después...*

Mis muñecas se tensan contra la suave tela escarlata, fijada firmemente al poste de la cama mientras las ásperas manos de Kai se deslizan sobre mi pecho desnudo. Siento cada cresta y callo en sus palmas mientras exploran mi cuerpo, acariciando cada centímetro de mi piel.

—¿Lo até demasiado fuerte? — Pregunta mientras se inclina para lamer mi pezón.

Sacudo la cabeza. Cuando le traje el pañuelo y le pedí que me atara las manos, dijo que no. Fueron necesarios diez minutos de persuasión que involucraron mi lengua y su polla hasta que cedió.

—Tengo que admitirlo—, dice mientras continúa su exploración, sus dedos trazando delicados patrones a lo largo de mi abdomen. —Me encanta verte atada a nuestra cama. A mi merced—.

Sus manos bajan, acariciando la curva de mi cadera, dejando un rastro de calor a su paso. Jadeo cuando sus dedos se hunden entre mis muslos, provocándome. Se me corta el aliento en la garganta a medida que aumenta la anticipación. Cada toque, cada caricia suave, enciende un fuego dentro de mí que sólo él puede saciar.

—Eres tan hermosa, cachorro—, dice mientras desliza dos dedos dentro de mí. —Especialmente cuando te excitas solo con mi dedo—.

Me mira fijamente, con los ojos llenos de hambre. Con cada rasgueo de su pulgar sobre mi clítoris, me empuja más hacia el borde. Profundiza más, incendiando mi cuerpo con un calor abrasador que amenaza con consumirme por completo. Él me conoce tan bien, que es capaz de desenredarme con el más

ligero roce de sus dedos. Arqueo la espalda, ofreciéndome completamente a él, ansiando más de su toque, mientras las sábanas de satén debajo de nosotros crujen con cada movimiento.

—Por favor—, jadeo.

Él sonríe y retira su mano, dejándome vacía y anhelante. Un gemido ahogado escapa de mis labios ante la pérdida, pero antes de que pueda pronunciar una sola palabra, rápidamente me pone boca abajo. Las cintas de seda alrededor de mis muñecas se aprietan, manteniéndome firmemente en su lugar. Desde atrás, se coloca entre mis piernas para que su dureza presione contra la humedad que cubre mis muslos. Siento su cálido aliento en mi nuca.

—Mía. — Con un fuerte empujón, se sumerge profundamente dentro de mí, llenándome hasta el borde. Un grito se escapa de mis labios, ahogado por la suave almohada debajo de mi cara.

Su agarre en mis caderas se aprieta, sus dedos se clavan en mi carne mientras me golpea implacablemente. Con cada poderoso empujón, golpea un punto muy dentro de mí que envía oleadas de placer que recorren todo mi ser. Me aprieto a su alrededor, desesperada por liberarme, mi cuerpo tiembla de anticipación. Las embestidas de Kai se vuelven más urgentes. Me reclama como suya, marcándome con cada centímetro duro de su polla. Su mano se extiende y encuentra su camino hacia mi clítoris palpitante, sus dedos provocan y acarician expertamente al mismo tiempo que sus golpes febriles. La doble sensación me abruma y me lleva al borde de la cordura. Mis uñas se clavan en la tela debajo de mí mientras me corro con un gemido, al mismo tiempo que él explota dentro de mí.

El pecho de Kai sube y baja contra mi espalda, nuestros cuerpos presionados juntos en una maraña de extremidades. Me desata las muñecas y nos desplomamos sobre las sábanas de satén. El olor a sudor y sexo flota en el aire.

—¿Crees que Lucia nos escuchó? — Jadeo.

—Después de toda una mañana persiguiendo a los patitos, ella dormirá al menos una hora más. No te preocupes. Tenemos tiempo para otra ronda—. Él



abrazo mi cuerpo con el suyo y me besa. —Pero primero tengo que preguntarte algo—.

—¿Qué? — Murmuro en sus labios. —¿Quieres casarte conmigo? —

Me recuesto y arqueo una ceja. —Ya estamos casados—.

—Estoy bastante seguro de que nuestra ceremonia no fue técnicamente oficial—.

—Pensé que no te importaban los papeles y las palabras—.

—Yo también pensé lo mismo. — Toma mi barbilla entre sus dedos. Hay tanta ternura en su mirada cuando se conecta con la mía. —Pero no puedo soportar la idea de que no seas mía en todos los sentidos posibles. Jumbo legal incluido. ¿Así qué? ¿Cásate conmigo? ¿De nuevo?

Me río. —Sí.

—Bien. — Me atrae para darme otro beso y luego nos da la vuelta hasta que estoy encima de él. —Es hora de la cuarta ronda... ¿Escuchaste eso?

—No. ¿Qué?

—Un coche acaba de llegar—. Kai salta de la cama y se dirige a su arma que está en el estante donde Lucia no puede verla ni alcanzarla, luego sale al balcón.

—¡Jesucristo, Mazur! Ponte algo encima, maldito exhibicionista. — La voz masculina viene del exterior.

—Te lo dije... ¡mañana! — Kai grita en voz baja por encima de la barandilla. —¿No puedes hacer lo que te dicen por una vez, Belov?

—Lo siento, estoy ocupado mañana. ¡Tendremos que volverte a casar hoy!

Me envuelvo con la sábana y corro hacia el balcón. El amigo de Kai, el alegre chico rubio, está parado en nuestro camino de entrada, sosteniendo a un hombre atado sobre su hombro.

—¿Ves? — Dice y golpea al chico en el trasero. —Tengo listo a tu oficiante de matrimonio. —¿Por qué está atado? — Kai pregunta entre dientes. —Te dije que quiero una boda de verdad, idiota—.

—Oh, no te preocupes. Me he asegurado de que tu trasero socialmente incompetente se case según las reglas esta vez. El juez de paz, los testigos, los invitados... Los tengo cubiertos.

—¿Qué invitados? — espeta Kai. —No invité a nadie—.

—Lo sé. Pero como dije, también te cubro en esa parte—.

Belov sonrío y se lleva dos dedos a los labios, emitiendo un fuerte silbido. A lo lejos, se oye el ruido de un vehículo y, un minuto después, un gran autobús azul toma lentamente la curva y se detiene detrás del camión de Sergei. En el interior hay al menos treinta personas visiblemente alarmadas y vestidas con ropa elegante.

—Tus invitados—. El amigo de Kai hace una reverencia teatral y señala con la mano el autobús.

—¿Bebé? — Le doy un codazo a Kai. —¿Es lo que creo que es?

—Sí. Ese maníaco secuestró toda la boda de alguien para nosotros—. Se da vuelta y me toma en sus brazos. —Lo lamento. Tenía muchas ganas de hacerlo bien esta vez. Podemos despedir a ese idiota y tener una boda normal a finales de esta semana—.

Paso mis dedos por el largo cabello negro que cae sobre su rostro. El hombre de mis sueños. Mi demonio. El amor de mi vida. —Sería una pena dejar pasar una oportunidad tan bonita. Especialmente teniendo en cuenta los grandes esfuerzos que hizo su amigo para conseguirnos invitados y todo eso. Sonrío y presiono mis labios contra los suyos.

—Está bien—, murmura en mi boca. —Pero todavía vamos a celebrar una boda legal la próxima semana—.

—¿La tercera es la vencida? — Me río.

—Sí. Ese imbécil de abajo se volvió a casar con su esposa, usando a nuestros curas y al juez. De ninguna manera voy a permitir que el maldito Belov tenga más bodas que nosotros, cachorro de tigre.

¿Qué sigue?



¡Muchas gracias por leer la historia de Kai y Nera! Sería un honor para mí si pudieras tomarte unos minutos de tu tiempo para dejar una reseña y dejarles saber a los demás lectores lo que piensas de Darkest Sins. Tus opiniones siempre son apreciadas. Incluso si es sólo una frase corta, supone una tremenda diferencia para el autor. Cuantas más reseñas recopile un libro, mayor será su exposición en la tienda online de su elección. Y unas pocas palabras de tus comentarios honestos pueden ayudar a la siguiente persona a decidir si le da una oportunidad a Kai y Nera.

En cuanto a lo que viene después... Por favor, no te enfades conmigo. Sé que muchos lectores han estado esperando ansiosamente la historia de Arturo y Tara, y ya está por llegar. Pronto.☺ Se publicará como el libro N.º11 de la serie Perfectly Imperfect más adelante en 2024. Sin embargo, el próximo libro contará con Massimo y Zara.

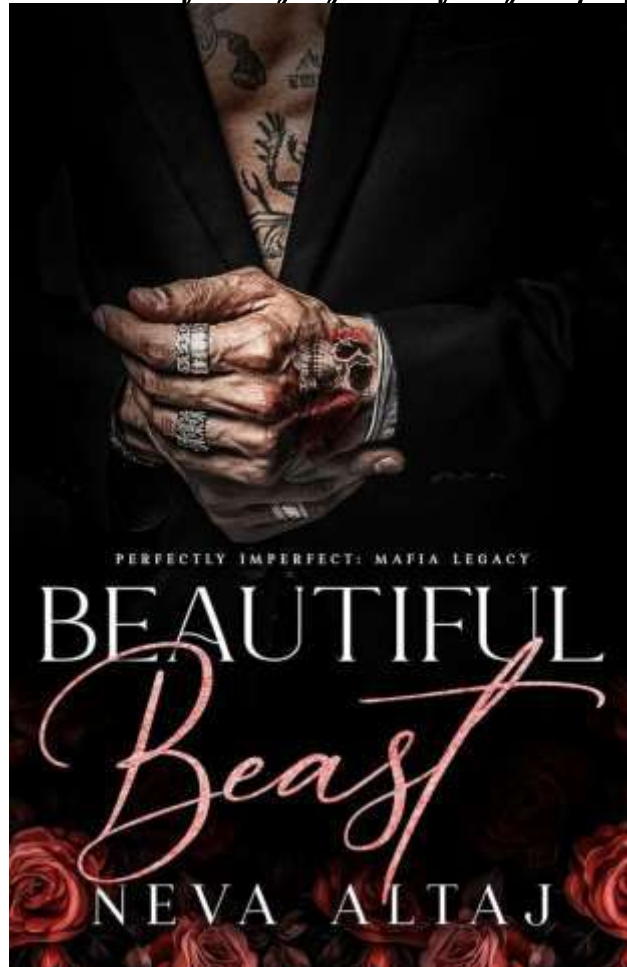
Nunca planeé esta pareja, pero desde el momento en que estos dos se conocieron en el funeral del *Nuncio*, su historia invadió mi mente, rogando ser escrita. Contará con un romance prohibido (es decir, entre hermanastros) con diferencias de edad. El título de este próximo libro es *Sweet Prison*, y puedes consultar la propaganda y reservarlo.

Además, dado que muchos de mis lectores han estado preguntando por el spin-off protagonizado por los hijos de los personajes Perfectamente Imperfectos, me complace anunciar que la serie de segunda generación, Mafia Legacy, ¡está en proceso! Estoy muy agradecida por todo el amor y apoyo que han mostrado por mis historias, y esta es mi manera de Decir *gracias*. El primer libro de la serie Mafia Legacy se titula Beautiful Beast y se lanzará este verano. Beautiful Beast es una versión libre del cuento de hadas de La Bella y la Bestia. Este cuento antes de dormir, sin embargo, incluirá un secuestro y un romance entre Vasilisa Petrova (la hija de Roman y Nina de Painted Scars) y Rafael De Santi (el siciliano, que aparece en Darkest Sins).

Antes del lanzamiento de Beautiful Beast, conoce a Vasilisa en Daddy Roman, una escena extra disponible gratuitamente en mi sitio web.

Lee la propaganda y reserve Beautiful Beast.

*Beautiful Beast (Mafia Legacy - Perfectly Imperfect Book 1)*



Nadie toca lo que es mío sin consecuencias fatales,  
Pero cuando la mujer más bella se enfrenta a mi furia,  
Mi corazón muerto de repente comienza a latir de nuevo.

No hay cuentos de hadas en esta vida.

La bella nunca caerá por la bestia.

Pero este monstruo no tiene intención de dejarla ir.

Todo el mundo tiene un precio.

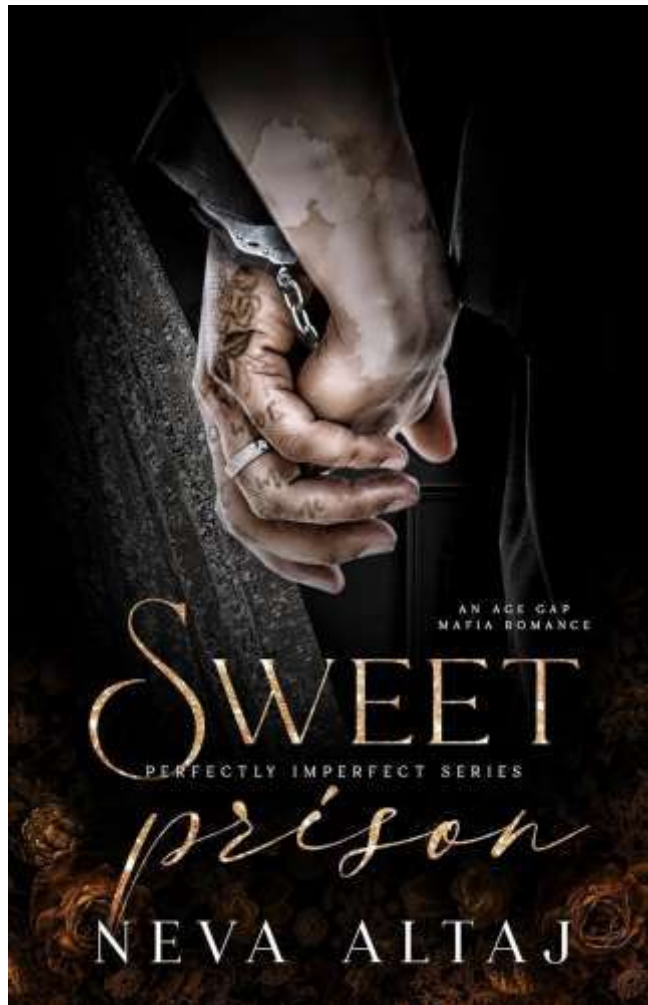
Es sólo una cuestión de dinero.

Mi dulce pequeña hacker no puede ser influenciada por el dinero,

Pero ella hará lo que sea necesario para salvar a su familia.

***Disponible Julio 26, 2024***

*Sweet Prison (Perfectly Imperfect Book 10)*



¿Es posible enamorarse de un hombre que no conoces?

Antes de ver su cara,

O escuchar su voz,

o sentir el calor de su tacto,

me enamoré de su mente.

Retorcido. Astuto. Engañoso.

El maestro de los planes mortales y peligrosos.

La amenaza silenciosa que nadie vio venir.

Manipulando las vidas de la gente como  
peones en un tablero de ajedrez.

Incendiando el mundo de la Cosa Nostra.

Y reduciendo mi corazón a cenizas...



## *Sobre el Autor*

Neva Altaj escribe un apasionante romance mafioso contemporáneo sobre antihéroes dañados y heroínas fuertes que se enamoran de ellos. Tiene debilidad por los alfas locos, celosos y posesivos que están dispuestos a quemar el mundo hasta los cimientos por su mujer. Sus historias están llenas de calidez y giros inesperados, y siempre se garantiza un final feliz.

A Neva le encanta saber de sus lectores, así que no dudes en comunicarte con nosotros: Sitio web: [www.neva-altaj.com](http://www.neva-altaj.com)

Página de Facebook: <https://www.facebook.com/neva.altaj>

Tiktok: [www.tiktok.com/@author\\_neva\\_altaj](https://www.tiktok.com/@author_neva_altaj)

Instagram: [www.instagram.com/neva\\_altaj](https://www.instagram.com/neva_altaj)

Página de autor de Amazon: [www.amazon.com/Neva-Altaj](https://www.amazon.com/Neva-Altaj)

\* \* \*